Jaume Aurell

LA HISTORIOGRAFÍA MEDIEVAL

Entre la historia y la literatura

PUV

LA HISTORIOGRAFÍA MEDIEVAL

ENTRE LA HISTORIA Y LA LITERATURA

Jaume Aurell

UNIVERSITAT DE VALÈNCIA

© Jaume Aurell, 2016
© De esta edición: Publicacions de la Universitat de València, 2016

Publicacions de la Universitat de València
http://puv.uv.es
publicacions@uv.es

Maquetación: Textual IM
Corrección: Communico-Letras y Píxeles S.L.

ISBN: 978-84-370-9922-4
Depósito legal: V-501-2016

Impresión: Guada Impresores, SL

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN 9

PARTE I

LOS CONTENIDOS HISTÓRICOS
Y LOS GÉNEROS LITERARIOS

I. LA FUNCIÓN DE LAS GENEALOGÍAS: EL RITMO DINÁSTICO 15

II. LA FIGURA DEL HÉROE FUNDADOR: LA MITIFICACIÓN DE LOS ORÍGENES 33

III. LAS CRÓNICAS AUTOBIOGRÁFICAS: LAS MEMORIAS DE LOS REYES 47

IV. LA FUNCIÓN DE LA NARRATIVA EN LA HISTORIOGRAFÍA MEDIEVAL 73

PARTE II

LA HISTORIOGRAFÍA MEDIEVAL,
ESPEJO DE LA HISTORIOGRAFÍA CONTEMPORÁNEA

V. LA INTERPRETACIÓN DE LOS TEXTOS HISTÓRICOS: DEL HISTORICISMO AL POSMODERNISMO 107

VI. LAS NUEVAS INTERPRETACIONES DE LA HISTORIOGRAFÍA MEDIEVAL 129

VII. DE LA HISTORIOGRAFÍA MEDIEVAL A LA CONTEMPORÁNEA: EL PROBLEMA DE LA REFERENCIALIDAD 143

FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA 157

ÍNDICE ANALÍTICO 175

INTRODUCCIÓN

Este libro responde a las reflexiones que se me han planteado en los últimos quince años en torno a las cuestiones fundamentales que me han surgido en mis estudios sobre la historiografía medieval. Mi interés por la historiografía medieval se inició tras unas conversaciones mantenidas con la profesora Gabrielle M. Spiegel, hacia el año 2000, tras una visita que la autora de las monografías *Romancing the Past* y *The Past as Text* hizo a la Universidad de Navarra, donde actualmente ejerzo como docente. Este interés se fue incrementando a medida que iba aumentando, paralelamente, mi interés por la historiografía contemporánea, fruto del cual publiqué, precisamente también en las Publicacions de la Universitat de València, *La escritura de la memoria: de los positivismos a los postmodernismos*, que ha tenido una buena acogida también en otros ambientes historiográficos, como lo demuestran sus traducciones al italiano y al portugués.

Este libro es fruto, en buena medida, de la progresiva convergencia que, en mi tarea investigadora y docente, se iba verificando entre los ámbitos de la historiografía medieval y la historiografía contemporánea. El entrelazamiento de estos dos campos –fruto de mi convencimiento de la continuidad del discurso histórico y de la unidad de la condición del historiador como *autor*– ha surgido de modo natural y se ha visto acrecentado en estos últimos años por las conversaciones que he mantenido sobre estas cuestiones no solo con mis amigos y colegas medievalistas –especialmente José Enrique Ruiz-Domènec, Antoni Furió, Juan Carrasco, Flocel Sabaté, Adam J. Kosto, Teófilo F. Ruiz, Paul Freedman, Álvaro Fernández de Córdova, Alfons Puigarnau, Antoni Riera, Thomas N. Bisson, Patrick Geary, mi hermano Martin Aurell y la mencionada Gabrielle M. Spiegel– sino también con los investigadores relacionados de un modo u otro con la historiografía contemporánea, como Peter Burke, Robert A. Rosenstone, Anthony Adamthwaite, Fernando Sánchez-Marcos, Mart, Pablo Vázquez Gestal,

Juan Pablo Domínguez, Felipe Soza, Catalina Balmaceda, Rodrigo Moreno, Natalie Z. Davis, Arsenio Dacosta, Kalle Pihlainen, Martin Jay, Ignacio Olábarri y Alun Munslow, y con la crítica literaria representada por Rocío G. Davis, Rosalía Baena, Stefano Cingolani y Xavier Renedo. En estos últimos años, mi incorporación al Comité Editorial de la revista *Rethinking History* ha incentivado mi propia búsqueda de nuevos caminos para la historiografía. Asimismo, los ricos debates surgidos en torno al grupo «Religión y Sociedad Civil», del Instituto Cultura y Sociedad (ICS) de la Universidad de Navarra, dirigido por la filósofa política Montserrat Herrero, me han introducido en estos últimos años en el campo de la antropología, tan necesaria en el mundo posmoderno en su continuo diálogo con la historia.

Como se percibe por la estructura de los contenidos, he decidido dividir el libro en dos partes claramente diferenciadas. La primera versa sobre los contenidos y las formas de la historiografía medieval, es decir, sobre lo representado y las formas de representarlo o, dicho también de otro modo, sobre los eventos y los géneros literarios utilizados por los cronistas medievales para recrear esos acontecimientos. Los capítulos analizan, sucesivamente, los géneros genealógico (capítulo 1), autobiográfico (capítulo 3) y cronístico (capítulo 4). Ellos constituyen, desde mi punto de vista, los géneros clásicos de la Edad Media, a los que quizás habría que añadir el de los esquemáticos anales de la época altomedieval. Dedico también un apartado a la figura del «héroe fundador» (capítulo 2), porque me parece uno de los fenómenos historiográficos más representativos y fascinantes de la cronística medieval. He elegido un texto representativo de cada uno de los géneros analizados, habitualmente relacionado con mi propio ámbito de especialización –las *Gesta Comitum Barchinonensium* para las genealogías, el *Llibre dels fets* del rey Jaime I de Aragón para las autobiografías y la historia de Bernat Desclot para las crónicas– para relacionarlo con otros textos medievales de la misma naturaleza literaria y plantearme finalmente las cuestiones teóricas que emergen de su análisis, muchas veces relacionadas con los debates que tiene planteados la historiografía contemporánea.

Basándome precisamente en esa inescapable relación entre la historiografía medieval y la contemporánea, la segunda parte del libro está dedicada a la reflexión sobre las interpretaciones y aproximaciones que la historiografía contemporánea ha vertido sobre la historiografía medieval. Mi propósito es poner de manifiesto que la distancia que separa el trabajo de los cronistas medievales de los historiadores actuales –y por tanto los problemas que surgen de su trabajo específico de recuperación y representación del pasado– no es tan amplia como una visión ingenua podría sugerir. Es evidente que la historiografía actual ha experimentado una revolución

epistemológica esencial –la revolución historicista decimonónica– que la ha marcado para siempre. Pero también lo es que los problemas teóricos y prácticos con los que se han tenido que enfrentar los historiadores de todos los tiempos siguen ahí: la fiabilidad de las fuentes utilizadas, el criterio de selección del material, las formas de representación, la elección de los géneros, el proceso de escritura, la honesta búsqueda de la veracidad, los criterios de verosimilitud y, sin pretender ser exhaustivo en este recuento, la reacción frente a un relativismo paralizante o a un escepticismo inoperante. Toda esta conexión se ha ido acentuando tras la ruptura posmoderna, muchos de cuyos postulados están más cerca de la historiografía *tradicional* –aquella que privilegiaba la narración sobre el análisis, y que estaba más emparentada con la literatura que con las ciencias sociales– que de la historicista, analítica y científica que predominó en la historiografía occidental desde mediados del siglo XIX hasta los años setenta del siglo XX.

Todas mis reflexiones en esta segunda parte están gobernadas por mi convicción de que el historiador debe mantener un adecuado equilibrio entre el respeto por la realidad histórica, por un lado, y la conveniencia de ajustar su discurso a las necesidades y demandas de la sociedad que le rodea, por otro. El problema es que cualquier polarización de esa ecuación le llevaría a dejarse llevar por un excesivo *preterismo* o *presentismo*, respectivamente: o bien se encerraría en una torre de marfil acorazada en un lenguaje autorreferencial y jergal que terminaría en un callejón sin salida y haría estéril su trabajo, con su acusada tendencia al *anticuarianismo*; o bien se deslizaría hacia una historia partidista que le convertiría en un esclavo al servicio de la utilidad (política, ideológica o económica) del momento presente y de lo políticamente correcto.

Una interpretación de la historiografía medieval realizada a la luz de las tendencias recientes permite adentrarse en los problemas que la historiografía actual tiene planteados. Y quizás esto no sea tan paradójico como parece a primera vista, pues muchas veces, desde su simplicidad, los cronistas medievales ya se plantearon todos los problemas asociados a la práctica histórica: tuvieron que analizar un pasado ya irrecuperable a la luz de un presente cuyas demandas políticas, sociales e ideológicas los acuciaban. Así, en el capítulo 5 realizo un intento de análisis de la historia de la historiografía contemporánea, desde el historicismo al posmodernismo, basándome en el modo como los historiadores han analizado los textos históricos medievales durante los dos últimos siglos. En el capítulo 6 me refiero a los tres «neomedievalismos» (el nuevo medievalismo, la nueva filología y el nuevo historicismo) que han surgido al amparo precisamente de la interpretación de los textos históricos. Esto me da pie a cuestionar el sentido de lo «nuevo»

en la historiografía. Finalmente, en el capítulo 7, que funciona de hecho a modo de epílogo, me planteo el problema de la referencialidad en la historia.

Algunas de las ideas que aparecen en este libro han sido previamente publicadas, de modo disperso y algunas de ellas en otros idiomas, en artículos y monografías en estos últimos años: *Authoring the Past. History, Politics and Autobiography in Medieval Catalonia*, Chicago, The University of Chicago Press, 2012; *Theoretical Perspectives on Historians' Autobiographies*, Londres, Routledge, 2016; «Antiquarianism over Presentism. Reflections on Spanish Medieval Studies», en Karl Fugelso, Vicent Ferré y Alicia C. Montoya (eds.), *Studies in Medievalism XXIV: Medievalism on the Margins*, Woodbridge, Boydell & Brewer, 2015, pp. 115-137; «The Self-Coronation of Peter the Ceremonious (1336): Historical, Liturgical, and Iconographical Representations», *Speculum* 89, 2014, pp. 66-95 (junto a Marta Serrano-Coll); «Memoria dinástica y mitos fundadores: la construcción social del pasado en la Edad Media», en Arsenio Dacosta, José Ramón Prieto Lasa y José Ramón Díaz de Durana (eds.), *La conciencia de los antepasados. La construcción de la memoria de la nobleza en la Baja Edad Media*, Madrid, Marcial Pons, 2014, pp. 303-334; «Le Livre des faits de Jacques Ier d'Aragon (1208-1276): entre la chronique historique et la fiction autobiographique», en Pierre Monnet y Jean-Claude Schmitt (eds.), *Autobiographies souveraines*, París, Publications de la Sorbone, 2012, pp. 159-178; «Medieval Historiography and Mediation: Bernat Desclot's Representations of History», en Robert Maxwell (ed.), *Representing History, 1000-1300: Art, Music, History*, Princeton, Princeton University Press, 2010, pp. 91-108; «Los lenguajes de la historia: entre el análisis y la narración», *Memoria y Civilización* 15, 2012, pp. 301-317; «La Chronique de Jacques Ier, une fiction autobiographique. Auteur, auctorialité et auctorité au Moyen Âge», *Annales. Histoire, Sciencies Sociales* 63, 2008, pp. 301-318; «El Nuevo Medievalismo y la interpretación de los textos históricos», *Hispania* 66, 2006, pp. 809-832; «A Secret Realm: Current Trends in Spanish Medieval Studies», *JEGP: A Journal of English and Germanic Philology* 105, 2006, pp. 61-86; «From Genealogies to Chronicles. The Power of the Form in Medieval Catalan Historiography», *Viator* 36, 2005, pp. 235-264. Por este motivo, me ha parecido oportuno ahora reunir todas estas ideas en un solo volumen, poniéndolas además a disposición de la cada vez más amplia audiencia de habla hispana.

Finalmente, deseo mostrar mi más sincero agradecimiento a Vicent Olmos, uno de esos editores que, junto a su gran competencia profesional, cultiva día a día su gran pasión por el conocimiento humanístico, que tantos autores apreciamos extraordinariamente.

PARTE I

LOS CONTENIDOS HISTÓRICOS Y LOS GÉNEROS LITERARIOS

I. LA FUNCIÓN DE LAS GENEALOGÍAS: EL RITMO DINÁSTICO

La mitificación de los orígenes dinásticos es un fenómeno cultural específico de la Europa de los siglos XI y XII, como lo fue la recuperación de los orígenes medievales de la historiografía romántica de la Europa del siglo XIX.[1] En este primer capítulo me propongo realizar una aproximación global y teórica sobre la cuestión de la recuperación intencionada del pasado por parte de los linajes europeos a partir del siglo XI. En el Occidente medieval prolifera el uso de determinados géneros literarios e históricos (especialmente las genealogías) y, como consecuencia, en la aparición de la esencial figura del «héroe fundador» de los linajes (sean estos monárquicos, condales o nobiliarios), que será analizada en el siguiente capítulo. Estas narraciones tienen por objeto la fijación de los orígenes de las dinastías y los linajes, por lo que han sido definidas genéricamente como *narrativas de orígenes*. Estos relatos devienen pronto míticos y/o legendarios, y consiguen fijar unos «orígenes» con un claro componente ahistórico y atemporal, para distinguirlos claramente de unos «comienzos» propiamente históricos, cuyas coordenadas espacio-temporales y circunstancias concretas son bien conocidas y, por tanto, se avienen menos a una eventual mitificación o a procesos de legendarización.

Estos procesos de creación, generación, y recuperación de la memoria dinástica precisan de unos géneros literarios e históricos proporcionados a sus ambiciosos objetivos sociales. Pronto se descubre que las genealogías son el género que mejor se aviene a este propósito memorístico colectivo.

[1] Este capítulo está basado, en parte, en mi artículo «From Genealogies to Chronicles. The Power of the Form in Medieval Catalan Historiography», *Viator* 36, 2005, pp. 235-264.

En un principio, las genealogías se esparcen por los Países Bajos y Francia durante los siglos XI y XII, experimentando una llamativa eficacia, un enorme prestigio y una prolongada vigencia, como es bien patente en el caso específico de Castilla, donde se mantienen hasta el siglo XVI. Su enorme capacidad mítica las hará incluso hábiles para ser recuperadas, aunque utilizadas de modo diverso, por las narraciones historiográficas decimonónicas realizadas al amparo de los movimientos romántico-nacionalistas, aunque esto es parte ya de otra historia.[2]

La historiografía reciente ha descubierto la riqueza de las narraciones históricas genealógicas, cuyo contenido no había atraído excesivamente la atención de los historiógrafos positivistas por ser demasiado esquemáticas.[3] Hacia el siglo XII, algunas de las familias nobiliarias que reciben el título monárquico (o que aspiran a recibirlo) buscan unos procedimientos proporcionados a su nuevo estatus político, con el objetivo de consolidar su creciente poder. En principio, los dos procedimientos que resultan más eficaces para cumplir estos propósitos son la expansión territorial a través de las conquistas militares y de unas cuidadas estrategias matrimoniales.[4] Sin embargo, estos linajes pronto se dan cuenta de que la elaboración de textos históricos es otro de los métodos más eficaces de legitimación de una agresiva política expansiva o de la búsqueda del prestigio social de una determinada dinastía, si bien restringido al mundo cultural, más que (en principio) al político o militar. Las genealogías de los condes suplen entonces con eficacia a los sobrios *anales* altomedievales.[5] La genealogía es asumida por

[2] Las relecturas históricas románticas de la época medieval histórica, muy típicas de la España liberal, han sido analizadas por José Álvarez Junco: *Mater Dolorosa: la idea de España en el siglo XIX*, Madrid, Taurus, 2011; Benoit Pellistrandi: *Un discours national? La Real Academia de la Historia: entre science et politique (1847-1897)*, Madrid, Casa de Velázquez, 2004; Stéphane Michonneau: *Barcelona: memòria i identitat: monuments, commemoracions i mites*, Vic, Eumo, 2002. En una cronología más extensa, ver el documentado estudio de Martín F. Ríos Saloma: *La Reconquista, una construcción historiográfica (siglos XVI-XIX)*, Madrid, Marcial Pons, 2011.

[3] Dos artículos, publicados en los años setenta, tuvieron mucha trascendencia en esta dirección. Uno de Georges Duby: «Remarques sur la littérature généalogique en France aux XIe et XIIe siècles», *Hommes et structures du Moyen Age*, París, Mouton, 1973, cap. 16. El otro de Gabrielle M. Spiegel: «Genealogy: Form and Function in Medieval Historical Narrative», *History and Theory* 22, 1975, pp. 314-325.

[4] Un estudio que analiza integradamente todos estos factores, para el caso de los condes de Barcelona y reyes de Aragón, es el de Martin Aurell: *Les noces du Comte. Mariage et pouvoir en Catalogne*, París, Editions La Sorbonne, 1995.

[5] Los *Annales* son el género histórico donde se recogen sistemática y esquemáticamente los principales acontecimientos: Michael McCromick: *Les Annales du aut moyen âge*, Turnhout, Brepols, 1975. En Cataluña reciben el nombre de *cronicons*: Miquel Coll i Alentorn: *Historiografía*, Barcelona, Curial, 1991, pp. 24-42; Thomas N. Bisson: «Unheroed Pasts:

los cronistas medievales como un medio privilegiado para establecer una sucesión ordenada y rigurosa de los hechos, que son los verdaderos fundantes de la estructura de la historia.[6] Prolifera así una literatura propiamente histórico-historiográfica, que aprende a convivir con las leyendas épicas, percibidas como ficcionales por sus lectores.[7]

Ciertamente, la distinción entre los diversos géneros históricos medievales (anales, genealogías, historias y crónicas) es a veces confusa y, hasta cierto punto, arbitraria, porque no hay unas fronteras demasiados nítidas entre ellas –aunque esta porosidad de los géneros literarios es aplicable a todas las épocas–.[8] Sin embargo, resulta evidente que la experimentación de unos nuevos tiempos (caracterizados sobre todo por la emergencia de las nuevas monarquías y la consolidación de los antiguos condados) condiciona la creación de unos géneros históricos más acordes con el nuevo contexto político y social. Las nuevas dinastías se lanzan así a la búsqueda de nuevos procedimientos de reactualización del pasado.

History and Commemoration in south Frankland before the Albigensian Crusades», *Speculum* 65, 1990, pp. 287-289. Una introducción general al género genealógico en Leopold Genicot: *Les Généalogies*, Turnhout, Brepols, 1975.

[6] Northrop Frye: *The Anatomy of Criticism*, Princeton, Princeton University Press, 1957, p. 15.

[7] Martí de Riquer: *Història de la literatura catalana*, Barcelona, Ariel I, 1964, p. 373.

[8] Para la distinción entre los diferentes géneros históricos en la Edad Media, Bernard Guenée: «Histoires, annales, chroniques. Essai sur les genres historiques au moyen âge», *Annales. Économies, Sociétés, Civilisations* 28, 1973, pp. 997-1016. La cuestión de los géneros históricos me parece esencial e intuyo que va a ser uno de los temas que generará mayor atención entre los académicos en el futuro, pues es un tema que se aviene bien al mayor diálogo disciplinar experimentado entre la disciplina histórica y la crítica literaria en los últimos decenios. He reflexionado sobre esta cuestión en Jaume Aurell: «The Shift in Historical Genres», *Authoring the Past. History, Historiography, and Politics in Medieval Catalonia*, Chicago, The University of Chicago Press, 2012. Sin pretender ser exhaustivo, cito a continuación algunos de los estudios teóricos más relevantes de los últimos años sobre la teoría de los géneros, en concreto los que me parecen más aplicables al análisis de la historiografía medieval: Hans-Robert Jauss: «Littérature médiévale et théorie des genres», *Poetique* 1, 1970, pp. 79-101; Jacques Derrida: «The Law of Genre», *Critical Inquiry* 7, 1980, pp. 55-82; Heather Dubrow: *Genre*, Londres, Methuen, 1982; Alistar Fowler: *Kinds of Literature. An Introduction to the Theory of Genres and Modes*, Oxford, Oxford University Press, 1982; Jean-Marie Schaeffer: «Du texte au genre. Notes sur la problématique générique», *Poetique* 53, 1983, pp. 3-18; Carolyn R. Miller: «Genre as Social Action», *Quarterly Journal of Speech* 70, 1984, pp. 151-167; Gérard Genette y Tzvetan Todoroz (eds.): *Théorie des genres*, París, Seuil, 1986; Ralf Cohen: «History and Genre», *New Literary History* 17, 1986, pp. 203-218; David Baguley: «Genre and "Genericity": Recent Advances in French Genre Theory», en Joe Andrew (ed.), *Poetics of the Text. Essays to celebrate Twenty Years of the Neo-Formalist Circle*, Amsterdam, Rodopi, 1992; Mark Salber Phillips: «Histories, Micro- and Literary: Problems of Genre and Distance», *New Literary History* 34, 2003, pp. 211-229.

Uno de los objetivos prioritarios de las nacientes monarquías medievales es establecer su genealogía, para conectar un pasado remoto legendario con un presente que es preciso legitimar. No es extraño, así, que las genealogías adquieran una enorme carga política en la Edad Media.[9] A primera vista, puede pensarse que se trata de una consecuencia de la asentada tradición bíblica de recoger las genealogías de los patriarcas, lo que tiene su culminación en el pórtico del primer evangelio, donde se recoge la genealogía de Jesucristo.[10] Pero ahora ya no se trata solo de recoger una tradición testamentaria más o menos asentada, sino de imitar un modelo que se estaba extendiendo cada vez más en la Europa medieval: el de las listas de los reyes.

Para la construcción de las sucesiones dinásticas de los siglos XI y XII, la tipología escripturística se utiliza únicamente como modelo secundario. En este sentido, se aprecia el carácter laico de las nuevas genealogías dinásticas que se imponen a partir del siglo XI. Al tiempo que se introducen definitivamente los valores eclesiásticos en el interior de las grandes casas aristocráticas, la cultura de la corte se laiciza.[11] Se trata de una primera secularización del tiempo –el tiempo dinástico– que es un elocuente precedente de la definitiva laicización del tiempo a finales de la Edad Media.[12] Los textos históricos legitimadores no necesitan ya remontarse a los tiempos bíblicos: les basta con acceder, de un modo mitológico, a los fundadores heroicos de las dinastías. Los eslabones de la cadena de la sucesión hereditaria son los encargados de marcar los espacios de tiempo, que a su vez son sellados por unos interludios que se reducen más y más en la medida que se acercan al presente. La narración histórica pasa a ser controlada por el ritmo dinástico, que sustituye el rígido *tempus* cronológico de los *Annales* y los *Calendarii*, practicados en siglos anteriores como modos de conocimiento y transmisión históricos.

La emergencia de la literatura genealógica durante este periodo está conectada con la expansión del sentido dinástico y la consolidación de la organización agnática de la familia a partir del siglo X. La literatura genealó-

[9] Bernard Guenée: «Les généalogies entre l'histoire et la politique: la fierté d'être Capétien en France au Moyen Âge», *Annales. Économies, Sociétés, Civilisations* 33, 1978, pp. 450-477; Gabrielle M. Spiegel: «Genealogy: Form and Function in Medieval Historical Narrative», *History and Theory* 22, 1975, pp. 314-325.

[10] Mateo, cap. 1, vers. 1-17.

[11] José Enrique Ruiz Domènec: «Reminiscencia y conmemoración: el proceder de la literatura genealógica», *La memoria de los feudales*, Barcelona, Argot, 1984, p. 219.

[12] Jacques Le Goff: «Au Moyen Âge: Temps de l'Église et temps du marchand», *Pour un autre Moyen Âge. Temps, travail et culture en Occident*, París, Gallimard, 1977, pp. 46-65 y Jacques Le Goff: «Le temps du travail dans la *crise* du XIVe siècle: du temps médiéval au temps moderne», *Le Moyen Age* LXIX, 1963, pp. 597-613.

gica de las monarquías y los grandes condados se verifica en un contexto todavía eclesiástico y monástico, pero con una intencionalidad más política y cortesana que religiosa y espiritual. Se conservan así algunas genealogías como las del conde de Flandes, Arnoldo el Grande, compuesta por Vuitgerius entre el 951 y el 959 y conservada en la abadía de Saint-Bertin; entre el 1050 y 1110, noticias de las genealogías del conde de Flandes, Arnoldo el Joven, redactadas en el monasterio de Saint-Pierre-au-Mont-Blandin; una genealogía de los condes de Vendôme, insertada en el cartulario de Vendôme, y seis genealogías de los condes de Anjou procedentes de Saint-Aubin de Angers; de finales del siglo XI data la primera redacción de la genealogía de los condes de Boulonge y un fragmento de la historia de los condes de Anjou, y entre 1110 y 1130 aparecen dos nuevas genealogías de los condes de Flandes. Hacia 1160 se produce un periodo de especial fecundidad: se revisan las genealogías flamencas y angevinas y los autores de crónicas e historias regionales se muestran mucho más atentos a los datos genealógicos. Por fin, en 1194, Lamberto de Ardres escribe la *Histoire des comtes de Gines*, considerado un modelo del género genealógico.[13]

En la Península Ibérica, las circunstancias que envuelven las genealogías de los condes de Barcelona, elaboradas en el siglo XII, son también ilustrativas de estos procesos, y encajan perfectamente en esa cronología. El texto de las *Gesta Comitum Barchinonensium* debe ser incluido entre los materiales que consolidaron el establecimiento de los principados territoriales nacidos de la disolución del poder real. En 1136, Ramón Berenguer IV, conde de Barcelona, se casa con la hija del rey de Aragón, Ramiro el Monje. Este matrimonio abre por fin a la casa condal catalana la posibilidad de acceder al título de rey. Unos decenios más tarde, en 1162, Alfonso el Casto hereda de su padre Ramon Berenguer IV tanto el condado de Barcelona como el Reino de Aragón. El conde de Barcelona pasa así a ser también rey de Aragón. Pocos años después, hacia 1180, tomaba forma definitiva uno de los textos fundantes de la historiografía catalana medieval: las *Gesta Comitum Barchinonensium*.

Las *gestas* de los condes, presentadas de modo genealógico, responden a la necesidad de las nacientes monarquías de establecer una genealogía, real o imaginaria, que les permita conectar con los orígenes legendarios de la dinastía y, en concreto, con sus fundadores.[14] En cambio, significativa-

[13] Algunos de estos ejemplos están desarrollados en Duby: «Remarques sur la litterature généalogique», pp. 287-298.

[14] Thomas N. Bisson: «L'essor de la Catalogne: identité, pouvoir et idéologie dans une société du XIIe siècle», *Annales. Économies. Sociétés. Civilisations* 39, 1984, pp. 454-479,

mente, las crónicas caballerescas que se desarrollan en la Europa del siglo XIII (las conocidas «narraciones de cruzadas» francesas y la más próxima en Aragón, el *Llibre dels fets* del rey Jaime I el Conquistador) responden a otras motivaciones diferentes, fruto del diverso contexto político desde el que se articulan: una vez asegurada la continuidad dinástica, ahora se trata de mostrar la grandeza de un monarca en todo su esplendor, detallando sus conquistas en un estilo heroico y caballeresco. El *Llibre dels fets*, por ejemplo, no precisa ya el establecimiento de unas genealogías, que habían sido reservadas para la legitimación del poder de los condes de Barcelona pero no tenían demasiado sentido para la consolidación de los reyes de Aragón. El rey ya no tenía ninguna necesidad de asegurar un poder que estaba legalmente fundado en la elección y la consagración. La exaltación de la ascendencia carolingia de los condes de Barcelona había sido muy útil para asegurar las sucesivas herencias, pero en el caso de los monarcas de Aragón no era ya tan necesario probar sus orígenes en un contexto mítico. Esta evolución de los géneros histórico-literarios, de las genealogías de los siglos XI-XII a las crónicas de los siglos XIII-XV, realza lo heterodoxo (y quizás por esto fascinante) del fenómeno de la proliferación de la literatura genealógica de los linajes castellanos en los siglos XIV-XVI.

Porque el contraste entre «genealogías» y «crónicas» no solo existe a nivel del contenido (cosa que resulta evidente al leerlas) sino también en el nivel de la forma: en el tipo de narración, en el estilo y el género literario, en la lengua utilizada y en las formas gramaticales elegidas. Las genealogías analizan la sucesión cronológica de los condes y los monarcas y, solo como consecuencia y de modo sucinto, sus hazañas y conquistas principales; las crónicas se centran desde el primer momento, en cambio, en la narración de los hechos militares más sobresalientes de los condes y reyes a quienes se dedica la narración. El ritmo de la narración en las genealogías es cadencial y previsible; el de las crónicas es dramático y lleno de saltos cronológicos, de reflexiones y de detalles cotidianos. Las primeras utilizan habitualmente el latín; las segundas, las lenguas romances. Las genealogías utilizan un estilo literario sobrio y previsible; las crónicas, por contraste, basan su eficacia en un estilo literario lleno de fuerza y expresividad.

---

especialmente en pp. 459-463. Bisson conecta este modo genealógico de narrar con aquel otro que describió Georges Duby para el norte de las viejas tierras carolingias, donde existe una producción fecunda de genealogías de linajes ilustres: Duby: «Remarques sur la littérature généalogique», cap. 16. También es útil, como modelo, Leopold Genicot: «Princes territoriaux et sang carolingien. La *Genealogia comitum buloniensium*», *Études sur les principautés lotharingiennes*, Louvain, Université de Louvain, 1975, pp. 217-306.

En lo que concierne al género literario, las genealogías están redactadas en la forma seriada condicionada por su opción claramente dinástica, mientras que la prosa de las crónicas suele alcanzar tintes dramáticos y épicos, e incluso, para lograr ese efecto épico, utilizan como fuente los textos rimados anteriores que narraban las gestas de los reyes.[15] Respecto a las formas gramaticales utilizadas, la complejidad de las crónicas delata un mayor dominio por parte de su redactor de las técnicas narrativas, lo que indudablemente genera un dinamismo mucho más considerable que la rígida estructura de las genealogías.

Todas estas características del *texto* están íntimamente relacionadas con los condicionantes y las motivaciones que le llegan de su *contexto*. Así como algunas genealogías se suelen redactar en el ámbito de los claustros de los monasterios, por encargo directo de reyes y condes (esto evidentemente ya no vale para las genealogías tardomedievales), las crónicas se suelen elaborar ya en el contexto físico e intelectual de las cortes –quizás con la única gran excepción de las *Grandes Chroniques de France*–. Si durante los siglos XI-XII las nacientes monarquías luchan por su consolidación, a partir del siglo XIII la fuerza de los hechos confirma su prestigio y solidez, lo que les permite lanzarse a una audaz política de expansión política, militar y comercial –cuya narración se aviene mejor con la jugosa prosa cronística que con el esquemático ritmo narrativo genealógico–. Esta evolución tan peculiar «de las genealogías a las crónicas», que afectan tanto al contenido de la forma de los textos como a las circunstancias de su contexto, no es lógicamente un hecho aplicable únicamente a la Edad Media.[16]

El título que llevan algunas de las genealogías, *Gesta*, puede llevar a engaño, porque esos textos no suelen consistir en una colección de las gestas de los condes o las cabezas de linaje, sino en una sobria y esquemática compilación de las sucesiones dinásticas, que se inicia con la historia del «héroe fundador» y que culmina con el último vástago del linaje y primer monarca de la dinastía. La elección de la forma genealógica por parte de los linajes para construir su pasado responde a la práctica eterna de la fijación de los orígenes (el libro del Génesis de las Escrituras constituye una

[15] Miquel Coll i Alentorn: «La historiografía de Catalunya en el período primitiu», *Estudis Romànics* III, 1951-1952, pp. 139-196.

[16] Utilizo la expresión acuñada por Hayden V. White: *The Content of the Form: Narrative Discourse and Historical Representation*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1989, cuyas reflexiones sobre la moderna historiografía, y sobre todo su teoría sobre el texto histórico como artefacto literario, resultan muy útiles para enfrentarse al análisis de las historiografías de las diferentes épocas históricas.

de sus primeras manifestaciones), independientemente de si se tienen noticias ciertas o no de esas raíces. El pasado remoto se pierde en la noche de los tiempos, y es más sencillo de reescribir, de ficcionar, de mitificar; la invención del pasado reciente es más compleja. La peculiar estructura formal de la genealogía es la que permite a los linajes más prestigiosos y a las nacientes monarquías crear los nexos necesarios para legitimar el principio hereditario de la sucesión monárquica.[17] Uno de los casos más paradigmáticos de este acercamiento de un pasado mítico al presente hegemónico es la pretensión de la monarquía francesa de emparentarse con los reyes carolingios, para enlazar desde allí con los merovingios e incluso con la monarquía troyana, tal como aparece en el preámbulo de la sección dedicada a los Capetos en las *Grandes Chroniques*.[18] Pero para que estas apelaciones a los orígenes tengan eficacia, la figura del héroe fundador cobra una particular importancia.

LA CONEXIÓN DEL PASADO Y EL PRESENTE: LA FUNCIÓN POLÍTICA Y SOCIAL DE LAS GENEALOGÍAS

La función de las genealogías históricas y de la figura del héroe fundador, reseñada en los párrafos anteriores, nos invita a replantearnos algunas cuestiones teóricas. El texto histórico fue utilizado durante la Edad Media como un medio de acercamiento del pasado al presente, para legitimar y dar consistencia a la situación del momento presente.[19] La falta de referentes cronológicos fijos en el pasado facilitaban esta proximidad del pasado con el presente. Se ha criticado con frecuencia la falta de rigor cronológi-

[17] Gabrielle M. Spiegel: *The Past as Text. The Theory and Practice of Medieval Historiography*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1997, p. 106.

[18] *Les Grandes Chroniques de France*, Jean Viard (ed.), París, Société de l'Histoire de France, 1920-1953, 10 vols. (aquí vol. 5, cap. 1-2).

[19] Ver las interesantes reflexiones que sobre este punto se encuentran en el ensayo de François Dosse: *Història. Entre la ciència i el relat*, València, Universitat de València, 2001. En los últimos años se han publicado sugerentes obras teóricas sobre las relaciones entre historia y la memoria en las sociedades tradicionales y el uso del tiempo y la tradición: David Lowenthal: *The Past is a Foreign Country*, Cambridge, Cambridge University Press, 1985; Gordon S. Wood: *The Purpose of the Past. Reflections on the Uses of History*, Nueva York, The Penguin Press, 2008; y John L. Gaddis: *The Landscape of History: how Historians Map the Past*, Oxford, Oxford University Press, 2004. Para la España medieval, ver el interesante volumen colectivo de Jon Andoni Fernández de Larrea y José Ramón Díaz de Durana (eds.): *Memoria e historia. Utilización política en la Corona de Castilla al final de la Edad Media*, Madrid, Sílex, 2010.

co en la historiografía medieval. Pero habría que preguntarse si esta falta de rigor no es más una herramienta política que una laguna metodológica. Buena parte de las dinastías de este periodo buscan reducir al máximo la distancia que les separa con la generación fundante de su linaje, a través del tiempo cadencial pero abstracto de las narraciones genealógicas. La falta de fijación cronológica les permite distorsionar esas distancias temporales, tanto las que se refieren a los interludios generacionales entre los sucesivos herederos consignados como a la distancia entre el fundador de la dinastía y el presente.

En las genealogías se impone de modo natural la proximidad entre el pasado del héroe fundador y el presente del linaje. Este efecto se consigue a través de la continuidad genealógica, que amortigua la sensación de lejanía cronológica. Sin embargo, el crítico contemporáneo percibe una enorme distancia entre los extremos de esa historia, porque lo ve con una mayor perspectiva y una mayor carga científica derivada de los postulados de la crítica moderna. Hay, en efecto, un periodo de larga duración, desde el tiempo en que se narran esas historias, entre los siglos XI y XII, y el tiempo narrado de los orígenes las dinastías, que habitualmente se refiere al siglo IX, pero muchas veces se remontan incluso a la Antigüedad. Con todo, esos textos funcionan con una enorme eficacia, entre otros motivos por la falta de fijación cronológica de la cultura medieval, lo que explicaría su uso análogo en sociedades y culturas tan alejadas cronológica y geográficamente como la antigua India, el moderno Hawai o la contemporánea Norteamérica indígena (algo que por cierto siempre me ha impresionado y fascinado).[20]

En una sociedad tan tradicional como la medieval, los hábitos que superan el paso del tiempo y consiguen establecerse en el presente adquieren un

[20] Lo que explicaría su utilización en otros lugares muy distantes: para la India Antigua, ver Romila Thapar: «Society and Historical Consciousness. The *Itihasa*-purana, Tradition», *Interpreting Early India*, Oxford, Oxford University Press, 1992, pp. 137-173. Romila Thapar: «Genealogy as a Source of Social History», *Ancient Indian Social History. Some Interpretations*, Delhi, Orient Longman, 1978, pp. 326-360; Romilla Thapar: «Genealogical Patterns as Perceptions of the Past», *Cultural Pasts. Essais in Early Indian History*, Oxford, Oxford University Press, 2000, pp. 709-753. Para Hawai, ver Valerio Valeri: «Constitutive History: Genealogy and Narrative in the Legitimation of Hawaiian Kingship», Emiko Ohnuki-Tierney (ed.), *Culture Through Time. Anthropological Approaches*, Stanford, Stanford University Press, 1990, pp. 154-192; Davida Malo: *Hawaiian Antiquities*, Honolulu, Bishop Museum Press, 1971; Samuel M. Kamakau: *The Ruling Chiefs of Hawaii*, Honolulu, Kamehameha Schools Press, 1961. Para las sociedades indígenas norteamericanas, Karen I. Blu: *The Lumbee Problem. The Making of an American Indian People*, Lincoln, University of Nebraska Press, 2001.

influjo mucho mayor que las novedades, sean del tipo que sean. Algo que, desde luego, contrasta con un mundo actual donde la novedad tiene una legitimación de por sí, más allá de lo que vaya a perdurar. Los gobernantes medievales, por contraste, basaban buena parte de la legitimación de su poder en la autoridad del pasado. La historiografía cobra así un inesperado interés, independientemente de la mayor o menor cantidad de sus receptores potenciales, porque lo que está asegurado es la recepción de las élites sociales y políticas. La paradoja, y lo que confirma todas estas reflexiones, es que así como el contenido de las genealogías abarca muchas veces siglos (los que transcurren desde la narración de los orígenes del linaje hasta el presente), en cambio las narraciones cronístico-caballerescas que se imponen en los siglos XIII y XIV suelen remontarse, todo lo más, a dos generaciones, cuando no se centran en una única figura –que muchas veces asumen, además, formas biográficas o autobiográficas, con la emergencia de la subjetividad literaria, lo que les restringe a la duración de una vida.[21]

La evolución «de las genealogías a las crónicas», verificada en buena parte de Europa durante el siglo XIII, confirma que a los nuevos linajes ya no les interesa tanto legitimar la propia institución condal o monárquica como justificar su eventual expansión territorial, militar o política. Este es el fenómeno que se experimentó también en la Francia de finales del siglo XIII, al divulgarse la doctrina técnicamente conocida como el *reditus regni ad stirpem Karoli Magni*.[22] Esta doctrina no fue utilizada por los cronistas franceses tanto por la posibilidad que ofrece de la legitimación de la dinastía reinante como por su eficacia en la confirmación de la expansión política y militar experimentada a partir del reinado de Felipe Augusto, a principios del siglo XIII.[23] La aplicación de la doctrina del *Reditus* a la historiografía francesa tendría así un influjo tanto en el ámbito de las conquistas territoriales como en el de las convicciones intelectuales y las prácticas culturales.

Las aspiraciones expansivas de algunos de los monarcas del siglo XIII como Felipe Augusto y San Luis en Francia, Fernando III en Castilla y Jaime I el Conquistador en Aragón se reflejan sin duda alguna en el modo

[21] Para el tema de la emergencia de la subjetividad literaria hay que acudir al clásico de Michel Zink: *The Invention of Literary Subjectivity*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1999.

[22] Ver, por ejemplo, Andrew W. Lewis: «Dynastic Structures and Capetian Throne Right: The Views of Giles of Paris», *Traditio* 33, 1977, pp. 225-252; Elisabeth Brown: «La notion de la légitimité et la prophétie à la cour de Philippe-Auguste», en Robert-Henri Bautier (ed.), *La France de Philippe-Auguste: Le temps des mutations*, París, CNRS, 1982, pp. 77-110.

[23] Spiegel: *The Past as Text*, p. 112.

de diseñar las historiografías nacionales respectivas. En este contexto, el paralelismo entre las *Grandes Chroniques* francesas, la producción del taller alfonsí castellano y las crónicas catalanas es más que evidente.[24] Sin embargo, así como las dos primeras generan un sentimiento muy arraigado de legitimación de toda una dinastía, las terceras ponen un mayor empeño en consolidar la memoria histórica referida a los monarcas singulares. Significativamente, las propias *Gesta Comitum Barchinonensium* sufren una transformación continua a lo largo del siglo XIII, por las adiciones que se van haciendo en ese texto para narrar las gestas de los monarcas que se van sucediendo en el tiempo presente. De este modo, la propia estructura del texto cambia profundamente, y a finales del siglo XIII es difícil argumentar que se trata del mismo texto que las *Gesta* originarias, además del hecho (nada desdeñable) de que esas adiciones están hechas ya en lengua romance (catalán) y no en el latín originario.[25] La entusiasta recepción de la doctrina *Reditus regni ad stirpem Karoli* demuestra su estrecha relación con las aspiraciones legitimadoras de la dinastía capeta. Las aspiraciones de esta dinastía de establecer sus nexos directos con la dinastía carolingia es un fenómeno político de primer orden, que tiene un enorme influjo en la consolidación de unas prácticas de gobierno acordes con esa filiación.[26]

Las nuevas crónicas caballerescas basan su eficacia en la narración continuada y casi exclusiva de las gestas de sus monarcas, o de los caballeros cruzados. Por contraste, las genealogías habían basado su eficacia en la fuerza de la sucesión genealógica más que en la narración de las gestas de

[24] Para Francia, ver la edición de Jean Viard: *Les Grandes Chroniques de France*, París, Société de l'Histoire de France, 10 vols., pp. 1920-1953; para el taller alfonsí, ver la bibliografía de Georges Martin (ed.): *La historia alfonsí. El modelo y sus destinos (siglos XIII-XV)*, Madrid, Casa de Velázquez, 2000 y Diego Catalán: «El taller historiográfico alfonsí: métodos y problemas en el trabajo compilatorio», *Rom* 84, 1963, pp. 353-375; para Cataluña, Jaume Aurell: *Authoring the Past. History, Autobiography, and Politics in Medieval Catalonia*, Chicago, The University of Chicago Press, 2012. Para una comparativa con Inglaterra es útil el libro de Antonia Grandsen: *Historical Writing in England, c. 550-c. 1307*, Londres, Routledge, 1974.

[25] En la edición de las *Gesta Comitum* realizada por Barrau-Dihigo y Massó: *Cròniques Catalanes. II. Gesta Comitum Barchinonensium*, en Lucien Barrau-Dihigo y Josep Massó Torrents (eds.), Barcelona, Institut d'Estudis Catalans, 1925, se transcriben dos versiones diferentes a la original, que recibe el nombre de «primitiva», redactada en latín. Es especialmente interesante cotejar la versión «primitiva» con la traducción catalana, elaborada años después, a la que se han ido añadiendo diferentes pasajes con el paso del tiempo (el texto catalán está recogido en *Gesta Comitum*, pp. 119-144). Por este motivo, en este capítulo me he centrado en las dos primeras fases de esa redacción (redactadas hacia 1162-1182 y 1200-1208) porque las posteriores responden a otras motivaciones contextuales muy diferentes.

[26] Spiegel, *The Past as Text*, p. 115.

los condes. De este modo, se da la paradoja de que el texto de las *Gesta* no se centra prioritariamente en las *gestas* de sus protagonistas, sino en su propia existencia –la apelación a la vieja distinción romana entre unas *gestas* basadas en la *potestas* y unas crónicas que enfatizan sobre todo la *autoritas* de los reyes se impone por sí misma–.[27] La coincidencia de los términos (*Gesta* en el título y *gestas* narradas) es simplemente formal, porque el contenido del texto desmiente esa identificación del continente semántico. Esto queda claro desde el momento en que el compilador de las *Gesta* barcelonesas, por ejemplo, expone la finalidad del texto («Este libro cuenta la verdad de los hechos del primer conde de Barcelona, y de todos los que le sucedieron») ya que, salvo la caballeresca historia de Guifré, el texto se centra simplemente en una enumeración de los condes, los territorios heredados y los matrimonios que aseguran la sucesión patrimonial.[28]

Las crónicas francesas vernaculares del siglo XIII (las *Chroniques des Rois de France*, del Anónimo de Béthune, escrita entre 1220 y 1223, y otra anónima *Chronique des Rois de France*, así como las bien conocidas *Grandes Chroniques de France*) mantienen un contexto de legitimación política, que convive con la emergencia de las autobiográficas «crónicas de cruzadas».[29] Los Capetos habían manipulado su historia a través de la fabricación historiográfica del *reditus* carolingio, que al mismo tiempo era una respuesta al mito de la *translatio imperii* germánico. La monarquía francesa estaba urgida para aclarar la legitimidad de sus conquistas en Normandía, que habían pertenecido al rey de Inglaterra.[30] Con la «carolingización» de los Capetos no solo se legitimaba su expansión territorial sino también su hegemonía respecto a las demás monarquías europeas, especialmente los

[27] Esta importante distinción aparece desarrollada en las obras de Carl Schmitt: *Dottrina della constituzione*, Milano, Giuffrè, 1984 y Giorgio Agamben: *Homo Sacer. Sovereign Power and Bare Life*, Stanford, Stanford University Press, 1998. Para la conexión de estos conceptos de derecho romano con la autoridad literaria en la época medieval, ver Larry Scanlon: «Auctoritas and Potestas: a Model of Analysis for Medieval Culture», *Narrative, Authority, and Power. The Medieval Exemplum and the Chaucerian Tradition*, Cambridge, Cambridge University Press, 1994, pp. 36-54.

[28] «Iste liber ostendit veritatem primi comitis Barchinonae et omnium aliorum qui post eum venerunt, et de ordinatione omnium comitatuum qui sunt in Catalonia, et nomina et tempora illorum qui tenuerunt unus post alium comitatus, et qualiter regnum Aragoniae primo venit, et qualiter fuit unitum comitatui Barchinonae. Item ponuntur in eo facta et gesta nobilia quae fuerunt facta per reges Aragoniae suis temporibus et per nobiles comites Barchinonae» (*Gesta Comitum*, pp. 22-23).

[29] Este «tipo literario» lo analizó magistralmente Michel Zink: *The Invention of Literary Subjectivity*, pp. 187-219.

[30] John W. Dalwin: *The Government of Philip Augustus: Foundations of French Royal Power in the Middle Ages*, Berkeley, University of California Press, 1986.

Plantagenet ingleses y los vecinos emperadores germánicos. La culminación de este proceso de principios del siglo XIII tiene lugar en el magno escenario de Bouvines, donde convergen tantas líneas maestras de la política europea del momento, así como las dos grandes tradiciones historiográficas del momento: la esquemática-genealógica y la discursiva-cronística.[31]

Lo que parece evidente es que, ya a finales del siglo XIII, los cánones de la prosa cronística oficial cancilleresca se imponen a los rígidos moldes de la historiografía genealógica elaborada desde los claustros. El proceso de prosificación de los textos históricos es paralelo, por lo demás, al fenómeno de prosificación de los textos literarios originariamente compuestos en verso, típico de las literaturas románicas de principios del siglo XIII, así como a su vernacularización.[32] Estos cambios aparentemente formales reflejan unas realidades sociales y políticas en mutación.

Estas consideraciones confirman que los cambios formales de la escritura histórica representan algo más que un cambio de estilo, lo cual se puede aplicar a la evolución general de la historiografía.[33] El texto histórico es fruto del contexto histórico, pero al mismo tiempo incide en él. Algunos han llegado a definir este proceso como la lógica social de la prosa.[34] La consolidación de la prosa caballeresca vernácula en la Europa del siglo XIII representa mucho más que un simple fenómeno literario. Analizados los textos desde una dimensión historiográfica, se descubre el mundo social desde el que fueron articulados y se ilumina toda su dimensión social. Se experimenta así una interconexión específica entre el texto y el contexto, que relaciona la realidad lingüística con las estructuras sociales.

Por esto, siempre he defendido que la interpretación de los textos histórico-medievales es fruto no solo de su consideración como un «artefacto literario» o como las «narraciones históricas» que más evidentemente son, sino también como una fuente privilegiada de convergencia entre el texto y el contexto, entre el contenido y la forma. Se descubre así una función pasiva y una función activa de los textos históricos, según estos

[31] Georges Duby: *Le Dimanche de Bouvines, 27 juillet 1214*, París, Gallimard, 1973.

[32] Martin de Riquer: *Història de la literatura catalana* I, p. 378.

[33] Desde una perspectiva más teórica, aplicada a la evolución del género autobiográfico, he defendido esta postura en Jaume Aurell: «Autobiography as Unconventional History: Constructing the Author», *Rethinking History: Journal of Theory and Practice* 10, 2006, pp. 433-449.

[34] Sobre el alcance epistemológico de la expresión «Social Logic of the Text», ver Gabrielle M. Spiegel: «History, Historicism and the Social Logic of the Text in the Middle Ages», *Speculum* 65, 1990, pp. 59-86.

sean considerados como *espejos* o como *generadores* de realidades sociales.[35] En este sentido, son muy significativas las estrechas relaciones que se producen entre las diversas tradiciones nacionales de la historiografía medieval. En este capítulo me he centrado en las conexiones entre las historiografías francesas, flamencas, castellanas y catalano-aragonesas, cuyos influjos mutuos son evidentes, tanto en la fase de las *genealogías* en la segunda mitad del siglo XII, como en las *crónicas* del siglo XIII. La envergadura de las aspiraciones políticas de la monarquía francesa parece darles una prioridad, aunque la enorme vitalidad cultural del mundo flamenco explica también el influjo de sus textos históricos. Al mismo tiempo, la originalidad de la historiografía medieval peninsular es llamativa, pero parece que no es tan capaz de generar nuevos modelos originarios como otras tradiciones, lo que explicaría la vigencia anacrónica de las genealogías en la Castilla durante los siglos XIV-XVI, pero también el enorme interés del análisis sistemático de esta «anomalía» (¿o quizás no?) histórica e historiográfica.

LA FUNCIÓN DE LAS GENEALOGÍAS: MITIFICANDO EL PASADO PARA CONSOLIDAR EL PRESENTE

Otro de los grandes temas que interesan más a los nuevos historiógrafos es la relación que se establece naturalmente, en el seno de los textos históricos, entre el presente y el pasado. No se trata de una simple relación cronológica dialéctica, que encorseta excesivamente el texto en su contexto. La historiografía *codifica* una realidad pasada para fusionarla con el presente. Las crónicas medievales utilizan toda la potencia del poder mitificador del pasado. Una de las motivaciones más comunes de la historiografía medieval es la de reducir el espacio entre un pasado legendario y un presente frágil, seco, sobrio, incapaz de generar mitos ni de consolidar tradiciones. Este procedimiento permite a los Capetos conectar sus orígenes legendarios con la monarquía troyana a través de las *Grandes Chroniques*[36] o a los reyes castellanos enlazar con la monarquía visigótica, lo que legitima su agresiva política expansiva por la Península Ibérica.[37] Cuanto más se aleja el cronista

[35] Spiegel: *Romancing de Past*, p. 10.

[36] Jean Viard (ed.): *Les Grandes Crhoniques de France*, I, p. 90 y VI, p. 139.

[37] Abilio Barbero y Marcelo Vigil: *La formación del feudalismo en la Península Ibérica*, Barcelona, Crítica, 1978.

temporalmente, más capaz se ve de manipular los hechos, porque cuenta no solo con el desconocimiento que se presupone de un pasado remoto sino también con su notable capacidad mitificante.

Esto explica la potencialidad y la eficacia de las genealogías históricas. Este nuevo género histórico se divulga en Europa durante la segunda mitad del siglo XII como un instrumento privilegiado para consolidar el poder monárquico, basado en la transmisión dinástica y hereditaria. La creación de una tradición histórica requiere la demostración de una continuidad social y política. Así se recoge, por ejemplo, en la introducción de las *Grandes Chroniques* francesas, donde se justifica la construcción de esta gran obra histórica por las dudas suscitadas por algunos sobre la veracidad de la genealogía de los reyes de Francia, de sus orígenes y de la procedencia de su linaje.[38] Los condes de Barcelona encargan también su genealogía, cuando devienen reyes de Aragón, para codificar su nexo genealógico con los orígenes de la dinastía. Se conecta así con el fundador de la dinastía, Guifré el Pelós, mitificando su figura, magnificando su influjo político y social y legitimando su conexión con los reyes franceses, en contraposición de visigóticos e islámicos.[39] La enorme eficacia de estos textos queda así reflejada en las *Gesta Comitum Barchinonensium*, que se utilizó como referente histórico fundamental (un verdadero «canon») para el estudio de la Edad Media en Cataluña hasta bien entrado el siglo XIX.[40]

La construcción de las genealogías es uno de los métodos más eficaces de unir pasado y presente, o al menos de contribuir a reducir al máximo sus distancias. Son una evidencia de la continuidad histórica, transmitida de generación en generación. Si las genealogías no existen o se han perdido, es preciso crearlas de nuevo. De ahí surgen, en muchas ocasiones, los personajes legendarios fundadores de las dinastías, como el caso de Don Pelayo para Castilla o de Guifré para Cataluña. Las genealogías representan, por otra parte, un nuevo modo de concebir el tiempo, que pasa a ser dominado por la dimensión dinástica, sustituyendo a los viejos *Annales* o a los *Calendarios*.[41] Al mismo tiempo, las genealogías de los siglos XII y XIII constituyen probablemente la primera secularización del tiempo en un con-

[38] Cita recogida y traducida en Spiegel: «Introduction», *The Past as Text*, 96.

[39] Martin Aurell: *Les noces du Comte. Mariage et pouvoir en Catalogne (785-1213)*, París, La Sorbonne, 1995.

[40] Jaume Aurell: «La formación del imaginario histórico del nacionalismo catalán, de la Renaixença al Noucentisme (1830-1930)», *Historia Contemporánea* 16, 2001, pp. 257-288.

[41] Orest Ranum: *Artisans of Glory. Writers and Historical Thought in Seventeenth Century France*, Chaper Hill, University of North Carolina Press, 1980, p. 5.

texto cortesano, porque las crónicas ya no necesitan remontarse a los tiempos bíblicos sino simplemente al fundador de la dinastía. La segunda y definitiva secularización del tiempo se produciría en los siglos XIV y XV, en un contexto ya urbano, al estallar la dicotomía entre un «tiempo mercantil» y un «tiempo eclesiástico», siguiendo la distinción hecha célebre por Jacques Le Goff.[42] A través de las genealogías el tiempo se humaniza, lo que lo hace más *historiable*.

DE LAS GENEALOGÍAS A LAS CRÓNICAS: TRANSFORMACIONES LITERARIAS Y MUTACIONES SOCIALES

Sin embargo, a mediados del siglo XIII las genealogías parecen haber perdido vigor. Habían sido muy eficaces para legitimar la existencia de las nacientes dinastías, pero eran insuficientes para fundamentar ideológicamente las políticas expansivas que todas ellas estaban llevando a cabo. La recuperación de la doctrina conocida como *reditus regni ad stirpem Karoli Magni* y su inclusión en el ciclo de las *Grandes Chroniques* francesas es bien ilustrativa al respecto. Todo ello se produce, sintomáticamente, durante el expansivo reinado de Felipe Augusto, a principios del siglo XIII.[43] Pocos decenios más tarde, Jaime I el Conquistador construye su gran epopeya, una crónica que narra paso a paso, de modo grandilocuente, las heroicas campañas militares de la expansión catalano-aragonesa frente a los musulmanes, sin detenerse excesivamente a considerar su genealogía y sin necesidad de remitirse al pasado remoto del fundador de la dinastía.[44]

Lo que muestran todas estas mutaciones de la historiografía durante el siglo XIII es que las transformaciones literarias en los textos históricos están estrechamente relacionadas con los cambios sociales.[45] La textualización del pasado tiene una mayor eficacia en el momento en que las monarquías europeas están llevando a cabo una política expansiva agresiva. Es el caso de los Plantagenet en Inglaterra, los Capetos en Francia, los reyes de Aragón y la

[42] Jacques Le Goff: «Au Moyen Âge», y Le Goff: «Le temps du travail».

[43] Gabrielle M. Spiegel: «The Reditus Regni ad Stirpem Karoli Magni: A New Look», *French Historical Studies* 7, 1971, pp. 145-174.

[44] Ferran Soldevila (ed.): *Jaume I, Bernat Desclot, Ramon Muntaner, Pere III. Les Quatre Grans Cròniques*, Barcelona, Selecta, 1971.

[45] Gabrielle M. Spiegel: «Social Change and Literary Language: The Textualization of the Past in Thirteenth-Century French Historiography», *Journal of Medieval and Renaissance Studies* 17, 1987, pp. 129-148.

monarquía castellana. En este contexto, la vernacularización y la prosificación del texto histórico forman parte de la estrategia llevada a cabo por estas dinastías, encaminada a divulgar la historia y las gestas del pasado para consolidar y justificar las acciones emprendidas en el presente. La redacción de las monumentales *Grandes Chroniques* de Francia y la construcción del ciclo de las llamadas posteriormente *Quatre Grans Cròniques* de Cataluña son dos de las manifestaciones más sintomáticas de esta nueva orientación política de la historiografía medieval. El poder del texto histórico es tan grande en este momento que algunos monarcas llegaron a firmar personalmente sus crónicas, como en el caso de Jaime I el Conquistador de Aragón. Aunque todavía no se ha podido demostrar hasta qué punto fue su autor material o simplemente dictó unas ideas que fueron materializadas finalmente por los escribanos de la corte (probablemente más lo segundo que lo primero), aquí el dato importante es la forma autobiográfica que adquirió finalmente el *Llibre dels Fets*, la crónica del rey.

El texto histórico deviene, sobre todo a partir del siglo XII, un instrumento privilegiado para la consolidación de la cultura aristocrática y monárquica, aunque ambas utilizan procedimientos historiográficos muy diferentes. Junto a la vernacularización del texto histórico, se produce una elocuente prosificación. La emergencia de la prosa en sustitución del verso, de la lengua vernacular en lugar del latín, de la historia en lugar de la ficción, incrementa la credibilidad de la ideología aristocrática y monárquica. La prosa da una sensación de realismo mayor que el verso, que había sido utilizado hasta entonces para las narraciones épicas y de ficción. La lengua vernácula, cada vez más extendida, otorga a la narración histórica una flexibilidad mucho mayor que el latín. Tal como lo sintetiza Gabrielle Spiegel:

> apropiándose de la inherente autoridad de los textos latinos y adaptando la prosa para la historización del lenguaje literario, la historiografía vernacular emerge como una literatura del hecho, integrando a un nivel literario la experiencia histórica y construyendo un lenguaje expresivo y narrativo, propio de la aristocracia.[46]

[46] Spiegel: *The Past as Text*, p. 193.

II. LA FIGURA DEL HÉROE FUNDADOR: LA MITIFICACIÓN DE LOS ORÍGENES

Las historias épicas que acompañan a las genealogías, principalmente las que hacen referencia a la figura del héroe fundador –habitualmente situadas al inicio de la narración–, funcionan como garantes de continuidad dinástica, y proporcionan a los nuevos grupos de élite una valiosa legitimación religiosa y social.[1] La reinvención de héroes ancestrales, basada parte en historia y parte en ficción, aumenta el prestigio del linaje y crea una nueva conciencia genealógica, que toma forma de raíz de árbol, materializada en su base en la figura del ancestro fundador.[2] Las leyendas fundadoras, creadas en los monasterios medievales, muchas de ellas presentadas en forma genealógica, no solo funcionan como ficciones inertes, sino también como textos que iluminan las formas en las que esas comunidades construyen su identidad y las relaciones sociales y políticas que esta misma identidad implica.[3]

[1] Parte del contenido de este artículo apareció en Jaume Aurell: «Memoria dinástica y mitos fundadores: la construcción social del pasado en la edad media», en Arsenio Dacosta, José Ramón Prieto Lasa y José Ramón Díaz de Durana (eds.), *La conciencia de los antepasados. La construcción de la memoria de la nobleza en la Baja Edad Media*, Madrid, Marcial Pons, 2014, pp. 303-334.

[2] La imagen de la raíz arbórea de las genealogías fue convincentemente defendida por Christiane Klapisch-Zuber: «La Genèse de l'arbre généalogique», en Michel Pastoreau (ed.), *L'Arbre: Histoire naturelle et symbolique de l'arbre, du bois et du fruit au Moyen Age*, París, Le'opard d'or, 1993, pp. 41-81. Otros aspectos relacionados con la amplitud simbólica de las genealogías en R. Howard Bloch: *Etymologies and Genealogies. A Literary Anthropology of the French Middle Ages*, Chicago, The University of Chicago Press, 1983; Zrinka Stahuljak: *Bloodless Genealogies of the French Middle Ages. Translatio, Kinship, and Metaphor*, Gainesville, University Press of Florida, 2005 y R. Radulescu y E. D. Kennedy (eds.), *Broken Lines. Genealogical Literature in Medieval Britain and France*, Turnhout, Brepols, 2010.

[3] Amy G. Remensyder: *Remembering Kings Past. Monastic Foundation Legends in Medieval Southern France*, Ithaca, Cornell University Press, 1995, p. 4.

Los relatos fundacionales invocan los orígenes básicamente a través de tres diferentes modelos: el vínculo con la sangre carolingia, la conexión con los linajes francos y romanos y las historias de los héroes fundadores. Todas las narraciones genealógicas europeas de los siglos XI y XII corresponden, de uno u otro modo, a estos modelos. La narración de las aventuras del héroe fundador de la dinastía o del linaje tiene como objeto consolidar su función como fundador y su prestigio como propietario de un condado, asegurando así la continuidad dinástica. Existe un enorme paralelismo en las historias de las figuras originarias y fundantes de los principales linajes occidentales, forjados a través de su constante y heroica lucha frente a todo tipo de adversidades y peligros. Estos héroes emergen sobre todo de las narraciones contenidas en la literatura genealógica elaborada durante la segunda mitad del siglo XII. Muchos de ellos son de origen escandinavo, como el jefe normando Gero, abuelo de los Blois; Achard, el fundador de la dinastía de los condes de Bar-sur-Aube; Raúl Barbeta, creador de la linaje de los Roucy; Tertulle el Forastero, el modesto pero heroico fundador de los condes de Anjou; Archambaud y Gouffier, fundadores de los vizcondes de Comborn y Lastours; Witikindo, el rebelde sajón vengado por Carlomagno, ascendente de toda la cabeza del linaje de los Robertinos; don Pelayo, el rey originario de la futura cadena política de los reinados de Asturias, León, Castilla y España; Guifré el Pelós, héroe originario de los condes de Barcelona, que devienen posteriormente reyes de Aragón.[4]

La condición del fundador de la dinastía es su talante caballeresco, más que su probada ascendencia principesca, una condición que adquiere a través de un matrimonio netamente exogámico.[5] Los relatos del héroe-fundador demuestran, por tanto, que esas narraciones épicas son esencialmente una cristalización del ideal heroico, presente en todas las culturas.[6] Estas

[4] Eric Bournazel: «Mémoire et parenté», en Robert Delort y Dominique Iogna-Prat (eds.), *La France de l'an mil*, París, Seuil, 1990, pp. 114-124.

[5] Martin Aurell: *Les noces du compte*, pp. 509-510.

[6] Para la figura del héroe-fundador en la Península Ibérica medieval, ver Gerges Martin: «Le récit héroïque castillan (formes, enjeux sémantiques et fonctions socio-culturelles)», en *Histoires de l'Espagne médiévale. Historiographie, geste, romancero*, París, Klincksieck, 1997, pp. 139-152; Arsenio Dacosta: «*E por otra manera dise la Historia*: relatos legendarios sobre los orígenes políticos de Asturias y Vizcaya en la Edad Media», *BITARTE*, 1999, pp. 33-50; Sophie Hirel: «Le roi, le moine et la cloche. Genèse d'un modèle et tentative de mythification du roi Ramire II d'Aragon (1135-1137)», en Jean-Christophe Cassard, Elisabeth Gaucher y Jean Kerhervé (eds.), *Verité poétique, vérité politique. Mythes, modèles et idéologies politiques au Moyen Âge*, Brest, Centre de recherche bretonne et celtique, 2007, pp. 241-260; e Isabel de Barros Días: «Heróis fundadores portugueses em alguns textos da historiografia medieval ibérica», Dietrich Briesemeister y Axel Schönberger (eds.), *Impe-*

historias no son tomadas de la evidencia factual sino de la representación de un ideal. Las sociedades europeas medievales estaban convencidas de que la duración era la prueba definitiva de la validez de una costumbre porque demostraban su poder de resistencia frente a los desafíos de la historia, posibilitando a la sociedad sobrevivir y prosperar. La duración tiene también un poder validativo y legitimador porque implica un aumento natural del número de personas convencidas de la simple noción de que «tanta gente no puede haber estado equivocada durante tanto tiempo».[7] Muchos de los fundadores de las dinastías europeas –y tantos otros de tantas otras culturas lejanas– fueron héroes gloriosos, mostrando con su convicción y perseverancia, así como con su excepcional éxito, que el mantenimiento de la tradición merece superar todos los obstáculos. Este es, para mí, el sentido real de la enorme proyección y la llamativa duración y vigencia histórica de las historias de los héroes fundadores. Así es, al menos, como yo entendí las palabras de Lévy-Bruhl la primera vez que las leí, salvando las distancias entre lo que él llamaba «sociedades primitivas o inferiores» con las sociedades europeas medievales:

> Cuando un mito refiere las aventuras, las hazañas, los hechos generosos, la muerte y la resurrección de un héroe civilizador, no es el hecho de haber dado a la tribu la idea de hacer fuego o de cultivar el maíz lo que, en realidad, interesa y conmueve a la audiencia. Se trata, como en la historia sagrada, de la participación del grupo social en su propio pasado, el grupo se siente revivir entonces en una especie de comunión mística con aquel que lo ha hecho tal como es. En síntesis, los mitos son a la vez, para la mentalidad primitiva, una expresión de la solidaridad del grupo social con él mismo en el tiempo y con otros seres de su medio ambiente, y un medio de mantener y reavivar el sentimiento de esa solidaridad.[8]

La preservación del poder mítico de los orígenes es uno de los objetivos de toda sociedad. Tal como lo ha argumentado convincentemente Mircea

---

rium Minervae: Studien zur Brasilianischen, Iberischen und Mosambikanischen Literatur, Frankurt am Main, Domus Editoria, 2003, pp. 89-109; ver también Jean-Marie Moeglin: «La mémoire d'un herós fondateur: Lidéric forestier et comte de Flandre», en Agostino Paravicini Bagliani (ed.), *La mémoire du temps au Moyen Age*, Florencia, Sismel, 2005, pp. 87-116.

[7] Valerio Valeri: «Constitutive History: Genealogy and Narrative in the Legitimation of Hawaiian Kingship», en Emiko Ohnuki-Tierney (ed.), *Culture Through Time. Anthropological Approaches*, Stanford, Stanford University Press, 1990, p. 162.

[8] Lucien Lévy-Bruhl: *Les fonctions mentales dans les sociétés inférieures*, París, Alcan, 1910, p. 437. Traducción al español en Lévy-Bruhl: *Las funciones mentales de las sociedades inferiores*, Buenos Aires, Lautario, 1947, p. 335.

Eliade, los mitos y las leyendas reflejan una nostalgia por los orígenes de la sociedad que, automáticamente, remiten al eterno retorno de una era creativa.[9] Por este motivo, la natural anacronía que se produce entre el evento descrito (las aventuras del héroe fundador de un pasado remoto) respecto a las circunstancias históricas que se le asignan (que suelen ser las del presente desde donde se narra) quedan camufladas gracias a la utilización de un lenguaje épico *ahistórico*, una estructura narrativa muy básica, un modo de tramar clásico (que remite a las categorías típicas de la tragedia épica) y un contenido literario de contenido legendario.

En efecto, con la perspectiva del tiempo, nos parece inverosímil que a los contemporáneos del siglo XII se les pasara por alto que los héroes fundadores de los siglos anteriores poseyeran, en mayor o menor medida, los valores feudales, cuando todavía no habían sido creados en aquellos tiempos. Los atributos requeridos por el fundador de una dinastía se evalúan a través de su naturaleza caballeresca, un atributo desde luego mucho más contemporáneo al tiempo en el que estas narraciones son articuladas (el siglo XII) que al tiempo al que se refieren (desde los tiempos antiguos al siglo IX).[10] En esa distorsionada percepción influyó con toda seguridad el hecho del escaso interés por la precisión cronológica de los lectores de esas obras históricas (e incluso de muchos de sus compiladores), pero me parece que simplemente pesó más el eficaz poder mítico y legendario de esas narraciones que el grado de su historicidad. Por consiguiente, la relación entre el hecho propiamente histórico y su narración épica fue asumido «acríticamente» por la sociedad de aquel tiempo como una tradición oral y poética ininterrumpida, que los textos genealógicos con sus narraciones de los héroes fundadores se encargaron de fijar, más que como un relato preciso de unos determinados eventos históricos. Como consecuencia, el mito del héroe fundador se vio reforzado por la cronológica distancia respecto a los hechos que se narraban, situados en el pasado remoto: es bien sabido que cuanto más lejanos en el tiempo son los eventos que se narran, son más susceptibles de manipulación y tipificación en la memoria colectiva. La naturaleza selectiva de la memoria permite al pasado remoto conllevar un

[9] Mircea Eliade: *The Myth of the Eternal Return: Myth and Reality*, Nueva York, Pantheon Books, 1963.

[10] Una excelente síntesis de los valores asignados a los héroes-fundadores por los compiladores de sus historias, en Christine Marchello-Nizia: «De l'*Eneida* à l'*Eneas:* Les Attributs du fondateur», en *Lectures médiévales de Virgile. Actes du colloque organisé par l'École française de Rome (Rome, 25-28 octobre 1982)*, Roma, École française de Rome, 1985, pp. 251-266.

mayor peso ideológico que el pasado reciente. Tal como lo ha expresado la literatura con mayor belleza y expresividad: «hurgar en el pasado remoto puede ser un lenitivo; el reciente hace más daño».[11]

Es más sencillo comprender así que la eficacia de la historiografía medieval reside en el poder mítico de la leyenda, más que en la menor o mayor distancia entre el pasado y el presente.[12] Por esta razón, algunos antropólogos han postulado que la distinción entre los modos de operación mítica y los modos de operación histórica radica en la capacidad del presente para homogeneizarse con el pasado, más que en el grado de «realismo» de las historias. Cuanto más ejemplarizante y mimético sea el pasado para el presente (homogeneidad), más histórico deviene, independientemente del grado de leyenda que contenga; por el contrario, cuanto más imposible de replicar sea el pasado en el presente (heterogeneidad), más «irreal» aparece.[13] En consecuencia, más allá de su dimensión legendaria, el Guifré de las genealogías catalanas, el Pelayo de las narraciones astur-leonesas o el Liderico de las genealogías flamencas, han sido considerados figuras propiamente históricas para los españoles, los flamencos y los catalanes de todos los tiempos, independientemente del grado de historicidad que sus narraciones originarias contienen.[14] Cuando los mitos son transformados en representaciones intermediarias, que pueden tomar o no forma de narrativa histórica, funcionan siempre como modelos para la sociedad. Es precisamente en este contexto epistemológico en el que las genealogías transforman los mitos en historia.

El caso de las genealogías de los condes de Barcelona es muy significativo en este sentido, y me gustaría detener ahora mi narración para centrar-

[11] Para las ideas consignadas en este párrafo me he basado en William W. Ryding: *Structure in Medieval Narrative*, París, Mouton, 1971, pp. 20-21; Marcel Granet: *Danses et légendes de la chine ancienne*, París, Alcan, 1926, I, pp. 171-225; John A. Barnes: «Genealogies», en Arnold L. Epstein (ed.), *The Craft of Social Anthropology*, Londres, Tavistock, 1967, p. 120. La cita del final de párrafo es de Carmen Martín-Gaite: *Lo raro es vivir*, Barcelona, Anagrama, 1989, p. 75.

[12] Esta es precisamente la razón por la que las narrativas de orígenes tienen tanta carga política e ideológica, como se pone de manifiesto en los artículos de Arsenio Dacosta: «E por otra manera dise la Historia», pp. 33-50, y Gerges Martin: «Un récit: la chute du royaume wisigothique d'Espagne dans l'historiographie chrétienne des VIIIe et IXe siècles», *Histoires de l'Espagne médiévale*, pp. 11-42.

[13] Valeri: «Constitutive History», p. 164.

[14] Arsenio Dacosta: «¡Pelayo vive! Un arquetipo político en el horizonte ideológico del Reino Asturleonés», *Espacio, Tiempo y Forma, Serie III, Historia Medieval* 10, 1997, pp. 89-135; Madeleine Pardo: *L'historien et ses personnages. Étudies sur l'historiographie espagnole médiévale*, Lyon, ENS, 2006, pp. 61-115; Jean-Marie Moeglin: «La mémoire d'un héros fondateur», pp. 87-116; Jaume Aurell: *Authoring the Past*, pp. 117-126.

me en este relato, con objeto de presentarlo como un buen modelo ejemplificador, en la práctica, de las ideas teóricas que acabo de exponer. Cuando los monjes de Ripoll se disponen a establecer, de un modo más o menos oficioso,[15] los orígenes de la dinastía de los condes de Barcelona, el método genealógico se impone como el más eficaz para conseguir ese empeño.[16] Para acceder a los orígenes, el compilador busca conectar la dinastía de los condes de Barcelona, hasta donde se conoce históricamente, con la dinastía carolingia, utilizando a los condes de Flandes como intermediarios. Para ello decide re-crear la figura del fundador de la dinastía, Guifré el Pelós, cuya historia se cuenta en los dos primeros capítulos del texto. Esta historia me parece modélica respecto al funcionamiento de los relatos del héroe fundador, y es desde luego extensible a otras narraciones análogas, surgidas en la Europa de los siglos XI y XII.

El padre de Guifré el Pelós, Guifré de Barcelona, había recibido el condado de Barcelona del rey franco. Poco después, en un viaje a Narbona, un caballero franco le tira de la barba. El conde, airado por la afrenta recibida, pasa por la espada al caballero franco. El conde de Barcelona y su hijo Guifré el Pelós son apresados y, posteriormente, Guifré padre es asesinado. Cuando el rey franco conoce la noticia, se encoleriza por la afrenta que ha recibido uno de sus condes y salva al hijo del conde, Guifré el Pelós, a quien envía al conde de Flandes para que lo eduque. Ya en la corte flamenca, Guifré se une a escondidas con la hija de los condes de Flandes. La condesa de Flandes, dándose cuenta de la situación e intentando evitar los efectos perversos de una unión fuera del matrimonio, hace jurar a Guifré sobre los cuatro evangelios que, en caso de heredar el condado de Barcelona, tomará a la hija de los condes de Flandes por mujer.

Poco después, Guifré es enviado por la condesa de Flandes a Barcelona, vestido pobremente para que nadie le reconozca a primera vista. Su madre le identifica por tener abundante bello, de donde recibe su sobrenombre. Lo presenta entonces a los barones barceloneses, quienes ven en él al padre supuestamente fallecido. Llaman entonces a Salomón, quien había tomado el condado de Barcelona tras el fallecimiento de su primer titular, y Guifré lo mata con la espada. Guifré toma así los condados de Barcelona y de Nar-

[15] Remito aquí a la distinción entre una «historia oficial» y una «historia oficiosa» según el grado de espontaneidad de la motivación original de los textos históricos medievales, tal como defendió en su día Bernanrd Guenée: *Histoire et culture historique dans l'Occident medieval*, París, Aubier, 1980, pp. 337-346.

[16] Ver la interesante distinción entre «cronología» y «genealogía» que desarrolla Thomas N. Bisson: «Unheroed Pasts», pp. 293-301.

bona. Tal como habían acordado, Guifré se casa con la hija de los condes de Flandes, en una solemne ceremonia. Ante las noticias que le llegan del propio conde de Flandes, el rey franco confirma en el condado de Barcelona a Guifré el Pelós.

Poco más tarde, el conde de Barcelona tiene que hacer frente a los sarracenos. Pide entonces ayuda militar al rey franco, que no puede concedérsela porque está ocupado en otros asuntos. El rey franco promete entonces a Guifré que sus sucesores podrán acceder perpetuamente al derecho de herencia si vence a los sarracenos sin su ayuda. Después de una heroica campaña, Guifré derrota a los sarracenos y, según lo acordado con el rey franco, hereda perpetuamente el condado de Barcelona. De este modo, concluye el cronista, «el condado de Barcelona pasó del poder real a manos de nuestros condes». La última frase del bello relato está dedicada, muy significativamente, a la fundación por el conde de Barcelona, Guifré el Pelós, del monasterio de Ripoll, desde donde se redacta la crónica.[17]

Ciertamente, la narración de los hechos de las *Gesta* tiene algunos visos de historicidad: el padre de Guifré el Pelós, llamado erróneamente Guifré por las *Gesta*, es Sunifred I, que había recibido Prada, en Conflent, por una donación de Carlos el Calvo. Sunifred había tenido relaciones con Salomón, un franco que le sucedió como conde de Urgell y Cerdanya hacia el 848. Finalmente, en el 870, Guifré el Pelós le sucedía como conde de Cerdanya y expulsaba a los musulmanes del condado de Vic.[18] Pero el autor del texto se muestra mucho más condicionado por un presente que vive intensamente, el de la segunda mitad del siglo XII, que por un pasado remoto, el del siglo IX, que solo conoce vagamente a través de una borrosa memoria colectiva, más que por los documentos conservados. El antifranquismo que respira el texto responde al contexto de un Alfonso el Casto (el rey que manda compilar el texto), obsesionado por la independencia respecto a los Capetos y la familia condal de Toulouse. Por este motivo, los asesinos de Guifré son legados francos, el intruso Salomón es de nación gala y el rey de Francia es incapaz de luchar contra los musulmanes. Este detalle parece trascendental, en un momento en que las victorias frente a los sarracenos legitimaban la anexión de sus territorios. Al mismo tiempo, todo el texto parece condicionado por el deseo de legitimar la independencia de los condes barceloneses

[17] *Gesta Comitum Barchinonensium*, cap. I-II, pp. 3-6.

[18] Paul Ponsich: «Le rôle de Saint-Michel de Cuxa dans la formation de l'historiographie catalane et l'historicité de la légende de Wifred le Velu», *Etudes Roussillonnaises*, 1954-1955, pp. 156-159; Ramon d'Abadal: *Els temps i el regiment del comte Guifré el Pilós*, Sabadell, Ausa, 1989 y Martin Aurell: *Les noces du comte*, p. 507.

respecto a la Corona francesa, tal como lo demuestra la *moraleja* final de la historia: «Así fue como el condado de Barcelona pasó del poder real a manos de nuestros condes». La conciencia nacional se afirma en torno a la dinastía barcelonesa, a través de la repulsa de la alteridad capeta.

Los detalles de la narración hablan mucho de la intencionalidad con que están escritas las *Gesta* y dicen más del tiempo desde el que están escritas que del tiempo sobre el que escriben. Como primer texto destinado a exaltar la dinastía barcelonesa, las *Gesta* se preocupan por asegurar la legitimidad del fundador del linaje. El texto está basado en la repetición de ciertos verbos como *genuit* y *successit*, pero no duda en intercalar alusiones a los hechos de armas (concisamente consignados) cuando estos se avienen a la intencionalidad política buscada.[19] Las *Gesta* son elaboradas entre 1162 y 1184, cuando Alfonso el Casto acaba de acceder a la realeza y unir en su persona Cataluña y Aragón, recuperar Provenza, anexionar Rosellón y reorganizar la reconquista frente a los sarracenos. Conviene celebrar todo este poder soberano y asegurar su continuidad.[20]

El monarca se dirige a los monjes del monasterio de Ripoll para conseguir toda la fuerza que surge de la unión entre la memoria arqueológica y la memoria literaria. Ripoll es la necrópolis condal, donde se ha enterrado secularmente a los condes de Barcelona fallecidos. Los epitafios en honor de los ancestros de los condes han sido escritos, desde tiempo inmemorial, por los monjes de Ripoll: ellos son los mejor preparados para escribir su genealogía. Es bien conocida la relación entre epitafios y genealogías.[21] Al mismo tiempo, la propia autoridad de la Iglesia se pone en juego. Había sido en el monasterio de Ripoll donde se había empezado a escribir la historia de los condes de Barcelona.[22] La toma de Barcelona por Al-Mansûr en el 985, con la pérdida de buena parte de sus documentos históricos, había hecho preciso un nuevo esfuerzo en la reescritura de la historia.[23]

[19] Joan-Pau Rubiés y Josep Maria Salrach: «Entorn de la mentalitat i la ideologia del bloc de poder feudal a través de la historiografia medieval fins a les quatre gran cròniques», en Jaume Portella (ed.), *La formació i l'expansió del feudalisme català*, Girona, Ajuntament de Girona, 1985, p. 479.

[20] Martin Aurell: *Les noces du comte*, pp. 504-513.

[21] Duby: «Remarques sur la litterature généalogique», p. 294.

[22] Michel Zimmermann: «La prise de Barcelona par al-Mansûr et la naissance de l'historiographie catalane», *Annales de Bretagne et des pays de l'Ouest*, 1980, pp. 191-218.

[23] De hecho, esta fecha es considerada como un punto de arranque en la Barcelona medieval: José Enrique Ruiz Domènec: «Iluminaciones sobre el pasado de Barcelona», en David Abulafia y Blanca Garí (eds.), *En las costas del Mediterráneo Occidental*, Barcelona, Omega, 1997, pp. 63-93 (aquí, p. 63).

Al mismo tiempo, el rol ejercido por los condes de Flandes no parece un detalle elegido al azar por el compilador. El matrimonio fundador de la dinastía se establece entre Guifré el Pelós de Barcelona y la hija del conde de Flandes. Protegido por el conde de Flandes y ligado para siempre a su familia, el conde de Barcelona asegura su independencia respecto a los francos, al tiempo que conserva una prestigiosa ligazón con la monarquía carolingia, de quien los flamencos habían recibido el condado. La conexión con las genealogías flamencas de la segunda mitad del siglo XII vuelve a aparecer. En 1194, Lamberto de Ardrés completa su genealogía de los condes de Guines, de los que era capellán. El fundador de la dinastía de los Guines era Sigfrido, un aventurero escandinavo que sedujo a la hija del conde de Flandes. Con ella había tenido un hijo ilegítimo, adoptado por su cuñado, el tío materno del niño.[24] En una canción de gesta en lengua de oíl, Otger de Dinamarca, prisionero del castellano de Saint-Omer, engendra a Baudoin de la hija del carcelero. Carlot, hijo de Carlomagno, mata al niño, que Otger venga en una sangrienta lucha con los francos.[25]

El tema de los guerreros escandinavos, seductores de la hija del conde de Flandes y enemigos del rey de Francia, se difunde oralmente por toda Europa.[26] Pero lo relevante de estas historias, cara a su recepción en Cataluña, es el papel ejercido por las mujeres flamencas. De nuevo es preciso volver a lo orígenes. Los *Annales de Saint-Bertin*, cuyas copias quizás llegaron a los monasterios pirenaicos, relatan la historia del fundador del linaje de los condes de Flandes, Balduino I, Brazo de Hierro, que había esposado a Judit, la hija de Carlos el Calvo. La unión se había hecho sin el consentimiento del rey, pero había asegurado la descendencia carolingia de la casa de Flandes, a través de las mujeres.[27] La sangre del linaje imperial corre por las venas de los condes de Barcelona, porque también ellos habían seducido a la hija del conde de Flandes. Tanto los condes de Guines como los condes de Barcelona siguieron el ejemplo de Baduino I, quien había raptado a la hija de Carlos el Calvo para conseguir a través de ella la prestigiosa sangre de los carolingios.[28]

[24] Duby: *Hommes et Structures*, p. 280.

[25] Miquel Coll i Alentorn: «Guifré el Pelós en la historiografia i la llegenda», *Memòries de la Secció Històrico-Arqueològica de l'Institut d'Estudis Catalans*, 1990, p. 39. Reeditado en el volumen recopilatorio *Llegendari*, Barcelona, Curial, 1993, pp. 51-135 (la cita es de la p. 60).

[26] Martin Aurell: *Les noces du comte*, p. 510.

[27] Thomas N. Bisson: *Medieval France and her Pyrinean Neighbours*, Londres, Hambledon Press, 1989, p. 138.

[28] Sobre el influjo del «recuerdo» y la «leyenda» del rey carolingio y su difusión por toda Europa, ver el pionero trabajo de Robert Folz: *Le souvenir et la légende de Charlemagne dans l'Empire germanique médiéval*, París, Les Belles Lettres, 1950.

Los especialistas en linajes hablan de la prevalencia del matrimonio hipergámico, puesto claramente de manifiesto el papel activo de las mujeres en las genealogías del siglo XII, donde las consortes de los condes desarrollan una función primordial.[29] En la leyenda de las *Gesta* la mujer no cumple un papel pasivo. No solo transmite la posteridad de la sangre real sino que, con su avispada y audaz actuación, marca con su poderosa impronta el curso de los acontecimientos. Después de ocultar el embarazo de su hija, la esposa del conde de Flandes organiza el viaje a Barcelona de Guifré el Pelós, que otorga finalmente el condado a su futuro yerno. El recuerdo remoto de las escrituras vuelve a estar presente, recordando la cuidada estrategia de la madre de Jacob, Rebeca, para que el moribundo Isaac confirme a su segundo hijo la primogenitura, en detrimento de los derechos teóricos de Esaú. Pero puede más la tradición reciente de las genealogías de la época, donde las mujeres tienen asignadas unas funciones que no se limitan simplemente a la transmisión hereditaria, sino que son empujadas a obrar audazmente para que se cumpla la historia prevista.

Cuando la acción se traslada a Cataluña, la madre de Guifré es quien toma el protagonismo de la narración, al reconocerle por el hecho distintivo del bello en un lugar poco común, lo que asegura un sobrenombre al fundador del linaje. Los reyes bárbaros eran conocidos por el pelo que les surgía en la espina dorsal, lo que contribuía a aumentar su prestigio. Al mismo tiempo, esta abundancia de bello contrastaba con la calvicie de Carlos el Calvo, una prueba más del antagonismo que el cronista intentaba remarcar entre el fundador de la casa de Barcelona y el amo de la dominación que rechazaba. Esta mujer, una vez ha reconocido a su hijo, empieza a utilizar su influencia para que Guifré pueda recuperar la titularidad del condado que le pertenecía a su padre, pasando por encima que aún no ha conseguido los derechos de transmisión hereditaria del condado.

La función de las dos madres es, pues, determinante y lúcida, en contraposición a la figura algo apocada de la hija del conde de Flandes, cuya función es meramente pasiva. De este modo, se reproduce en el texto cata-

[29] Gergoes Duby: *Medieval Marriage*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1978; José Enrique Ruiz Domènec: «Système de parenté et théorie de l'alliance dans la société catalane (env. 1000-1240)», *Revue Historique*, 1979, pp. 305-326; Georges Duby y Jacques Le Goff (eds.), *Famille et parenté dans l'Occident Médiéval*, Roma, École Française de Roma, 1977. Sobre el deterioro del estatuto social de la mujer ante la decadencia del mundo feudal y caballeresco y la llegada de los nuevos tiempos, Martin Aurell: «La détérioration du statut de la femme aristocratique en Provence (Xe-XIIIe siècles)», *Le Moyen Age*, 1985, pp. 5-32.

lán de las *Gesta* una realidad que refleja exactamente las prácticas sociales del tiempo: la pasividad de la jovencita núbil (la hija del conde de Flandes, que se deja seducir por el foráneo); el poder doméstico, escondido y eficaz de la mujer casada, que se mueve a sus expensas instigando en el ámbito de la corte (la mujer del conde de Flandes, que urde toda la estrategia una vez conoce que su hija ha quedado embarazada), y la pujanza pública de la viuda (la madre del conde de Barcelona, quien conserva el poder de convocar la asamblea de los nobles de sus tierras e imponer a su hijo como conde, incluso estando presente su propio opositor).[30]

Después de narrar la odisea del fundador de la dinastía, el texto continúa con una somera descripción de los hechos más notables de los condes de Barcelona y del resto de los condados de Cataluña, desde la época de Guifré a finales del siglo IX al enlace entre el conde de Barcelona Ramón Berenguer IV y la hija del rey Ramiro de Aragón en 1136, a través del cual el conde de Barcelona devendrá también rey de Aragón. Una vez narrada la fundación del condado, las *Gesta* enfatizan la vertiente patrimonial y hereditaria de la dinastía de los condes de Barcelona, remarcando las progresivas reuniones de los condados en un solo príncipe y mencionando a las mujeres solo con relación a los hombres que tuvieron por padres o maridos.[31]

La leyenda de Guifré el Pelós, con todos los sugestivos detalles y símbolos descritos en los párrafos anteriores, vincula a este personaje con los orígenes míticos de la dinastía catalano-aragonesa, aun contando con la debilidad de la historicidad del relato.[32] Las crónicas francesas y las genealogías flamencas, que habrían llegado a las bibliotecas de los monasterios catalanes, constituirían un valioso material utilizado por los monjes para elaborar los textos históricos patrocinados por los monarcas. Estas historias tendrían una recepción especialmente entusiasta en los territorios que surgieron en los márgenes del imperio carolingio, en este caso en el extremo surocci-

[30] Esta tesis está magníficamente documentada y desarrollada a lo largo de la monografía de Martin Aurell: *Les noces du compte*.

[31] Thomas N. Bisson: «Unheroed Pasts», p. 299.

[32] Para la historia de Guifré y la cuestión de su historicidad, ver Miquel Coll i Alentorn: «La historiografia de Catalunya», pp. 139-196; Josep Maria Salrach: *El procés de formació nacional de Catalunya (segles VIII-IX)*, Barcelona, Edicions 62, 1978, pp. 87-107; Paul Freedman: «Cowardice, Heroism, and the Legendary Origins of Catalonia», *Past and Present* 121, 1988, pp. 3-28; Armand de Fluvià: «La qüestió de l'ascendència del comte Guifré I el Pelós», *Revista de Catalunya* 28, 1989, pp. 83-87; Martin Aurell: «La réminiscence du mariage fondateur», en *Les noces du compte*, pp. 504-513; Paul Ponsich: «El problema de l'ascendència de Guifré el Pelós», *Revista de Catalunya* 23, 1988, pp. 35-44.

dental del imperio.[33] Sin embargo, los compiladores se apresuran a asegurar que el relato del ascenso de Guifré al condado de Barcelona está basado en narración de los *antiguos*, lo que le hace ganarse desde el principio el prestigio de la tradición. El arranque de la redacción más primitiva de las *Gesta* no puede ser más significativo: *Antiquorum nobis relatione compertum est quod miles quidam fuerit nomine Guifredus*.[34] El redactor del texto afirma basarse en la tradición oral «de los antiguos» y en escritos conservados probablemente en el monasterio de Ripoll, que contaba con una larga tradición en la elaboración de textos históricos, legendarios e incluso poéticos.[35]

Probablemente, el autor de las *Gesta* recibió la leyenda del conde Guifré por vía escrita o por vía oral, incorporando al texto definitivo algunos detalles que le permitieron afianzar la fuerza presentista del relato, y basándose en otros relatos similares contemporáneos. La aventura del viaje del fundador de la dinastía ha consolidado su función de fundador del linaje y su prestigio como detentador de un condado histórico. El paralelismo con otros tantos héroes míticos fundadores de los grandes linajes de Occidente a través de un viaje lleno de peligros es evidente. Es difícil precisar el proceso de manipulación histórica que culminó con la fijación escrita de la leyenda de Guifré el Pelós. Sin embargo, de lo que no hay ninguna duda es de su enorme eficacia como consolidador de la memoria histórica de una nación.

En efecto, aunque hay abundantes errores históricos y pasajes mitológicos en el texto, que la crítica posterior se ha encargado de localizar, es muy significativo que ese texto ha funcionado como modelo y plantilla para la elaboración de las sucesiones de los condes catalanes y los reyes de Aragón hasta bien entrado el siglo XX. En este sentido, el texto de las *Gesta* funciona perfectamente como un *canon* historiográfico-nacional, tal como lo definió en su día Pierre Nora para la historiografía francesa.[36] Uno de los mejores conocedores de la historiografía catalana medieval, el erudito Miquel Coll i Alentorn, empezaba uno de sus documentados artículos sobre la leyenda de Guifré con estas palabras: «El fundador de nuestra dinastía nacional gozó ya en vida de prestigio y de fama».[37] El artículo fue publicado en 1990, lo

[33] También han sido analizadas las que surgieron en el extremo noroccidental: Georges Duby: «Structures de parenté et noblesse dans la France du Nord aux XIe et XIIe siècles», en *Hommes et structures*.

[34] *Gesta Comitum Barchinonensium*, 3.

[35] Lluís Nicolau d'Olwer: «L'escola poètica de Ripoll en els segles X-XIII», *Anuari de l'Institut d'Estudis Catalans*, 1915-1920, pp. 3-84.

[36] Pierre Nora: «Between Memory and History: Les Lieux de Mémoire», *Representations* 26, 1989, p. 21.

[37] Miquel Coll i Alentorn: «Guifré el Pelós», p. 51.

que muestra la llamativa persistencia del mito del «héroe fundador», en este caso en Cataluña. La explicación de este enorme influjo es quizás que las *Gesta* condensan la memoria dinástica y genealógica de Cataluña en una estructura extraordinariamente simple. El texto funciona con eficacia, inaugurando un nuevo modo de reconocer la continuidad histórica de esa naciente nación y aglutinando toda su herencia en la figura del conde de Barcelona y rey de Aragón. El pasado remoto de los orígenes carolingios del condado de Barcelona es *re-presentado*, se vuelve a hacer presente al servicio de las necesidades de una dinastía con audaces aspiraciones expansivas.[38]

La enorme complejidad de significados de las narraciones del héroe fundador confirma las profundas conexiones y el intercambio de modelos que se establecen en este periodo entre la literatura histórico-genealógica y la literatura de ficción.[39] Las genealogías se van distanciando cada vez más de sus orígenes escripturísticos, litúrgicos y monásticos, para entrar en el campo de la literatura de talante caballeresco, basada en la tradición de las leyendas épicas y en el dominio del contexto cortesano. De este modo, los héroes legendarios ocupan un lugar de privilegio en un género supuestamente histórico. La historia se abre a lo legendario y a lo imaginario. Si algo caracteriza a la literatura genealógica del siglo XII es la invención de los antecedentes míticos del pasado remoto de las dinastías nacionales, en orden a consolidar un presente que debe revitalizarse. Las genealogías remiten a la época carolingia porque es el momento privilegiado descrito por los cantares de gesta.[40] La dificultad del acceso documental a ese periodo no es un obstáculo para los cronistas del siglo XII, sino que, paradójicamente, los legitima para organizar a su manera los escasos materiales de que disponen.

[38] El concepto *re-presentación* aplicado a la historiografía medieval está ampliamente comentado en José Enrique Ruiz Domènec: «Reminiscencia y conmemoración», pp. 219-239.

[39] Algunas visiones generales sobre las conexiones entre la historia y la leyenda en la historiografía medieval, en David G. Pattison: *From Legend to Chronicle. The Treatment of Epic Material in Alphonsine Historiography*, Oxford, Society for the Study of Mediaeval Languages and Literature, 1983; Suzanne Fleischman: «On the Representations of History and Fiction in the Middle Ages», *History and Theory* 22, 1983, pp. 278-310 y William W. Ryding: *Structure in Medieval Narrative*, París, Mouton, 1971. Para la historiografía francesa medieval, Robert Guiette: «Chanson de geste, chronique et mise en prose», *Cahiers de Civilisation Médiévale* 6, 1963, pp. 423-440; Amy G. Remensnyder: *Remembering Kings Past. Monastic Foundation Legens in Medieval Southern France*, Ithaca, Cornell University Press, 1995; Renate Blumenfeld-Kosinski: *Reading Myth. Classical Mythology and Its Interpretations in Medieval French Literature*, Stanford, Stanford University Press, 1997.

[40] Sobre el contexto de la pujanza y decadencia de las estructuras sociopolíticas del mundo carolingio, Karl F. Wener: *Structures politiques du monde franc (VIe-XIIe siècles). Études sur les origines de la France et de l'Allemagne*, Londres, Variorum, 1979.

En este capítulo he analizado más detalladamente las genealogías de los condes de Barcelona, y más específicamente la historia del «héroe fundador» Guifré el Pelós. Pero algo análogo sucede en la vecina Castilla, con la preponderante atención que le prestan a Don Pelayo las crónicas del ciclo de Alfonso III de Castilla, en su intención deliberada de enlazar el reino de Asturias con el reino visigótico de Toledo.[41] Tampoco serían ajenas a esta tendencia la enorme proliferación de historias de reinados de reyes visigodos, particularmente llamativa en el caso de Wamba, como recientemente se ha puesto de manifiesto.[42] Las detalladas narraciones que surgen del taller alfonsí, mucho más centradas en el devenir de la historia universal, y el papel de Castilla en esta «gran historia», buscan una mayor abstracción de la sucesión histórica, lo cual no reduce su eficacia historiográfica.[43] Eficaz es también el recurso de las *Grandes Chroniques* de Francia de encontrar las raíces merovingias, carolingias y capetas de su monarquía. Este proyecto genealógico es encargado por el rey francés a uno de los centros culturales y religiosos más importantes de Francia, la abadía de Saint-Denis.[44]

[41] Abilio Barbero y Marcelo Vigil: *La formación del feudalismo en la Península Ibérica*, Barcelona, Crítica, 1978, p. 232 y ss.; Peter Linehan: *History and the Historians of Medieval Spain*, Oxford, Clarendon, 1993. Para la función de las genealogías en la Castilla medieval, Georges Martin: *Les juges de Castille. Mentalités et discours historique dans l'Espagne médiévale*, París, Klincksieck, 1992; Robert Folger: *Generaciones y Semblanzas. Memory and Genealogy in Medieval Iberian Historiography*, Tübingen, Narr, 2003 y Arsenio Dacosta: «Relato y discurso en los orígenes del reino asturleonés», *Studia Historica* 22, 2004, pp. 153-168.

[42] Aengus Ward: *History and Chronicles in Late medieval Iberia: Representations of Wamba in Late Medieval Narrative Histories*, Leiden, Brill, 2011.

[43] Un buen estado de la cuestión sobre el taller alfonsí, en Georges Martin (ed.), *La historia alfonsí: el modelo y sus destinos (siglos XIII-XV)*, Madrid, Casa de Velázquez, 2000.

[44] Gabrielle M. Spiegel: «Medieval Canon Formation and the Rise of Royal Historiography in Old French Prose», *The Past as Text*, pp. 195-196; Bernd Schneidmüller: «Constructing the Past by Means of the Present. Historiographical Foundation of Medieval Institutions, Dynasties, Peoples, and Communities», en Gerd Althoff, Johannes Fried y Patrick J. Geary (eds.), *Medieval Concepts of the Past. Ritual, Memory, Historiography*, Cambridge, Cambridge University Press, 2002, pp. 170-171. Para la producción historiográfica de la abadía de Saint-Denis, ver Gabrielle M. Spiegel: *The Chronicle Tradition of Saint-Denis: A Survey*, Brookline, Classical Folia Editions, 1978.

III. LAS CRÓNICAS AUTOBIOGRÁFICAS: LAS MEMORIAS DE LOS REYES

La autobiografía es un género singular en la Edad Media. Los textos escritos en primera persona escasean en el Occidente medieval, y no todos ellos pueden considerarse estrictamente autobiográficos.[1] Sin embargo, la literatura histórica catalana medieval ha conservado un texto que puede considerarse excepcional, tanto desde el punto de vista de su forma literaria como desde el de su contenido histórico: el *Llibre dels fets del rei en Jaume* (*El libro de los hechos del rey Jaume*), crónica autobiográfica del rey Jaime I (1208-1276), que fue rey de Aragón y conde de Barcelona de 1213 a 1276. La crónica fue escrita o dictada por el rey en dos momentos: hacia la mitad de su reinado (en torno a 1244) y al final (sobre 1274). Esta doble redacción no resta unidad a la crónica, certificada por la continuidad del autor, la coherencia del estilo literario y la integridad temática. El *Llibre dels fets* es un largo texto autobiográfico en prosa épica, adscrito a un contexto cortesano y escrito en lengua vernácula catalana. El tema principal de la crónica es la propia vida del rey Jaime I, desde su engendramiento a sus funerales, en-

[1] Las ideas contenidas en este capítulo son la plasmación de las reflexiones teóricas surgidas durante el proceso de elaboración de dos trabajos sobre la crónica autobiográfica de Jaume I el Conquistador: «Le Livre des faits de Jacques Ier d'Aragon (1208-1276): entre la chronique historique et la fiction autobiographique», en Pierre Monnet y Jean-Claude Schmitt, *Autobiographies souveraines*, París, Publications de la Sorbone, 2012, pp. 159-178 y Jaume Aurell: «La Chronique de Jacques Ier, une fiction autobiographique. Auteur, auctorialité et auctorité au Moyen Âge», *Annales. Histoire, Sciencies Sociales* 63, 2008, pp. 301-318. Para conocer mis reflexiones sobre las autobiografías de historiadores: Jaume Aurell: «Autobiography as Unconventional History: Constructing the Author», *Rethinking History: Journal of Theory and Practice* 10, 2006, pp. 433-449, y «Del Logocentrismo a la Textualidad: la Autobiografía académica como intervención historiográfica», *Edad Media, Revista de Historia* 9, 2008, pp. 193-222.

fatizando especialmente sus conquistas militares. El rey utiliza siempre la primera persona del plural, salvo en algunos casos en que se pasa al singular, sobre todo en los diálogos directos.[2] En este capítulo se propone indagar sobre el sentido y la eventual existencia de la autobiografía como texto histórico en la Edad Media, a través del análisis de la crónica del rey Jaime I. La escasa divulgación que ha tenido el texto entre la comunidad académica internacional y su carácter excepcionalmente autobiográfico obligan a reconsiderarlo desde la perspectiva de las modernas metodologías, especialmente las relacionadas con el género autobiográfico.

Los objetivos de esta investigación son tres. En primer lugar, analizar esta crónica desde un punto de vista estrictamente autobiográfico, tratando de aplicar conjuntamente los métodos historiográficos y los provenientes de la crítica literaria, tal como se ha pretendido hacer en los últimos años. De hecho, aparte de los críticos literarios, solo un historiador, Robert I. Burns, se ha interesado específicamente por la naturaleza autobiográfica del texto, adentrándose en la posible influencia islámica.[3] El segundo objetivo es situar la crónica de Jaime I en el contexto de los «testimonios de cruzadas» que proliferaron en la Europa de los siglos XII y XIII, más que en un contexto estrictamente local-catalán. Esto permite, por fin, hacer frente al tercer objetivo: retomar el intenso debate en torno a la autoría y el género histórico de la crónica cuya intención, como el propio rey declara, era dejar este libro para «memoria» de los hechos de su vida, y por tanto no puede ser considerado simplemente un artefacto literario.[4]

¿AUTOBIOGRAFÍA EN LA EDAD MEDIA?

La primera cuestión que surge natural a la hora de indagar sobre la crónica de Jaime I es si se trata de una verdadera autobiografía. Historiadores y críticos literarios han mostrado siempre un cierto escepticismo sobre la existencia del género autobiográfico en la Edad Media. Es cierto que la

[2] Edición crítica en *Llibre dels Fets del Fei en Jaume*, en Jordi Bruguera (ed.), 2 vols., Barcelona, Barcino, 1991. El texto original de la crónica, escrito en catalán, fue traducido al latín a principios del siglo XIV por el eclesiástico Pedro de Marsilio.

[3] Robert I. Burns: «The King's Autobiography: The Islamic Connection», *Muslims, Christians and Jews in the crusader kingdom of Valencia*, Cambridge, Cambridge University Press, 1984, Appendix 1, «The King's Autobiography: The Islamic Connection». Ver también Robert I. Burns: «The Spiritual Life of James the Conqueror, King of Aragó-Catalonia, 1208-1276. Portrait and Self-Portrait», *The Catholic Historical Review* LXII, 1976, pp. 1-35.

[4] Jordi Bruguera: *Llibre dels Fets*, II, p. 7.

autobiografía no es un «género natural» en esta época. Por un lado, historia y ficción, eventos y leyendas, aparecen mezcladas en las crónicas medievales, por lo que la autobiografía quedaría excluida al basarse en el «pacto de veracidad» entre el autor y la audiencia. Por otro lado, los textos históricos medievales tienden a relatar un pasado lejano, cuando la autobiografía se remonta, como máximo, al periodo de una vida contemporánea al autor. Sin embargo, el panorama se complica cuando, hacia el siglo XII, anales y genealogías dejan paso a crónicas testimoniales o relatos de historia reciente y emergen simultáneamente individualidad y subjetividad, lo que propicia la creación de un espacio retórico para la autobiografía.

Philippe Lejeune, el académico que con más ahínco ha indagado en la identidad del género autobiográfico, define la autobiografía como un «relato retrospectivo en prosa que una persona real hace de su propia existencia, poniendo el acento en su vida individual, en particular de su personalidad».[5] Lejeune sostiene en consecuencia que no hay autobiografía propiamente dicha antes del Siglo de las Luces porque no hay ningún autor que centre su relato en su «personalidad», a excepción de las «autobiografías espirituales» como las de San Agustín o Santa Teresa de Jesús, que habría que considerar como un género específico.

El crítico literario Paul Zumthor, quien ha profundizado específicamente sobre esta cuestión desde la perspectiva del medievalismo, también arguye que no puede haber autobiografía en la Edad Media en lengua vernácula. En cambio, sí que existe autobiografía en lengua latina, con una fuerte componente de autobiografías espirituales y de conversión: las *Confesiones* de San Agustín y la *Historia Calamitatum* de Abelardo:

> Podemos admitir que la autobiografía consta de dos elementos: un «yo» y una narración dada como no ficción. Estos dos elementos están unidos por un nexo funcional: el «yo», que es a la vez la voz que habla y el sujeto de lo que se habla, y que de hecho constituye el «tema» del cual las acciones sucesivas engendradas del relato funcionan como predicados.[6]

La presencia de un sujeto en el texto que lo anuncia y lo construye es un signo claro de la autobiografía.[7] A excepción de las autobiografías mencionadas, concluye Zumthor, se trata de unas condiciones demasiado exigentes

[5] Philippe Lejeune: *Le pacte autobiographique*, París, Seuil, 1975, p. 14.

[6] Paul Zumthor: *Langue, texte, énigme*, París, Seuil, 1975, p. 165. Ver especialmente el apartado «Autobiographie au Moyen Age?», pp. 165-180.

[7] Zumthor: *Langue*, p. 163.

para un contexto literario como el medieval, demasiado condicionado por la condición intermediaria del autor.

Siguiendo la estela de Lejeune y Zumthor, Michel Zink es todavía más restrictivo: la autobiografía sería «la investigación del sujeto cara a la propia explicación de su vida, volviendo hacia su propio pasado a través de un continuo relato de su vida». De este modo excluye la exhibición ficcional de uno mismo, incluso las fragmentadas confesiones de los poetas y trovadores medievales.[8] Además, la autobiografía medieval reemplaza la vida real del autor por una vida ejemplar, como modelo que imitar; por tanto, el autor autobiográfico se escondería detrás de su propio relato, transformando las crónicas en memorias ejemplares, lo que es insuficiente para poder conformar definitivamente la autobiografía como género.[9] Concretamente, Zink se opone a la excesiva generosidad que muestra la monumental enciclopedia coordinada por Georg Misch a principios del siglo XX sobre la autobiografía, basada en el criterio de que cualquier texto escrito en primera persona deviene autobiografía.[10] Zink advierte, justamente, de que la mayor parte de los autores seleccionados por Misch hablan de sí mismos como por accidente, y por tanto no se convierten en los verdaderos protagonistas del relato. Zink critica la exhaustividad de la enciclopedia sobre autobiografía de Misch, quien entiende autobiografía no como modo de expresión sino como la suma de información que un autor revela sobre sí mismo.

En definitiva, no es suficiente con que una obra contenga información autobiográfica para que pueda ser incluida en el canon del género autobiográfico: es necesario que exista «no solo un relato sistemático de su propia vida sino más bien un relato dirigido por la perspectiva de su propia vida, en la que el mundo aparece a través de la mirada dual que él tuvo durante la experiencia de los hechos que está narrando y en el preciso momento de la escritura».[11] Zink concluye así que la autobiografía es un relato espejo (*specular account*) muy poco usado durante la Edad Media. Así, no es suficiente encontrar una primera persona en una narración para afirmar que se trata de una autobiografía. En concreto, la creciente presencia del «yo» en la narrativa imaginativa medieval no es un signo de la autobiografía. El siglo XIII fue testimonio del nacimiento de una poesía personal en el marco de la narratividad. La figura del poeta, del autor, está cada vez más presente

[8] Michel Zink: *La subjectivité littéraire*, París, PUF, 1985, p. 157.

[9] Zink: *La subjectivité littéraire*, pp. 171-264.

[10] Georg Misch: *Geschichte der Autobiographie*, Frankfurt/Mainz, G. Schulte-Bulmke, 1955-1967, vols. II-IV.

[11] Zink: *La subjectivité littéraire*, p. 172.

en las poesías, pero esto no significa que se trate de artefactos autobiográficos. Cada una de las proposiciones más usuales («yo amo», «yo canto») remite a otro personaje diferente del autor. El «yo» poético y literario de las narraciones medievales fue simplemente el sujeto gramatical de los procesos de expresión de las cualidades del amor y de la canción.[12] El «yo» de las *chansons* se aleja del autor progresivamente, aunque en la voz gramatical utilizada pueda dar una impresión diferente.

Collin Morris dedica también un epígrafe a la autobiografía en su estudio sobre el resurgimiento de la individualidad en los siglos XI y XII. Morris defiende la existencia de algunas autobiografías en la Edad Media que ilustran el redescubrimiento del «individuo». Pero habría que cuestionar la definición de Morris, porque tendríamos que confrontar este descubrimiento del individuo con la verdadera dimensión «individual» de las autobiografías que menciona en su libro, que son más bien autobiografías «colectivas», no en el sentido de que tengan varios autores sino en el sentido de que el «yo» del autor representa una colectividad más que a un «yo» personal. Quizás, «formalmente», puedan ser consideradas expresión de una individualidad, pero no en su integridad. De hecho, el historiador británico distinguió siempre entre el interés genérico que algunos escritores mostraron a partir del siglo XI por la autoexploración de la autobiografía propiamente dicha. Las autobiografías de este periodo –sobre todo, *De Vita Sua* de Guibert de Nogent y la *Historia Calamitatum* de Pedro Abelardo– están basadas en la penitencia y en el examen de conciencia personal: ambas son más «confesiones» –en el doble sentido de reconocimiento de los pecados del escritor y de reconocimiento del juicio de Dios– que relatos autobiográficos propiamente dichos.[13]

El medievalista Jean-Claude Schmitt, en su estudio de la autobiografía de Hermann *el Judío*, es quien más se acerca a un reconocimiento explícito de la existencia de la autobiografía en la Edad Media, pero finalmente se decanta por una vía intermedia. Schmitt se centra en el género que él mismo denomina «autobiografía de conversión», cuyos puntos de arranque y llegada (y también sus puntos culminantes) son las *Confesiones* de San Agustín y la *Vida* de Santa Teresa. La autobiografía del judío comentada por el medievalista francés cuadra perfectamente dentro de esta categoría.[14]

[12] Zink: *La subjectivité littéraire*, p. 40.

[13] Collin Morris: *The Discovery of the Individual*, Toronto, Toronto University Press, 1972, pp. 79-86.

[14] Jean-Claude Schmitt: *La conversion d'Hermann le Juif. Autobiographie, histoire et fiction*, París, Seuil, 2003, pp. 63-88.

Significativamente, es preciso salir del ámbito del medievalismo para encontrar unas posiciones más flexibles respecto a la autobiografía. El historiador modernista James Amelang, en su magnífico estudio de la autobiografía de un artesano barcelonés del siglo XVI, rechaza la «tiranía crítica de las definiciones formales» y atribuye a Lejeune un excesivo «idealismo formalista atemporal».[15] Amelang aboga por un acercamiento más amplio que vincule los escritos autobiográficos con cualquier forma literaria que incorpore la primera persona como expresión de la experiencia personal.[16] Los reproches de Amelang responden al sentido común. Sin embargo, no es menos cierto que las condiciones históricas y literarias –contextuales y formales– de la época moderna son muy diferentes a las de la medieval. Por tanto, es comprensible el recelo de los medievalistas que se han inclinado mayoritariamente por la opinión de que no se puede hablar propiamente de autobiografía en la Edad Media. Ciertamente, la autobiografía no es simplemente «hablar en primera persona sobre otros» sino más bien «hablar de uno mismo». Si no, se trata simplemente de fragmentos que ofrecen información autobiográfica, tanto si el autor habla de sus obras desde un punto de vista intelectual (prefacios), como si habla de su relación con otros (cartas) o con Dios (*confessio*).[17]

En realidad, lo que estos medievalistas pretenden demostrar es que la emergencia de la «forma autobiográfica» en el siglo XII no es todavía reflejo de la verdadera fundación del género autobiográfico tal y como la literatura contemporánea lo ha conocido y practicado prolíficamente. Desde esta orientación, me inclino por postular también una definición restrictiva de la existencia de la autobiografía en la Edad Media, conforme a la opinión expuesta por Collin Morris, Paul Zumthor, Michel Zink y Jean-Claude Schmitt.

LA CRÓNICA AUTOBIOGRÁFICA DEL REY JAIME I

Aun teniendo presente esta definición restrictiva, considero que la narración autobiográfica del rey Jaime y los «testimonios de cruzadas» contemporáneos a ella –a los que después haré referencia– pueden considerarse

[15] James Amelang: *The Flight of Icarus. Artisan Autobiography in Early Modern Europe*, Stanford, Stanford University Press 8, 1998, p. 354. Ver también la introducción del volumen de Paul J. Eakin: *Touching the World: Reference in Autobiography*, Princeton, Princeton University Press, 1992.

[16] Amelang: *The Flight of Icarius*, p. 14.

[17] Zink: *La subjectivité littéraire*, p. 257.

verdaderas autobiografías.[18] *El llibre dels fets* cumple de hecho todas las condiciones necesarias para poder entrar en el canon de las autobiografías: se trata de un relato en el que coinciden autor, narrador, protagonista y tema principal. El rey no se *esconde* tras el autor: se muestra tal como es, y no tiene empacho en mostrar sus imperfecciones, limitaciones, debilidades y errores. Hay algunos pasajes particularmente dramáticos en la crónica, como cuando el rey cuenta que, a la vista de los cadáveres de algunos caballeros muertos en el combate, «cuando llegó el momento de enterrarlos, nos pusimos a llorar, a hacer duelo y a gritar».[19] O, también, cuando el rey, agotado después de una larga jornada de combate se puso «a mirar las estrellas del cielo».[20] El rey no ha considerado necesario recurrir a las formas de memorias o de diario para subrayar la naturaleza propiamente autobiográfica de su relato: lo ha hecho a través del género histórico más auténtico, la crónica, y a través del género personal más legítimo, la autobiografía.

En todo caso, la crónica de Jaime I puede ser encuadrada en el género de las «autobiografías históricas», más cercanas a las modernas autobiografías histórico-políticas (al estilo de las memorias de Winston Churchill) que a las «autobiografías de conversión», como las mencionadas de San Agustín, Abelardo y Hermann el Judío. En efecto, la autobiografía de Jaime I, aunque traspasada de un fuerte contenido religioso y espiritual, puede ser considerada un auténtica «autobiografía profana», que difiere claramente de las autobiografías confesionales o espirituales, en las que la experiencia religiosa, espiritual y hasta mística son esenciales en el diseño general y en la estructura de la trama. Tal como ha demostrado James Olney, la autobiografía profana ha ido naciendo lentamente en el propio seno de la autobiografía espiritual, de modo que la autobiografía literaria ha surgido, progresivamente, de la autobiografía como práctica confesional.[21] Jaime I se ha propuesto relatar su historia a sus súbditos para que ellos vean la mano de Dios en la extraordinaria expansión de su reino a lo largo del siglo XIII. Por el contrario, los autores de autobiografías espirituales relatan generalmente su historia con el fin de edificar las almas de sus lectores o para mostrarse

[18] Son contrarios a esta opinión Stefano Cingolani: «Yo Ramon Muntaner. Consideracions sobre el paper de l'autobiografia en els historiadors en llengua vulgar», *Estudis de llengua i literatura catalana* XI, 1985, pp. 95-125 (especialmente, pp. 115-116), y Stefano Asperti: «Il re e la storia: Proposte per una nova lettura del *Libre dels feyts* di Jaume I», *Romanistische Zeitschrift für Literaturgeschichte* 3, 1984, p. 279.

[19] Jordi Bruguera: *Llibre dels Fets* II, p. 80.

[20] Jordi Bruguera: *Llibre dels Fets* II, p. 79.

[21] James Olney: «Autobiography and the Cultural Moment», en Olney (ed.), *Autobiography: Essays Theoretical and Critical*, Princeton, Princeton University Press, 1980, p. 13.

como modelo de conversión, como en el caso de Hermann el Judío, que se dirige a los religiosos de la abadía de Cappenberg para «relatar su historia».[22]

Este carácter autobiográfico de la crónica de Jaime I parece evidente, pero su estudio se ha focalizado, independientemente, desde una perspectiva histórica (analizando la historicidad de los hechos narrados) o literaria (centrándose en los aspectos formales, retóricos, estilísticos y literarios). De hecho, actualmente la crónica interesa sobre todo por sus (evidentes) valores literarios, y por tanto está siendo analizada básicamente por críticos literarios, quienes la consideran simplemente un relato literario más que un texto propiamente histórico.[23] En concreto, algunos críticos literarios sostienen explícitamente que la crónica «no tiene nada que ver con la historiografía».[24] Sin embargo, como ha demostrado Michel Zink en su estudio sobre la emergencia de la subjetividad de la literatura francesa, «al elegir la prosa, los cronistas memorialísticos del siglo XIII indican que no pretenden de ningún modo elaborar una obra literaria».[25] Desde esta perspectiva, la crónica de Jaime I habría que considerarla un artefacto histórico más que literario. Es evidente que el rey ha querido dar a su crónica una forma histórica, desde el momento que cuenta verosímilmente lo que le ha sucedido en el pasado. De hecho, desde las primeras copias ha recibido el título de *Llibre dels fets* (*Libro de los hechos*), de clara reminiscencia histórica.

Tampoco hay que dar demasiada importancia al hecho de que la crónica pueda considerarse, indistintamente, un relato histórico y una narración literaria. De hecho, su propia forma autobiográfica la dota de una fuerte carga histórica y literaria al mismo tiempo. No en vano la autobiografía ha sido considerada por la moderna crítica como un híbrido entre la historia y la literatura. Así, James Amelang considera irrelevante el debate sobre la mayor o menor autoridad de historiadores o críticos literarios a la hora de analizar obras autobiográficas.[26] Paul John Eakin, un reputado crítico literario norteamericano, se ha referido siempre al «estatuto dual» de la autobio-

[22] Schmitt: *La conversion d'Hermann le Juif*, p. 65.

[23] Stefano Asperti: «El rei i la història: Propostes per a una nova lectura del *Llibre dels feits* de Jaume I», *Randa* 18, 1985, pp. 5-24, donde defiende la oralidad de la crónica; ver también su artículo «Indagini sul'*Llibre dels Feyts* di Jaume I: dell'original all'arquetipo», en *Romanistisches Jahrbuch* 33, 1982, pp. 269-282 y «La tradizione manoscritta del *Llibre dels feyts*», en *Romanica Vulgaria* 7, 1984, pp. 107-167; Jordi Bruguera: «La *Crònica* de Jaume I», *Arxiu de Textos Catalans Antics* 12, 1993, pp. 409-418; Stefano Cingolani: *La memòria dels reis*, Barcelona, Base, 2007.

[24] Josep M. Pujol: «Introducció», en *Jaume I. Llibre dels fets, versió a cura de Josep M. Pujol*, Barcelona, Teide, 1994, p. 4.

[25] Michel Zink: *La subjectivité littéraire*, París, Puf, 1985, p. 209.

[26] Amelang: *The Flight of Icarus*, p. 7.

grafía como historia y como literatura: el hecho de contar «lo que realmente sucedió» es precisamente lo que diferencia la autobiografía de los escritos de ficción.[27] Jeremy Popkin, en su sugerente monografía sobre la práctica de la autobiografía entre los historiadores modernos, ha analizado exhaustivamente las repercusiones epistemológicas que, en la práctica, emergen de la equidistancia de la autobiografía entre la historia y la literatura.[28] Laura Marcus ha expresado este carácter fronterizo de la autobiografía de un modo sugestivo, remitiendo a la alegoría detectivesca del «doble agente» para la mejor comprensión de la hibridez y la inestabilidad del género autobiográrico: «La autobiografía es en sí misma una fuente de preocupación a causa de su propia inestabilidad en términos de la oposición que se establece en su seno entre el "yo" y el mundo, la literatura y la historia, el hecho y la ficción, el sujeto y el objeto». Como consecuencia de estas paradojas, la autobiografía emerge como «un peligroso doble agente, que se mueve entre estas oposiciones o, alternativamente, como un instrumento mágico de reconciliación».[29] Gabrielle Spiegel concluye que los relatos autobiográficos, aunque son verdaderamente históricos, tienden a *parecerse* a los relatos literarios, lo que genera una fuente comprensible de paradojas.

Todas estas opiniones, prevenciones e hipótesis sobre la autobiografía en la Edad Media pueden aplicarse sin duda a la crónica de Jaime I. Como consecuencia, desde un punto de vista estrictamente de «género», el *Llibre dels fets* puede considerarse una autobiografía histórica más que confesional, secular más que clerical, personal más que colectiva, vernácula más que latina, escrita en prosa más que poética y en el contexto cortesano más que monástico. Por lo tanto, vemos que el género parece localizado. Una cuestión quizás un poco más compleja de lo que se ha querido ver hasta ahora es el problema de la autoría de la crónica y, por consiguiente, de la autoridad de su autor.

AUTORÍA Y AUTORIDAD DE LA AUTOBIOGRAFÍA DE JAIME I

Los historiadores y críticos literarios que han analizado la crónica de Jaime I han llegado a un acuerdo casi unánime sobre la autenticidad de la autoría del rey, aunque lógicamente los autores materiales pudieran ser

[27] Paul J. Eakin: «Introduction», en Eakin (ed.), *American Autobiography. Retrospect and Prospect*, Madison, University of Wisconsin Press, 1991, p. 6.

[28] Jeremy D. Popkin: *History, Historians & Autobiography*, Chicago, The Chicago of University Press, 2005, pp. 1-32.

[29] Laura Marcus: *Auto/biographical Discourses. Theory. Criticism. Practice*, Manchester, Manchester University Press, 1994, p. 7.

algunos escribanos cercanos al rey. Hoy parece admitido por los especialistas (Miquel Coll i Alentorn, Ferran Soldevila, Robert I. Burns e incluso Martí de Riquer) que el *Llibre dels fets* es una obra personal del rey Jaime I.[30] Hay numerosos detalles que así lo confirman, como los hechos detallados sobre la vida cotidiana y doméstica del rey, sobre todo aquellos en los que es evidente que solo serían conocidos por él mismo. Sucede así en el episodio en el que el rey cuenta que ordenó esperar para levantar el campamento hasta que la golondrina que había anidado esa noche en su tienda hubiera partido junto con sus crías: el rey acoge tiernamente a esos pájaros como si también fuesen sus vasallos.[31] También es ilustrativa la escena del rey comiendo junto a su mujer, en medio de la intensa campaña de la conquista del castillo de Almenara.[32]

La personalidad del autor emerge al mismo tiempo que los comentarios sobre su vida espiritual más íntima, como cuando reconoce sus propios pecados pero al mismo tiempo que «nuestro Señor Jesucristo, que sabe todas las cosas, sabía que nuestra vida se alargaría tanto que podríamos realizar también buenas obras gracias a la fe que teníamos».[33] La presencia de giros aragoneses, además de delatar la procedencia oral de algunos pasajes, parece demostrar también que el rey es realmente el autor del texto, porque había pasado una buena parte de su infancia en Aragón, cuando fue enviado a Monzón para ser educado por el templario Guillem de Montredon. Jaime I había quedado huérfano al morir su padre Pedro el Católico en la batalla de Muret en 1213, defendiendo a sus vasallos cátaros.[34] Además, ¿quién si no el mismo rey podría haber descrito con tanta precisión y detalle aquella noche de enero, de intenso frío, que él pasó sudando «como si estuviera dándose un baño», en la que despertó más de cien veces, durmiendo solamente «por el mismo cansancio de la vela», para volver a despertarse después «entre la media noche y el alba»? El lector concluye que el rey no perdía el sueño por angustias amorosas como las de Eneas, Chrétien de Troyes y los trovadores, sino por los asuntos del reino.[35]

[30] Solo Jaume Riera i Sans se opone a esta tesis: «La personalitat eclesiàstica del redactor del *Llibre dels fets*», en *Jaime I y su época*, vol. III, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1982, pp. 575-589.

[31] Jordi Bruguera: *Llibre dels Fets*, II, pp. 187. «La metáfora del rey como señor de las golondrinas es de Martí de Riquer», en *Història de la literatura catalana*, Barcelona, Ariel, 1964, I, p. 419.

[32] Jordi Bruguera: *Llibre dels Fets*, II, p. 212.

[33] Jordi Bruguera: *Llibre dels Fets*, II, p. 5.

[34] Jordi Bruguera: *Llibre dels Fets*, II, pp. 14-15.

[35] Jordi Bruguera: *Llibre dels Fets*, II, p. 204.

Todos estos ejemplos demuestran que la obra sobrepasa la objetiva crónica histórica para penetrar en el dominio de las memorias personales. Uno de los comentadores más autorizados sobre la crónica, Burns, concluye:

> La autobiografía del rey Jaime I es un documento tan inusual para la Edad Media que las dudas sobre su autenticidad emergen de modo natural. Ha habido una larga controversia sobre este tema, pero el lector puede finalmente aceptar el documento como sustancialmente genuino. Está claro que el rey Jaime no lo escribió enteramente, más bien parece que lo dictó en buena parte a alguien de confianza que después lo presentó en una forma más pulida.[36]

Esto nos dirige a la hipótesis de que el rey no hubiera escrito directamente la crónica, sino que se habría tratado de un complejo proceso de tradición oral, lo que explicaría la incorrección gramatical de algunos pasajes y su compleja redacción. En este sentido, el rey sería el autor, aunque probablemente no su escritor material. Todo ello nos remite a la interesante cuestión de la eventual exposición oral de la crónica. El rey probablemente habría ido dictando los diversos episodios de su vida a algunos colaboradores de su cancillería, quienes habrían dado forma literaria a esos recuerdos, sin poder evitar la inclusión de algunos detalles coloquiales o el reflejo de la estructura oral en la gramática escrita. De hecho, las últimas tendencias de la romanística destacan el papel de la oralidad en buena parte de la literatura medieval más antigua, como es el caso de la poesía épica. El *Llibre dels Fets* produce una marcada sensación de prosa oral que enlaza con esta tradición, utilizando un género literario más apropiado para el texto histórico. La oralidad estaba más conectada con la cultura vernácula, como la escritura lo estaba con la cultura latina. La transmisión oral del contenido de la crónica fue propiciada en buena medida por la escasa presencia de hechos de historia remota. Esto condicionó su escritura en lengua vernácula, que por otra parte fue la más utilizada en los textos cronísticos bajomedievales. En la operación inversa, la obra fue redactada también con la idea de que, a su vez, fuera transmitida oralmente. La oralidad, que había sido congelada en la escritura, vuelve a aparecer triunfante a la hora de la lectura.[37]

El texto del *Llibre dels fets* se detiene no solo en las palabras o en los hechos, sino en los gestos que los acompañan. De este modo, la narración

[36] Robert I. Burns: *The Crusader Kingdom of Valencia. Reconstruction on a Thirteenth-Century frontier*, Cambridge, Mass., Harvard University Press II, 1967, p. 324.

[37] Josep M. Pujol: «Introducció», en *Jaume I. Llibre dels fets*, Josep M. Pujol (ed.), Barcelona, Teide, 1994, pp. 11-12.

se vuelve más expresiva y se facilita la labor del lector. Además, el rey se dirige en varias ocasiones a los que *oirán* su libro. El estilo sintáctico del libro es muy variable y espontáneo, lo que también hace aumentar la sensación de oralidad. Las frases son largas y se pasa del estilo directo al indirecto con suma facilidad, sin reglas prefijadas. Los recuerdos del rey fluyen tan espontáneos que en ocasiones deben interrumpirse bruscamente porque ya han sido narrados en otro pasaje de la crónica. Los llamativos cambios de lengua en una misma frase –existe una de ellas que se inicia con el catalán y luego se intercala el castellano y el provenzal–[38] delatan la formación plurilingüista del rey, que había sido criado por mujeres languedocianas hasta los tres años; había sido educado en la corte francesa de Simón de Montfort entre los tres y los seis; había convivido con templarios aragoneses en Monzón entre los seis y los trece; se había casado a los trece con una castellana, a los veintisiete con una húngara y a los cuarenta y ocho con una navarra; y, además, estaba rodeado continuamente en su corte mixta por aragoneses, catalanes y gente de Montpellier, en el sur de Francia. La escena de la conversación de Jaime I con el papa Gregorio X intercala algunas frases en latín, en francés y en un dialecto italiano que agudizan la espontaneidad del texto.[39] En esa misma escena, tan importante desde el punto de vista estratégico, no falta tampoco la dimensión cómica, ya que se relata la divertida queja de un templario (Guillem de Corcelles) que parece más preocupado de que no le pongan más años de los que tiene que por los trascendentales asuntos que se están discutiendo.[40]

La sensación que se tiene al leer el texto es la misma que al escuchar a una persona que habla coloquialmente y da continuos giros a su narración, sin ningún tipo de orden sistemático. El libro posee un tronco argumental principal, pero las variaciones y las digresiones son tantas que las pequeñas menudencias narradas acaban constituyendo lo más atractivo del texto. Por ejemplo, es realmente llamativa la capacidad de la crónica para crear unos espectaculares *flash-backs* en los momentos más inesperados: mientras ex-

[38] «E sempre, lo rei de Castella, *fizolo clamar, e vino el comanador e dixo-le* denant Nós: - Comanador, muit noz plaz d'ajuda *e de servicio que vós fagades* al rei d'Aragó, *tanto o más que si a nós los fiziésedes, e esto vos pregamos e vos mandamos que vós lo fagades*». (La redonda en catalán, la cursiva en castellano y la frase subrayada en provenzal pertenecen a la cita recogida por Pujol en «Introducció», p. 14).

[39] Bruguera: *Llibre dels Fets*, II, cap. 532-535, pp. 370-371.

[40] Joan d'Escarcela responde al maestro del temple, entre cómico e indignado: «Maestre, nos vos hi haja cura de mos anys», en referencia a la edad que le habían asignado anteriormente, mayor de la que en realidad es la suya (Bruguera: *Llibre dels Fets*, II, cap. 532, p. 370).

plica la toma de Liçana, el rey imagina retrospectivamente la figura grotesca de un caballero vencido, Don Pedro Gomes, hundido en el fango removido en el fragor de la batalla;[41] cuando narra su primera boda, rememora el destino opuesto de las cuatro hijas y los dos hijos de su suegro, Alfonso VIII de Castilla;[42] mientras vuelve al Puig para auxiliar a los defensores de la plaza, revive la emotiva ternura que le manifestó en esa ocasión el caballero Don Fortuny Lopes de Sàdaba;[43] poco antes del dramático asedio contra los musulmanes de Morvedre, se mofa tiernamente del precario arnés que lleva Don Fortuny ante tal trance, donde solo sobresale la *barbuda* y va conducido por un tosco mulo en lugar de un caballeresco corcel.[44]

Todo ello nos lleva a la cuestión esencial de las fuentes utilizadas por el autor de la crónica, que parece que fueron esencialmente tres: su memoria, los documentos de cancillería y, por fin, algunos relatos anteriores escritos en verso. De las tres, la más importante es la memoria. Lo certifica el hecho de que se ha podido datar aproximadamente la doble fecha de elaboración de la crónica (1244 y 1274) precisamente porque los acontecimientos situados en los periodos inmediatamente anteriores a esas fechas (1228-1240 y 1265-1274) son los que aparecen narrados con mayor precisión en la crónica. Estos son narrados con minuciosidad porque la memoria del rey todavía estaba fresca. El resto, referente a acontecimientos más alejados, se caracteriza por una cierta vaguedad y confusión. De hecho, en algún pasaje, el rey no tiene especial inconveniente en reconocer que «no recuerda» un dato y por tanto no puede consignarlo en la crónica, como sucede en el caso del nombre del padre de Doña Inés, mujer de Guillem de Montpellier.[45]

Respecto a la segunda de las fuentes, aunque se sigue utilizando este procedimiento, la compilación de documentos ha perdido ya un peso enorme en el siglo XIII. La figura del historiador como simple «compilador» ha decaído. Ha cambiado el contexto en el que se articulan las crónicas, del monástico al cortesano. Muchos de los nuevos cronistas son testigos presen-

[41] Bruguera: *Llibre dels Fets*, II, cap. 14, pp. 18-19. Los ejemplos siguientes están sútilmente rescatados por Pujol en «Introducción», p. 14.

[42] Bruguera: *Llibre dels Fets*, II, cap. 17, p. 21.

[43] Bruguera: *Llibre dels Fets*, II, cap. 224, p. 194.

[44] Bruguera: *Llibre dels Fets*, II, cap. 226, p. 195. La *barbuda* era una pieza hecha de mallas metálicas que protegía la barba. Don Fortuny había perdido el resto de su arnés en una batalla narrada anteriormente en la crónica. La escena es grotesca, toda vez que el mulo solo servía como cavalgadura para las mujeres y gente de paz, como eclesiásticos, mercaderes o caballeros errantes y, en todo caso, como animal de carga.

[45] «... de què no-ns *membra*.l nom del pare d'aquela dona, mas ella avia nom Dona Agnès», Bruguera: *Llibre dels Fets*, p. 9.

ciales de las cosas que cuentan y ya no precisan, por tanto, de documentos para certificar lo que han visto. Además, los sucesos narrados no suelen ser tan remotos, todo lo más se alejan una generación, por lo que el testimonio personal se acredita en sí mismo como documentación. Los monjes estaban mucho más acostumbrados que los nuevos historiadores a su función de «compiladores»; los nuevos cronistas, cortesanos o caballeros, no tienen por qué ocultar su personalidad tras los documentos. La expansión de las lenguas romances facilita una mayor labor de creación de los cronistas, que ya no son simplemente unos intermediarios entre los documentos y los lectores sino que asumen una mayor relevancia como autores. Todo esto es perfectamente aplicable a la crónica de Jaime I, sobre todo si la comparamos con otros textos de la tradición historiográfica catalana anterior como las *Gesta Comitum Barchinonensium* (siglo XII).

La tercera de las fuentes utilizadas por el rey, la de los relatos en verso, es quizás la menos importante cuantitativamente, pero es muy significativa de la herencia trovadoresca de la crónica de Jaime I. De hecho, se ha generado un intenso debate en torno a la procedencia de estas fuentes. Los eruditos catalanes Manuel de Montoliu y Ferran Soldevila han defendido la llamada «teoría de las prosificaciones», que explicaría la posible procedencia rimada de algunos pasajes de la crónica, lo que restaría su autenticidad al provenir parte de su texto de relatos legendarios de tradición oral.[46] Aunque actualmente esta teoría está siendo revisada por los críticos literarios como Stefano Asperti y Stefano Cingolani, el fenómeno no sería excepcional, porque las crónicas rimadas y los relatos épicos, llenos de leyendas y ficciones, fueron recogidos y adaptados en la primera mitad del siglo XIII por los textos históricos de prosa vernácula. Esta forma en prosa resultaba más acorde con las demandas del nuevo contexto histórico y las nuevas motivaciones políticas y culturales, algo que William H. Sewell denominó la «coherencia semiótica» de la cultura.[47] El proceso de prosificación de

[46] Algunos eruditos catalanes han sugerido la existencia de versos «camuflados» entre la prosa de la crónica de Jaume I. Estas tesis fueron sugeridas por Manuel de Montoliu: «La canço de gesta de Jaume I», *Butlletí Arqueològic Tarraconense*, Tarragona, 1922, y desarrolladas posteriormente por Ferran Soldevila: «Les prosificacions en els primers capítols de la Crònica de Desclot», *Discurso de recepción de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona*, Barcelona, Real Academica de Buenas Letras de Barcelona, 1958, y Miquel Coll i Altentorn: «La historiografia de Catalunya en el període primitiu», *Estudis Romànics*, III, 1951-1952, pp. 139-196, reeditado en Coll: *Historiografia*, Curial, Barcelona, 1991, pp. 24-42.

[47] William H. Sewell Jr.: «Semiotic coherence of the culture», «The Concept(s) of Culture», en Victoria E. Bonell y Lynn Hunt (eds.), *Beyond the Cultural Turn*, Berkeley, The University of Califonia Press, 1999, pp. 49-50.

los textos históricos es paralelo al fenómeno de prosificación de los textos literarios originalmente compuestos en verso o transmitidos oralmente con anterioridad, un fenómeno típico de la Europa del siglo XIII. En el *Llibre dels fets*, en concreto, las conquistas de Mallorca y Valencia son narradas en parte a base de prosificaciones de canciones anteriores que relataban estas gloriosas campañas en forma poética.[48]

Aun contando con la colaboración de algunos miembros de su cancillería, considero que se puede afirmar que el «acto autobiográfico» puede ser atribuido exclusivamente al rey Jaime I, por tanto se le puede asignar una autoridad completa en cuanto a su autoría. Los textos históricos medievales solían ser elaborados por un grupo de personas. Esto es particularmente cierto en las crónicas elaboradas en un contexto cortesano –como lo habían sido las elaboradas en el contexto monástico, donde la participación material de varias manos, tanto en el proceso de compilación como en la escritura material, es evidente–. Pero, finalmente, es el rey quien puso la última rúbrica y se puede considerar su autor. La mejor explicación de todo este proceso la he encontrado en las palabras del yerno de Jaime I, el rey Alfonso el Sabio de Castilla, quien explica en un precioso castellano:

> ... dixiemos nos muchas vezes: el rey faze un libro, non porquél el escriva con sus manos, mas porque compone las razones dél, e las emienda e yegua e enderesça, e muestra la manera de cómo se deven fazer, e desí escrívelas qui él manda, pero dezimos por esta razón que el rey faze el libro. Otrossí quando dezimos: el rey faze un palacio o alguna obra, non es dicho porque lo él fiziesse con sus manos, mas porquel mandó fazer e dio las cosas que fueron mester para ello.[49]

Una de las cuestiones que han interesado más a historiadores y críticos literarios en estos últimos años es el concepto de la «autoría», no en un sentido estricto sino amplio: no se trata solo de saber quién es el autor material de un texto, sino que se trata de interrogarse sobre el alcance de su autoría y las relaciones entre autor, autoría y autoridad. Algunos críticos de la ola posmoderna (quizás mejor postestructural), como Roland Barthes y Michel Foucault, han postulado la disolución efectiva del autor en las sociedades tradicionales, ante la invencible fuerza del contexto.[50] Estas teorías son,

[48] Martí de Riquer: *Història de la Literatura*, vol. I , p. 390.

[49] Antonio G. Solalinde: «Intervención de Alfonso X en la redacción de sus obras», *Revista de Filología Española* II, 1915, p. 286, citado en Martí de Riquer: *Història de la Literatura* I, p. 399.

[50] Dos artículos provocadores, pero bien ilustrativos de esta cuestión, son: Roland Barthes: «Death of the Author», en Barthes: *Image-Music-Text*, Nueva York, Hill and Wang,

desde mi punto de vista, algo exageradas, o por lo menos anacrónicas, porque no me parece que se puedan aplicar directamente a la realidad de la cronística medieval. Sin embargo, ellas nos han ayudado a centrarnos en la pregunta principal: *quién* habla a través del narrador y del personaje principal en la crónica de Jaime I.

EL SUEÑO COMO UN ATENUANTE DE LA AUTORÍA

La respuesta es unívoca en el caso del *Llibre dels Fets*. Quien está detrás del narrador y del personaje es el propio rey. Uno de los signos más claros de esta realidad es que Jaime I no necesita un «sueño» para exponer sus ideas. Este ha sido uno de los procedimientos más característicos de la narrativa medieval y la tradición catalana tiene dos ejemplos sobresalientes: un siglo después, Ramon Muntaner empieza su crónica cuando un ángel le alerta en sueños de que debe escribir sobre los hechos gloriosos acaecidos en su reino, y el libro *Lo Somni* de Bernat Metge (siglo XV), una de las cumbres literarias de la escritura en catalán, está construido todo él en torno a un sueño, precisamente porque al autor le interesaba enmascarar su identidad.[51] El autor de *Lo Somni* es un cortesano que había tenido importantes responsabilidades de gobierno y, con su relato, pretende justificar la actuación del difunto rey, quien se le aparece en sueños y trata de justificar, en un largo diálogo, su labor de gobierno. Con la información que recibe en ese sueño, Bernat Metge puede desempeñar mejor su función de defensa de la política llevada a cabo por el rey, puesta ahora en entredicho por la sociedad barcelonesa.

Todos los autores que han analizado esta cuestión llegan a la conclusión de que el sueño es como una «máscara» para el autor medieval.[52] La presencia de los sueños en las narraciones, sean autobiográficas o no, disminuye automáticamente la fuerza del autor y de la autoría, aunque no su

---

1977, pp. 142-148, y Michel Foucault: «What is an Author», en P. Rabinow (ed.), *The Foucault Reader*, Nueva York, Pantheon Books, 1984, pp. 101-120.

[51] Sobre el sueño inicial de la crónica de Ramón Muntaner, ver Jaume Aurell: *Authoring the Past. History, Autobiography and Politics in Medieval Catalonia*, Chicago, The University of Chicago Press, 2012. Una magnífica edición del texto catalán en Bernat Metge: *Lo somni*, Stefano Maria Cingolani (ed.), Barcelona, Barcino, 2006.

[52] Jean-Claude Schmitt ha explorado el tema del «sueño» como una figura literaria y ofrece algunos ejemplos muy interesantes en Schmitt: *La conversion d'Hermann le Juif*, pp. 89-142.

autoridad. El autor se refugia detrás de una imagen que refleja con más o menos exactitud la suya, pero que en todo caso no es su propia imagen. En el caso concreto de las narraciones supuestamente autobiográficas, como la de Bernat Metge, el sueño tiene la virtualidad de hacer presente una realidad, pero al mismo tiempo de hacerle perder verosimilitud. En el fondo, el sueño no es más que un recurso para exponer una realidad a través de una alegoría. Este recurso se emplea frecuentemente en la literatura medieval. Michel Zink anota que, desde inicios del siglo XIII, uno de los medios casi sistemáticamente utilizados para poner al sujeto en relación con el mundo alegórico fue el sueño. El sueño permitió una afirmación de la experiencia subjetiva y una identificación, por analogía, de la realidad con la alegoría. El sueño fue entonces la representación imaginada o indirecta del significado que podía ser revelado solo a través del desciframiento: era, por tanto, el marco natural de la alegoría.[53]

Zink aporta un ejemplo muy característico. En una de las crónicas de cruzadas de principios del siglo XIII, uno de sus caballeros (Jean de Joinville) necesita justificarse a sí mismo por no haber acompañado al rey a la cruzada y acude al sueño para narrar este episodio.[54] Jaime I intercala también sueños en su crónica, como era la práctica habitual. Pero estos sueños no interfieren en su identidad como autor de la crónica, ni siquiera para atenuarla. En primer lugar, porque no suelen ser suyos, sino de otros personajes que aparecen en escena. En segundo lugar, y todavía más significativamente, porque el propio rey los acoge con un cierto escepticismo sazonado con una cierta carga irónica y hasta humorística. Así sucede en el caso de la visión de un franciscano del cortejo del rey, que se superpone inmediatamente a las de un caballero que considera que «las visiones son buenas», pero que la superioridad del rey frente a los sarracenos debe ser confirmada por los hechos.[55]

Hay otro pasaje todavía más expresivo, referente al escepticismo del rey respecto a los sueños y arrebatos. La escena se desarrolla al alba del trascendental día previsto para el asalto de Mallorca. Se habían celebrado mi-

[53] Michel Zink: *La subjectivité littéraire*, pp. 143-144.

[54] Michel Zink: *La subjectivité littéraire*, pp. 229-230.

[55] El rey Jaime I relata la respuesta del caballero aragonés Eixemèn de Urrea al franciscano que le había relatado el sueño sobre la (futura) victoria final del rey sobre los sarracenos: que las visiones eran buenas, pero que habría que demostrarlas en la práctica (Jordi Bruguera, *Llibre dels Fets*, II, p. 294). El rey es claramente más partidario de la opinión escéptica del caballero que de las visiones relatadas por el franciscano. Un agudo comentario sobre este expresivo pasaje de la crónica de Jaume I, en Martí de Riquer: *Historia de la literatura*, I, pp. 410-411.

sas muy de mañana y todos habían recibido el cuerpo de Cristo («lo cors de Jhesuchrist»). Los caballeros y los barones se habían armado. El día iba clareando. Entonces, el rey se acercó a los hombres de a pie («hòmens de peu»), que estaban delante de los caballeros, y, en un gesto lleno de autoridad regia pero también de humanidad, les exhortó con fuerte voz con estas palabras: «Via, barones, ¡empezad a caminar en nombre de nuestro Señor Dios!». Pese a la encendida exhortación del rey, nadie se movió de ahí, ni entre los caballeros ni entre los barones, detalla el rey. Jaime I sintió, entonces, una gran angustia porque, por primera vez en la crónica, no fueron seguidas sus indicaciones. Apeló entonces a la Virgen María, argumentando que la única razón por la que estaban ahí era conquistar la tierra de los sarracenos para que pudiera ser celebrado el sacrificio de su Hijo –la Santa Misa– y por tanto Ella debía interceder consiguiendo de su querido Hijo la gloria de la victoria. Entonces el rey volvió a gritar[56] a barones y caballeros: «Via, barones, en nombre de Dios, ¿de qué dudáis?». Repitió esta exhortación tres veces y, solo a la tercera, los barones se pusieron a caminar «paso a paso». Toda la hueste empezó a gritar entonces: «¡Santa María!, ¡Santa María!». Y cuanto más repetían esta invocación, más gritaban. Solo callaron cuando empezó a moverse la caballería. Entraron en la ciudad quinientos hombres de a pie, que fueron atacados duramente por los sarracenos. El rey cuenta entonces, aterrado, que fueron atacados de tal modo que todos hubieran muerto de no mediar la entrada de la caballería. Fue entonces cuando –según le contaron los sarracenos al rey después de terminar la batalla– vieron entrar un caballo blanco con armas blancas delante de toda la caballería catalano-aragonesa. El rey apunta que, «según su creencia», se trataba de San Jorge, ya que había oído muchas historias en las que cristianos y sarracenos lo habían visto en otras batallas. Pero no se detiene ni un solo momento en la narración y sigue contando cómo los cristianos entraron en la ciudad no por el efecto de las visiones sino por el valor mostrado en el momento del choque con los sarracenos, quienes finalmente huyeron despavoridos.[57] La superstición sarracena es paliada con una calculada circunspección, reducida a una ligera y algo irónica observación

[56] El verbo que el rey utiliza en catalán («escridam-los») es muy expresivo de la fuerte voz que el rey utilizó para espolear a los caballeros y barones en el combate. La escena es muy dramática, atendiendo a los gritos del rey a la hora del alba. Jordi Bruguera, *Llibre dels Fets*, II, p. 97.

[57] Esta trepidante escena está relatada en los capítulos 84 y 85 de la crónica (Jordi Bruguera, *Llibre dels Fets*, II, pp. 96-98) y comentada en Martí de Riquer: *Historia de la literatura*, I, pp. 411-412.

personal. Resulta interesante además que el rey no puede certificar algo que no ha visto –la entrada del caballo blanco con armas blancas– y se limita a apelar sobriamente a la autoridad de los sarracenos que se lo han contado y, sobre todo, a las «historias»[58] que ha oído. Significativamente, en la iconografía catalana posterior, sobre todo la del siglo XV, la entrada de Mallorca quedará inmortalizada con un San Jorge a caballo junto a Jaime I.[59]

LA AUTOSUFICIENCIA DE JAIME I COMO AUTOR AUTOBIOGRÁFICO

Todo esto nos remite a la autosuficiencia de Jaime I como autor, porque no necesita de otras «autoridades» (en forma discursiva o en forma de sueño) para hacer creíble su relato. A diferencia de la autobiografía de Hermann *el Judío*, él no cita a otras autoridades. Su obra no es una autobiografía «colectiva», como la del Judío, sino totalmente personal. Schmitt aclara que el autor medieval es el que usa «autoridades» en sus citas y posee una autoridad prestada precisamente por esas mismas «autoridades» consolidadas por la tradición. Su obra, pues, no será nunca enteramente individual, pues siempre será en coautoría con las autoridades de los Padres de la Iglesia o los autores de los diversos libros de la Biblia citados, que son quienes le otorgan legitimidad a través de la pertenencia a una «comunidad textual». Así, concluye Schmitt, las crónicas medievales, especialmente las escritas en primera persona, son de autoría completamente colectiva.[60] Sin embargo, el *Llibre dels fets* no posee esa dimensión colectiva, sino que es de autoría enteramente personal: el rey no tiene que recurrir a otras autoridades externas para legitimar su discurso pues su autoridad en tanto que rey le asegura una suficiente credibilidad. Además, su crónica es original no solamente porque no existe precedente alguno, en la Edad Media, de una autobiografía real, sino más bien porque él mismo se erigirá en modelo que imitar, como lo demuestran las autobiografías de los reyes Pedro el Ceremonioso de Aragón y Carlos de Bohemia en el siglo XIV.[61]

El problema de la autoría está relacionado con el de la audiencia. Preguntarse por quién escribe autobiografía histórica es preguntarse también

[58] «Estòrias» en el original (Jordi Bruguera, *Llibre dels Fets*, II, p. 97).

[59] Por ejemplo, en el «retablo de Sant Jordi», obra de Pere Nisart conservada en el Museo Diocesano de Malloca, contratada en el año 1468.

[60] Jean-Claude Schmitt: *La conversion d'Hermann le Juif*, p. 235.

[61] *Vita Caroli Quarti. Die Atutobiographie Karls IV*, Eugen Hillenbrand (ed.), Stuttgart, Fleischhauer & Spohn Verlag, 1979.

por su público potencial. La autoría se refiere a la escritura, como la audiencia a la lectura. No es posible conocer exactamente la recepción del *Llibre dels fets*, pero es evidente que el primer objetivo fue el círculo más estrecho que rodeaba al rey: cortesanos y familiares. Es muy significativa la cita de Pedro el Cerimonioso, biznieto de Jaime I, quien en su crónica escribe que «este domingo [...] estábamos leyendo el libro o crónica del señor rey Jaime, bisabuelo nuestro, y llegó un correo de los prohombres de Berga».[62] Más allá de la importancia de esta cita para el análisis de la intertextualidad entre las dos crónicas autobiográficas de los reyes aragoneses, es bien conocida la tendencia de los autores de autobiografía en las sociedades tradicionales de dirigirse en primer lugar a su propia familia, una tendencia que se acrecienta en los siglos modernos.[63]

Lo que parece evidente en el *Llibre dels fets* es que el rey no escribe para sí mismo, como en un ejercicio de autojustificación, o para rastrear su propia identidad –algo que sí será característico de las autobiografías contemporáneas–. Lo declara explícitamente en el pórtico de su crónica: «Para que los hombres conocieran y supieran [...] lo que hemos hecho con la ayuda del Señor Todopoderoso [...] dejamos este libro por memoria. Y los que querrán oír las gracias que nuestro Señor nos ha otorgado, y para dar ejemplo a todos los otros hombres del mundo, que hagan esto que nosotros hemos hecho».[64] Además, lo reafirma a lo largo de toda la narración, de la que se desprende claramente su deseo de consolidar la monarquía como institución más que su propia personalidad, remarcando la supremacía de la función pública sobre el interés personal.

Otro factor que realza la figura autorial de Jaime I es que no ha necesitado patronos que promuevan su narración. Los patronos actúan siempre como intermediarios entre el autor y la audiencia. Situándose ellos mismos literalmente entre el escritor y sus lectores, intervienen como protectores de los agentes culturales de menor rango social o económico. Esto es muy aplicable, por ejemplo, a las abundantes autobiografías que surgieron en la Europa moderna en torno a la actividad artesanal.[65] En este caso, es el

[62] Pere el Cerimoniós: *Llibre*, en Ferran Soldevila (ed.), *Jaume I, Bernat Desclot, Ramon Muntaner, Pere III. Les Quatre Grans Cròniques*, Barcelona, Selecta, 1971, pp. 1086-1087. Ese domingo era el 21 de noviembre de 1344.

[63] Amelang: *The Flight of Icarus*, p. 70.

[64] «E per tal que.ls hòmens conegessen e sabessen [...] ço que nós hauríem feyt ajudannos lo Seyor poderós, [...] lexam aquest libre per memòria. E aquels qui volran hoir de les gràcies que nostre Senyor nos ha feytes e per dar exempli a tots los altres hòmens del món, que façen ço que nós havem feyt» (Jordi Bruguera, *Llibre dels Fets*, II, p. 7).

[65] Ver el epígrafe «Patrons and Publishers», en James Amelang: *The Flight of Icarus*, pp. 73-79.

rey mismo quien promueve una narración que firma él mismo, por lo que ningún patrono se inmiscuye entre el autor y su audiencia, como tradicionalmente pasa en la Edad Media con cualquier creación artística y literaria con un mínimo de trascendencia.

Si no hay intermediarios en la crónica de Jaime I desde el punto de vista del patronazgo, tampoco los hay para lo que Peter Damian-Grint ha definido como «intermediaciones autoriales»,[66] esto es, autoridades citadas por los autores medievales, remisión a unas autoridades externas al texto que dan el mismo crédito que las referencias a pie de página introducidas por la moderna crítica científica. Esto no quiere decir que el *Llibre dels fets* no las necesite, o no las use, como en el caso de las canciones de gesta o la Sagrada Escritura. Del uso de las primeras, dan testimonio la «teoría de las prosificaciones» y el convencimiento de los eruditos catalanes de que ha existido una importante tradición de épica juglaresca catalana, cuyos ejemplares no han llegado hasta la actualidad.[67] De las segundas, el rey hace uso como fruto de su religiosidad verdadera y genuina, intercalándolas entre los pasajes más intensos de la crónica. La crónica se inicia con el pasaje del Apóstol Santiago exhortando a vivir una fe con obras (epístola de Santiago, 2: 17-26), para continuar remitiendo a la sabiduría de Salomón, quien aconseja recibir con docilidad la reprimenda del padre (libro de los Proverbios, 13:24) y a la frase evangélica sobre la necesaria abnegación para seguir a Jesucristo (evangelio de Mateo, 16: 24). Sin embargo, en todo momento queda patente que el rey posee una legitimidad suficiente que le habilita para no depender de una autoridad externa al texto porque, finalmente, es la memoria personal por sí sola la que legitima todo su relato.

Puede ser útil, en este sentido, comparar el *Llibre dels fets* con uno de los textos fundadores de la historiografía catalana medieval, elaborado todavía en latín un siglo antes, hacia el año 1180, las *Gesta Comitum Barchinonensium*.[68] Así como las *Gesta* se basan en «la narración de los antiguos y los antiguos escritos de las cartas», o sea, la leyenda por un lado (tradición oral) y los documentos y los libros por otro, Jaime I no necesita remitir a estas «autoridades» de la tradición oral y pasa directamente a justificar su propia

[66] Peter Damian-Grint: *The New Historians of the Twelfth-Century Renaissance. Inventing Vernacular Authority*, Oxford, Woodbridge, 1999, pp. 151 y ss.

[67] Martí de Riquer: *Historia de la literatura*, I, p. 395.

[68] Sobre las vinculaciones materiales y formales entre las *Gesta* y la crónica de Jaime I, ver Jaume Aurell: «From Genealogies to Chronicles: The Power of the Form in Medieval Catalan Historiography», *Viator. Medieval and Renaissance Studies* 36, 2005, pp. 235-264.

narración, basándose simplemente en su memoria.[69] La tradición escrita, por su parte, surge natural del contexto monástico del monasterio de Ripoll, cuyos monjes estaban muy familiarizados con las técnicas de compilación documental y la autoría colectiva.[70] Jaime I, en cambio, no necesita acudir a la legitimidad de esas autoridades externas de la tradición («los antiguos») y legitima y justifica su relato simplemente a través de su memoria.

Finalmente, la autoría queda exaltada por la fuerza de la personalidad que emerge de la densa carga autobiográfica del *Llibre dels fets*. José Luis Villacañas ha comparado la crónica de Jaime I con el retrato algo impersonal del rey Alfonso VI de Castilla, que surge de la lectura de la *Estoria de Espanna*. El investigador valenciano concluye que la diferencia es que «el texto autobiográfico de Jaime ya narra desde un sentido maduro de lo individual, desde una personificación del retrato que diluye la norma ideal en una naturalismo mucho más pendiente del realismo de la narración».[71] La trepidante acción del *Llibre dels fets*, sostenida a lo largo de toda la narración, y la apasionada figura del rey, que resulta de un relato muchas veces introspectivo, son la mejor demostración del peso del realismo sobre el idealismo en la crónica.

LA CRÓNICA DE JAIME I EN SU CONTEXTO LITERARIO E HISTÓRICO

Haber situado la crónica en su género autobiográfico permite una reconsideración del verdadero contexto histórico y literario al que pertenece el texto. La crónica de Jaime I ha sido situada tradicionalmente en el contexto de las contemporáneas *Grandes Crónicas de Francia*, y también en un contexto de continuidad con la tradición historiográfica catalana. En esa línea de continuidad, el *Llibre dels fets* sería una culminación de la tradición iniciada con las mencionadas *Gesta Comitum* y tendría su continuidad en el ciclo de las llamadas *Quatre Grans Cròniques catalanes*. En este apartado pretendo demostrar que, sin negar del todo esos vínculos, la crónica de Jaime I pertenece a un contexto literario muy diverso al que se ha apuntado hasta ahora. El *Llibre dels fets* estaría más bien relacionado con las contem-

[69] Barrau-Dihigo y Massó Torrents (eds.), *Cròniques Catalanes*, p. 22.

[70] Lluís Nicolau d'Olwer: «L'escola poètica de Ripoll en els segles X-XIII», *Anuari de l'Institut d'Estudis Catalans* (1915-1920), pp. 3-84; Ramon d'Abadal: «La fundació del monestir de Ripoll», *Analecta Montserratensia* IX, 1962, pp. 25-49. Ver también Miquel Coll i Alentorn: *Llegendari*, Barcelona, Curial, 1993, pp. 56-57.

poráneas «historias de cruzadas», donde algunos caballeros narran de modo autobiográfico sus andanzas por Tierra Santa.

Michel Zink apunta que las verdaderas historias medievales de tradición latina, hasta el siglo XII, son producidas por historiadores capaces de reunir documentación y hacer un uso sistemático de ella. «En las miniaturas de este periodo se representa a los historiadores trabajando en su mesa rodeados de numerosos libros que utilizan para elaborar su obra. Esta tarea de compilación resta obviamente lugar para la personalidad y la subjetividad del autor y de su personal punto de vista. Así es como la historiografía latina quiso representarse a sí misma».[72] Pero la crónica de Jaime I pertenece a un contexto ya plenamente vernáculo y cortesano. Fruto de este nuevo contexto, durante el siglo XII fueron apareciendo en el área anglo-normanda nuevas narraciones que aspiraban a ser históricas. Pero la forma versada y el peso de la ficción fueron demasiado fuertes. Sin embargo, esta tendencia historicista culmina en el siglo XIII, con la aparición de obras en prosa cuyos autores nunca sintieron la necesidad de escribir sobre sucesos en los que no hubieran participado personalmente o de los que no fueran testigos directos. De este modo, disminuía la tarea de compilación del historiador tradicional y aumentaba considerablemente la función del «autor», puesto que él mismo se constituía en testimonio y protagonista de lo que escribía. Emergía, por tanto, la fuerte carga autobiográfica tan específica de estos textos.

Los ejemplos más característicos son los de Robert de Clari, Geoffroy de Villehardouin, Jean de Joinville y Phillippe de Novara.[73] Robert de Clari, por ejemplo, enfatiza su entidad como autor y el hecho de que ha *experimentado* todo lo que cuenta, y que por tanto es cierto.[74] Le basta su autoridad como testimonio, algo que en la tradición historiográfica anterior no podría haber sido aceptado. El contenido pasa por delante de la forma. Lo que interesa a estos cronistas es contar la verdad de unos hechos presenciados. Por este motivo se recurre a la prosa, una prosa humilde en su forma pero verdadera en el contenido, fundamento de la referencialidad histórica. La prosa es extraña al ornamento literario, pero solo ella es apta para expresión de la verdad. Todos estos autores han sido definidos como cronistas autobiográficos franceses del siglo XIII por Michel Zink.[75]

[71] José Luis Villacañas: *Jaume I el Conquistador*, Madrid, Espasa Calpe, 2003, p. 21.

[72] Michel Zink: *La subjectivité littéraire*, p. 203.

[73] La identidad indiscutiblemente testimonial de estas crónicas está bien reflejada en Michel Zink: *La subjectivité littéraire*, pp. 205-239.

[74] Michel Zink: *La subjectivité littéraire*, p. 206.

[75] Michel Zink: *La subjectivité littéraire*, p. 239.

Estos autores cuentan en sus narraciones «lo que pasó», pero exclusivamente desde el punto de vista de «lo que *les* pasó». Este modelo lo recoge Jaime I, quien rompe con la tradición latina y genealógica de las *Gesta Comitum* y se lanza a la narración de los hechos experimentados personalmente. La narración de Jaime I es comparable a esta literatura histórico-autobiográfica por ser crónicas en lengua vernácula y, sobre todo, testimoniales. Lo certifica el hecho de que el rey renuncia a relatar las batallas en las que no ha participado directamente, como sucede con la de Portopí.[76] Esta carga testimonial es lo que las aleja, por ejemplo, de otras narraciones en primera persona como la del cronista y conde de Flandes Fulk Nerra, conde de Anjou.

Además, la crónica de Jaime I está escrita en prosa conscientemente, «prosificando» incluso los pasajes en verso que se hayan podido tomar como referencia documental para conseguir una mayor apariencia de verosimilitud. Para todas estas narraciones histórico-testimoniales, la prosa era una garantía de referencialidad y además les prevenía contra las críticas por no ser «hombres de letras» estrictamente, sino más bien «hombres de armas», caballeros. No en vano, el militar-escritor o el caballero-historiador tienen sus orígenes en esta generación de narradores. Un tipo cultural cuya culminación llegará con Muntaner y Froissart ya en el siglo XIV. En todo caso, la teoría de las «prosificaciones», según la que el texto de Jaime I provendría en buena medida de versificaciones previas, quizás debería ser reorientada desde esta perspectiva. La prosa histórica que utilizan en sus obras les merece el título de «cronistas» porque, a pesar de su orientación autobiográfica, construyen de hecho un relato cronológico de unos eventos públicos de trascendencia histórica. Pero lo que las distingue de las demás crónicas de su tiempo es que no solo son testimonios directos de lo que están narrando sino que también juegan un importante papel en ellos.

El siglo XIII parece ser un contexto muy específico de este tipo de literatura histórico-autobiográfica-testimonial. El caso de la evolución de las crónicas catalanas es muy significativo de que, con el tiempo, las crónicas perderán este tono espontáneo basado únicamente en la memoria personal. Un mismo episodio narrado en las crónicas de Jaime I, Ramon Muntaner y Bernat Desclot, como el de la concepción del rey, se va haciendo más complejo, legendario e inverosímil con el paso del tiempo.[77] Muntaner y

[76] *Llibre dels Fets*, Bruguera (ed.), II, pp. 75-78. Este detalle lo recupera Stefano Asperti en «Il re e la storia», p. 276.

[77] François Delpech: *Histoire et Légende. Essai sur la genèse d'un thème épique aragonais*, París, Publications de la Sorbonne, 1993 y Miquel Coll: *Llegendari*, pp. 182 y ss.

Desclot añaden a la ingenua narración original, tradiciones externas y leyendas transmitidas por tradición oral. Finalmente, lo que era un episodio cargado de intencionalidad mitificadora pero sencillamente narrado en la crónica de Jaime I se convierte en un acontecimiento legendario y cargado de detalles inverosímiles en las crónicas posteriores de Muntaner y Desclot. En este contexto, la crónica de Jaime I se convierte en una fuente inagotable de sucesos legendarios, y por este motivo, este rey, junto con el conde Guifré, fundador de la dinastía, son los dos personajes nucleares del «canon» histórico catalán.

Michel Zink relaciona el aumento del género de las crónicas memorísticas con el contexto de la recuperación de la confesión como práctica sacramental a raíz de la reforma gregoriana.[78] Esta tesis es altamente sugestiva, aunque en el caso de Jaime I me parece que pesa mucho más el deseo de «contar una historia» que el de una necesidad de «hacer una confesión» al estilo de las autobiografías espirituales clásicas. Por otra parte, las nuevas narraciones nacen ya en un ambiente plenamente cortesano y, aunque no secularizado, el espíritu laico ya tiene un peso mayor en estas narraciones históricas y pesa más la búsqueda de las nuevas formas de propaganda que la motivación específicamente religiosa.

Todas estas características nos llevan a considerar la crónica de Jaime I como texto histórico más que literario. Soy consciente de que esta es una opinión contraria a todos los críticos literarios que en estos últimos años se han acercado a la crónica: Josep M. Pujol, Stefano Asperti, Stefano Cingolani y Jordi Bruguera. Pero defiendo esta postura porque la historiografía siempre se refiere a algo que está «fuera del texto», cosa que no ocurre con la literatura, que no necesita hacer referencia a ninguna realidad extratextual y se cierra a ella misma. Es innegable que en la crónica de Jaime I existe una referencialidad tanto desde el punto de vista subjetivo –la intención de escribir un relato veraz y verosímil– como desde un punto de vista objetivo –ya que la crítica moderna ha demostrado que lo esencial del relato es veraz–. Esto es compatible con que al analizar la crónica conviene tener presente todas las técnicas narrativas, porque en todo texto histórico hay un «nivel retórico» –que se refleja en la disposición de las partes y hace referencia a la forma– y un «nivel narrativo» –que se refiere a las implicaciones y las causalidades, y que está conectado con el contenido–.[79] Además, en el caso de la crónica de Jaime I, la carga narrativa es todavía mayor, porque

[78] Michel Zink: *La subjectivité littéraire*, 1985, pp. 199-200.
[79] Zumthor: *Langue, texte*, p. 248.

las narraciones del «yo», por su innata carga subjetiva, tienden a ser construcciones narrativas.

En conclusión, el género de la crónica de Jaime I puede ser definido como una «autobiografía histórica», más relacionado con los «testimonios de cruzadas» contemporáneos que con las «autobiografías espirituales» o con la propia tradición cronística catalana. Al mismo tiempo, la crónica de Jaime I es un extraordinario ejemplo de la aparición de la literatura del «yo», un fenómeno contemporáneo a la emergencia de las literaturas vernáculas. Esto es especialmente visible en las literaturas francesas y anglonormandas de principios del siglo XIII (especialmente las memorias de las cruzadas) y se extiende por la Península Ibérica a través de Cataluña. Tal como ha afirmado Michel Zink,

> la mutación de la concepción del «yo» literario no es un fenómeno característico de finales de la Edad Media, sino contemporáneo de la difusión de las obras más antiguas de la literatura en francés, o al menos de su difusión tal como la conocemos, porque de hecho no existen manuscritos literarios en lengua vulgar anteriores al siglo XIII.[80]

La crónica de Jaime I es también un ejemplo significativo de la pérdida de respeto a las «autoridades» (en forma de tradición escrita u oral), que eran un referente externo obligado en la literatura histórica latina. El contraste entre las genealogías latinas, expandidas por el Occidente europeo en los siglos XI y XII, y la crónica de Jaime I es bien significativo: Jaime I se constituye en autoridad «per se» y no necesita reforzarla externamente, le basta con poner por escrito su memoria. En este contexto, se entiende perfectamente la emergencia de la literatura histórica autobiográfica-testimonial en la Europa bajomedieval.

[80] Michel Zink: *La subjectivité littéraire*, 1985, pp. 263-265.

IV. LA FUNCIÓN DE LA NARRATIVA EN LA HISTORIOGRAFÍA MEDIEVAL

Bernat Desclot es un personaje poco conocido.[1] No aparece en ninguno de los documentos de la cancillería barcelonesa, capital del conglomerado de reinos y condados que formaban parte de la Corona de Aragón. Sin embargo, ha pasado a la historia por ser el autor de una crónica elaborada hacia finales del siglo XIII, en la que narra los eventos centrales de la historia de aquel periodo. De hecho, el autor aparece solo dos veces en la crónica: al inicio, cuando él mismo declara ser el autor de la crónica («aquí comienza el libro que Bernat Desclot dictó y escribió»),[2] y en el capítulo 159, donde testifica como testimonio de uno de los eventos más dramáticos de la narración, cuando el rey es herido por una flecha en plena batalla.[3] Su nombre no ha sido encontrado en ningún otro documento de su tiempo, lo que contrasta con los otros historiadores y cronistas catalanes medievales, como los reyes Jaime I el Conquistador y Pedro IV el Ceremonioso y el caballero Ramon Muntaner, de quienes tenemos abundante información externa a sus propias crónicas.

Así, las dudas permanecen en torno a su identidad. Bernat Desclot puede ser (o no) alguien llamado Bernat Escrivà, un miembro de la Cancillería

[1] Este capítulo está basado en el artículo de Jaume Aurell: «Medieval Historiography and Mediation: Bernat Desclot's Representations of History», en Robert Maxwell (ed.): *Representing History, 1000-1300: Art, Music, History*, Princeton, Princeton University Press, 2010, pp. 91-108.

[2] Miquel Coll i Alentorn: *Bernat Desclot. Crònica*, Barcelona, Barcino, 1949-1951, 5 vols., 2, p. 5.

[3] «E d'açò fa testimoni cel qui açò recompte en aquest libre, que vahé la cella del rey e lo ferro que.y era romàs» (Coll: *Bernat Desclot*, Barcelona, Barcino, 1949-1951, vol. 5, pp. 85-86).

Real, de quien Miquel Coll i Alentorn dice que podría ser el autor de la crónica.[4] Es desde luego irónico que uno de los grandes cronistas medievales, responsable primario de nuestro conocimiento de la expansión catalano-aragonesa por el Mediterráneo en los siglos XII y XIII, haya sido borrado él mismo de la historia. La paradoja consiste en que uno de los cronistas medievales más preocupados por la historicidad no haya dejado ningún rastro de su persona. Así, quien ha creado una de las historias más fiables de la Edad Media ha pasado a formar parte de una leyenda. Quizás esta ausencia de información de su vida e identidad pueda ayudar a comprender mejor los complejos mecanismos de cómo la historia es recordada, articulada y reconstruida.

La *Crònica* de Bernat Desclot fue escrita en catalán entre 1283 y 1288, después de la gran victoria catalana en Sicilia de 1282 (las Vísperas Sicilianas), y fue titulada oficialmente *Llibre del Rey En Pere de Aragó e dels seus antecessors pasats* (*Libro del rey Pedro de Aragón y de sus antecesores pasados*). Narra la historia del condado de Barcelona y el principado de Cataluña desde la primera conquista de Mallorca (1114) hasta la muerte del rey Pedro el Grande en 1285. Su personaje central es este rey, al que le bastaron diez años de reinado (1276-1285) para llegar a ser una celebridad en los siglos XIV y XV, pues Dante le recuerda en el *Purgatorio* y Shakespeare le concede el honor de ser uno de los personajes de su obra *Mucho ruido y pocas nueces*.[5] Constituida por 168 capítulos, en la crónica se distinguen claramente tres tipos de temáticas: 1) las historias legendarias conectadas con el mandato de los primeros condes de Barcelona, particularmente de Ramon Berenguer IV de mediados del siglo XII; 2) los relatos que describen el reinado de Jaime I el Conquistador de mediados del siglo XIII, y 3) los hechos de Pedro el Grande de finales del siglo XIII.

Cada una de estas tres temáticas cuenta, significativamente, con un tipo de fuente diferente. La sección de los primeros condes de Barcelona está compuesta por el relato de cuatro cuentos, basados principalmente en fuentes legendarias: el cuento del caballero Guillem Ramon de Montcada y su decisiva intervención en la fundación de la dinastía catalano-aragonesa a través de la Corona de Aragón; los eventos que dieron lugar a la milagrosa concepción de Jaime I (1207); la descripción de la importante batalla de las

[4] Coll: *Bernat Desclot*, Barcelona, Barcino, 1949-1951, vol. 1, pp. 123-174; Jordi Rubió i Balaguer: *Historia i Historiografia*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1987, pp. 138-147; Martí de Riquer: *Història de la literatura catalana*, Barcelona, Ariel, 1, 1964, pp. 432-434.

[5] Dante Alighieri: *La Divina Commedia. Purgatorio*, Canto VII, v. 88.

Navas de Tolosa (1212); y, finalmente, la historia del «Bon Comte» ('Buen Conde') de Barcelona, Ramon Berenguer IV, y la emperatriz de Alemania, contada con la intención de legitimar la reclamación de los condes de Barcelona sobre Provenza.

La segunda sección se centra en Jaime I y utiliza primariamente fuentes historiográficas, que suplen a las legendarias: poemas épicos orales que relatan la conquista de Mallorca, cuentos populares y otras crónicas históricas de su tiempo. Muchos de estos textos históricos se han perdido y por tanto no podemos cotejarlos con las partes de la crónica donde son utilizados. Además de estas fuentes historiográficas, Desclot también utiliza en esta sección, excepcionalmente, el cuento legendario de la conquista de Mallorca de 1114 y algunos documentos del archivo de la Cancillería.

Finalmente, la tercera sección, la de Pedro el Grande, se fundamenta en una combinación ecléctica de memorias personales, informaciones de tradición oral y, más específicamente, documentos de Cancillería –órdenes reales, tratados diplomáticos, cartas de Cancillería–. Algunos críticos sostienen, con un evidente grado de verosimilitud, que Desclot estaría familiarizado con estas últimas fuentes por su propio trabajo en la Cancillería, y tendría por tanto fácil acceso a ellas.[6]

La crónica ha sido objeto de un detenido análisis de historiadores y críticos literarios.[7] En el año 2006, Stefano Cingolani publicó el resultado de una investigación exhaustiva, en la que comparaba, capítulo a capítulo, la versión más tradicional de la crónica con la versión que acababa de descubrir –que parece ser la versión definitiva–.[8] El estudio de Cingolani presentaba nuevas perspectivas de estudio, pues modificaba sustancialmente la percepción que habíamos tenido de la crónica de Desclot desde la edición publicada por Miquel Coll i Alentorn medio siglo antes. La comparación de las versiones nos permite profundizar en nuestro conocimiento de las reglas que predominaban en la escritura histórica durante aquel periodo: qué tipo

[6] Coll: *Bernat Desclot*, 1, pp. 131-133.

[7] Especialmente a través del volumen introductorio de la edición que realizó Miguel Coll i Alentorn entre 1949 y 1951, así como del trabajo de Jordi Rubió i Balaguer: *Història i historiografía*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1987; Martí de Riquer: «La Crònica de Desclot», en *Història de la Literatura Catalana*, Barcelona, Ariel, 1964, 1, pp. 429-448; Ferran Soldevila: «Prefaci a la crònica de Bernat Desclot», en Soldevila (ed.), *Jaume I, Bernat Desclot, Ramon Muntaner, Pere III. Les Quatre Grans Cròniques*, Barcelona, Selecta, 1971, pp. 65-87; Manuel de Montoliu: «La crònica de Bernat Desclot», en *Les Quatre Grans Cròniques*, Barcelona, Alpha, 1959, pp. 51-74.

[8] Stefano Cingolani: *Historiografia, propaganda i comunicació al segle XIII: Bernat Desclot i les dues redaccions de la seva crónica*, Barcelona, Institut d'Estudis Catalans, 2006.

de fuentes se utilizaban y con qué criterios eran empleadas; los procesos de selección de la información histórica y la manera en que esa información era divulgada; y el propio proceso de la creación histórica, desde la elaboración del primer borrador hasta su revisión, transformación y reescritura, en el caso de que se verificaran cambios de criterios literarios o posiciones ideológicas durante ese proceso.[9]

Usando esa nueva información y cotejándola con la de los anteriores estudiosos de la crónica, este capítulo se centra en la figura del Desclot historiador, con la intención de leer y definir su crónica como un escrito histórico influenciado por su capitulación respecto a la invención –lo que hoy denominaríamos «ficción»–. Sobre todo me interesa el modo como Desclot negocia con los hechos históricos y con los imaginativos, su habilidad para crear leyendas, sus metodologías, las fuentes a las que otorga una autoridad privilegiada dependiendo de las circunstancias del evento que representa en cada momento, su propósito al elegir (o inventar) un evento particular, la influencia de la ideología en su narrativa y, finalmente, su preocupación por dotar a su trama de una forma narrativa más que esquemáticamente analítica, cronológica o genealógica –formas de relatar históricamente que habían sido más usadas precisamente hasta el siglo XIII.

En este capítulo propongo una aproximación comprehensiva a la figura del cronista medieval que se centra en su modo de trabajar las fuentes, las estrategias que desarrolla en la escritura y los objetivos inherentes a la narrativa que expone. En suma, trataré de interpretar la crónica de Desclot a través de la perspectiva que hoy llamamos *historiográfica* más que propiamente histórica. Como resultado, podemos entender mejor las estrategias históricas y narrativas operadas por los historiadores medievales, en particular su llamativa capacidad de re-presentar el pasado a través de la descontextualización de los eventos de ese pasado, dándoles nueva vida en presente bajo la forma de textos históricos.

UNA CONSTANTE EN LA ESCRITURA HISTÓRICA: LA FUNCIÓN DE LA NARRATIVA

Recientes desarrollos teóricos y prácticos han dotado a la interpretación de los textos históricos medievales de nuevos paradigmas de análisis. A

[9] Stefano Cingolani: «Historiografia catalana al temps de Pere II i Alfons II (1276-1291). Edició i estudi de textos inèdits: 1, Crònica del rei Pere», *Acta Medievalia*, 2003-2004, 25, p. 204.

través de estas nuevas aproximaciones, descritas en el capítulo VI, podemos acercarnos con mayor precisión a la figura de Desclot como historiador. Antes de la década de 1970, los historiadores apenas se habían planteado un análisis de sus propios textos desde su naturaleza propiamente «histórica». Los historiadores han sido desde ese momento más conscientes de la especificidad literaria de sus propios textos, que poseen, según ha postulado Hayden White, «un contenido estructural profundo que es en general de naturaleza poética, y lingüística de manera específica, y que sirve como paradigma precríticamente aceptado de lo que debe ser una interpretación de especie *histórica*».[10] La innovadora naturaleza de esta perspectiva metahistórica ha enriquecido nuestra comprensión de lo que implica una «obra histórica», pertenezca a la época que pertenezca. Así, la historiografía –en cuanto a la subdisciplina de la historia cuya función es la interpretación de los propios textos históricos– aspira a una aproximación integral que aúne los aspectos más formales (los retóricos y literarios) con los del contenido (los que hacen referencia a la representación referencial del pasado). Las elecciones retóricas del historiador se comprenden mejor cuando se consideran sus asunciones metahistóricas. Así, las perspectivas historiográficas de los medievalistas Gabrielle M. Spiegel, Paul Strohm y Lee Patterson, basadas en el análisis de las similitudes formales entre los textos históricos y los literarios, nos invitan a leer a Desclot no solo como un «cronista medieval» sino también, y más propiamente, como lo que hoy consideramos un «historiador moderno». Esta aproximación nos conduce a la revaluación de la *forma* en los textos históricos, permitiéndonos adentrarnos a fondo en su dimensión metahistórica.[11]

En este contexto, la comprensión del fenómeno del presentismo es crucial. Aunque los historiadores procuran centrarse en los contextos del pasado, no les es sencillo desprenderse del todo de los paradigmas que les envuelven en el presente. Por este motivo, la crítica contemporánea ha enfatizado la complejidad de la construcción del discurso histórico, ya sea medieval, moderno o posmoderno: «La transformación de una crónica de eventos en una historia (o en un grupo de historias) implica una elección

[10] Hayden V. White: *Metahistory. The Historical Imagination in Nineteenth Century Europe*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1973, p. IX.

[11] Gabrielle M. Spiegel: *The Past as Text. Theory and Practice of Medieval Historiography*, Baltimore, 1997, y Spiegel: *Romancing the Past. The Rise of Vernacular Prose Historiography in Thirteenth Century France*, Berkeley, University of California Press, 1993; Paul Strohm: *Theory and the Premodern Text*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 2000; Lee Patterson: *Negotiating the Past. The Historical Understanding of Medieval Literature*, Madison, University of Wisconsin Press, 1987.

entre los muchos tipos de estructuras de trama proveídas por la tradición cultural del historiador».[12] Esto conecta con la cautela posmoderna respecto a la función del lenguaje como mediador entre el objeto histórico (el contexto del pasado) y el historiador (el contexto del presente). El «texto histórico» que resulta de esta operación es una realidad ya diferente, equidistante del pasado que representa y del presente desde el que es elaborado. Pero el historiador nunca suele conseguir del todo esa «equidistancia» entre pasado y presente. Como resultado, cuanto más cerca está el texto histórico del pasado que representa, más se considera al historiador científico, estructuralista, o construccionista, tiene una percepción más «preterista» de la historia; cuánto más cerca está el texto histórico del presente, más se considera al historiador posmoderno, posestructuralista, o de-construccionista, y más influido está por una percepción «presentista» de la historia.

Esta es la razón por la que, aunque lógicamente la distinción entre «construccionistas» y «postmodernistas» puede ser aplicada más propiamente a partir de los cambios experimentados por la disciplina histórica desde esos años setenta, en este capítulo propongo una aplicación atemporal de estas categorías, pues desde mi punto de vista son aplicables a todos los periodos historiográficos. Por tanto, aplico la categoría «construccionista» a los historiadores que mantienen su fe en el método científico, cuya sistemática aplicación en su aproximación al pasado les conduce necesariamente a encontrar la verdad histórica. En cambio, la categoría «deconstruccionista» está más relacionada con los historiadores que conciben la actividad histórica como una operación de *mímesis*, en la que el historiador se comporta no como un científico sino más bien como un autor en búsqueda de paralelismos e imágenes compartidas entre el pasado y el presente. Esto le habilita para presentar en forma narrativa el resultado de sus investigaciones, que nunca serán una imagen unívoca del pasado, sino una re-presentación en forma de analogía literaria.

Evidentemente, estas dos categorías representan modelos polarizados, y probablemente no exista ningún historiador que se identifique con una u otra completamente. Pero son sin duda conceptos hábiles para comprender el abanico epistemológico que, desde la antigüedad, han cubierto las obras históricas, siempre oscilantes entre una posición más científica o más literaria. Esto también mitiga la tentación maniquea del historiógrafo, que deja de juzgar las obras históricas –o las tendencias que las envuelven– como

[12] Hayden V. White: «Literary Theory and Historical Writing», en *Figural Realism. Studies in the Mimesis Effect*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1999, p. 9.

«mejores» o «peores», sino más bien de un tipo u otro. No estoy negando que haya habido un cierto «progreso» en la actividad histórica, y que los valores de erudición, profesionalización y especialización asociados al historicismo decimonónico no hayan aportado nada a la historia. Sin embargo, me niego a considerarlas como el «apogeo» de la disciplina histórica, porque esto sería aplicar inconscientemente un modelo Whig a la propia historia de la historiografía que desnaturalizaría su propia actividad.

En todo caso, el término *construccionista* comunica la creencia de que la historia es el resultado de un diálogo conceptual entre el historiador y el pasado. En consecuencia, el resultado de la indagación histórica sería más o menos preciso dependiendo de la objetividad del procedimiento. Esto explica que el historiador construccionista (el sujeto) trate de establecer la mayor distancia crítica posible respecto a los datos de su investigación (el objeto). Empiricismo y positivismo proveen a los historiadores de la plataforma adecuada desde la que leen y escriben sobre el pasado con una ostensible objetividad. El construccionismo ha sido cuestionado por el posmodernismo por la ingenuidad de su empirismo, que propone que las interpretaciones históricas deben estar basadas únicamente en «evidencias observables, con el historiador procediendo desde fuera de la historia, fuera de la ideología, fuera de narrativas culturales preexistentes, y fuera de conceptos estructurantes».[13]

Jacques Derrida ha sostenido que «el hecho no tiene más que una existencia lingüística».[14] En efecto, el sentido común nos dice que nuestra experiencia del pasado está mediada por el lenguaje y por las formas narrativas que utilizamos en el presente. Contrariamente a lo que parecen sugerir algunas malinterpretaciones de la obra de Derrida, los críticos literarios de la órbita posmoderna no niegan la existencia de realidades extra-discursivas, o la posibilidad de referirse a ellas e interpretarlas en el habla o en la escritura.[15] Tampoco sugieren que todo está reducido al lenguaje, al discurso, al habla o al texto. Más bien enfatizan, tomando como base las teorías asociadas al giro lingüístico, que las operaciones de la referencialidad del lenguaje y de la representación del pasado son más complejas de lo que parece.[16]

[13] Alun Munslow: *The Routledge Companion to Historical Studies*, Londres, Routledge, 2000, p. 54.

[14] White elige esta frase, significativamente, para introducir su *The Content of the Form. Narrative Discourse and Historical Representation*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1987.

[15] Me he referido a este malentendido en Jaume Aurell: «Autobiography as Unconventional History: Constructing the Author», *Rethinking History* 10, 2006, p. 447.

[16] Richard Rorty (ed.): *The Linguistic Turn. Recent Essays in Philosophical Method*, Chicago, The University of Chicago Press, 1967.

De este modo, los historiadores han sido alertados de los dos términos necesariamente equidistantes de la ecuación que condiciona toda operación histórica: la dimensión metalingüística del texto –esto es, la no-referencialidad de los códigos lingüísticos que condicionan la construcción de un texto– y la dimensión referencial del discurso histórico. La primera dimensión posee entidad discursiva y lingüística; la segunda, entidad «real».

Todas estas distinciones cobran todo su sentido cuando se distingue al «primer» Desclot, es decir, al de la primera parte de su crónica, que se comporta como un historiador posmoderno que saca todo el jugo a determinados discursos imaginativos (las leyendas) pero que al mismo tiempo las equipara epistemológicamente a sus fuentes más referenciales, del «segundo» Desclot, es decir, el del resto de la crónica, donde actúa como un historiador científico, «moderno», utilizando fuentes de Cancillería que son leídas siempre desde su perspectiva más referencial. En este sentido, el primer Desclot quedó desacreditado a partir de la Ilustración, pues los modernos historiadores rechazaron las leyendas como fuentes de conocimiento histórico, a favor de una mayor racionalidad histórica.

Sin embargo, paradójicamente, esos mismos historiadores de la Ilustración, como después los positivistas, historicistas y estructuralistas, no fueron capaces de eludir precisamente lo que trataban de evitar: la operación narrativa como modo de representar el pasado, y la trama como el nivel más básico de cualquier representación del pasado. Y esto es lo que la teoría posmoderna les ha recriminado: Hayden White ha fundamentado su teoría historiográfica en la función necesariamente *histórica* de la trama, y ha clasificado a los historiadores según criterios de tipo discursivo.[17] Roland Barthes arguyó que la propia narrativa es el contenido del «mito moderno» o, en una palabra, de la ideología.[18] En cualquier caso, el historiador acaba enfrentándose al problema del presentismo porque, como Clifford Geertz ha reconocido en su autobiografía, basándose a su vez en las ideas de Northrop Frye, «el mito describe no lo que ha pasado, sino lo que pasa».[19] Lógicamente, se puede argüir que hay textos históricos no «contaminados» por la ideología, pero todos los textos históricos que tienen mayor alcance que una investigación estrictamente de archivo poseen determinadas asunciones metahistóricas acríticamente aceptadas como paradigmas generales

[17] Ver su «Introduction: The Poetics of History», en White: *Metahistory*, pp. 1-42.

[18] Roland Barthes: «Le discours de l'histoire», en *Le bruissement de la langue*, París, Seuil, 1984, pp. 153-174.

[19] Clifford Geertz: *After the Fact. Two Countries, Four Decades, One Anthropologist*, Cambridge, Mass, Harvard University Press, 1995, p. 3.

de explicación.[20] Esta dimensión metahistórica de la escritura histórica está localizada en lo que los críticos literarios llaman la «trama» –que es lo que precisamente *unifica* toda la narración de Desclot, más allá de los diferentes tratamientos que hace de las diversas fuentes (unas más imaginativas, otras más referenciales) de las que dispone.

Quizás nos cuesta demasiado reconocer que, pese a la distancia cronológica y a pesar de que sin duda los métodos hayan evolucionado y la crítica documental perfeccionado sus procedimientos, la historiografía medieval utiliza la *narración* del mismo modo que la moderna historiografía. Esto es lo que más dificulta, desde mi punto de vista, una comprensión auténtica de la historiografía medieval, que siempre es considerada como una aproximación histórica irracional. Uno de los objetivos de este capítulo es precisamente reconsiderar la naturaleza de la historiografía medieval bajo este prisma, tratando de superar lo que me parece simplemente un malentendido que conduce a su falsa interpretación –cuando no a un menosprecio– desde el punto de vista estrictamente histórico-historiográfico –porque no niego que desde un punto de vista literario siempre ha sido bien considerada.

De hecho, algunos críticos contemporáneos han discernido la fragilidad de la moderna historiografía. La narración, arguyen, posee un estatus epistemológico muy débil, lo que debilita la autoridad factual del género histórico. Julia Kristeva, siguiendo a Louis Althusser, considera la narrativa histórica como un instrumento utilizado por la sociedad con fines opresivos. Jaques Derrida ha definido la narrativa como «género del derecho». Jean-François Lyotard ha atribuido a la condición posmoderna una rutinaria aplicación de las leyes de la narrativa. Sande Cohen ha representado la autoconciencia narrativa como la encarnación de un modo de conocimiento puramente reactivo y el impedimento principal a un verdadero pensamiento crítico y teórico en las ciencias humanas.[21]

Sin embargo, y a pesar del paisaje algo desalentador de estas posturas, no parece existir una alternativa a la narración como modo de construir los textos históricos, sean estos medievales, modernos o posmodernos. Lau-

[20] White: *Metahistory*, IX.

[21] Los autores citados en este párrafo están recogidos en White: «Literary Theory», p. 20; Julia Kristeva: «The Novel as Polylogue», en *Desire in Language: A Semiotic Approach to Literature and Art*, Nueva York, Columbia University Press, 1980, cap. 7; Jean-François Lyotard: *The Postmodern Condition: A Report on Knowledge*, Minneapolis, University of Minneapolis Press, 1984; Jaques Derrida: «The Law of Genre», *Critical Inquiry* 7, 1980, pp. 55-82; Sande Cohen: *Historical Culture. On the Recoding of an Academic Discipline*, Berkeley, University of California Press, 1986, cap. 1.

rence Stone, Hayden White, Dominick LaCapra, James Henretta y Bernard Bailyn, entre otros, han defendido la función de la narración no solo como un modo de aprehender la realidad histórica, sino también como un antídoto a la falta de credibilidad de otros métodos históricos como la estadística.[22] Dos testimonios de la función permanente de la narración en la operación histórica son ilustrativos. Fredric Jameson intentó regenerar el marxismo enfatizando la condición narrativa de la historia frente a la condición científica.[23] El hermeneuta Paul Ricoeur, por su parte, en su ambicioso intento por sintetizar el pensamiento moderno, apostó por una verdadera metafísica de la narración y defendió su rehabilitación como método imprescindible tanto para la operación histórica como para la representación de las más abstractas pero no menos necesarias «estructuras de la temporalidad».[24]

En este debate tan intenso, la narración es concebida como algo más que un medio para transmitir mensajes que podrían ser comunicados a través de otras técnicas discursivas. No es solo un problema que afecte a la «forma»; es también un problema que hace referencia al «contenido». Ricoeur ha argüido que la narrativa, lejos de referirse solo a la forma, es la manifestación a través del lenguaje de la experiencia de la temporalidad, que es una de las cualidades más distintivamente humanas.[25] Lyotard y McIntyre defienden, en esta línea, la función social de la narrativa. Otros, provenientes de un frente más radicalmente posmoderno como Barthes, Kristeva, Derrida y Cohen, arguyen que la narración es uno de los últimos residuos de la mítica conciencia propia del pensamiento moderno. Hayden White concluye que «lejos de ser considerada solo como forma, la narración está siendo incesantemente reconocida como un modo discursivo cuyo contenido *es* su forma».[26]

[22] Lawrence Stone: «The Revival of Narrative: Reflections on a New Old History», en *The Past and the Present*, Boston, Routledge, 1981, pp. 74-96; Hayden V. White: «The Value of Narrativity in the Representation of Reality», en *The Content of the Form*, pp. 1-25; Dominick LaCapra: *History and Criticism*, Ithaca, Cornell University Press, 1985, cap. 1; James A. Henretta: «Social History as Lived and Written», *American Historical Review*, 84, 1979, pp. 1293-1322; Bernard Bailyn: «The Challenge of Modern Historiography», *American Historical Review* 87, 1982, pp. 1-24.

[23] Frederick Jameson: *The Political Unconscious: Narrative as a Socially Symbolic Act*, Ithaca, Cornell University Press, 1981.

[24] Paul Ricoeur: *Temps et récit*, París, Seuil, 1983-1985, 3 vols.

[25] Paul Ricoeur: «Narrative Time», *Critical Inquiry* 7, 1980, p. 169. Ver también Christopher Norris: «Philosophy as a Kind of Narrative: Rorty on Postmodern Liberal Culture», en *The Contest of Faculties: Philosophy and Theory after Deconstruction*, Nueva York, Methuen, 1985.

[26] White: «Literary Theory», p. 21.

La aproximación crítica de la (pos)moderna teoría crítica a la narración nos permite reconsiderar la función del historiador como mediador entre el pasado y el presente. La *forma* a través de la cual el historiador representa el pasado deviene el mismo contenido del pasado presentado en forma narrativa. Los retratos que Desclot realiza de los reyes Jaime I el Conquistador y Pedro el Grande reflejan el pasado (el contenido: los hechos de los reyes) a través del presente (la forma: el texto histórico vía narración). Una vez ha seleccionado los documentos, Desclot organiza su narración histórica a través de un tropo dominante. Esta figura retórica, de naturaleza lingüística, funciona como paradigma de forma literaria para la representación de la realidad histórica. Desclot aprovecha su posición de mediador entre el pasado y el presente porque él tiene la clave de la «interpretación» de la historia, eligiendo continuidades, transiciones e integraciones. Esta estructura puede ser aplicada indistintamente a los historiadores medievales y modernos porque todos ellos emplean el mismo instrumento para representar el pasado: el lenguaje narrativo. Esto tiene dos consecuencias. En primer lugar, la distancia epistemológica entre los historiadores medievales y los modernos aparece menos pronunciada de lo que habíamos asumido. En segundo lugar, la escritura histórica utiliza la misma forma (la narración) que la ficción literaria, aunque en su caso no para crear imaginativamente sino para representar algo de carácter externo a la propia escritura, y por tanto bajo el *pacto* de la referencialidad.

Este pacto de referencialidad excluye en la operación histórica lo imaginativo, lo mítico, lo legendario, lo ficcional. Sin embargo, precisamente porque todas estas operaciones son representadas narrativamente, las fronteras entre todas ellas no son sencillas de establecer. Admito que en el caso de Desclot esta borrosidad es particularmente pronunciada, pero por este motivo considero que su crónica es un buen campo de experimentación para reflexionar sobre las interacciones de todas estas realidades retóricas. El mito, la ficción y la historia son tres operaciones que utilizan el modo narrativo del discurso porque todas ellas son formas lingüísticas. Los tres funcionan a diferentes niveles del ámbito «realidad-imaginación», y por tanto cada una debe ser considerada según su naturaleza retórica, pero la veracidad es la misma, porque el mito y la ficción –aunque sea a través de un lenguaje figurativo y metafórico más que unívoco– hacen *referencia* al mundo real, dicen verdades acerca de él, lo representan y nos proveen de conocimientos prácticos para conocerlo con mayor profundidad.[27] Esto nos

[27] White: «Literary Theory», p. 22.

conduce a una cuestión desde mi punto de vista fundamental: ¿es Desclot menos «realista» que Eric Hobsbawm porque utiliza mitos y leyendas entre sus fuentes para construir su crónica? La pregunta sería evidentemente afirmativa si nos atuviéramos siempre al presentismo a la hora de interpretar los textos históricos del pasado. Pero, como hemos aprendido de la nueva historia cultural, no podemos olvidar que la categoría «realismo» es siempre culturalmente determinada y varía sustancialmente de una cultura a otra –lo que no exime al historiador de cualquier periodo de buscar la «verdad» que se sitúa por encima de las mutaciones del concepto «realismo».

En este contexto, es significativo que el debate acerca del término y el concepto *realismo* ha pivotado siempre en el ámbito de la crítica literaria más que en la historia, tal como lo preconizaron Erich Auerbach y René Wellek ya en los años sesenta.[28] Este debate ha entrado solo recientemente en la historiografía, a través de autores como Hayden White, Gabrielle M. Spiegel y Dominick LaCapra, quienes nos han alertado de la dimensión literaria de los textos históricos. Si aplicamos el debate tradicional «realismo literario *versus* modernismo literario» a la disciplina histórica, veremos que la transición del realismo al modernismo ha conducido al rechazo de la narración por parte de los historiadores construccionistas-científicos. El lenguaje analítico y la metodología estadística reemplazaron a la narración como modo de representación de la realidad durante las décadas de los cincuenta, sesenta y setenta del siglo pasado. Sin embargo, la emergencia del posmodernismo y de otras tendencias asociadas a él ha enfatizado el uso del lenguaje narrativo en la representación histórica, tal como Lawrence Stone había anunciado en su profético artículo de 1979.[29]

Toda esta problemática teórica ha sido vertida al análisis de la historiografía medieval por algunos autores que han buscado proyectar en ella los problemas planteados por el posmodernismo.[30] La poliédrica dimensión de la crónica de Desclot –utilizando numerosos tipos de fuentes y enfatizando la narración en su representación– demuestra que este vínculo es incluso mayor en la práctica de la historiografía que en su teoría. Fuera del mencio-

[28] René Wellek: «The Concept of Realism in Literary Scholarship», en *Concepts of Criticism*, New Haven, Yale University Press, 1967, pp. 222-255 y Erich Auerbach: *Mimesis: The Representation of Reality in Western Literature*, Princeton, Princeton University Press, 1968.

[29] Stone: «The Revival of Narrative», pp. 74-96.

[30] D. C. Greetham: «Romancing the Text, Medievalizing the Book», en Richard Utz y Tom Shippey (eds.), *Medievalism in the Modern World*, Turnhout, Brepols, 1998, p. 409, y Jerome J. McGann: *A Critique of Modern Textual Criticism*, Chicago, University of Chicago Press, 1983.

nado paréntesis del periodo historicista-positivista del siglo XIX y modernista-construccionista de mediados del siglo XX, los historiadores siempre han optado por la narración a la hora de presentar sus resultados.[31] Como consecuencia, la tendencia narrativa de la historia ha asociado la historia con la literatura más que con las ciencias sociales o experimentales. Entre marxistas, annalistas, estructuralistas, cuantitativistas y otros modernistas e historiadores construccionistas, esta proximidad entre el discurso histórico y literario ha sido considerada como una manifestación del deterioro de la validez epistemológica de la disciplina histórica. Pero el paso del tiempo ha confirmado, paradójicamente, que el abandono de la narración por parte de los historiadores *modernistas* tuvo como consecuencia la pérdida de «objetividad» y «realismo» –que eran precisamente las dos cualidades que querían enfatizar con su propuesta metodológica y científica–, puesto que los lenguajes analítico y estadístico se demostraron incapaces de representar lo específicamente humano.

Esto nos ha alertado a leer la historiografía medieval como un artefacto histórico-realista. Cuando Desclot utiliza diversas fuentes para construir su relato histórico está tratando de encontrar la mejor información para cada periodo que quiere historiar. Al no disponer de los modernos medios archivísticos que poseemos hoy día, Desclot precisa leyendas y mitos para acceder al pasado remoto, y relatos historiográficos y fuentes de cancillería para acceder al pasado reciente. Uno de los problemas que lleva al desconocimiento y la malinterpretación de los textos históricos medievales es la asunción de que la narración pertenece exclusivamente al reino de la literatura, que la literatura negocia exclusivamente con lo imaginario y no con lo real, y que los estudios históricos deben ser purgados de la narración, utilizada solo para proveer detalles complementarios de la realidad histórica, o para dotar al relato histórico de una mayor comprensión o de una mayor belleza –todos ellos aspectos que afectan a la forma del relato histórico, más que al contenido–. En este modo ingenuo de acercarse a la historia, el texto histórico deviene no problemático, neutral, y capaz de representar la realidad con rigor, enclaustrando la realidad histórica dentro de sus límites. Sin embargo, teóricos como Paul Ricoeur o historiógrafos como Gabrielle Spiegel nos han recordado que no podemos pasar por alto las teorías generales del discurso desarrolladas en el marco de la crítica literaria, basadas

[31] Para una visión general de la aplicación de las ideas «modernistas» a la historia y a las ciencias sociales, ver Dorothy Ross (ed): *Modernist Impulses in the Human Sciences, 1870-1930*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1994.

en las nuevas concepciones del lenguaje, del habla y de la textualidad. Ellas nos han permitido una reformulación de las tradicionales nociones de la narración, referencia, autoría y códigos.

La historiografía (posmoderna) contemporánea ha evolucionado desde una búsqueda de lo «real» al objetivo más modesto de representar el pasado del modo más comprensible posible, a través de la narración, y privilegiando la imagen del «espejo» –cuando la historiografía moderna estima más la imagen de la «copia» exacta–. El objetivo es obviamente más modesto, ¿pero quizás, paradójicamente, el resultado es más realista? Barthes basó su crítica de la historiografía modernista –en su caso, la historiografía estructural de la tradición de los Annales– en su interés «por lo inteligible más que por lo real».[32] White llevó el argumento hasta sus últimas consecuencias, argumentando que la historia estructuralista no es más realista que la tradicional, pues ella también se sirve de *un tipo* de narración (en su caso, la analítica) según su conveniencia y arbitrio.[33]

EL TRATAMIENTO DE LAS FUENTES: LA RECREACIÓN DE LOS EVENTOS POR DESCLOT

El objetivo de Desclot al escribir historia, tal como explica al inicio de su libro, es relatar «los grandes hechos y las conquistas que hicieron sobre los sarracenos y sobre otras gentes los nobles reyes que hubo en Aragón, que provenían del alto linaje de los condes de Barcelona».[34] Con estas palabras Desclot enfatiza los hechos y los eventos («feyts», en el original catalán), particularmente las conquistas de los reyes, «sus» reyes. Desde el punto de vista de su investigación, Desclot realiza el mismo tratamiento de sus tres fuentes principales: las leyendas, de los textos historiográficos, y los documentos de cancillería. De hecho, siempre se refiere a ellas con la misma expresión: «Diu lo comde» ('cuenta la historia').[35] No le preocupa especialmente detallar su proveniencia, fiabilidad, ambigüedad; simplemente las utiliza indistintamente como fuentes de información para su narración. Así, utiliza de modo patente diferentes fuentes –no siempre siguiendo un criterio coherente y riguroso– dependiendo del contenido de su narración o

[32] Barthes: «Le discours de l'histoire», p. 166.
[33] White: «Literaty Theory», p. 26.
[34] Coll: *Bernat Desclot*, 2, p. 5.
[35] Por ejemplo en Coll: *Bernat Desclot*, 2, p. 7; Coll: *Bernat Desclot*, 2, p. 84; Coll: *Bernat Desclot*, 2, p. 95; Coll: *Bernat Desclot*, 3, p. 168.

del tipo de pasado que trata de representar (próximo o remoto) más que de los aspectos puramente formales.

En los primeros diez capítulos de la crónica, Desclot compila diferentes leyendas para demostrar la *grandeur* de Cataluña. La primera historia se centra en el noble Guillem Ramon de Montcada (capítulos I-III). Este (imaginario) caballero jugó supuestamente un decisivo papel en el matrimonio entre Ramón Berenguer IV y Petronela, princesa de Aragón, al convencer a los nobles de la conveniencia del enlace. El matrimonio, en efecto, otorgó a los condes de Barcelona el título de reyes de Aragón en 1137 y esta fecha fue un verdadero jalón de la historia de los catalanes, quienes lo consideran como uno de los eventos fundantes de su historia (junto con la figura del primer conde de Barcelona, Guifré el Pelós, analizada en el capítulo II). Los condes de Barcelona, que ya eran *primus inter pares* entre los restantes condes catalanes, devinieron ahora reyes de un extenso territorio, que abarcaba la totalidad del noreste de la Península Ibérica. Aunque la capital del reino de Aragón estaba en Zaragoza, los nuevos reyes decidieron continuar viviendo en Barcelona, desde donde promovieron una ambiciosa expansión militar y comercial por el Mediterráneo occidental. El nuevo título real les permitió una mayor justificación y legitimación de su agresiva política expansiva. La divulgación de importantes crónicas históricas durante los siglos XIII y XIV, cuyo tema principal era precisamente el relato heroico de esta expansión territorial y comercial –sobre todo, la autobiografía del rey Jaime I el Conquistador, la crónica de Bernat Metge, la crónica de Ramón Muntaner y la crónica autobiográfica del rey Pedro el Ceremonioso–, es una de las pruebas más fehacientes de este deseo de legitimar sus conquistas ante sus súbditos. Esta legitimación les permitía competir en el tenso equilibrio de potencias expansivas del momento, sobre todo las fomentadas por las dinastías de los Plantagenet, los Capetos, los Anjou o los Hohenstaufen.

El personaje central de la leyenda es Guillem Ramon de Montcada, cuyo prominente linaje le sirve a Desclot como pretexto para incluirlo en la historia del matrimonio fundador del nuevo linaje de los condes de Barcelona y los reyes de Aragón.[36] Sin embargo, la crítica moderna ha demostrado que Guillem Ramon de Montcada no fue una sola persona, sino un personaje imaginario basado en dos personajes preservados por la memoria popular colectiva: uno de ellos eternizado por trovadores, y el otro por los ar-

[36] John C. Shideler: *A Medieval Catalan Noble Family: The Montcadas, 1000-1230*, Berkeley, University of California Press, 1983.

chivos de los monjes del monasterio de Santas Creus, donde un «Guillem Ramon» fue enterrado.[37] Esta segunda leyenda fue creada probablemente por un monje del monasterio, para ser posteriormente divulgada a través de las poesías declamadas por los poetas. Desde ahí, fue adaptada por Desclot para incluirla como la historia que abre su crónica. El historiador Ferran Soldevila localizó en este pasaje restos de versos asonantes entre la abigarrada prosa de Desclot, lo que explicaría que el cronista habría «prosificado» esos versos épicos que circulaban como tradición oral. En una típica operación de la historiografía medieval, Desclot habría transformado esos poemas orales en su contenido y en su forma, en este caso para celebrar las glorias de su estimada tierra.[38]

Algunos críticos literarios han mostrado recientemente su escepticismo respecto a la existencia de antiguas «canciones de gesta» catalanas, que hubieran nutrido algunas de sus crónicas y, más específicamente, han reconsiderado la función de la leyenda de Montcada en la crónica de Desclot.[39] Comparando dos versiones de la crónica de Desclot, Stefano Cingolani concluye que esta narración está probablemente más relacionada con la «Crónica latina de los reyes de Castilla», pero en todo caso enfatiza su fuerte dimensión política e ideológica. Haya utilizado la fuente que haya utilizado, Desclot pretende generar una atmósfera de conquista militar y de prestigio dinástico, y el desarrollo de esta leyenda le permite construir un eficaz contexto para la historia de la fundación de la nueva dinastía catalano-aragonesa.[40] Como prueba del poder de las *historias* de la Cataluña de los siglos XIII y XIV, Desclot consiguió crear una leyenda él mismo, a través de su propia narración, porque su versión de la historia de Guillem Ramon se convirtió en una fuente oficial para otros relatos, tanto históricos como literarios, por lo menos hasta el siglo XV: *Flos Mundi* (1407), por Bernat Mallol (1413-1428), y el *Llibre de les nobleses dels reis*, por Francesc (hacia 1450).[41] Desclot no solo se apropió de la leyenda, sino que también la

[37] Coll: *Bernat Desclot*, 1, p. 17 cita a su vez a Joseph Bédier.

[38] Ferran Soldevila: «Les prosificacions en els primers capítols de la Crònica de Desclot», *Discurso de recepción de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona*, Barcelona, Real Academia de las Buenas Letras, 1958.

[39] Stefano Asperti: «La qüestió de les prosificacions en les cròniques medievals catalanes», en *Actes del Novè Col·loqui Internacional de Llengua i Literatura Catalanes*, vol. 1, Barcelona, Abadia de Montserrat, 1993, pp. 85-137, y Sfefano Cingolani: «Modelli storici, tradizioni culturali e identità letteraria nella Catalogna medievale», *Lengua & Literatura* 5, 1992-1993, pp. 479-494.

[40] Cingolani: *Historiografia*, pp. 68-69.

[41] Miquel Coll i Alentorn: «La llegenda de Guillem Ramon de Montcada», en *Llegendari*, Barcelona, Curial, 1993, pp. 212-228.

re-creó.[42] La *historización* original de la historia del enlace fundador de la nueva dinastía otorgó autoridad y legitimación a las futuras versiones legendarias. Una vez más, una concisa narración histórica abre la puerta a futuras recreaciones imaginativas del mismo evento, tal como Vivian Galbraith ha demostrado para la tradición histórica de la Inglaterra medieval.[43]

Los antropólogos han resaltado la dimensión mítica de los héroes y de los matrimonios fundadores. Ya conocemos el caso del héroe fundador de la dinastía de los condes de Barcelona, Guifré el Pelós, narrado en el arranque de las *Gesta Comitum Barchinonensium*.[44] La elección y la manipulación de la historia de Guillem Ramon dotaron a Desclot de la misma herramienta mitificante que la que habían creado, un siglo antes, los monjes del monasterio de Ripoll al re-crear a Guifré el Pelós, partiendo de fuentes de muy diferente origen. El paralelismo entre la figura de Guifré, el primer conde de Barcelona, y Ramón Berenguer IV, el primer conde-rey de Aragón, es evidente. A través de una mutación radical, el caballero Guillem Ramon se transforma súbitamente del asesino que aparece en algunos relatos al principal promotor de la fundación del acuerdo dinástico entre los condes de Barcelona y los reyes de Aragón.[45] Su papel fue fundamental al tratar de convencer a los nobles aragoneses del enlace entre la princesa aragonesa y el conde de Barcelona, ya que argumentó que Ramón Berenguer IV era «el mejor caballero, y el de más alto linaje que existe en el mundo».[46] En este caso, la «altura» del linaje no vino determinada por su condición objetiva (ya que la condición de rey es evidentemente más «alta» que la del conde) sino por sus nobles cualidades.

La historia imaginativa del exilio de Guillem Ramon en la corte aragonesa, y su contribución significativa al acuerdo del enlace nupcial, además, señala la supremacía de la nobleza catalana sobre la aragonesa. La primera aspira al título de rey, del mismo modo que los barones catalanes habían aceptado a Guifré como conde después de determinar su origen e identidad.[47] En efecto, cuando Guillem Ramon pide a Ramón Berenguer IV

[42] Stefano Cingolani propone que la función «creativa» de los historiadores medievales proviene de su particular aproximación a las leyendas: Cingolani: *Historiografia*, p. 72.

[43] Vivian H. Galbraith: *Kings and Chroniclers. Essays in English Medieval History*, Londres, Hambledon, 1982.

[44] Sobre la historia de Guifré, ver el capítulo sobre la figura del héroe fundador.

[45] Para la historia del «real» Guillem Ramon de Montcada, el asesino del arzobispo de Tarragona, ver Shideler: *A Medieval Catalan*, pp. 123-127.

[46] Coll: *Bernat Desclot*, pp. 2-16.

[47] Cingolani: *Historiografia*, p. 68 cita algunos pasajes de las *Gesta Comitum Barcinonesium*, Lucien Barrau Dihigo y Jordi Massó Torrents (eds.), Barcelona, Institut d'Estudis Catalans, 1925.

que acepte el matrimonio con la princesa aragonesa, el conde responde que prefiere retener el título de conde y que no asumirá el título de rey, aunque sí que lo pasará a su heredero: «que, mientras viva, no quiero ser llamado rey; que yo soy ya ahora uno de los mejores condes del mundo; en cambio, si fuera llamado rey, no sería de los mayores».[48] Este detalle revela la pretensión de Desclot de enfatizar la magnificencia del título de conde de Barcelona y, por extensión, la superioridad de Cataluña sobre Aragón. En efecto, Ramón Berenguer IV rechazó el título de rey para sí mismo, pero lo retuvo para su hijo, Alfonso I el Casto, que sería el primer conde de Barcelona y rey de Aragón.

Sin embargo, el relato del matrimonio fundante entre Ramón Berenguer IV y Petronela no es la única historia embellecida por Desclot con capacidad de generar futuras leyendas. La segunda historia (o «cuento», según la propia expresión del cronista) relata la prodigiosa concepción de Jaime I el Conquistador, que generaría a su vez todavía más versiones que la de Ramon Guillem de Montcada. Este episodio, cuya narración ocupa el capítulo IV, está a su vez fundamentada por el relato que había creado, unos decenios antes, el propio rey Jaime en su *Llibre dels fets*. Con una llamativa sobriedad, el rey había escrito:

> Nuestro padre, el rey Pedro [el Católico], no quería ver a nuestra madre la reina [María de Montpellier]; vino entonces un prohombre, de nombre Guillem de Alcalá, y le suplicó tanto [al rey] que le hizo venir a Miravals [población del Sur de Francia], donde residía nuestra madre. Y esa noche que los dos estuvieron en Miravals quiso nuestro Señor que Nos fuéramos engendrados.[49]

El rey Jaime probablemente adaptó este relato del ciclo de las narraciones artúricas o carolingias, en las que la historia de la sustitución conyugal expresaba gráfica y típicamente el carácter mítico y providencial, casi divino, del nacimiento del rey o conde. Este es el caso del poema *Berte aus grans piés* que cuenta la historia del nacimiento de Carlomagno, la leyenda de Tristán con la sustitución de Isolda por Brangiana, la concepción de

[48] Coll: *Bernat Desclot*, 2, p. 17.

[49] «Nostre pare, lo rei En Pere, no volia veser nostra mare la reina. E esdevenc-se que una vegada lo rei nostre pare fo en Latas, e la reina nostra mare fo en Miravals; e venc al rei un ric-hom, per nom En Guillem d'Alcalà, e pregà'l tant que el féu venir a Miravals, on era la reina nostra mare. E aquella nuit que ambdós foren a Mirvals volc nostre Senyor que Nós fóssem engenrats» (Bruguera (ed.), *Llibre dels fets*, cap. 5).

Galeas en el *Lancelot*, o la leyenda de Merlín en conexión con el nacimiento del rey Arturo.[50]

Desclot, por su parte, reelabora libremente la concisa narración del rey Jaime con la intención de construir una historia determinante en la supervivencia de la dinastía catalano-aragonesa en uno de sus momentos más delicados. La versión de Desclot es, sucintamente, la que sigue: el rey Pedro rechazaba visitar a su mujer, María de Montpelier, porque estaba ligado a otra mujer de esa ciudad. María, consciente de que necesitaba concebir un hijo para preservar la dinastía, conspiró con uno de los mayordomos de su palacio para que ella pudiera colarse en la cama del rey, haciéndose pasar por la otra mujer del rey en esa ciudad. Cuando llegó una ocasión propicia, al anochecer de un día en el que el rey había celebrado un espléndido banquete con sus caballeros, el rey se retiró a su habitación, esperándose encontrar con esa mujer en la alcoba. Desclot cuenta que María no habló mucho esa noche, por miedo a ser descubierta.[51] Al alba, María reveló finalmente su identidad al monarca, y pidió al rey Pedro que escribiera el día y la hora de su encuentro, para certificar que el niño nacido nueve meses después era hijo de ambos.[52] Partiendo de la sobria narración del *Llibre dels fets*, Desclot utilizó la imaginación histórica y la elocuencia narrativa para enriquecer el proceso de mitificación del héroe nacional.

La versión de Desclot de la concepción del rey Jaime tuvo una notable recepción en la tradición histórica y literaria de Cataluña. Algunos poetas escribieron versiones en verso del relato, para hacerlo accesible a la audiencia oral. Estas versiones rimadas se extendieron incluso por el Languedoc, siendo declamadas por los trovadores provenzales.[53] La escena también fue recreada por los textos históricos creados sucesivamente durante el siglo XIV. Treinta años después de la divulgación de la crónica de Desclot, el cronista Ramon Muntaner crea una versión todavía más compleja de la concepción de Jaime I. En su relato, la entera comunidad de Montpellier participa en el evento. El pueblo reza durante una semana entera para que el engaño urdido por la reina María surgiera efecto. Son encargadas mi-

[50] Manuel de Montoliu: «Sobre els elements èpics, principalment arturians, de la cròn ica de Jaume I», en *Homenaje ofrecido a Menéndez Pidal*, Madrid, Hernando, 1925, 1, pp. 697 y ss.

[51] «E ela no parla gaire»: Coll: *Bernat Desclot*, 2, p. 24.

[52] «E fèts escriure la nuyt e la hora, que axí ho trobarets»: Coll: *Bernat Desclot*, 2, p. 25.

[53] Ferran Soldevila: «Un poema joglaresc sobre el engendrament de Jaume I», en *Estudios dedicados a Menéndez Pidal*, Madrid, CSIC, 1957, 7, pp. 71-80.

sas en honor de Santa María para rezar específicamente por esta intención. El sábado anterior al encuentro entre María y Pedro es declarado un día de ayuno. En la versión de Muntaner, la figura del mayordomo es reemplazada por la de los barones de la ciudad, quienes organizan la sustitución en el lecho marital, y rezan delante de la puerta de la habitación con velas encendidas. La mañana siguiente, una vez consumado el encuentro, entran en la habitación para realizar un acta notarial como testigos del evento. Finalmente, el pueblo de Montpellier protege a María hasta el nacimiento de su hijo, siguiendo las costumbres de la época, para salvaguardar al niño de la acusación de haber sido engendrado ilegítimamente.[54]

Martin Aurell destaca que es preciso leer la historia del engendramiento de Jaime I bajo tres perspectivas: como manifestación gráfica de folclore, como retrato de vida urbana y como testimonio de fe religiosa. El carácter folclórico de la historia se manifiesta en la incorporación de numerosos signos de reminiscencias míticas: el extraordinario nacimiento del héroe, el típico escenario de sustitución conyugal y las memorias de rituales estacionales, pues la acción transcurre un primero de mayo, típica fecha de matrimonios de las narraciones legendarias. Su dimensión urbana está representada por el protagonismo de los ciudadanos de Montpellier, especialmente en el papel desarrollado por los representantes de la villa. Además, el urdidor de la artimaña no es una persona singular (el mayordomo de la narración de Desclot), sino la entera comunidad que conspira y reza. El componente religioso radica en la dimensión sobrenatural conferida al nacimiento y en el significado esencial y la efectividad de la oración y el ayuno.[55]

EL PODER MITIFICANTE DE LOS TEXTOS HISTÓRICOS

La invención de la leyenda Guillem Ramon de Montcada y la recreación del cuento de la concepción del rey Jaime I, así como su inclusión en la crónica de Desclot, revelan el poder mitificante de los textos históricos, tomando como base heurística relatos tradicionales. Más específicamente, desde finales del siglo XIII, el uso de la imaginación histórica emerge en Cataluña como un medio legitimado para construir narraciones históricas.

[54] Noel Coulet: *Affaires d'argent et affaires de famille en Haute Provence au XIVe siècle*, Roma, École Française de Rome, 1992, pp. 81-89.

[55] Martin Aurell: «Mémoire louée», en *Les noces du Comte. Mariage et pouvoir en Catalogne (785-1213)*, París, Publications de la Sorbonne, 1995, pp. 459-463 (esp. p. 461).

Este nuevo modelo de crónicas histórico-legendarias, cuyos autores son cronistas de corte o caballeros, reemplaza a las crónicas-compiladas del siglo XII (como por ejemplo la mencionada genealogía de los condes de Barcelona, *Gesta Comitum*) y a las crónicas-testimoniales de mediados del siglo XIII (como la narración autobiográfica del rey Jaime I o los testimonios de cruzadas de caballeros europeos).[56] Gracias a la eficacia de los poemas de los trovadores como generadores de leyendas, las crónicas los aprovecharon como fuentes documentales para la construcción de sus propias narraciones.[57] Sin embargo, un atento examen de la evolución de los textos literarios e históricos en la Cataluña medieval sugiere que este proceso de transferencia fue algo diferente a lo que ha sido hasta ahora generalmente aceptado por la crítica.

La inmensa popularidad de la historia del primer conde de Barcelona, Guifré el Pelós, narrada en el arranque de las *Gesta Comitum*, y las numerosas versiones históricas y literarias posteriores, demuestran la prioridad del género histórico sobre el literario como generadores de leyendas populares en la tradición catalana medieval. Además, el vigor de la escritura histórica en Cataluña posterior a la divulgación de las *Gesta Comitum* y la intercalación de narraciones legendarias entre sus relatos demuestran que la narración sobre el héroe fundador de la dinastía no fue una excepción. En efecto, las crónicas de Jaime I, Bernat Desclot y Ramon Muntaner, todas ellas compuestas desde mediados del siglo XIII hasta mediados del siglo XIV, dan muestra también de la habilidad de crear leyendas bajo el género de la narración histórica –leyendas que, una vez aparecidas en una narración histórica, después serían divulgadas, en diferentes versiones, indistintamente a través de textos históricos y literarios–. Así, paradójicamente, la autoridad creciente del género histórico en la creación de mitos fue más fuerte en la Cataluña medieval que los poemas de ficción. Si, tal como han afirmado Clifford Geertz y Northrop Frye, los mitos no hacen referencia al pasado, sino al presente, se demuestra una vez más que la historia tiene

[56] Algunos ejemplos del modelo de historiador-testimonio de las cruzadas durante el siglo XIII, en Michel Zink: *La subjectivité littéraire. Autour du siècle de Saint Louis*, París, PUF, 1985, pp. 205-239.

[57] El tema de la existencia de los versos camuflados en prosa en las crónicas catalanas medievales ha generado un intenso debate entre los estudiosos de la cuestión, que todavía dura: Manuel de Montoliu: «La canço de gesta de Jaume I», en *Butlletí Arqueològic*, Tarragona, 1922; Ferran Soldevila: «Les prosificacions en els primers capítols de la Crònica de Desclot»; Miquel Coll: «La historiografia de Catalunya en el període primitiu», *Estudis Romànics* III, 1951-1952, pp. 139-196; Stefano Asperti: «La qüestió de les prosificacions».

una tendencia innata al presentismo –una tendencia que es preciso atenuar o moderar, pero en ningún caso despreciar, porque responde a la tozuda realidad de los hechos–. La imaginación histórica deviene entonces el instrumento característico usado por las crónicas para la construcción de los relatos histórico-legendarios. La autoridad del género histórico, percibido progresivamente como transmisor de realidades (o al menos de *efectos* de realidades, en expresión de Roland Barthes), refuerza los sentimientos de veracidad y realismo de las leyendas insertadas en su seno.

La prioridad de la tradición histórica sobre la literaria es bastante notable. Su potencia emerge desde la creciente influencia y vigor de la figura de los condes de Barcelona, que se extiende desde el siglo X al XV. La familia condal, convertida en monarquía a partir del siglo XII, busca procedimientos proporcionales para consolidar este creciente prestigio y legitimar sus agresivas políticas de expansión militar y establecimientos de conexiones de linaje con dinastías foráneas. Además, el imparable influjo de la épica francesa en Cataluña –por la vía provenzal o la propiamente francesa– habría asfixiado la literatura local, menos capaz de generar modelos autóctonos que la histórica. Esto propició que la cronística importara (o se «contaminara de») leyendas provenientes de esa literatura algo más debilitada. Como resultado, y en un proceso de gran interés, la función de la narración histórica en la Cataluña medieval fue similar, cara a la audiencia, a la de los poemas épicos de otras tradiciones europeas.[58] Sin embargo, decisivamente, las narraciones históricas en Cataluña simbolizaban la «autoridad de lo real», de auténticas narraciones, presentadas a través de un género más fidedigno que las narraciones ficcionales.

Las restantes historias narradas en la primera parte de la crónica de Desclot –además de las dos ya comentadas– confirman esta hipótesis. La versión de Declot de la leyenda del «Buen Conde de Barcelona» y la emperatriz de Alemania, narrada en los capítulos 7-10, hunde sus raíces históricas en la historia de Bernardo de Septimania, conde de Tolosa, y Judit, la segunda mujer de Luis el Bondadoso, y en la leyenda de Gundeberga, mujer del rey longobardo Carolaldo.[59] Desclot nos ha legado la versión catalana más importante de esta leyenda, confirmando la precedencia lógica y cronológica de la narración histórica sobre la literaria. Esta versión narra la acusación de adulterio contra la emperatriz lanzada por dos envidiosos

[58] Jordi Rubió y Balaguer: «La historiografía catalana medieval», en *Història i Historiografia*, Barcelona, Abadia de Montserrat, 1987, pp. 126-127.

[59] Coll: *Bernat Declot*, 2, pp. 45-62. Ver Aurell: *Noces*, pp. 513-520.

miembros de la corte. Condenada a morir, a la emperatriz solo le queda esperar que algún valeroso caballero se avenga a retar a los acusadores a un duelo judiciario que le devolviera la honra. Pero nadie se atreve a retar a los acusadores. Como último recurso, la emperatriz pide a uno de sus trovadores que viaje por todas las cortes europeas para buscar a un bravo caballero que acepte el reto. Finalmente, cuando todo parecía perdido, el trovador llega a Barcelona, cuyo conde resuelve aceptar el reto y se dirige a Colonia junto a Betrando de Roquebrune, un caballero provenzal. Una vez ahí, la emperatriz ratifica su inocencia, espoleando al conde en su gesta. El conde deberá luchar solo contra los dos acusadores pues es abandonado por su compañero provenzal justo la noche anterior al duelo. Les combate uno tras otro. El primero es atravesado por su lanza y muere instantáneamente. El segundo entra en pánico y rechaza la lucha. Arrepentido, reconoce su engaño y reemplaza a la emperatriz para ser ajusticiado. Pero ella le perdona generosamente y el conde de Barcelona recibe todos los honores del emperador, quien le invita a unirse a la mesa. Después del banquete, el conde abandona la corte secretamente, de noche, y regresa a Barcelona. La emperatriz revela al emperador la identidad del valeroso caballero que la ha defendido, lo manda buscar y lo trae de vuelta a la corte imperial. El emperador le retribuye su generosidad y valerosidad con una de sus posesiones, Provenza, de la que es nombrado marqués. Finalmente, el pueblo de esa región le recibe con todos los honores y con entusiasmo.

El propósito de la historia aparece a primera vista: así como la intervención de Guillem Ramon de Montcada representaba la confirmación del título real de los condes de Barcelona y la legendaria concepción del rey Jaime I funcionaba como un signo de la dimensión providencial de la expansión catalano-aragonesa por tierra de moros, esta historia proveía la legitimación de la presencia catalana en el sur de Francia. Los principales adversarios de Cataluña en aquel tiempo –los moros en el sur, los franceses en el norte y el imperio germano en el este– aparecían en la historia como aliados o como dominados del conde de Barcelona. Más específicamente, a través del relato de esta historia, el cronista confirma la pérdida de los derechos del emperador en Provenza, reemplazando la dimensión romántica de las anteriores versiones del cuento por una rotunda intencionalidad política.

Desclot no revela el nombre del «Buen Conde», pero parece obvio que el personaje es una amalgama de dos personajes: de Ramón Berenguer III (1097-1131), el conde que anexó Provenza gracias a su matrimonio con la hija del conde Gispert de Provenza, llamada Dulce, y de Ramón Berenguer IV (1131-1162), quien con su matrimonio con la princesa Petrone-

lla de Aragón garantizó el título de rey a su hijo Alfonso el Casto.[60] Así, se pone de manifiesto una vez más la capacidad de la crónica de Desclot de crear personajes imaginativos, en este caso a través de la refundición de dos personajes reales. El pretexto es ahora la legitimación de los derechos feudales de Cataluña sobre los de la Provenza. El cronista catalán explota la solidez de la tradición literaria de la emperatriz adúltera, un ciclo de historias diseminado por el imperio carolingio a partir del siglo IX. En el jerárquico mundo carolingio, cuando la emperatriz era acusada de infidelidad, solo la intervención divina podía restaurar el orden perdido.[61] Algunos historiadores han relacionado la historia del adulterio de la mujer de Luis el Piadoso, Judith de Baviera, y Bernardo de Septimania con la historia del Buen Conde de Barcelona y la emperatriz.[62] Bernardo de Septimania, quien aparece en los remotos orígenes del árbol genealógico de los condes de Barcelona, provee a la leyenda de referencialidad histórica. La historia también puede ser conectada con el ciclo de la acusación de falso adulterio de una mujer inocente, cuyos orígenes se remontan a la historia sagrada pero son materializados en los anales merovingios y carolingios.[63]

Sin embargo, los vínculos propiamente históricos de la leyenda del Buen Conde de Barcelona pueden tener también raíces autóctonas. Las leyes de los *Usatges de Barcelona* (mediados del siglo XII) compilaban tres tipos de ordalías, juicios aplicados a mujeres que debían enfrentarse a una acusación de adulterio: en la primera, la mujer del caballero tenía que sufrir un duelo judiciario, como en la historia del Buen Conde de Desclot; en la segunda, la mujer del burgués tenía que andar entre brasas; en la tercera, la mujer del agricultor tenía que sufrir el tormento del agua ardiente.[64] Jordi Rubió enlaza la historia con el ciclo local del «Buen Conde de Barcelona», Ramón Berenguer IV, quien promovió la unión entre Cataluña y Aragón y fue el campeón de la conquista de la Nueva Cataluña (el este y sur de la actual Cataluña) frente a los musulmanes. Gracias a su trabajo de escribano en la Cancillería de los condes de Barcelona, Desclot adquirió una evidencia de

[60] Ver la interpretación del Cingolani: *Historiografia*, p. 153.

[61] Geneviève Bührer-Thierry: «La reine adultère», *Cahiers de Civilization Médiévale*, 35, 1992, pp. 299-312.

[62] Ver por ejemplo Gaston Paris: «Le roman du comte de Toulouse», *Annales du Midi*, 12, 1900, pp. 5-32.

[63] Catherine Velay-Vallantin: *L'histoire des contes*, París, Fayard, 1992, pp. 185-243.

[64] *Usatges de Barcelona*, n. 112, Ferran Valls i Taberner (ed.): *Los Usatges de Barcelona. Estudios, comentarios y edición bilingüe del texto*, Barccelona, Promociones Publicaciones Universitarias, 1984, pp. 104-105.

primera mano de la donación del condado de Provenza por el emperador alemán Federico Barbarroja al conde de Barcelona en 1162.[65] Desclot cita literalmente algunos documentos relacionados con estos y otros hechos históricos en su narración, e incluso describe el sello real que se utilizó a partir de ese momento, lo que incrementa indudablemente la sensación de veracidad de la crónica: «A partir de este momento, las cartas se hicieron, bien juradas y firmadas, con el sello de oro del Imperio».[66] Además, la existencia de textos históricos que confirman el matrimonio entre Ramón Berenguer y la emperatriz (relatados en las *Gesta Comitum Barchinonensium*) provee a Desclot de una legitimación textual de su historia.[67]

Desclot podía elegir entre esos diferentes relatos provenientes de la tradición histórica catalana que, en todo caso, habían sido enriquecidos por la imaginación colectiva y, más importante para sus intenciones narrativas, contenían sólidas referencias históricas. Como historiador, Desclot buscó reforzar las conexiones entre su mecenas, el conde de Barcelona, y el gobernante más importante del momento, el emperador germánico, en orden a legitimar la expansión política y militar catalana. Este hecho demuestra la estrecha interacción del texto histórico con el contexto desde el que es articulado, pues un siglo y medio antes el compilador de las *Gesta Comitum* se había propuesto sancionar la existencia de la dinastía catalana en tiempos de su primer rey, demostrando que la sangre carolingia corría por las venas de los condes de Barcelona gracias a sus orígenes míticos. El recuerdo nostálgico de la expansión por la Francia meridional es probablemente un recurso estratégico para apoyar el *presente* de la agresiva expansión por el Mediterráneo –una expansión que estaba llegando justo en ese momento a su punto de mayor apogeo, pues Desclot redactó su crónica unos años antes de la conquista de Sicilia por el rey Pedro el Grande frente a Carlos de Anjou y el Papa, en lo que se conoce como las «vísperas sicilianas» (1282). Desclot juega hábilmente con la interacción entre el pasado reciente y el pasado remoto para ofrecer una legitimación retórica de la acción política del presente que hay que justificar ante la sociedad.

[65] Jordi Rubió i Balaguer: «Les versions catalanes de la llegenda del bon comte de Barcelona i l'emperadriu d'Alemanya», *Estudis Universitaris Catalans*, 1932, pp. 250-287.

[66] Coll: *Bernat Desclot*, 2, p. 61.

[67] Coll: *Bernat Desclot*, 1, p. 34; la cita de las *Gesta*, en Lucien Barrau-Dihigo y Jordi Massó Torrents (eds.), *Cròniques Catalanes. II. Gesta Comitum Barchinonensium*, Barcelona, Institut d'Estudis Catalans, 1925, XXI y XXVII.

RE-PRESENTANDO LA NARRACIÓN HISTÓRICA: LA RECONTEXTUALIZACIÓN DEL PASADO

Después de contar la historia del buen conde de Barcelona, la narración cambia radicalmente de la leyenda a los hechos. Una frase transicional, localizada al final del capítulo 10, alerta al lector del giro en la estrategia retórica de Desclot: «Ahora dejaremos de hablar del conde de Barcelona y hablaremos del infante don Jaime, hijo del rey Pedro de Aragón».[68] Un nombre específico, con una procedencia genealógica bien precisa y bien conocida por los lectores («Jaime, el hijo de Pedro el Católico»), reemplaza a una designación genérica («el buen conde de Barcelona»). Las cuatro historias de la primera parte no gozaban de ninguna precisión cronológica. Daban la impresión de localizarse deliberadamente en un momento impreciso del pasado remoto. La narración estaba dominada por un criterio más lógico que cronológico, la imaginación de la memoria colectiva dominaba sobre la realidad, la recapitulación histórica sobre la leyenda y el significado de las historias sobre el rigor documental. Sin embargo, a partir del capítulo 11, en el que Desclot describe la coronación del rey Jaime I (1213), se centra en una sobria narración de los hechos de los reyes Jaime I el Conquistador y Pedro el Grande, siguiendo un estricto criterio de sucesión cronológica.

Además, crucialmente para las tesis que defiendo en este capítulo, los cambios en el contenido –desde la narración de las cuatro primeras leyendas a la narración de los hechos de los reyes Jaime y Pedro– no vienen acompañados por cambios en la forma. Desde el capítulo 11, Desclot utiliza fuentes diferentes de las leyendas –tradiciones orales, textos históricos, documentos escritos y memoria personal–, pero la forma de la narración no solo permanece inalterada sino que además se consolida: paradójicamente, el estilo épico –más propio de la narración del pasado remoto y legendario– se incrementa a medida que Desclot se adentra en la narración de los hechos recientes. Este es el tono, en efecto, de la narración de hechos casi contemporáneos como el duelo de Pedro el Grande y el rey de Francia en Burdeos, las historias de los militares catalano-almohades conocidos como almogávares, las campañas del norte de África y de Sicilia, y la heroica resistencia de la ciudad de Girona frente a los invasores franceses. Desclot utiliza este estilo narrativo, recursos retóricos y estilo lingüístico para conferir coherencia y unidad a toda la crónica, consiguiendo una trama consistente que finalmente provee al relato histórico de la necesaria credibilidad, de un verdadero «efecto de lo real».

[68] Coll: *Bernat Desclot*, 2, p. 62.

Esta unidad en la forma prevalece sobre las diferentes identidades de Desclot como autor. Desclot funciona como historiador (especialmente cuando cuenta las historias de los reyes Jaime y Pedro), como notario público (cuando reproduce la documentación legal y diplomática emanada del duelo de Burdeos), como contador de leyendas (particularmente en las cuatro historias narradas en los diez primeros capítulos de la crónica) e incluso como testimonio visual, tal como él mismo reconoce y sus meticulosas descripciones de las batallas revela.[69] Cuando relata las batallas, su estilo testimonial es una resonancia de los cronistas catalanes de su tiempo, así como el de los testimonios de cruzadas europeos contemporáneos. Pero Desclot también demuestra un gran dominio de la documentación de archivo, quizás como fruto de su trabajo en la Cancillería, lo cual le singulariza claramente de sus coetáneos catalanes y europeos. En algunos pasajes, parece trasladar literalmente los documentos de Cancillería, como el mencionado caso del duelo de Burdeos.[70] El retrato que surge de Desclot, proyectado en su texto histórico, es el de un intelectual más que el de un caballero, pero su insobornable patriotismo provee a su narración de una inequívoca orientación épica.

Aunque Desclot es capaz de desarrollar simultáneamente esos cuatro diferentes roles como autor (el historiador, el notario, el contador de leyendas y el testigo), y utiliza cuatro fuentes diversas (los textos históricos, las fuentes documentales, las leyendas y la memoria), reduce esa complejidad a un solo método narrativo, lo que le permite construir un único y coherente texto histórico: la descontextualización de las historias del pasado para recrearlas en el presente a través de la narración histórica. Descontextualizar el contenido del pasado le permite una nueva narrativización del presente. Al liberar las historias de sus originales coordenadas de espacio y tiempo, Desclot puede re-inventarlas y proveerlas de un nuevo contexto que satisfaga las demandas sociales y políticas del presente. Este es el modo como Desclot es capaz, literalmente, de *re-presentar* el pasado. Se podría argüir que los historiadores han funcionado siempre del mismo modo, a lo largo de todos los periodos, al diseñar sus textos históricos –de hecho, estoy convencido de que las continuidades en el discurso histórico han sido más fuertes que las rupturas o las discontinuidades–. Sin embargo, los cronistas

[69] Ver el capítulo 159 de la crónica (Coll: *Bernat Desclot*, 5, pp. 71-90) y el capítulo 106 (Coll: *Bernat Desclot*, 3, pp. 174-179).

[70] Este evento está narrado en el capítulo 100, en el que Desclot intercala un documento literal sobre las reglas del duelo (Coll: *Bernat Desclot*, 3, pp. 135-137).

medievales como Desclot nos ofrecen un inmejorable laboratorio de experimentación de este método, pues los historiadores tienen necesariamente que relacionarse con el pasado –con hechos que existen en un determinado lugar entre la realidad y la ficción, porque en el presente existen solo en su imaginación–, un *limbo* entre la historia y la literatura.

El método de descontextualización del pasado está basado en la creación de una trama unificada que se presenta a través de un relato coherente. La narrativa se transforma entonces en la *forma* a través de la que los historiadores pueden presentar una reactualización del pasado. El contenido de los textos históricos cambia según las fuentes usadas y los temas elegidos por los historiadores, pero la forma permanece inalterada: su estructura narrativa. Desclot escribió su crónica en una forma específica de la narración, definida por los especialistas como «prosa cancilleresca». Su *Crònica* difiere radicalmente de la de otros cronistas catalanes de su tiempo, como el *Llibre dels fets* del rey Jaime I (analizado en el capítulo anterior) o la *Crònica* de Ramon Muntaner. Mientras que el rey y el caballero usan su propia memoria y otros testimonios orales para construir su narrativa, Desclot ha elegido una prosa solemne para describir la remarcable figura del rey Pedro el Grande. Martí de Riquer apunta que el estilo épico domina todo el texto, desde los relatos legendarios de los primeros capítulos a las detalladas descripciones de los hechos del rey Pedro el Grande, narrados en la parte final de la crónica.[71]

Esta función unificadora de la trama otorga a Desclot una mayor libertad como autor que la que tuvieron el rey Jaime I como autobiógrafo o Ramon Muntaner como hagiógrafo nacional. Tanto el rey como el caballero utilizan un género y una voz unívoca. Por contraste, Desclot usa diferentes puntos de vista para definir su posición en relación con su historia. Los hechos históricos son narrados habitualmente en tercera persona, pero Desclot usa también la primera persona cuando quiere posicionarse como el autor de la historia: «Ahora dejaremos de hablar...», «Ahora hablaremos del rey», «Ahora dejaremos de hablar del buen conde».[72] El punto de vista variable y descentrado clarifica la distinción entre los hechos históricos que son narrados y el historiador que los narra. La estrategia de Desclot puede ser definida como la de un auténtico historiador que pone en práctica los procedimientos formales que posibilitan una narración fiable, compatible con una notoria autoría.

[71] Riquer: *Història de la literature*, I, pp. 431-432.
[72] Coll: *Bernat Desclot*, 2, p. 7; 2, p. 10; 2, p. 62.

Aunque en ocasiones quieran pasar desapercibidos para que los hechos históricos narrados hablen por sí solos, los historiadores actúan como autores cuando escriben historia. Esto significa que desde el punto de vista de la forma –no del contenido– la distinción entre novelistas e historiadores podría ser considerada como artificial. Ambos crean sus textos después de un cuidadoso proceso de selección que incluye la elección de las palabras, la estructura de las frases y el tono del discurso, así como el establecimiento de las conexiones entre los diversos episodios narrados. Ambos son conscientes de que lo que distingue una simple «crónica» de los acontecimientos de una «narración» (histórica o ficcional) son las conexiones causales entre las palabras, más que las palabras en sí mismas.[73] Estas conexiones causales nos dan las claves de las asunciones metahistóricas de los autores, pues ellas son las que materializan la trama narrativa.

Esta orientación epistemológica y estas estrategias narrativas, establecidas de modo teórico por la moderna crítica por autores como Hayden White, Paul Ricoeur y Michel de Certeau, se puede discernir claramente, en la práctica, en el texto de Desclot. El cronista catalán desvela sus elecciones narrativas de modo más patente que otros historiadores medievales, e incluso modernos y contemporáneos, sobre todo cuando inserta en su discurso expresiones que demuestran su mediación no neutral como autor e historiador. Por ejemplo, en el episodio del exilio de Guillem Ramon de Montcada en Aragón no da las razones que han causado esta circunstancia, pero se apresura a dejar claro que esa decisión autorial ha sido deliberada, pues él conoce muy bien las causas del exilio: «Y sucedió por ventura, por alguna razón que no quiero ahora contar, que el conde de Barcelona lo echó [a Guillem Ramon] de su tierra y lo exilió».[74] En este caso, Desclot habla en primera persona, estableciendo su posición como narrador de una historia, y por tanto capaz de elegir lo que quiere contar y lo que quiere omitir. Al final del relato de la batalla de Úbeda, Desclot introduce el cuento del buen conde de Barcelona, que permite al lector hacerse cargo de las razones que legitimaron al rey Pedro el Católico la asunción del título de marqués de Provenza, y de qué modo su antecesor, el buen conde de Barcelona, había ganado este territorio.[75] En este caso, en cambio, Desclot explica las razones que le han llevado a la elección de esta historia, así como su objetivo

[73] Hayden V. White: «The Question of Narrative in Contemporary Historical Theory», en *The Content of the Form*, pp. 27-57.

[74] Coll: *Bernat Desclot*, 2, pp. 8-9.

[75] Coll: *Bernat Desclot*, 2, p. 44.

político: la legitimación de la dominación catalana en Provenza y los derechos de los descendientes del rey Pedro el Católico. En otras ocasiones, Desclot transfiere la autoridad a otros para fundamentar su narrativa, utilizando frecuentemente una expresión muy característica suya, «cuenta el cuento» («diu lo conte»), generalmente al inicio de los capítulos.[76]

Hayden White ha distinguido tres niveles de conceptualización de la obra histórica: la crónica, la historia y la trama. El texto histórico de Desclot aparece a primera vista como una crónica. Sin embargo, su negociación con el pasado no solo recupera los datos históricos para una particular audiencia, ni solo realiza una ordenación cronológica de esos datos. Desclot organiza también los eventos en su relato para explicar e interpretar la realidad histórica más que simplemente exponerla. Según sus propias palabras, él «dictó y escribió» los grandes hechos de los reyes de Aragón, o sea, que también los elaboró como autor. La original *crónica* y su potencial *historia* se transformaron finalmente en una *trama* narrativa cuando Desclot caracterizó y seleccionó determinados eventos como motivos inaugurales, otros como motivos finales y otros como motivos transicionales.[77] El modo como Desclot narra el duelo entre Pedro el Grande y Carlos de Anjou en Burdeos (capítulo 100) expresa cómo el historiador sitúa los diferentes elementos de la historia –los dos reyes, los motivos del desafío y las reglas del duelo– en diferentes niveles, con la intención de proveer a la historia de sus múltiples significados, conectando todos esos elementos a través de un orden lógico y cronológico.[78]

La simple crónica de los eventos, narrados genealógicamente por las *Gesta Comitum Barchinonensium*, se transforma en un proceso diacrónico mucho más complejo en la crónica de Desclot de finales del siglo XIII. La estructura de las conexiones entre los eventos se hace mucho más prolija. La trama emerge con toda su complejidad en el relato histórico. En este contexto, el Desclot historiador negocia con los elementos ficcionales de su relato de categoría histórica. Desclot no solo «encuentra» sus historias, sino que también las «inventa» cuando los datos son incompletos –en estas dos operaciones localizan los críticos literarios precisamente la distinción entre historia y ficción–. Esto es especialmente perceptible en la primera parte de la crónica, en la que Desclot construye sus historias basándose en las

[76] Coll: *Bernat Desclot*, 2, p. 45.
[77] White: *Metahistory*, pp. 5-6.
[78] Coll: *Bernat Desclot*, 3, pp. 129-137.

leyendas y en la tradición oral. Desclot no funciona aquí como el historiador pasivo que relata meramente los eventos del pasado, sino como el autor activo que recrea y manipula la información acerca del pasado, con una intención autorial muy marcada. Esto tiene obviamente unas consecuencias éticas que cada historiador debería plantearse, contando con las circunstancias específicas de su tiempo y las condiciones particulares de su disciplina académica o posición como autor.

Después de analizar la crónica de Desclot y la de otros textos históricos medievales, y después de haber apuntado en este capítulo algunas consideraciones concernientes a las relaciones entre la historiografía medieval y la contemporánea, arguyo que las continuidades del discurso histórico, a lo largo de todos los tiempos, han sido mayores que las discontinuidades. Las estrategias desplegadas por Desclot como historiador, y el modo como concibe y construye la historia, especialmente su negociación con las fuentes (leyendas, historiografía, documentos, memoria), me lleva a postular una visión de «larga duración» en nuestra aproximación a la historiografía medieval, moderna y contemporánea.[79] Defiendo esta postura, entre otras razones, porque tanto la operación histórica (la escritura de la historia) como su dimensión científica (la disciplina histórica) no han experimentado todavía la revolución copernicana de las ciencias experimentales y, como resultado, los historiadores no gozan todavía de un método unificado que, correctamente aplicado, garantice unos resultados de una validez científica absoluta y de una objetividad inequívoca.

Ciertamente, la revolución historicista decimonónica cambió el curso de la historiografía y, durante algunos decenios centrales del siglo XX, pareció convertirse en un método científico que sería ya hegemónico para siempre en la historia, liberándola de sus ambigüedades epistemológicas con las que siempre se habían topado historiadores y cronistas. Sin embargo, el paso del tiempo y la profunda revolución posmoderna (y la postposmoderna) han confirmado las certeras palabras que profirió Carlo Ginzburg ya en los años setenta del siglo pasado:

> ... desde Galileo, el enfoque cuantitativo y antiantropocéntrico sobre las ciencias de la naturaleza ha colocado a las ciencias humanas en un desagradable dilema, ya que deben adoptar un criterio científico poco sólido con objeto de ser capaces de obtener resultados significativos o bien adop-

[79] Ignacio Olábarri: «New New History: A Longe Durée Structure», *History and Theory*, 34, 1995, pp. 1-29, y Philippe Carrard: *Poetics of the New History. French Historical Discourse form Braudel to Chartier*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1992.

tar un criterio científico firme que alcance resultados que no tengan gran importancia.[80]

La historia de la práctica histórica, y de la disciplina histórica moderna, es, en parte, una oscilación entre un extremo y otro. Durante los años setenta, el desencanto respecto al segundo enfoque –la adopción de un criterio científico firme aun a costa de la pérdida de relevancia de los resultados– trajo consigo un regreso al primero –la adopción de un criterio científico poco sólido en vistas a obtener resultados significativos desde el punto de vista de las ciencias humanas.

Probablemente, la capacidad de la narrativa como uniformadora del relato histórico y su naturaleza esencialmente humana ha pesado más que el deseo de conseguir unos resultados científicos satisfactorios. El historiador se ha concebido finalmente a sí mismo como un autor más que como un científico. Hoy día tendemos a considerar al historiador medieval como una especie de miniaturista que pretende discernir cuidadosamente cada aspecto de la realidad del pasado. Su trabajo sería simplemente de compilador, de estático observador de la realidad del pasado, sin apenas racionalidad, en una postura intelectual típica de las sociedades *premodernas*. Sin embargo, quizás deberíamos ser más cautos a la hora de realizar este juicio simplista, pues la experiencia muestra que (nosotros) los historiadores, bien medievales, modernos o posmodernos, no tenemos otro modo que construir nuestros textos si no es a través de la narración y, consecuentemente, las similitudes entre todos esos historiadores, sean de la época que sean, son mayores que las diferencias. El reconocimiento de esta continuidad formal del discurso histórico, desde los clásicos a los posmodernos, nos permite aproximarnos a la historiografía medieval a través de un acercamiento verdaderamente interdisciplinar, liberado de prejuicios, a través de una lectura común entre la historia y la crítica literaria. Una lectura de Desclot que le libere de las convenciones historiográficas modernas ofrece unas perspectivas más claras de la propia historiografía medieval, al tiempo que nos permite pluralizar nuestra propia aproximación al pasado, y el modo de representarlo.

[80] Carlo Ginzburg: «Roots of a Scientific Paradigm», *Theory and Society*, 7, 1979, p. 276, citado en Lawrence Stone, «El resurgimiento de la narrativa: reflexiones acerca de una nueva y vieja historia», en *El pasado y el presente*, Mexico, Fondo de Cultura Económica, 1986, pp. 117-118.

PARTE II

LA HISTORIOGRAFÍA MEDIEVAL, ESPEJO DE LA HISTORIOGRAFÍA CONTEMPORÁNEA

V. LA INTERPRETACIÓN DE LOS TEXTOS HISTÓRICOS: DEL HISTORICISMO AL POSMODERNISMO

El influjo del posmodernismo en la historiografía actual ha tenido como consecuencia un replanteamiento de los métodos y las categorías que estaban más asentados en la disciplina histórica.[1] Fruto de esta renovación, los historiadores actuales son más capaces de entender y valorar la historiografía medieval, sirviéndose además de la gran labor desarrollada por los historiógrafos de los dos siglos anteriores. En este nuevo contexto intelectual, los textos históricos medievales dejan de concebirse como un documento histórico poco fiable, donde de vez en cuando se intercalan pasajes legendarios espurios que hay que depurar. Las crónicas son analizadas ahora como una realidad coherente en sí misma, tanto histórica como literaria, que precisa de unas condiciones específicas para su comprensión y que, por tanto, no pueden ser analizadas basándose exclusivamente en nuestra rígida mentalidad racional.

Partiendo de estas premisas, este capítulo pretende explorar las nuevas metodologías que se han incorporado al análisis de los textos históricos medievales en los últimos treinta años. Para ello, voy a proceder desde la teoría a la práctica: en la primera parte, describo el influjo y la aplicación

[1] Este artículo es una versión revisada y actualizada del texto presentado para el congreso «The State of Medieval Studies», desarrollado en la Illinois University-Urbana, del 25 al 27 de septiembre de 2003, publicado posteriormente en Jaume Aurell: «El Nuevo Medievalismo y la interpretación de los textos históricos», *Hispania. Revista Española de Historia* LXVI, 2006, pp. 809-832. Guardo una deuda de gratitud por los comentarios recibidos durante las sesiones de ese congreso por parte de Stephen Jaeger, Miri Rubin y Anne H. Hedeman, y los posteriores consejos de Gabrielle M. Spiegel, Paul Freedman, Ignacio Olábarri, Rocío G. Davis y Tom Shippey.

de las nuevas tendencias al medevalismo, analizando más detenidamente la corriente conocida como «el nuevo medievalismo», que es la concreción del posmodernismo aplicado a los estudios medievales; en la segunda parte, más práctica, me focalizo en los aspectos que han emergido de la nueva lectura de los textos históricos medievales, partiendo de ejemplos entresacados de las crónicas francesas, castellanas y catalanas: el texto histórico considerado como artefacto literario, la lógica social del texto histórico, la función de las genealogías, las relaciones entre el pasado, el presente y el futuro en las crónicas y el influjo del *presentismo*, la conexión entre las transformaciones literarias y las mutaciones sociales, el sentido de la prosificación y vernacularización de las crónicas y, por fin, la función política de la historiografía.

Parto de la convicción de que, tal como han sugerido los nuevos planteamientos teóricos, es preciso un acercamiento a la historiografía medieval a través de una adecuada combinación interdisciplinar entre la historia y la crítica literaria. Por este motivo, en estas páginas no distingo entre una aproximación «histórica» o «literaria» a los textos históricos, sino más bien me referiré a ambas indistintamente, aunque sin duda no puedo desentenderme del todo de mi formación de historiador.

La creencia de que un acercamiento racional y objetivo al pasado nos permite recobrar el significado auténtico del pasado fue puesta severamente en duda a partir de los años setenta del siglo pasado.[2] Un conjunto de epistemologías y metodologías, agrupadas en torno al concepto poliédrico del posmodernismo, postuló la necesidad de acercarse a los documentos como textos, dejando de considerarlos como simples fuentes neutras desde una perspectiva intencional o ideológica.[3] El término *posmodernismo* fue divulgado en los años ochenta, especialmente a partir de la publicación del volumen de Jean-François Lyotard *La condición postmoderna* (1979), para aglutinar en un mismo concepto el cúmulo de corrientes intelectuales que, en el campo de las ciencias sociales, pretendían romper radicalmente con la tradición.[4] Entre las tendencias que convergieron en este primer posmodernismo

[2] Una exposición sintética de esta realidad, en la segunda parte del libro de George G. Iggers: *Historiography in the Twentieth Century. From Scientific Objectivity to the Postmodern Challenge*, Middletown, CT, Wesleyan University Press, 2005, y en la magnífica síntesis de Ernst Breisach: *On the Future of History. The Postmodernist Challenge and its Aftermath*, Chicago, The University of Chicago Press, 2003.

[3] Gabrielle M. Spiegel: «Introduction», en *The Past as Text. Theory and Practice of Medieval Historiography*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1997, pp. IX-XXII.

[4] Jean-François Lyotard: *La condition postmoderne. Rapport sur le savoir*, París, Minuit, 1979.

cabría destacar el postestructuralismo foucaltiano, el deconstruccionismo derrideano, la nueva hermenéutica de Paul Ricoeur y Michel de Certeau, el formalismo historicista de Hayden White y todas las derivaciones asociadas al giro lingüístico, sistematizadas por Richard Rorty. Todas estas corrientes han influido, indudablemente, en el modo de concebir, de interpretar y de escribir la historia.[5] A partir de entonces, la experiencia ha demostrado que cualquier intento de definición o delimitación de las fronteras del posmodernismo está condenado al fracaso. El único modo de definirlo es, probablemente, analizando sus efectos en los diferentes ámbitos de las ciencias sociales, tal como algunos ya han hecho para el campo del medievalismo.[6]

La renovación temática y epistemológica de la disciplina histórica a partir de los años setenta ha tenido una repercusión muy notable en el campo del medievalismo. No en vano, este ha sido uno de los ámbitos de la historia que, junto con el altomodernismo, ha liderado la renovación epistemológica de la disciplina a lo largo del siglo XX. Medievalistas como Johan Huizinga, Marc Bloch, Georges Duby o Jacques Le Goff han contribuido decisivamente a renovar el utillaje metodológico con el que los historiadores construyen sus textos, provengan del campo que provengan. Ciertamente, hoy día parece que la arista cortante de la innovación se ha trasladado hacia el altomodernismo, como los experimentos de Carlo Ginzburg, Natalie Z. Davis o Simon Schama parecen demostrar.[7] Pero no es menos cierto que, con la llegada del nuevo siglo, el medievalismo, sobre todo norteamericano, se ha convertido en un campo de experimentación en el que los científicos sociales han buscado renovar su metodología.

En el mismo seno del medievalismo han ido extendiéndose los efectos del posmodernismo. Quizás el mejor diagnóstico de esta realidad sea el que realizaron los medievalistas norteamericanos Paul Freedman y Gabrielle M. Spiegel en un artículo programático, publicado en 1998 por encargo de la *American Historical Review*.[8] En él describían la emergencia de un

[5] Ver algunas de estas manifestaciones en Peter Barry: *Beginning Theory. An Introduction to Literary and Cultural Theory*, Manchester, Manchester University Press, 1995.

[6] William D. Paden: «Scholars at a Perilous Ford», en W. D. Paden (ed.), *The Future of the Middle Ages: Medieval Literature in the 1990s*, Gainesville, University Press of Florida, 1994, pp. 3-31.

[7] Carlo Ginzburg: *Il formaggio e i vermi. Il cosmo di un mugnaio del '500*, Turín, Einaudi, 1976; Natalie Z. Davis: *Le retour de Martin Guerre*, París, Laffont, 1982; Simon Schama: *Rembrandt's Eyes*, Londres, Knopf, 1999.

[8] Paul Freedman y Gabrielle M. Spiegel: «Medievalisms Old and New: The Rediscovery of Alterity in North American Medieval Studies», *American Historical Review* 103, 1998, pp. 677-704.

«nuevo» medievalismo que estaba incorporando los nuevos postulados, en contraste con un «viejo» medievalismo, más prudente y apegado a la tradición. Pocos años después, Stephen G. Nichols afirmaba que no es que el viejo y el nuevo medievalismo se opongan o se haya producido una ruptura radical, sino que más bien el nuevo medievalismo ha aportado un análisis de la Edad Media desde nuevas perspectivas y ha descubierto nuevos paisajes y temas.[9]

La idea de la práctica de la historia está siendo transformada progresivamente: según las nuevas tendencias, el historiador no es capaz de reconstruir el pasado sino simplemente de volverlo a hacer presente (*re-presentarlo*).[10] De este modo, aumenta la sensación de que el acceso al pasado no es directo, porque se produce a través de la mediación de los textos y de los iconos. Como consecuencia, lo que el medievalista recupera no es estrictamente el pasado, sino las imágenes de sí mismo que el pasado produce, las improntas del pasado.[11] Se postula así un tratamiento poliédrico de las crónicas medievales, de las que interesa tanto lo real como lo imaginario, lo verídico como lo ficcional, lo expresado como lo silenciado, por lo que la opacidad y la inestabilidad del conocimiento histórico aumentan considerablemente. Ello genera una serie de recelos bien comprensible entre los medievalistas, que ven agredida su legitimidad científica al conmoverse sus propios fundamentos y debilitarse la eficacia de las técnicas paleográficas, diplomáticas, epigráficas, iconológicas y codicológicas, cuyo dominio *aseguraba* el acceso a las realidades del pasado. El nuevo medievalismo se convierte en una ciencia no de los hechos sino de los discursos o, todo lo más, de la codificación de los hechos.[12]

Para las nuevas tendencias, el texto contiene significaciones múltiples que conviene tratar desde una perspectiva poliédrica y, por tanto, pluridisciplinar. Las distancias disciplinares entre historiadores, críticos literarios, filólogos, filósofos e historiadores del arte se reducen. Se publican volúme-

[9] Stephen G. Nichols: «Writing the New Middle Ages», en *PMLA* 120, 2, 2005, pp. 422-441.

[10] Rogier Chartier: «Le monde comme représentation», *Annales, Économies, Sociétés, Civilisations* 44, 1989, pp. 1505-1520.

[11] Sobre el concepto de «improntas históricas», ver el magnífico ensayo de François Dosse: *Història. Entre la ciència i el relat*, Valencia, Universitat de València, 2001, pp. 154-158.

[12] Eugène Vance: «Semiotics and Power: Relics, Icons and the *Voyage de Charlemagne à Jérusalem et à Constantinople*», en Marina S. Brownlee, Kevin Bownlee y Stephen G. Nichols (eds.): *The New Medievalism*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1991, p. 227.

nes colectivos en los que participan indistintamente especialistas de esos diferentes ámbitos disciplinares.[13] Se accede a los textos y a las imágenes medievales tanto en su dimensión histórica como literaria y hermeneútica.[14] La lectura del texto medieval desde una perspectiva posmoderna se hace más viable, porque se experimenta una mayor identificación entre el texto medieval y el posmoderno. El texto premoderno (medieval) y el texto posmoderno reducen sus distancias metodológicas y epistemológicas. Ambos contrastan radicalmente con el texto histórico moderno (siglos XVI-XX), cuya univocidad está basada en una lectura empírica, científica, positivista y paradigmática de la realidad que nos llega a través de los documentos. Esa univocidad es negada tanto por los textos medievales como por los posmodernos.[15]

Hoy día, sin embargo, el medievalismo parece tener algunas reservas respecto a la viabilidad de las nuevas corrientes. Por poner un ejemplo bien significativo, el debate sobre el posmodernismo y sus repercusiones historiográficas ha tenido una incidencia muy minoritaria en los ambientes académicos españoles.[16] Muchos académicos españoles muestran recelo hacia la invasión de las ideas posmodernas en el ámbito del medievalismo (procedentes además de tradiciones historiográficas lejanas), porque cuando son llevadas a sus últimas consecuencias generan un relativismo nada aconsejable para la labor científica. No en vano Lawrence Stone consideró las tendencias posmodernas como una verdadera amenaza para la propia subsistencia de las ciencias sociales.[17] En efecto, el sentido común de todo académico queda conmocionado ante las afirmaciones radicales de algunos de los principales exponentes del posmodernismo, como la que profirió Hayden V. White en uno de sus artículos de los años setenta: «Ha habido una resistencia a considerar las narraciones históricas como lo que manifiestamente son: ficciones verbales cuyos contenidos son tan inventados

[13] Ver, por ejemplo, Richard Utz y Tom Shippey (eds.): *Medievalism in the Modern World*, Turnhout, Brepols, 1998.

[14] Como se pone de manifiesto en el modélico estudio de Anne H. Hedeman sobre las ilustraciones de las crónicas francesas *The Royal Image. Illustrations of the Grandes Chroniques de France, 1274-1422*, Berkeley, University of California Press, 1991.

[15] David Greetham: «Romancing the Text, Medievalizing the Book», en Utz y Shippey (eds.): *Medievalism in the Modern World*, p. 409. Ver también Jerome J. McGann: *A Critique of Modern Textual Criticism*, Chicago, The University of Chicago Press, 1983.

[16] Una de las excepciones es el número monográfico que dedicó al posmodernismo la revista *Historia Social* (50, 2003), aunque no deja de ser también significativo que la mayor parte de los artículos incluidos fueran traducciones de artículos publicados anteriormente en revistas internacionales, más que aportaciones originales de historiadores españoles.

[17] Lawrence Stone: «History and post-modernism», *Past and Present* 131, 1991.

como descubiertos, y cuyas formas tienen más en común con sus formas análogas en la literatura que con sus formas análogas en las ciencias».[18]

Nadie puede negar la necesidad de una crítica serena y ponderada a los aspectos más deleznables del posmodernismo. Sin embargo, más allá de una postura acríticamente parapeteada a la defensiva, me parece importante señalar algunas de las consecuencias más saludables de estas nuevas tendencias, que por lo menos han ejercido una función de *alerta* sobre la comunidad historiográfica internacional: pienso que sería un error descartarlas sistemática y apriorísticamente, sin realizar siquiera el esfuerzo por conocerlas a fondo. Estos efectos benéficos son los que explican que algunos medievalistas de prestigio, sobre todo provenientes del ámbito norteamericano, hayan decidido adoptar alguno de los nuevos postulados en su quehacer científico. Quizás el más importante de esos efectos haya sido el aumento considerable del diálogo interdisciplinar que ha experimentado el medievalismo en estos últimos veinte años. La variedad y la riqueza de enfoques de los diversos volúmenes conjuntos publicados durante los años noventa (*The New Medievalism*, *The Past and the Future of Medieval Studies*, *Medievalism and the Modernist Temper* y *Medievalism in the Modern World*) son buenos exponentes de la capacidad de las nuevas corrientes para configurar espacios metodológicos comunes entre las diferentes ciencias humanas y sociales.

Dentro de las nuevas corrientes, por otra parte, cohabitan diferentes posturas. Buena parte de los nuevos académicos, como el nada sospechoso de frivolidad Lee Patterson, se da cuenta de que su trabajo debe estar basado en un tratamiento adecuado, sistemático y riguroso de la documentación, sin una ruptura radical con la tradición.[19] Otros académicos, como Howard Bloch y Stephen Nichols, se muestran menos cautelosos, al afirmar explícitamente que no comparten la filosofía de los fundadores de la disciplina, aunque admiran y respetan su legado. De este modo, pretenden purificar y revitalizar el medievalismo, cortando con la tradición y reforzando el interior y el exterior de las fronteras de la disciplina.[20] Por fin, prestigiosos aca-

[18] «There has been a reluctance to consider historical narratives as what they most manifestly are: verbal fictions, the contents of which are as much *invented* as *found* and the forms of which have more in common with their counterparts in literature than they have with those in the sciences». Hayden V. White: «The Historical Text as Literary Artifact», en *Tropics of discourse. Essays in Cultural Criticism*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1978, p. 82.

[19] Lee Patterson: «The Return of Philology», en John Van (ed.): *The Past and the Future of Medieval Studies*, Notre Dame, Ind., University of Notre Dame Press, 1994, p. 241.

[20] «We are not he (l'Abbé Migne), nor do we and the volume's contributors share the philosophy of the founders of the discipline, as much as we admire and respect their legacy»,

démicos como Leslie Workman han llegado a postular una sutil distinción entre los *estudios medievales*, cuyo objetivo es el estudio científico de la Edad Media, y el *medievalismo*, que representa la aplicación de las ideas de la época medieval a las respectivas situaciones contemporáneas.[21] Se puede hablar, por tanto, de unos estudios medievales unívocos y, en cambio, de un medievalismo romántico, victoriano, positivista, marxista o posmoderno, lo que justifica a su vez que en la actualidad se hable de un *nuevo* medievalismo en contraposición del *viejo* medievalismo.[22]

El *viejo medievalismo* postula los valores de la tradición heredada del método científico positivista y del historicismo clásico; el *nuevo medievalismo* apuesta decididamente por un acercamiento presentista a la realidad medieval a través de la aplicación de los métodos situados en la órbita posmodernista. Kathleen Biddick ha afirmado que la disciplina se halla actualmente en un estado de *shock*, al verificarse este enfrentamiento entre el viejo y el nuevo medievalismo.[23] Me parece más oportuno postular un *nuevo medievalismo* que aporta unas novedades metodológicas, pero que no rompe radicalmente con la tradición anterior, tal como ha sugerido recientemente Stephen Nichols.[24] De hecho, la historiografía no ha avanzado nunca a través de drásticas rupturas o revoluciones metodológicas, sino de nuevas corrientes que se han impuesto con el tiempo porque han sabido compaginar lo mejor de la tradición con la revitalización de las nuevas propuestas.

Sea como fuere, todas estas nuevas corrientes han llevado a los medievalistas a reconsiderar algunas de las realidades que parecían más asentadas en la disciplina. Algunos de ellos han denunciado que la disciplina académica del medievalismo había quedado aprisionada por la asunción de una serie de técnicas –la diplomática, la paleografía o la edición de textos– que asegurarían un procedimiento adecuado desde el punto de vista formal,

---

Bloch y Nichols (eds.): *Medievalism and the Modernist Temper*, de la Introducción de los editores, p. 21.

[21] Leslie Workman: «Editorial», *Studies in Medievalism* III. 1, 1987, p. 1. Workman ha revisado posteriormente sus postulados y ha ido evolucionando hacia una visión más integradora de los conceptos de «estudios medievales» y «medievalismo», influido en buena medida por los planteamientos más continuistas expuestos en su polémico libro en Norman F. Cantor: *Inventing the Middle Ages. The Lives, Works, and Ideas of the Great Medievalists of the Twentieth Century*, Nueva York, Morrow, 1991.

[22] Richard Utz y Tom Shippey: «Medievalism in the Modern World: Introductory Perspectives», en *Medievalism in the Modern World*, p. 5.

[23] Kathleen Biddick: *The Shock of Medievalism*, Durham, Duke University Press, 1998, p. 2.

[24] Stephen G. Nichols: «Writing the New Middle Ages», en *PMLA* 120.2, 2005, pp. 422-441.

pero no garantizarían el acceso a la realidad del pasado. Por este motivo, sin olvidar en absoluto la necesidad de esas técnicas, han postulado al mismo tiempo que el medievalista tiene que tener presente que los documentos que utiliza contienen una ideología, una intencionalidad, reflejan en sí mismos una lectura del mundo y por tanto requieren una interpretación crítica que los ponga en conexión con su contexto.[25]

Todas estas ideas han ido cuajando en el campo del medievalismo a través de una corriente conocida con el genérico apelativo de *New Medievalism*. En su programático artículo de 1998, Paul Freedman y Gabrielle M. Spiegel se referían al surgimiento de un *nuevo* medievalismo, cuyos temas de interés se centrarían en los aspectos más identitarios de la Edad Media (sin necesidad de considerarlos simplemente como precedentes de los valores modernos del estado, el renacimiento o la ciencia racional), frente a un *viejo* medievalismo, que seguía avanzando prudentemente en sus investigaciones, sin despegarse excesivamente de las fuentes y de los temas más tradicionales. Sin embargo, paradójicamente, el alto precio que había tenido que pagar el nuevo medievalismo en su búsqueda de lo específicamente medieval era una patente radicalización de sus temas, que se escoraban hacia los ámbitos más marginales de la época medieval, como la marginalidad, la pobreza, la brujería o las manifestaciones macabras de la vida y de la muerte.[26] Probablemente, Freedman y Spiegel tomaron algunos de sus conceptos del volumen conjunto que, unos años antes, en 1991, había publicado un grupo de investigadores norteamericanos (historiadores y críticos literarios), al que habían puesto precisamente el significativo título de *The New Medievalism*.[27]

¿Qué hay de verdaderamente «renovador» en esta tendencia? Partiendo de un mínimo conocimiento de la evolución de la historiografía durante los siglos XIX y XX, hablar de *nuevo* medievalismo a principios del siglo XXI puede parecer excesivamente pretencioso.[28] La razón es bien sencilla: a lo largo del siglo XX la disciplina histórica ha sufrido continuos cambios de paradigmas. La experimentación de estas frecuentes mutaciones metodológicas y epistemológicas ha tenido como consecuencia una sensación de renovación continua en la disciplina histórica. El apelativo «nueva» ha sido de este modo asociado a múltiples corrientes historiográficas aparecidas a

[25] Gabrielle M. Spiegel: *The Past as Text*, pp. 5-10.

[26] Freedman y Spiegel: «Medievalisms Old and New», pp. 677-690.

[27] Brownlee, Brownlee y Nichols. *The New Medievalism*.

[28] Sobre el sentido de «lo nuevo» en la historiografía, ver Jaume Aurell: *La escritura de la memoria, de los positivismos a los postmodernismos*, Valencia, Universitat de València, 2005, pp. 159-164.

lo largo del siglo. Esto ha llevado a algunos historiadores a cuestionarse el sentido de «lo nuevo» en la disciplina histórica porque, en realidad, en muchas ocasiones es difícil objetivar las aportaciones reales de esas pretendidas novedades, que en no pocas ocasiones degeneran en simples modas efímeras.[29]

De hecho, a lo largo de la historia, siempre ha habido intelectuales que han aspirado a reemplazar la vieja historia por una nueva, que fuera más objetiva y menos narrativa, más científica y menos literaria.[30] En el siglo XIX, Ranke aspiró a la creación de una historia verdaderamente científica y objetiva; ese fue el contexto que llevó al historiador alemán Robert Fruin a publicar un ensayo titulado «La nueva historiografía» para defender la historia científica postulada por Ranke.[31] El historiador norteamericano James Harvey Robinson utilizó la expresión *new history* para referirse a la nueva forma de hacer historia que estaban desarrollando las nuevas generaciones de principios del siglo XX: Karl Lamprecht en Alemania, Henri Pirenne en Bélgica, Henri Berr en Francia y Frederick J. Turner en Norteamérica.[32] Para muchos otros historiadores, en cambio, la *nueva historia* está asociada al movimiento de la *nouvelle histoire* francesa, identificada a su vez con la radical transformación que postuló la escuela de los Annales desde su fundación en 1929.[33] La fórmula fue explicitada unas décadas más tarde por el medievalista Jacques Le Goff, quien la utilizó como título para una colección de ensayos que trataban sobre nuevos problemas, nuevas aproximaciones y nuevos objetivos de la historia.[34] La *nouvelle histoire* se basaba en la aspiración a una historia total: «Toute forme d'histoire novelle est une tentative d'histoire totale».[35] Esa tendencia se declaraba *nueva* en contraposición con el paradigma tradicional historiográfico asociado al viejo

[29] Peter Burke: «Overture: the New History, its Past and its Future», en Burke (ed.), *New Perspectives on Historical Writing*, Cambridge, Cambdridge University Press, 1991, pp. 1-23.

[30] Linda Orr: «The Revenge of Literature», *New Literary History* 18, 1986, pp. 1-22.

[31] Reeditado en Robert Fruin: «De nieuwe Historiographie», en *Verspreide Geschriften* 9, 1904, pp. 410-418.

[32] Lucian Boia: «Introduction», en Boia (ed.): *Great Historians of the Modern Age*, Nueva York, Greenwood, 1991, p. XII.

[33] Peter R. Campbell: «The New History: the *Annales* School of History and Modern Historiography», en William Lamont (ed.): *Historical Controversies and Historians*, Londres, UCL Press, 1998, pp. 189-199.

[34] Jacques Le Goff (ed.): *La nouvelle histoire*, París, Retz, 1978.

[35] La cita es de Jacques Le Goff y la recoge Philippe Ariès: «La sensibilité au changement dans la problématique de l'historiographie contemporaine», en Gilbert Gadoffre (ed.), *Certitudes et incertitudes de l'histoire. Trois colloques sur l'histoire de l'Institut collégial européen*, París, Presses universitaires de France, 1987, p. 169.

historicismo alemán decimonónico, que a su vez se había postulado como «nueva historia» en su momento.

Además, en el propio siglo XX se produce todavía una segunda oleada de tendencias verdaderamente renovadoras a partir de los años setenta y ochenta. Este es el sentido de la expresión *nuevas* nuevas historias, con la que se ha querido enfatizar que las nuevas corrientes no eran más que una inflación del término *nuevo*.[36] Los movimientos de la *nueva* nueva historia estarían relacionados precisamente con el final de la crisis de la historia y con el impacto del relativismo cultural e historiográfico que representa el posmodernismo. Quizás lo más característico de estas nuevas tendencias y lo que las hace reaccionar frente a la *nouvelle histoire* es que postulan una recuperación del relato y la narración en la historia.[37] Al mismo tiempo, reactivan unos temas que eran precisamente los que la *nouvelle histoire* había desechado por espurios y utilizan unos documentos que hasta ahora habían sido considerado residuales o complementarios: el trasfondo histórico de las narraciones de ficción, la historicidad de las imágenes y de los símbolos, los vestigios arqueológicos o los documentos inquisitoriales. Como alternativa a los determinismos de los paradigmas historiográficos de la posguerra, las *nuevas* nuevas historias proponen un acercamiento poliédrico a la realidad, basado en un concepto más amplio de cultura. En los años ochenta, el historiador norteamericano Michael Kammen sugirió la adopción de una noción de cultura en su concepción más antropológica, lo que serviría de base para la reintegración de las diferentes aproximaciones de la historia.[38] Durante los años ochenta y noventa, la historia social y la cultural se han disuelto en un solo campo, informando así todos los demás ámbitos de la realidad.

Todos estos movimientos de renovación han tenido un influjo real en el medievalismo y, más concretamente, en el análisis de la historiografía medieval. Desde esta perspectiva, se puede considerar el *nuevo* medievalismo como una renovación dentro de la renovación: sus aportaciones, basadas más en los fundamentos teóricos que en las aplicaciones prácticas, contribuyen a generar un renovado debate en el seno del medievalismo. Su función es más alertativa que propiamente propositiva. El posmodernismo y el

[36] El concepto *nueva* historia lo expuso Ignacio Olábarri: «*New* New History: A Longue Durée Structure», *History and Theory* 34, 1995, pp. 1-29.

[37] Lawrence Stone: «The Revival of Narrative: Reflections on a New Old History», en Stone, *The Past and the Present*, Boston, Routledge, 1981, pp. 74-96.

[38] Michael Kammen: «Extending the Reach of American Cultural History», *American Studies* 29, 1984, pp. 19-42.

giro lingüístico no representan propiamente un «método» cerrado, sino más bien un toque de atención sobre las dificultades epistémicas de la labor del medievalista y sobre la raíz lingüística de su quehacer tradicional.

LA INTERPRETACIÓN DE LOS TEXTOS HISTÓRICOS AL TERCER NIVEL

Todo este contexto epistemológico ha influido de manera diversa en los diferentes ámbitos del medievalismo, pero especialmente en el campo de la historiografía medieval. Los textos históricos medievales han dejado de considerarse simplemente unos documentos asépticos que pueden dar luces para el conocimiento de una época determinada y han pasado a ser considerados unos artefactos literarios cuya intencionalidad hay que desentrañar si se quiere alcanzar su verdadera naturaleza. De este modo, se pueden localizar en estos textos históricos los diferentes niveles de las improntas que el pasado había dejado en ellos: no solo dan pistas del periodo al que se refieren sino, quizás más propiamente, del periodo desde el que han sido articulados.

El posmodernismo ha retado a los historiadores a analizar los textos históricos desde una nueva perspectiva, llevándolos a dudar de los «hechos objetivos» supuestamente transmitidos por ellos.[39] No en vano, los textos históricos son tratados ahora desde una doble perspectiva, histórica y literaria. Las dos disciplinas, historia y literatura, están ahora más estrechamente ligadas a la hora de analizar esos textos. Las crónicas medievales son construcciones literarias, sociales y políticas que deben ser estudiadas en todas estas dimensiones. Los historiadores deben ser igualmente conscientes de su naturaleza discursiva, de sus modos literarios y de sus condicionamientos ideológicos. Los críticos literarios, por su parte, deben ser muy cuidadosos a la hora de profundizar en el contexto y las circunstancias sociales desde los que estos textos históricos fueron articulados.

El nuevo medievalismo se ha aproximado a la historiografía medieval proponiendo un estudio al «tercer nivel», complementando (no sustituyendo) la labor de edición y fijación de los textos (primer nivel) y la labor de contextualización de los textos históricos (segundo nivel). Este tercer ni-

[39] Respecto al moderno debate referente a los medios lingüísticos utilizados para la transmisión del conocimiento histórico, me parecen particularmente expresivas las colaboraciones contenidas en Dominick LaCapra y Steven L. Kaplan (eds.): *Modern European Intellectual History: Reappraisals and New Perspectives*, Ithaca, Cornell University Press, 1982.

vel de interpretación se basa en la aplicación de las nuevas corrientes epistemológicas importadas a la disciplina desde los años setenta, provenientes de la antropología, la lingüística y la sociología. El texto histórico adquiere una entidad en sí mismo, al ser analizada la historiografía medieval desde una perspectiva mucho más amplia: como artefacto literario, como narración histórica y como intermediario entre el presente desde el que es articulado y el pasado al que hacer referencia.

Las nuevas tendencias sugieren una lectura del texto histórico no solo como intermediario de la realidad, sino como constituyente de la realidad en sí misma. Es bien conocido el enorme influjo de la historiografía medieval en la constitución de los valores políticos e intelectuales de las sociedades medievales. Las derivaciones más radicales del posmodernismo, como el deconstruccionismo derridano, han profundizado en la entidad retórica de los textos históricos, que los configurarían de tal modo que ahogarían cualquier posibilidad de transmisión de la realidad objetiva del pasado. Lo interesante para ellos no sería el contenido de esos textos, sino su forma y su articulación retórica.

No se pueden negar las consecuencias relativizantes que ha llevado consigo la aplicación de estas corrientes más extremas. Sin embargo –y quizás paradójicamente– algunas de ellas han contribuido a enriquecer y renovar la interpretación de los textos históricos medievales, sobre todo en el ámbito del medievalismo británico y norteamericano. En efecto, estas nuevas tendencias han permitido a los medievalistas fijar la atención en nuevos aspectos de las crónicas, que hasta ese momento habían sido considerados residuales o periféricos: los silencios de esas narraciones; las repeticiones como resultado de una intencionalidad reactivada; las motivaciones de quienes las escribieron y, sobre todo, de quienes las promovieron e inspiraron; las ficcionalidades como manifestaciones de la mentalidad de un periodo determinado; la *forma* de la narración histórica como una manifestación más de su *contenido* (el contenido de su forma); la dimensión política de las crónicas; la función de las genealogías; la dimensión social del lenguaje y, finalmente, la relación entre el texto y el contexto, que era una de las aspiraciones del «segundo nivel», aunque solo como objetivo secundario.

EL TEXTO HISTÓRICO COMO ARTEFACTO LITERARIO: EL CONTENIDO DE LA FORMA

En este nuevo contexto epistemológico, los historiógrafos deben tener una formación multidisciplinar. Ellos no deberían contentarse con un estu-

dio estrictamente filológico (al «primer nivel»), histórico (al «segundo nivel»), sino que deben aspirar a una lectura integrada de las crónicas que conjugue historia, lingüística, antropología y sociología. Así se explica que los *nuevos* historiógrafos provengan indistintamente de los ámbitos de la historia y de la crítica literaria, como en el caso de Gabrielle M. Spiegel y Peter Damian-Grint. A pesar de realizar un acercamiento a los textos históricos medievales desde dos disciplinas diferentes, llegan a unas conclusiones análogas en sus estudios sobre los textos históricos franceses de los siglos XII y XIII porque los leen conjuntamente en sus aspectos materiales y formales.[40]

Ya no se trata tanto de distinguir lo verdadero de lo falso en los textos históricos medievales, de localizar los pasajes espurios de las crónicas, como de analizar las relaciones entre el texto y el contexto. Se parte de la idea de que esas narraciones tienen una intencionalidad concreta. Se tiene en cuenta que la literatura de ficción prolifera en las sociedades sin excesivas necesidades de justificación y, en cambio, los textos históricos abundan en las sociedades problematizadas, que precisamente buscan consolidarse a través de la aprehensión de un pasado remoto glorioso. Se huye de una lectura ingenuamente racionalista y positivista de las crónicas, buscando una interpretación que tenga en cuenta sus simbologías, sus mitos, sus medias verdades y sus elocuentes silencios. Se atribuye a las crónicas medievales una «lógica social del texto», según la expresión acuñada por Gabrielle M. Spiegel: los textos históricos son al mismo tiempo *producto* de una sociedad y *agentes* de esa misma sociedad –tienen una función pasiva y otra activa–.[41] De este modo, se abarca la dimensión histórica de los textos –el contexto desde el que fueron articulados– y su dimensión literaria, basada en el *logos* que debe ser analizado formalmente. Spiegel basa parte de su argumentación en las ideas desarrolladas por Mikhail Bakhtin, para el que la forma y el contenido se identifican en el discurso y, por tanto, el discurso verbal siempre tiene una dimensión social (contenido-significado) que el historiador debe percibir, sin obviar su dimensión lingüística (continente-significante).[42]

[40] Ver especialmente Gabrielle M. Spiegel: *Romancing de Past*, y Peter Damian-Grint: *The New Historians of the Twelfth-Century Renaissance*, Woodbridge, Boydell, 1999.

[41] «In the dual sense of their relation of their site of articulation –the social space they occupy, both as products of a particular social world and as agents at work in that world- and to their discursive character as articulated *logos*, that is, as literary artifacts composed of language and thus requiring literary (formal) analysis». Spiegel: *Romancing de Past*, 9. Este concepto está más ampliamente desarrollado en su «History, Historicism and the Social Logic of the Text in the Middle Ages» en *Speculum* 65, 1990, pp. 59-86.

[42] Mikhail M. Bakhtin: *The Dialogic Imagination: Four Essays*, Austin, University of Texas Press, 1981, p. 259.

El contenido histórico y la forma literaria son dos caras de una misma moneda en el texto histórico medieval, y no pueden ser analizados por separado. De este modo, se desvanece definitivamente la artificial distinción entre unos filólogos exclusivamente preocupados por los aspectos formales del texto y unos historiadores polarizados en sus dimensiones propiamente contextuales. La forma y el contenido se identifican en el discurso histórico, porque no es posible separar el texto histórico del texto literario. Algunos posmodernos han llevado a radicalizar esta postura, dotando incluso a la forma de un contenido, como lo demuestra la trayectoria del historiador norteamericano Hayden White en estos últimos treinta años. Él fue quien acuñó en 1989 la expresión *The Content of the Form* –eligiéndola como título de uno de sus volúmenes recopilatorios–, en la que abogaba inequívocamente por la supremacía de los aspectos formales sobre el contenido.[43]

Actualmente, algunos medievalistas están tratando de buscar una vía intermedia entre los efectos más relativizantes de las nuevas corrientes y el positivismo, insuficiente hoy día para analizar con fruto las crónicas medievales. Estos nuevos historiógrafos parten de que cualquier representación del pasado está condicionada por el contexto social y su relación con las redes sociales y políticas desde las que ha sido articulada (lo que otros han denominado «presentismo»). No se trata ni de una pieza literaria de ficción aislada ni de una elucubración histórica sin soporte real. Esto le confiere al texto histórico, sea del periodo que sea, una evidente dimensión contextual. Los textos históricos se articulan según el contexto donde nacen. Por tanto, es preciso contextualizar siempre el pasado. El historiógrafo contemporáneo sigue así el proceso inverso al historiógrafo medieval, cuyo objetivo principal era descontextualizar el pasado para acercarlo e incluso fundirlo con su presente, tal como he intentado demostrar en el capítulo anterior. El historiador medieval descontextualiza el texto histórico mientras que el historiador contemporáneo trata de contextualizarlo, si bien no está nada claro cuál de los dos actúa con menos condicionantes a su alrededor. Esto explica en buena medida la tendencia de las crónicas medievales a incorporar el pasado legendario en sus pasajes históricos. Una de las claves de la enorme eficacia legitimadora de la historiografía medieval es que consigue atenuar las distancias entre un pasado remoto glorioso y un presente que hay que consolidar. Se recurre al pasado para hacer revivir sueños perdidos de gloria.

[43] Hayden White: *The Content of the Form*.

La vieja idea de Jacques Derrida de que la tradición occidental está basada en el *logocentrismo* (la arraigada creencia de que las palabras representan cosas) es lo que explicaría en buena medida la eficacia de la historiografía medieval. La fuerza de las narraciones históricas de los cronistas medievales proviene en buena medida de su simplicidad a la hora de *representar* la realidad histórica con sencillez y eficacia. En la actualidad, nuestra acusada tendencia a la crítica de los textos históricos (que es indudablemente necesaria, pero no debaría ahogar otras perspectivas) condena a las crónicas a una escasa credibilidad y capacidad normativa. Por el contrario, la eficacia de los textos históricos medievales no reside en la racionalidad de su contenido sino en la coherencia de su relato, que tan bien se aviene con las motivaciones de quienes las promocionaron y con las inquietudes de sus lectores.

LA LÓGICA SOCIAL DEL TEXTO HISTÓRICO

El análisis de los textos históricos debe tener presente la continua relación que se establece entre el texto y el contexto. Esta idea tiene, no obstante, poco de posmoderno o de neomedievalista, porque la historia social de la historiografía es algo que han tratado de hacer siempre los buenos historiógrafos. Sin embargo, es cierto que la mayor coordinación entre historia y crítica literaria ha tenido algunos resultados positivos en este ámbito concreto: se ha puesto el énfasis en que la transformación de las prácticas y las *formas* literarias de la historiografía remiten automáticamente a una mutación de las condiciones sociales y políticas del contexto desde las que han sido articuladas. Las variaciones formales del texto histórico representan mucho más que unas simples mutaciones gramaticales o idiomáticas. En la Europa de principios del siglo XIII ya no son suficientes las crónicas rimadas o la literatura épica de las canciones de gesta. Es preciso modernizar el discurso histórico y ponerlo a la altura de las nuevas técnicas y de las nuevas demandas de las élites y de la sociedad. Los audaces objetivos de la monarquía de los Capetos precisan de unos instrumentos adecuados para llevarlos a cabo. Entre ellos, destaca la utilización de la narración histórica como legitimación de las aspiraciones territoriales basadas en las conquistas militares. En la Francia de comienzos del siglo XIII, Felipe Augusto trata de legitimar su agresiva política expansiva intentando recuperar el pasado glorioso del imperio carolingio. En la Cataluña del siglo XIII, las sobrias genealogías que contenían las *Gesta Comitum Barchinonensium* divulgadas en

el siglo XII son sustituidas por la narración epopéyica de las conquistas de los nuevos monarcas, como se muestra en la Crónica de Jaime I: la revitalización de la expansión peninsular y mediterránea de los monarcas de Aragón precisa de unos textos históricos legitimadores que van mucho más allá de los que habían construido sus antecesores, los condes de Barcelona.[44]

A partir del conocimiento del contexto desde el que los textos fueron articulados, el historiador es capaz de adentrarse en la intencionalidad, la ideología, la manipulación, las motivaciones y los objetivos de los textos históricos. Las formas literarias adoptadas por los textos históricos (anales, calendarios, cronologías, genealogías, cronicones, autobiografías, biografías, hagiografías, crónicas) son un reflejo de todos los condicionantes del contexto desde el que han sido generados. El texto histórico no es nunca un objeto aislado, inherente en sí mismo, sino que es esencialmente *relacional*. Su significado pleno emerge solo en el momento en que se conoce bien el ambiente y el contexto en el que fue elaborado.

La relación entre el texto y el contexto, entre el lenguaje y la sociedad, fue enunciada sutilmente por Caroll Smith-Rosenberg: «mientras que las diferencias lingüísticas estructuran la socidad, las diferencias sociales estructuran el lenguaje».[45] Según el momento epistemológico de la disciplina, se dará más importancia al texto como estructurador de la sociedad o a la sociedad como estructurante del lenguaje. En la historiografía actual, sensiblemente impregnada del *linguistic turn* desde los años setenta, parece dominar el primer aspecto. El punto central para los nuevos historiógrafos no consiste en analizar las motivaciones del narrador ni los efectos que la narración produce sobre el lector, sino en descubrir el *código* a través del cual se otorga significado al narrador y al lector a lo largo del propio relato.[46] Parece, pues, que lo importante no es tanto el mensaje como el procedimiento utilizado para transmitirlo. Aprovechando la máxima de que «el medio es el mensaje», los historiadores se han dado cuenta de la trascendencia de los códigos lingüísticos.[47] En este contexto, hay que reconocer que la tentación del formalismo en la historiografía posmoderna está

[44] Ediciones de estos dos textos: Lucien Barrau-Dihigo y Josep Massó Torrens (eds.): *Gesta Comitum Barchinonensium*, Barcelona, Fundació Concepció Rabell i Cibils, 1925; Jordi Bruguera (ed.): *Llibre dels fets del rei en Jaume*, 2 vols., Barcelona, Barcino, 1991.

[45] Carroll Smith-Rosenberg: «The Body Politic», en Elizabeth Weed (ed.), *Coming to Terms: Feminism, Theory, Politics*, Nueva York, Routledge, 1989, p. 101.

[46] Ronald Barthes: *Empire of Signs*, Nueva York, Hill and Wang, 1982. Ver también Carmen Martín Gaite: *Cuadernos de todo*, Barcelona, Areté, 2002, pp. 265-268.

[47] Marshall McLuhan: *Understanding Media*, Nueva York, McGraw-Hill, cap. 1, 1964.

merodeando continuamente, y hay que estar vigilantes para no caer en ella. Por tanto, no es suficiente con diagnosticar las mutaciones de las formas gramaticales y los géneros literarios utilizados por las crónicas, sino que es preciso ahondar en su relación con el contexto histórico con el que esos cambios están relacionados.

Desde esta perspectiva, los textos históricos son producto del mundo social de sus autores y, simultáneamente, agentes textuales de este mundo. Deben ser estudiados, por tanto, en esta doble dimensión, como *espejos* de la sociedad y, simultáneamente, como *generadores* de las realidades sociales. Esta es la función pasiva y activa de la historiografía, lo que Jacques Derrida llamó, quizás complicando demasiado el sentido común, la función deconstructiva y la función constructiva de los textos.[48] El elaborador de los textos históricos actúa simultáneamente como *lector* del mundo que le rodea y como autor de ese mundo. Por tanto, los textos históricos se deben considerar tanto en su función pasiva, como *reflejo* de una realidad, como en su función activa, como *generativa* de una realidad: los textos son, simultaneamente, espejos y generadores de una realidad social al tiempo que *son* constituidos y constituyen formaciones sociales y discursivas.[49] En el texto histórico se *teje* el discurso que refleja una realidad social pero que al mismo tiempo construye esa realidad. Es significativo que el propio origen etimológico de la palabra *texto* ('tejer', del latín) delate buena parte de la carga generativa del discurso escrito. El lenguaje es fruto de la consolidación de las realidades del pasado; pero, al mismo tiempo, representa diversidades sociales del presente.

Las narraciones históricas tienen, en definitiva, una doble dimensión histórica y literaria. Deben ser consideradas tanto desde su perspectiva de artefactos históricos como literarios. Por este motivo, sus interpretaciones no pueden estar exclusivamente basadas en la interacción del texto con el contexto –tarea del historiador– como tampoco en un exclusivo análisis de los aspectos formales del texto –tarea del filólogo–. En el campo de la historiografía medieval, los historiadores no deberíamos recelar de la tendencia formalista de los filólogos, porque una rigurosa recepción de las fuentes es el primer paso para su correcta interpretación. Las ediciones de las cróni-

[48] Jacques Derrida: *L'écriture et la différence*, París, Seuil, 1967.

[49] «Texts both mirror *and* generate social realities, are constituted by *and* constitute social and discursive formations, which they may sustain, resist, contest, or seek to transform depending on the individual case». Las cursivas, que son de la propia autora, son muy expresivas y reflejan la doble dimensión, activa y pasiva, del texto histórico: Spiegel: *Romancing de Past*, p. 10.

cas medievales, realizadas habitualmente por académicos provenientes de la filología, son indispensables para fijar el texto, pero no son suficientes para ahondar en su contenido, su significado y sus motivaciones. Al mismo tiempo, un profundo conocimiento del contexto histórico tampoco es suficiente si no va acompañado de un riguroso estudio del texto desde el punto de vista formal.

DEL HISTORICISMO AL POSMODERNISMO

La aproximación tradicional a los textos de la historiografía medieval, desde una perspectiva racionalista y positivista, no es suficiente. Quizás nos hemos dejado llevar demasiado tiempo por una idea de progreso excesivamente materializada y determinista. Hemos aplicado nuestra idea mecanicista del progreso al análisis de los textos de otros periodos, cuando el contexto intelectual en el que fueron articulados es totalmente diferente al nuestro. Es evidente que deben preservarse los métodos más tradicionales del medievalismo, pero no es menos cierto que quizás deba prestarse más atención a las nuevas corrientes, relacionadas de un modo u otro con el posmodernismo, que permiten un acceso a los textos históricos más poliédrico e interdisciplinar.

Hace unos años, la medievalista norteamericana Kathleen Biddick, en una imagen quizás excesivamente retórica pero muy expresiva, apuntaba que el presentismo lleva a los medievalistas a mirar en el espejo de la Edad Media para reflejar en él historias que, en realidad, pertenecen a los tiempos modernos y hasta posmodernos.[50] El presentismo domina sobre el *preterismo*, su opuesto, en nuestra relación con la época medieval, porque somos capaces de identificar la Edad Media más como un espejo que como un espejismo. Este es, desde luego, un efecto muy saludable del presentismo, que nos ayuda a identificarnos con el tiempo analizado, por muy lejano que sea, y a comprenderlo mejor. Pero, indudablemente, el presentismo tiene también el posible efecto perverso de analizar esa época lejana aplicándole anacrónicamente los parámetros de la cultura actual. En todo caso, es preciso no dejarnos arrastrar excesivamente por nuestra mentalidad racionalista, que nos lleva a reducir la interpretación de la historiografía medieval al grado de verosimilitud de las crónicas medievales. El análisis de las crónicas medievales ha permanecido demasiado tiempo sujeto a los parámetros de la

[50] Kathleen Biddick: *The Shock of Medievalism*, p. 83.

investigación científica, muy segura de sí misma pero quizás excesivamente unívoca. Esto ha llevado a algunos especialistas a rechazar buena parte de lo que tiene de aprovechable la historiografía como fuente documental y como artefacto retórico.

A primera vista, el abandono de las certidumbres positivistas y del racionalismo de la *New History* de los Annales y del materialismo histórico aparece como un paso atrás para la historiografía actual. Sin embargo, en el campo concreto del análisis de la historiografía medieval, un sano relativismo ha permitido a los historiadores recelar de los planteamientos excesivamente herméticos de los paradigmas de la posguerra (materialismo histórico, estructuralismo braudeliano, cuantitativismo cliométrico) y caer más en la cuenta de la función mediatizadora del lenguaje y, por tanto, entrar en un fructífero diálogo disciplinar con filólogos, críticos literarios y lingüistas. Como comenta Gabrielle Spiegel, el principal efecto del *giro lingüístico* para los historiadores ha sido alertarles de la fuerza mediadora del lenguaje en la representación del pasado, y ayudarles a entender que no hay un acceso directo a los hechos históricos ni a las personas, por lo que todo texto histórico, sea medieval o moderno, realiza siempre una aproximación al pasado a través de los discursos, sean estos del tipo que sean.[51] El sentido común del historiador le lleva a no absolutizar excesivamente el influjo del lenguaje, dotándole de una inverosímil realidad ontológica, contraria al sentido común; pero, al mismo tiempo, le ayuda a caer en la cuenta de la importancia de su función mediadora, salvando su referencialidad con el mundo real.

Los historiadores dedicados al análisis de la historiografía medieval deben superar la fase de la *desmitificación* de los textos históricos, de la distinción de lo verdadero y lo falso. Los estructuralismos, marxismos y cuantitativismos (paradigmas historiográficos de posguerra)[52] no fueron capaces de valorar en su justa medida la historiografía medieval, porque denunciaban su bajo nivel literario, su narrativa ininteligible y poco coherente, su equivocada noción de la evidencia histórica, su falta de sentido cronológico, sus intenciones propagandísticas y manipuladoras, su tendencia al simbolismo y su querencia por la ficción, los mitos y los milagros en detrimento de

[51] «The principal effect of the *linguistic turn,* for historians, has been to alert us to the mediating force of language in the representation of the past, and thus to help us to understand that there is no direct access to historical events or persons, so that all historical writing, whether medieval or modern, approaches the past via discourses of one sort or another» (Spiegel, *The Past as Text*, XVI-XVII).

[52] Stone: «The revival of narrative», pp. 75-79.

las certidumbres históricas. Como consecuencia, el análisis de los textos históricos medievales perdió interés, o se restringió a consideraciones de tipo formal, en una época donde el predominio de lo socioeconómico era apabullante. En este sentido, la *historia des mentalités*, practicada por los historiadores de la tercera generación de los Annales como Georges Duby y Jacques Le Goff durante los años setenta y ochenta, representó una transición –todavía no un precedente– entre los viejos paradigmas y las tendencias asociadas al giro lingüístico, no tanto por los postulados teóricos que defendían como por el cambio de orientación en sus temas de interés.

El posmodernismo tiene evidentemente muchas lagunas y todavía muchas preguntas por responder. Sin embargo, ha tenido tantos efectos positivos en la lectura de las crónicas porque ha sabido apreciar su naturaleza eminentemente narrativa. Sintomáticamente, la reaparición del lenguaje narrativo en la historiografía a partir de los años setenta,[53] en detrimento de los cerrados discursos de los grandes paradigmas cuantitativistas y economicistas de la posguerra, ha tenido como consecuencia una revalorización de aquellas fuentes históricas basadas en la narración más que en la esquematización: de este modo, los historiadores hemos redescubierto el valor literario e histórico de las crónicas, y los críticos literarios han sabido apreciar también su dimensión contextual. Todo esto está relacionado asimismo con que la historiografía actual pone más énfasis en el consumo que en la producción,[54] en el capital simbólico más que en el capital material[55] y, en definitiva, en el código lingüístico más que en el propio contenido de lo transmitido. Los historiadores han encontrado en los códigos lingüísticos unos inmejorables síntomas del desarrollo de una cultura específica.[56]

Por su simplicidad y expresividad, la historiografía medieval merece un tratamiento específico por parte del historiógrafo contemporáneo. En primer lugar, el historiador debe despojarse de los prejuicios de la crítica moderna, que ha establecido unas reglas del juego bien diferentes a las que

[53] Los primeros exponentes de esta nueva corriente en el campo del medievalismo fueron los libros de Georges Duby: *Le Dimanche de Bouvines, 27 juillet 1214*, París, Gallimard, 1973, y Emmanuel Le Roy Ladurie: *Montaillou, Village occitan de 1294 à 1324*, París, Gallimard, 1975.

[54] Jean-Pierre, Chaline: «Qu'est-ce qu'un bourgeois?», *L'Histoire*, 121, abril, 1989, pp. 38-45.

[55] Pierre Bourdieu: *La Distinction. Critique sociale du jugement*, París, Minuit, 1979.

[56] Sobre la nueva historia cultural, ver los volúmenes recopilatorios de Lynn Hunt (ed.): *The New Cultural History*, Berkeley, University of California Press, 1989, y Victoria E. Bonell y Lynn Hunt (eds.), *Beyond the Cultural Turn. New Directions in the Study of Society and Culture*, Berkeley, University of California Press, 1999.

presidían el trabajo de los cronistas medievales. Los textos históricos medievales deben ser leídos en sí mismos como unos fenómenos culturales, devolviéndolos al contexto social desde donde fueron creados y desde donde recibieron una forma y un contenido precisos. De este modo, el historiador y el crítico literario contemporáneo pueden percibir cómo la historiografía medieval fue penetrada y modificada por el cambio social; y, al contrario, en qué medida esa misma historiografía, en un incesante proceso «de ida y vuelta», fue capaz de modificar el propio contexto social y político en el que se hallaba inserta –función pasiva y activa de la historiografía.

La fuerza y la legitimación de la función de la historiografía medieval está asegurada por el propio talante de la sociedad de aquel periodo, en la que, como explicaba Joseph Reese Strayer, cada deliberada modificación de una actividad preexistente en el pasado debía estar basada en el estudio de los precedentes; cada plan para el futuro dependía en buena medida de lo que había sucedido en el pasado.[57] Por este motivo, nuestros parámetros de verosimilitud histórica no son válidos para acercarse a la realidad historiográfica de la Edad Media, porque, para los cronistas medievales, el recuerdo del pasado no es solo la memoria de los hechos históricos sino, todavía más importante, la promesa del futuro: «Praeteritorum recordatio futurorum est exhibitio».

La historiografía medieval se convierte así en una excelente fuente para investigar la función del pasado y de la memoria en las sociedades tradicionales. Las sociedades, una vez que han madurado, construyen su vida de acuerdo con su visión de la historia. Esto es especialmente aplicable a la época medieval, donde predominaba la autoridad de los precedentes históricos, la tradición y las costumbres.[58] Un estudio adecuado de las crónicas medievales debería permitirnos acceder no solo a un mejor conocimiento de las sociedades medievales desde las que fueron articuladas, sino también a la mejor comprensión de los mecanismos y las motivaciones que han regulado la escritura de la historia a lo largo de todas las épocas, desde la clásica a la posmoderna. Atendiendo al enorme interés que han despertado en otros ambientes académicos internacionales, las tendencias analizadas en este capítulo deberían gozar de una mayor atención en el ámbito del medievalismo español. No se pide obviamente un posicionamiento radical ante

[57] Joseph R. Strayer, en Jacques Barzun *et al.* (eds.): *The Interpretation of History*, Princeton, Princeton University Press, 1943, p. 10.

[58] March Bloch: *Feudal Society*, Chicago, The University of Chicago Press, I, 1964, p. 114.

ellas, en sentido positivo o negativo, pero sí el abandono de ciertas posturas de rechazo acrítico o escéptico, que únicamente contribuyen a ocultar artificiosamente un debate historiográfico que dura ya cuatro décadas, y del que el medievalismo español no puede desentenderse tan fácilmente.

VI. LAS NUEVAS INTERPRETACIONES DE LA HISTORIOGRAFÍA MEDIEVAL

A partir de los años ochenta del siglo pasado, la interpretación de los textos históricos medievales se convirtió en uno de los campos de experimentación más jugosos para las nuevas tendencias asociadas al giro lingüístico, la nueva historia cultural y la antropología simbólica. Este interés por parte de historiadores, críticos literarios y antropólogos se explica porque la interpretación de los textos históricos implica hacerse la pregunta «qué ha supuesto para ellos» (los autores, los intermediarios y la audiencia final de esos textos) como complemento a las de «qué pasó» o «cómo fue realmente». Este tipo de preguntas son las que realmente interesan a una aproximación cultural del pasado.[1]

En este nuevo contexto teórico, los textos históricos medievales no son ya vistos como unas aproximaciones irracionales o míticas en las que aparecen ocasionalmente fragmentos espurios que precisan de una expurgación crítica. Ahora son analizados como realidades literarias coherentes que requieren unas específicas condiciones para ser interpretadas y que no pueden ser analizadas basándose exclusivamente en la moderna mentalidad racional, ilustrada y positivista. El mundo posmoderno, con una mayor atracción por lo irracional y lo emotivo, ha desarrollado unas herramientas teóricas más capaces de analizar los textos históricos medievales. Se produce así una conexión directa entre los valores medievales y posmodernos que han generado un puente que, paradójicamente, considera la modernidad como una «Edad Media» entre ellas dos. Así, la interpretación positivista de los

[1] Miri Rubin: «What is Cultural History Now?», en David Cannadine (ed.): *What is History Now?*, Hampshire, Palgrave, 2002, p. 81.

textos históricos medievales ha sido reemplazada por los postulados promovidos por los giros lingüísticos y culturales.[2]

En las últimas tres décadas, las nuevas metodologías desarrolladas por la lingüística y la crítica literaria han sido importadas a la disciplina histórica, alertando a los historiadores a privilegiar el activo rol del lenguaje y la estructura narrativa en la recreación, representación y descripción de la realidad histórica. El giro lingüístico de los años setenta del siglo pasado y las metodologías asociadas al deconstruccionismo, el postestructuralismo y, más recientemente, el giro cultural finisecular, han enfatizado la capacidad mediadora del lenguaje en la representación del pasado.[3] Tal como ha hecho notar Ronald G. Suny, la atención hacia el lenguaje y sus estructuras ha generado una profunda reacción de la historia frente a las ciencias sociales, particularmente la ciencia política y la sociología.[4] Los historiadores han reconocido, sin caer necesariamente en un estéril escepticismo o relativismo, la imposibilidad de un acceso *directo* a los eventos y las personas del pasado y, como consecuencia, han admitido que cualquier escrito histórico, medieval o moderno, se aproxima a su vez al pasado a través de discursos –de un tipo u otro, pero discursos al fin y

[2] Para este capítulo me baso, entre otros estudios que iré citando, en los siguientes trabajos: Lee Patterson: *Negotiating the Past: The Historical Understanding of Medieval Literature*, Madison, University of Wisconsin Press, 1987; Marina S. Brownlee, Kevin Brownlee y Stephen G. Nichols (eds.): *The New Medievalism*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1991; Allen J. Frantzen: *Speaking two Languages. Traditional Disciplines and Contemporary Theory in Medieval Studies*, Albany, State University of New York Press, 1991; Leslie J. Workman (ed.): *Medievalism in England*, Cambridge, Brewer, 1992; Leslie J. Workman (ed.): *Medievalism in Europe*, Cambridge, Brewer, 1994; John Van Engen (ed.): *The Past and the Future of Medieval Studies*, Notre Dame, Ind., 1994; R. Howard Bloch y Stephen G. Nichols (eds.): *Medievalism and the Modernist Temper*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1996; Kathleen Biddick: *The Shock of Medievalism*, Durham, Duke University Press, 1998; Richard Utz y Tom Shippey (eds.): *Medievalism in the Modern World*, Turnhout, Brepols, 1998. Ver también el agudo diagnóstico, más allá del medievalismo, de Patrick Joyce: «The Return of History: Postmodernism and the Politics of Academic History in Britain», *Past and Present*, 158, 1998, pp. 207-235.

[3] El libro colectivo, fundacional para el giro lingüístico aplicado a la historia, es Richard Rorty (ed.): *The Linguistic Turn. Recent Essays in Philosophical Method*, Chicago, The University of Chicago Press, 1967. Una clara descripción de los movimientos postestructurales y deconstrucionistas aplicados a la crítica literaria y la historia en Robert Dale Parker: *How to Interpret Literature: Theory for Literary and Cultural Studies*, Oxford, Oxford University Press, 2008; Ernst Breisach: *On the Future of History. The Postmodernist Challenge and its Aftermath*, Chicago, University of Chicago Press, 2003.

[4] Ronald Grigor Suny: «Back and Beyond: Reversing the Cultural Turn?», *American Historical Review*, 107, 2002, p. 1482. Ver también Terrence J. McDonald: «Introduction», en Terrence J. McDonald (ed.): *The Historic Turn in the Human Sciences*, Ann Arbor, Michigan University Press, 1996, pp. 2-5.

al cabo–.[5] En este contexto epistemológico, el estudio de la historiografía medieval se ha convertido en uno de los métodos más útiles del acceso a la realidad histórica de ese periodo, pero también en un eficaz medio para aplicar las tendencias recientes de la disciplina histórica.

Historiadores y antropólogos han aceptado este reto, y algunos de ellos, proviniendo del medievalismo o no, han expresado bien este nuevo espíritu. Hayden White ha desarrollado la teoría de los textos históricos como artefactos literarios, a través de la cual ha promovido una fecunda alianza entre la historia y la crítica literaria, poniendo el énfasis en el cronista y el historiador como autor, más que un simple científico o intermediario entre el pasado y el presente.[6] Gabrielle Spiegel ha combinado eficazmente la historia, la antropología simbólica y la crítica literaria en su acercamiento a los textos históricos medievales, aplicando las teorías asociadas al giro lingüístico.[7] Clifford Geertz ha aportado una mayor atención al poder de los símbolos y de las metáforas para la representación y la recreación de la realidad y la posibilidad de conectar la antropología con la historia en un ámbito más humanístico que científico social.[8] El sociólogo-lingüista William Sewell Jr., en la misma dirección de privilegiar la orientación humanística sobre la científico-social, ha contribuido a introducir la dimensión sociológica de las narrativas históricas.[9] El crítico literario francés Michel Zink ha trasladado el centro de la creación histórica del objeto al sujeto, de la objetividad a la subjetividad, de la colectividad a la individualidad.[10]

[5] Esta idea está claramente expresada en Gabrielle M. Spiegel: «Introduction», en *The Past as Text: The Theory and Practice of Medieval Historiography*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1997, pp. xvi-xvii.

[6] Hayden V. White: *Metahistory. The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe*, Baltimore, 1973; Hayden V. White: *Tropics of discourse. Essays in cultural criticism*, Baltimore, 1978; Hayden V. White: *The Content of the Form. Narrative Discourse and Historical Representation*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1989; Hayden V. White: *Figural Realism. Studies in the Mimesis Effect*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1989.

[7] Ver por ejemplo su artículo paradigmático: Gabrielle M. Spiegel: «History, Historicism and the Social Logic of the Text in the Middle Ages», *Speculum*, 65, 1990, pp. 59-86.

[8] Clifford Geertz: *The Interpretation of Cultures. Selected Essays*, Nueva York, Basic Books, 1973; Clifford Geertz: *After the Fact. Two Countries, Four Decades, One Anthropologist*, Cambridge, Harvard University Press, 1995.

[9] William H. Sewell, Jr.: *Work and Revolution in France: The Language of Labor from the Old Regime to 1848*, Cambridge, Cambridge University Press, 1980; Sewell: *Logics of Historiy. Social Theory and Social Transformation*, Chicago, The University of Chicago Press, 2005.

[10] Michel Zink: *The Invention of Literary Subjectivity*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1999.

Howard Bloch ha resaltado el peso de las genealogías y las etimologías históricas.[11] El crítico formalista ruso Mikhail Bakhtin ha aportado el concepto clave de la «imaginación dialógica», y sus agudas reflexiones sobre la épica y la leyenda son imprescindibles para adentrarse en el complejo mundo de las transferencias entre historia e imaginación en la escritura histórica medieval.[12] Northrop Frye ha indagado con profundidad en la reglas de la crítica textual, aportando elementos básicos de interpretación literaria aplicables a la interpretación de textos históricos.[13] El concepto de mímesis desarrollado por Erich Auerbach ha posibilitado un análisis más analógico que simplemente unívoco de las figuras literarias empleadas por los cronistas medievales.[14] Finalmente, los historiadores contextualistas de la escuela de Cambridge como Quentin Skinner y John Pocock nos han persuadido de la relevancia de relacionar intertextualidad y contextualidad en la interpretación de los textos históricos, literarios y filosóficos: todos ellos son textos intencionales, y por tanto son objeto de la historia intelectual y se conocen mejor al desentrañar sus objetivos.[15] Estos postulados han sido aplicados por autores como Gabrielle Spiegel, Lee Patterson, Nancy Partner, Howard Bloch, Zrinka Stahuljak, Virginie Greene, Sophie Marnette, Jeanette M. A. Beer, Suzanne Fleischman, Peter F. Ainsworth, David G. Pattison y Georges Martin, entre muchos otros, descrubriendo así un nuevo panorama para la historiografía medieval desconocido pocas décadas antes.[16]

[11] R. Howard Bloch: *Etymologies and Genealogies. A Literary Anthropology of the French Middle Ages*, Chicago, University of Chicago Press, 1983.

[12] Mikhail M. Bakhtin: *The Dialogic Imagination: Four Essays*, Austin, University of Texas Press, 1981.

[13] Northrop Frye: *The Anatomy of Criticism. Four Essays*, Princeton, Princeton University Press, 1957.

[14] Erich Auerbach: *Mimesis: The Representation of Reality in Western Literature*, Nueva York, Doubleday, 1953.

[15] Quentin Skinner: «Meaning and Understanding in the History of Ideas», *History and Theory*, 8, 1969, pp. 3-53; J. G. A. Pocock: *Politics, Language and Time: Essays on Political Thought and History*, Chicago, University of Chicago Press, 1989.

[16] Spiegel: *The Past as Text*; Spiegel: *Romancing the Past*; Patterson: *Negotiating the Past*; Nancy F. Partner: *Serious Entertainments. The Writing of History in Twelfth-Century England*, Chicago, University of Chicago Press, 1977; Brian Stock: *The Implications of Literacy. Written Language and Models of Interpretation in the Eleventh and Twelfth Century*, Princeton, Princeton University Press, 1983; R. Howard Bloch: *Etymologies and Genealogies*; Zrinka Stahuljak: *Bloodless Genealogies of the French Middle Ages. Translatio, Kinship, and Metaphor*, Gainesville, University Press of Florida, 2005; Sophie Marnette: «The Experiencing Self and the Narrating Self in Medieval French Chronicles», en Virginie Greene (ed.): *The Medieval Author in Medieval French Literature*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2006; Jeanette M. Beer: *Narrative Conventions of Truth in the Mid-*

* * *

Más específicamente, las tendencias que más han influido en el análisis de la historiografía medieval y que, al mismo tiempo, la han considerado como un privilegiado «laboratorio» para poner en práctica sus teorías han sido el nuevo medievalismo, la nueva filología y el nuevo historicismo. El calificativo *nuevo* de estas tres tendencias no es aquí, por supuesto, neutro, ya que implica un deseo de renovar pero manteniendo un cierto respeto por los fundamentos de la disciplina histórica y filológica y, más específicamente, por el espíritu de los refundadores de estas disciplinas en el siglo XIX.[17] Con todo, estas corrientes no limitan su atención a la concepción de los textos históricos como representaciones factuales del pasado (su dimensión más «realista»), sino también se interesan por su identidad metafórica, mimética, analógica, simbólica y alegórica, al tiempo que enfatizan sus aspectos más formales. Puede ser útil sintetizar algunos de los postulados de estas tres tendencias, y hacer referencia a sus principales hitos bibliográficos.

La primera de estas tendencias, y quizás la que más se ha desarrollado, ha sido denominada el nuevo medievalismo (*new medievalism*).[18] Los seguidores de esta tendencia enfatizan los valores de la marginalidad y la alteridad, dos de los conceptos claves de Michel Foucault y Jacques Derrida respectivamente. El interés por la marginalidad los ha llevado a explorar nuevos temas como la brujería, la locura, la pobreza o la sexualidad. Sin embargo, su deseo de «normalizar» los márgenes, o de llevarlos artificiosamente al centro de la vida social, los ha arrastrado a un cierto reduc-

---

dle Ages, Ginebra, Librairie Droz, 1981; Suzanne Fleischman: «On the Representations of History and Fiction in the Middle Ages», *History and Theory*, 22, 1983, pp. 278-310; Peter F. Ainsworth: *Jean Froissart and the Fabric of History. Truth, Myth and Fiction in the Chronicles*, Oxford, Clarendon, 1990; David G. Pattison: *From Legend to Chronicle. The Treatment of Epic Material in Alphonsine Historiography*, Oxford, Society for the Study of Mediaeval Languages and Literature, 1983; Georges Martin: *Les juges de Castille. Mentalités et discours historique dans l'Espagne medieval*, París, Klincksieck, 1992.

[17] Sobre el sentido de lo «nuevo» en la historiografía, son muy útiles las reflexiones de Ignacio Olábarri: «*New* New History: A Longue Durée Structure», *History and Theory*, 34, 1995, pp. 1-29, y Peter Burke: «Overture: the New History, its Past and its Future», en Peter Burke (ed.): *New Perspectives on Historical Writing*, Cambridge, Polity Press, 1991, pp. 1-23.

[18] Algunos trabajos teóricos relacionados con el nuevo medievalismo han sido citados en la nota 2 de este capítulo. Ver sobre todo el volumen colectivo fundacional de Marina S. Brownlee, Kevin Brownlee y Stephen G. Nichols (eds.): *The New Medievalism*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1991, y, como diagnóstico, el artículo conjunto de Paul Freedman y Gabrielle M. Spiegel: «Medievalisms Old and New: The Rediscovery of Alterity in North American Medieval Studies», *American Historical Review*, 103, 1998, pp. 677-704.

cionismo social. El énfasis en la alteridad, por su parte, ha tenido como consecuencia una mayor revalorización de los estudios sobre las minorías raciales y religiosas, lo que ha influido positivamente en la reconsideración del viejo «canon» de la historiografía medieval, en el que lo francés y británico era visto siempre como lo ideal frente a lo heterodoxo de la periferia –historiografías ibérica, italiana, centroeuropea o escandinava.

La nueva filología (*new philology*), por su parte, ha enfatizado en su análisis tres conceptos que me parecen esenciales para comprender la evolución de los estudios historiográficos medievales durante los últimos decenios: la transmisión textual, la autoría y la audiencia.[19] El primero de ellos ha sido clave para alejar a los medievalistas del presentismo de considerar los textos históricos medievales como un simulacro moderno. Al percibir las crónicas medievales como textos dinámicos con continuas variaciones en el tiempo, fruto de las manipulaciones de los manuscritos más que como «libros» fijados en una edición original ideal, han dotado a los estudios historiográficos de un mayor realismo.

La profundización en el segundo concepto (la autoría) ha enriquecido enormemente la interpretación de los textos históricos medievales, pues ha propiciado una mayor integración –más que simple diálogo interesado– en-

[19] Un momento fundacional de la «nueva filología» fue la publicación de un número especial de la revista *Speculum* en 1990, en el que se contenían ensayos como el de Stephen G. Nichols: «Introduction: Philology in a Manuscript Culture», *Speculum*, 65, 1990, pp. 1-10; Siegried Wenzel: «Reflections on (New) Philology», *Speculum*, 65, 1990, pp. 11-18; Suzanne Fleischman: «Philology, Linguistics, and the Discourse of the Medieval Text», *Speculum*, 65, 1990, pp. 19-37; R. Howard Bloch: «New Philology and Old French», *Speculum*, 65, 1990, pp. 38-58, y Lee Patterson: «On the Margin: Postmodernism, Ironic History, and Medieval Studies», *Speculum*, 65, 1990, pp. 87-108. Ver también Anne Middleton: «Medieval Studies», en Stephen Greenblatt y Giles Gunn (eds.): *Redrawing the Boundaries. The Transformation of English and American Literary Studies*, Nueva York, The Modern Language Association of America, 1992, pp. 12-40; Sylvia Huot: *The* Romance of the Rose *and its Medieval Readers: Interpretation, Reception, Manuscript Transmission*, Cambridge, Cambridge University Press, 1993; Keith Busby (ed.): *Towards a Synthesis? Essays on the New Philology*, Ámsterdam, Rodopi, 1993; John Dagenais: *The Ethics of Reading in Manuscript Culture. Glossing the Libro de Buen Amor*, Princeton, Princeton University Press, 1994; Burt Kimmelman: *The Poetics of Authorship in the Later Middle Ages. The Emergence of Modern Literary Persona*, Nueva York, P. Lang, 1996; D. C. Greetham: «The Resistance to Philology», en D. C. Greetham (ed.): *The Margins of the Text*, Ann Arbor, University of Michigan Press, 1997; Roger Dahood (ed.): *The Future of the Middle Ages and the Renaissance. Problems, Trends, and Opportunities for Research*, Turhnout, Brepols, 1998; Richard H. Rouse y Mary A. Rouse: *Illiterati et uxorati. Manuscripts and their makers. Commercial Book Producers in Medieval Paris, 1200-1500*, Turnhout, H. Miller, 2 vols., 2000; Hans Ulrich Gumbrecht: *The Powers of Philology. Dynamics of Textual Scholarship*, Urbana, IL, University of Illinois Press, 2003; Laurence de Looze: *Manuscript Diversity, Meaning, and Variance in Juan Manuel's, El Conde Lucanor*, Toronto, Carleton University, 2006.

tre la historia y la crítica literaria. La nueva filología no ha seguido las teorías que preconizaban «la muerte del autor» y ha considerado que los cronistas desempeñan en la Edad Media un importante rol de «autores» más que simplemente de transmisores, compiladores o copistas. Así, las cuestiones de la «autoría» y la «autoridad» han devenido dos temáticas relevantes en la producción de la crítica literaria e histórica. Estos conceptos han sido abordados desde una perspectiva muy amplia: no solo a través de la búsqueda eventual del autor en los casos en los que no se conociese fácilmente, sino también analizando la autoridad de los autores, el alcance de su autoría, el desarrollo de los conceptos de «intención autorial» y de «autoridad literaria» y, finalmente, las relaciones entre autor, autoría y autoridad.[20] El concepto de autoría remite automáticamente también al de los géneros literarios, que han sido analizados en los primeros capítulos de este libro.

El tercer concepto privilegiado por los nuevos filólogos es el de la «audiencia». Este tema no tiene quizás un alcance tan universal como los anteriores, pero refleja muy bien el espíritu de las nuevas tendencias, más preocupadas por el consumo que por la producción y, por tanto, en el campo literario, por la recepción más que por la creación. Los nuevos estudios han enfatizado el activo rol de la audiencia en la creación de las convenciones literarias, así como en la formación, la práctica y la elección de los géneros literarios por parte de los autores de textos históricos.

[20] Me refiero sobre todo a la proliferación de estudios sobre las modernas teorías de la autoría, y su conexión con la más tradicional idea de la «autoridad», sea esta literaria, cultural o política. Ver algunos ejemplos en Stephen Donovan, Danuta Fjellestad y Rolf Lundén (eds.): *Authority Matters. Rethinking the Theory and Practice of Authorship*, Ámsterdam, Rodopoi, 2008; Marina S. Brownlee y Hans Ulrich Gumbrecht (eds.): *Cultural Authority in Golden Age Spain*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1995; G. Thomas Couser: «Authority», *a/b: Auto/biography Studies*, 10.1, 1995, pp. 34-49; Jaume Aurell: *Authoring the Past: History, Autobiography, and Politics in Medieval Catalonia*, Chicago, University of Chicago Press, 2012. Ver también otros estudios sobre la teoría medieval de la autoría como los de A. J. Minnis: *Medieval Theory of Authorship. Scholastic Literary Attitudes in the Later Middle Ages*, Londres, Scolar Press, 1988, y David F. Hult: «The Medieval Author», en *Self-fulfilling Prophecies. Readership and Authority in the First Roman de la Rose*, Cambridge, Cambridge University Press, 1986, pp. 25-64. El concepto puede ser obviamente aplicado a otros campos además de los estudios literarios, como es el caso del cine: John Caughie (ed.): *Theories of Autorship*, Londres, Routledge, 1981. Para el concepto clave de la «intención autorial», ver Quentin Skinner: «Motives, Intentions, and the Interpretation of the Texts», *New Literary History*, 3, 1972, pp. 393-408; Anthony Savile: «The Place of Intention in the Concept of Art», *Aesthetics*, 9, en Harold Osborne (ed.), Oxford, Oxford University Press, 1972, pp. 158-176, y Stein Hangom Olsen: «Authorial Intention», *British Journal of Aesthetics*, 13, 1973, pp. 219-231.

Finalmente, el nuevo historicismo (*new historicism*), que ciertamente ha influido más en el modernismo que en el medievalismo, ha privilegiado el contextualismo sobre el intertextualismo.[21] Respecto a la interpretación de los textos históricos, ha insistido en que el lenguaje de los textos no solo debe ser analizado como un fenómeno discursivo sino como parte de una relación dinámica entre el lenguaje textual y el contexto social y, más específicamente, entre el significado del texto y el contexto específico de la materialidad del manuscrito. De ahí han surgido también notables estudios sobre la «textualidad» de los textos históricos medievales, así como de su «literalidad».[22]

* * *

La escritura de la historia es, finalmente, un hecho cultural y social, porque la tendencia a encontrar en el pasado las justificaciones para las prác-

[21] Aunque no comparto la tendencia radical del nuevo historicismo de establecer una identidad entre los eventos y sus representaciones, sí que me parece útil el énfasis que ha puesto esta tendencia en las relaciones entre el texto y su contexto, algo que me parece de sentido común. En este planteamiento, los textos literarios e históricos serían partes integradas de un contexto en continua transformación, más que obras estéticamente aisladas. Ver, por ejemplo, Stephen Greenblatt: *Renaissance Self-Fashioning: From More to Shakespeare*, Chicago, University of Chicago Press (con un nuevo Prefacio en la edición de 2005), 1980; Stephen Greenblatt: «Towards a Poetics of Culture», *Learning to Curse*, Nueva York, Routledge, 2007; Catherine Gallagher y Stephen Greenblatt: *Practicing New Historicism*, Chicago, University of Chicago Press, 2000; Lee Patterson: «Introduction: Critical Historicism and Medieval Studies», en Patterson (ed.), *Literary Practice and Social Change in Britain, 1380-1530*, Berkeley, University of California Press, 1990, pp. 1-14; Brook Thomas: *The New Historicism and Other Old-Fashioned Topics*, Princeton, Princeton University Press, 1991; Stephen Greenblatt y Giles Gunn (eds.): *Redrawing the Boundaries. The Transformation of English and American Literary Studies*, Nueva York, The Modern Language Association of America, 1992; H. Aram Veeser (ed.): *The New Historicism Reader*, Nueva York, Routledge, 1994; Paul Hamilton: *Historicism*, Londres, Routledge, 1996; Kiernan Ryan: *New Historicism and Cultural Materialism. A Reader*, Londres, Arnold, 1996; Jürgen Pieters: *Moments of Negotiation. The New Historicism of Stephen Greenblatt*, Ámsterdam, Ámsterdam University Press, 2001; Hans Ulrich Gumbrecht: *The Powers of Philology. Dynamics of Textual Scholarship*, Urbana, University of Illinois Press, 2003.

[22] Brian Stock: «History, Literature, and Medieval Textuality», en Kevin Brownlee y Stephen G. Nichols (eds.), *Images of Power. Medieval History / Discourse / Literature*, New Haven, Yale University Press, 1986, pp. 7-17. Ver también Brian Stock: *The Implications of Literacy: Written Language and Models of Interpretation in the Eleventh and Twelfth Centuries*, Princeton, Princeton University Press, 1983; M. C. Clanchy: *From Memory to Written Record: Englang, 1066-1307*, Cambridge, Harvard University Press, 1979; F. H. Bäuml: «Varieties and Consequences of Medieval Literacy and Illiteracy», *Speculum*, 55, 1980, pp. 237-265; Paul Zumthor: *Introduction à la poésie orale*, París, Seuil, 1983; Milada Buda: *Medieval History and Discourse: Toward a Topography of Textuality*, Nueva York, Peter Lang, 1990.

ticas políticas del presente está relacionada con el fenómeno de la reproducción social. Cada sociedad puede ser bien reconocida e identificada a través de las improntas históricas e historiográficas que ha dejado tras de sí. La acción del presente está siempre inscrita en el pasado y recibe su justificación del pasado –a través de una apelación a la costumbre y a la tradición más o menos explícitamente reconocida– más que del propio presente o del futuro. Incluso en las sociedades que han llevado los conceptos de racionalidad y progreso hasta sus últimas consecuencias, como sucede en el Occidente moderno y contemporáneo, el pasado juega todavía un considerable rol legitimador, indicado por el uso de los argumentos políticos, la puesta en escena de la memoria colectiva y la preservación (o incluso la «invención» o reactualización) de las tradiciones.[23]

En las sociedades tradicionales, por su parte, los hábitos y las costumbres que sobreviven al paso del tiempo y se consolidan como estables adquieren en el presente mayor influencia que las novedades. Como lo expresó gráficamente el medievalista norteamericano Joseph R. Strayer, «cada deliberada modificación debe basarse en el estudio de los precedentes individuales. Cada plan para el futuro depende del modelo que ha sido fundado en el pasado».[24] Las sociedades modernas, gracias a su mayor conciencia crítica temporal e histórica, saben que cualquier precedente histórico que ha sido deliberadamente transmitido tiene una significación en el presente, lo que contribuye también a acreditar su legitimación, estabilidad y continuidad.[25] Por este motivo, tanto las sociedades medievales como las modernas basan buena parte de su legitimidad en la autoridad del pasado, lo que Max Weber definió como «la autoridad del eterno ayer».[26] La historiografía adquiere entonces un interés inesperado, independientemente del número de sus potenciales receptores.

En un primer momento, se puede considerar que esta tendencia de las sociedades tradicionales contrasta con la práctica contemporánea, en la que la novedad es legitimada en sí misma, independientemente de su longevidad. Sin embargo, la experiencia nos muestra, una vez más, la impronta del pasado en el presente. De hecho, la presencia del presentismo en el debate

[23] Eric Hobsbawm y Terence Ranger (eds.): *The Invention of Tradition*, Cambridge, Cambridge University Press, 1983.

[24] Joseph R. Strayer, en Jacques Barzun *et al.* (eds.): *The Interpretation of History*, Princeton, Princeton University Press, 1943, p. 10.

[25] Romila Thapar: «Society and Historical Consciousness. The Itihasa-purana, Tradition», en *Interpreting Early India*, Oxford, Oxford University Press, 1992, p. 138.

[26] Hans Heinrich Gerth y C. Wright Mills (eds.): *From Max Weber: Essays in Sociology*, Nueva York, Oxford University Press, 1958, p. 78.

colectivo –una de cuyas principales manifestaciones es la continua apelación de la cuestión de la «memoria»– es una realidad que no se puede negar. Tal como Valerio Valeri ha defendido,

> como la relación entre el pasado y el presente es analógica y no meramente replicativa, el pasado no precisa replicar exactamente el presente para funcionar como su precedente. Esto cuestiona la tesis más radicalmente presentista, que postula que la representación del pasado requiere una proyección del presente para tener efectos legitimadores. Al formular esta tesis, los presentistas radicales son víctimas [paradójicamente] de los aspectos más evidentes e ideológicos del tradicionalismo.[27]

Así, estudiosos de los textos históricos medievales como Gabrielle Spiegel, Nancy Partner o Lee Patterson han tratado de enfatizar las relaciones y conexiones entre el contenido y la forma de los textos históricos medievales.[28] Esto les ha llevado, de modo natural, a considerar esos textos no solo bajo la especie «histórica» sino también como representaciones literarias del pasado, con todas las implicaciones críticas, metodológicas y epistemológicas que esto implica. Así, la profundización en la conexión entre forma y contenido ha conllevado también una mayor exploración de las relaciones entre el texto y contexto.[29] La teoría posmoderna de la interpretación de los textos históricos, especialmente a través de los trabajos de la prominente figura de Hayden White, ha demostrado ser muy útil en esta dirección.[30] La etnografía contemporánea, por su parte, ha enfatizado las relaciones entre lo poético y lo político al focalizarse en los procesos formales que reflejan la constante mutación de las realidades políticas y

[27] Valerio Valeri: «Constitutive History: Genealogy and Narrative in the Legitimation of Hawaiian Kingship», en Emiko Ohnuki-Tierney (ed.), *Culture Through Time. Anthropological Approaches*, Stanford, Stanford University Press, 1990, p. 161. Un ejemplo del presentismo radical al que hace referencia Valeri en Bronislaw Malinowski: *Magic, Science and Religion*, Nueva York, Doubleday, 1954.

[28] Ver, sobre todo, algunas de las monografías ya citadas en Spiegel: *The Past as Text*; Spiegel: *Romancing the Past*; Patterson: *Negotiating the Past*; Partner: *Serious Entertainments*.

[29] Mohsen Ghadessy (ed.): *Text and Context in Functional Linguistics*, Ámsterdam, Benjamins, 1999, pp. XI-XVII; Andrew Taylor: *Textual Situations. Three Medieval Manuscripts and Their Readers*, Philadelphia, University of Pennsylvania Press, 2002; Keith Busby: *Codex and Context. Reading Old French Verse Narrative in Manuscript*, Ámsterdam, Rodopi, 2002.

[30] Entre sus muchas publicaciones, destacaría, a la hora de aplicar sus postulados al análisis de los textos históricos medievales, los ensayos contenidos en el volumen de Hayden White: *The Content of the Form. Narrative Discourse and Historical Representation*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1989.

sociales, por lo que se ha convertido en un excelente complemento como instrumento metodológico.[31]

Los estudiosos de la historiografía medieval se han acogido a la máxima de Georges Steinmetz, quien les ha alertado del peligro de un análisis de los textos históricos lastrado por una excesiva «descontextualización fundacionalista».[32] En lugar de realizar ahistóricas y esencialistas asunciones sobre la naturaleza humana o enfatizar un carácter supuestamente transhistórico en las instituciones, es preciso centrarse en su carácter histórico, temporal y contextualizado.[33] En definitiva, es preciso ser consciente de que el texto es un reflejo del contexto, al igual que el contexto está continuamente influido por el texto. En esta doble dirección, una excesiva polarización hacia uno de los dos extremos desnaturalizaría el análisis histórico. Más concretamente, el historiógrafo cae en la cuenta de que los cambios aparentemente formales en la escritura histórica (en el idioma empleado, en los estilos literarios, en las formas de los manuscritos, en el género utilizado) devienen representaciones expresivas e históricamente observables de cambios en el contexto. Es ese el modo en el que los cambios formales reflejan y representan, en un proceso simultáneamente pasivo y activo, cambios de contenido en el contexto.

El interés político genera transformaciones historiográficas, lo cual se refleja tanto en la forma como en el contenido de los textos históricos. Desde la emergencia del historicismo a mediados del siglo XIX, con sus asociadas tendencias cientifistas y positivistas, los historiadores han tendido a considerar que el contenido de los textos históricos refleja exactamente el contexto en el que ha sido articulado. Sin embargo, las nuevas tendencias asociadas al giro lingüístico y el posmodernismo han cuestionado esta hegemonía del contenido sobre la forma, enfatizando la prioridad de la forma sobre el contenido en los textos históricos. Como consecuencia, las cuestiones asociadas a la elección de los géneros históricos y literarios, los aspectos retóricos, los recursos metafóricos, las explicaciones simbólicas y las representaciones ficcionales, sustituyen a las cuestiones más tradicionales

[31] Para la distinción entre lo «poético» y lo «político», ver James Clifford y George E. Marcus (eds.): *Writing Culture: The Poetics and Politics of Ethnography*, Berkeley, University of California Press, 1986; y Pierre Carrard: *Poetics of the New History. French Historical Discourse form Braudel to Chartier*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1992.

[32] La expresión original «foundationalist decontextualization», en George Steinmetz: «Introduction», en Steinmetz (ed.), *State/Culture: State - Formation after the Cultural Turn*, Ithaca, Cornell University Press, 1999, p. 20.

[33] Ronald Grigor Suny: «Back and Beyond: Reversing the Cultural Turn?», *American Historical Review*, 107, 2002, p. 1484.

en la interpretación de las crónicas, como su grado exacto de historicidad y la validez de su función como fuentes primarias. Así, como ha afirmado Margaret R. Somers, las narraciones históricas medievales

> no solo transmiten información sino que además proporcionan principios epistemológicos. Esto lo consiguen estableciendo la veracidad a través de la integridad de su forma de historiar. Esto sugiere que, en primera instancia, el éxito o el fracaso de las verdades contenidas en las narrativas depende menos de una verificación empírica que de la persuasión lógica y retórica de la narrativa.[34]

Si, tal como ha propuesto Dominick LaCapra, no se pueden establecer fronteras estrictas entre un texto y sus interpretaciones, o entre la sociedad y los modos del discurso, entonces es difícil negar la función real que tienen los textos históricos como eventos y representaciones al mismo tiempo.[35] Sin embargo, el reconocimiento de esta dualidad funcional de los textos como eventos en sí mismos y representaciones de eventos no debería arrastrarnos, según mi parecer, a las posturas radicales defendidas por algunos exponentes del nuevo historicismo (*new historicism*) de confundir eventos y representaciones.[36] La conclusión de todo ello es que el texto histórico –medieval, moderno y posmoderno– debe ser considerado, simultáneamente, un artefacto histórico y literario, capaz de representar al mismo tiempo hechos reales e imaginarios, conceptos y metáforas, eventos y representaciones.[37] Al interpretar textos históricos, los historiadores no deben dejarse llevar por una polarización excesiva entre historia y literatura, buscando diferencias analíticas entre las dos. Los modelos literarios –tanto las novelas ficcionales como las obras académicas basadas en los métodos de la crítica literaria– son por tanto tan legítimos como los propiamente históricos, y de hecho contribuyen esencialmente a la *comprensión* de los textos históricos medievales.

[34] Margaret R. Somers: «The Privatization of Citizenship: How to Unthink a Knowledge Culture», en Victoria E. Bonell y Lynn Hunt (eds.), *Beyond the Cultural Turn*, Berkeley, California University Press, 1999, p. 129.

[35] Patrick Brantlinger: «A Response to Beyond the Cultural Turn», *American Historical Review*, 107, 2002, pp. 1508-1509.

[36] Catherine Gallagher y Stephen Greenblatt: *Practicing New Historicism*, Chicago, University of Chicago Press, 2000, p. 15.

[37] Ver a este respecto los clarificadores contenidos en «The Question of Narrative in Contemporary Historical Theory», pp. 26-57, y «The Politics of Historical Interpretation: Discipline and De-Sublimation», pp. 58-82, en *The Content of the Form* de Hayden V. White.

Todas estas consideraciones confirman la idea de que los cambios formales en los modos de escritura manifiestan algo más que un cambio de estilo literario. Se genera así un proceso que Gabrielle M. Spiegel ha definido como «la lógica social del texto histórico», al ponerse en relación estrecha el texto (lo histórico) con el contexto (lo social).[38] De este modo el estudioso de los textos históricos medievales puede dotar de todo verdadero significado y dimensión a fenómenos aparentemente limitados al ámbito retórico como el paso de la lengua latina a la vernácula, la transición del género genealógico al cronístico o la transformación de la poesía legendaria en prosa cronística. Cuando los textos históricos son analizados desde una perspectiva historiográfica, podemos descubrir, revelar o desenmascarar el mundo social que los ha generado y estructurado, iluminando toda su dimensión social. Tal como Carroll Smith-Rosenberg ha expresado: «mientras que las diferencias lingüísticas estructuran la sociedad, las diferencias sociales estructuran el lenguaje».[39] Los textos desarrollan así una función pasiva y activa, dependiendo si son vistos como *espejos* de las realidades sociales o *generativos* de esas realidades.[40]

[38] Para el significado de la expresion «la lógica social del texto», ver Spiegel: «History, Historicsm and the Social Logic of the Text in the Middle Ages», *Speculum*, 65, 1990, pp. 9-86.

[39] «While linguistic differences structure society, social differences structure language» de Carroll Smith-Rosenberg: «The Body Politic», en Elizabeth Weed (ed.), *Coming to Terms: Feminism, Theory, Politics*, Nueva York; Routledge, 1989, p. 101.

[40] Spiegel: *Romancing the Past*, p. 10.

VII. DE LA HISTORIOGRAFÍA MEDIEVAL A LA CONTEMPORÁNEA: EL PROBLEMA DE LA REFERENCIALIDAD

En este último capítulo me propongo mencionar algunos de los puntos más sustanciales del debate historiográfico actual, partiendo precisamente de los problemas planteados a raíz de una lectura interpretativa de la historiografía medieval, como he pretendido hacer en este libro. Por el «problema de referencialidad» me refiero a la cuestión esencial de si el historiador es capaz (o hasta qué grado) de realizar un discurso *referencial*, es decir, aquel que no se agota en su autorreferencialidad sino que remite (por comparación, por mimetismo, por analogía o por metáfora) a una realidad externa a sí mismo. Obviamente, no pretendo ser ni exhaustivo ni sistemático, pero me ha parecido que puede ser útil enumerarlos y exponer brevemente las implicaciones más importantes de cada uno de ellos en el debate actual.

EL PRESENTISMO

La tendencia al presentismo ha condicionado la tarea del historiador bajo las formas más diversas, a lo largo de toda la historia de la historiografía. En la historiografía medieval este presentismo se hace evidente en el caso, por ejemplo, de la mitificación de la figura del héroe fundador o en la exposición narrativa de las genealogías dinásticas, tal como he expuesto en los dos primeros capítulos del libro. Pero sería demasiado ingenuo pensar que el presentismo es un fenómeno que padecen solo las sociedades que no tienen una verdadera actitud crítica ante el pasado. Nuestra época, asentada en la revolución historicista y positivista decimonónica, parece pavonearse de haberse inmunizado respecto al presentismo. La objetividad y la riguro-

sidad parecen haberla alejado del prejuicio de filtrar la realidad del pasado a través de un presente que se pretende consolidar. Sin embargo, ninguna época –tampoco la actual– está exenta de esta tendencia.

El presentismo consiste en proyectar las circunstancias del presente en el que está inserto el historiador hacia el pasado que está analizando. Se busca una aplicación «práctica» del pasado en el presente, habitualmente por razones políticas. La imagen del espejo puede ayudar a entender esta tendencia: cuando nos acercamos al pasado, ¿lo buscamos simplemente a él o lo utilizamos como un espejo que nos permite vernos reflejados en él? Si nos dejamos llevar excesivamente por el presentismo, nuestra imagen del pasado resulta deformada (porque en realidad no es el pasado lo que se refleja, sino el presente), y es más susceptible de ser manipulada, y puesta al servicio de determinados objetivos políticos e ideológicos del presente. El presentismo se hace quizás más evidente en la escritura de la historia anterior a la revolución científica historicista del siglo XIX, por ejemplo, en las crónicas medievales o las narraciones de conquistas modernas. Sin embargo, solo un acercamiento ingenuo a la historiografía del presente puede hacernos pensar que los historiadores actuales somos inmunes a esta inclinación de filtrar el pasado a través del presente. Basta echar un vistazo a los criterios que se dan desde los gobiernos para la preparación de los manuales de enseñanza secundaria para confirmar esta realidad.

Desde mi punto de vista, quienes mejor han definido y descrito la tendencia de los historiadores al presentismo, presentando además una visión ponderada entre sus ventajas e inconvenientes, son David Lowenthal, John L. Gaddis y Gordon S. Wood. Lowenthal, a través de su bella metáfora «el pasado como un país lejano», alertó a los historiadores de no caer en ninguno de los dos extremos (presentismo o preterismo-anticuarianismo), y criticó la inclinación posmoderna de eliminar los límites entre pasado y presente, entre historia y memoria.[1] El contemporaneísta Gaddis, especialista en la historia de la Guerra Fría, se sirvió de la metáfora «el paisaje de la historia» para enfatizar la necesaria perspectiva que el historiador debe tener del pasado, sin mimetizarse excesivamente con él pero al mismo tiempo sin quedarse en una excesiva lejanía que convertiría en borrosos los contornos de los diversos pasajes de la historia.[2] Finalmente, Wood

[1] David Lowenthal: *The Past is a Foreign Country*, Cambridge, Cambridge University Press, 1985.

[2] John L. Gaddis: *The Landscape of History: how Historians Map the Past*, Oxford, Oxford University Press, 2004.

defendió, en su clarividente reflexión sobre «los usos del pasado», una necesaria equidistancia entre una visión del pasado excesivamente «arqueológica» –que generaría unas narraciones del pasado inermes, sin ningún interés para la sociedad por su falta de vida– y una visión del pasado tan pegada a las necesidades del presente que se mimetizarían de hecho con él, desnaturalizándose.[3]

En el fondo de este debate está en juego la pertenencia de la historia a las ciencias sociales (y, por tanto, una hegemonía de la metodología científico-cuantitativista sobre la humanística-cualitativa) o a las humanidades. Es lo que Carlo Ginzburg describió certeramente con la siguiente ecuación: «La aproximación cuantitativa y antiantropocéntrica de las ciencias experimentales desde Galileo ha arrastrado a las humanidades a un desagradable dilema: deben adoptar un criterio científico débil para alcanzar resultados significantes, o adoptar un criterio científico sustancial para alcanzar resultados poco relevantes».[4] Las tendencias cientifistas del positivismo, historicismo y marxismo (y también de la rama histórica del estructualismo) optaron por la segunda posibilidad; la nueva historia narrativa y la nueva historia cultural, ambas asociadas a los movimientos posmodernos, a la primera.

Una inclusión de la historia en las humanidades, y por tanto la que utiliza sus propios métodos independientemente de su escasa relevancia científica, es la que la hace más humana y, por tanto, acorde con la naturaleza específica de la historia. Esta tendencia «humanística» de la historia la predispone más hacia el presentismo; una tendencia «científico-social» de la historia, la preserva teóricamente del presentismo (aunque en la práctica se ha demostrado que no es así) al crear una distancia crítica entre el pasado y presente. Sin embargo, tal como arguye Gordon Wood, el presentismo ciertamente fomenta el peligro de dañar la integridad del «preterismo del pasado», de confundir pasado con presente, pero preserva al historiador de una excesiva distancia emocional y empática con el pasado, y de una reducción de la historia y de la experiencia humana a una realidad material y cuantificable. De este modo, la historiografía de los últimos decenios, junto con esa tendencia de hacerse más «humana», se ha preocupado más en conectar con su audiencia, y de ahí narraciones de autores como el *Montaillou* de Emmanuel Le Roy Ladurie, el *Queso y los gusanos* de Carlo Ginzburg,

[3] Gordon S. Wood: *The Purpose of the Past. Reflections on the Uses of History*, Nueva York, The Penguin Press, 2008.

[4] Carlo Ginzburg: «Roots of a Scientific Paradigm», *Theory and Society*, VII, 1979, p. 276.

El retorno de Martin Guerre de Natalie Z. Davis y las producciones televisivas de Georges Duby y Simon Schama, junto a sus inolvidables *La Europa de las Catedrales* y *Los ojos de Rembrandt*, respectivamente, por citar solo algunos pocos.

Sin embargo, paradójicamente, si prescindimos absolutamente del presente en nuestras narraciones históricas, caemos fácilmente en el «preterismo», lo que nos aleja de nuestra audiencia y corremos el peligro de reducir el interés de nuestros escritos a un número de lectores muy limitado, familiarizado con un lenguaje para iniciados, habitualmente en el marco de un academicismo sin alma. De hecho, para mí, el «preterismo» inerte es un vicio casi peor que el presentismo reduccionista, al acercarnos a la historia como algo que no nos afecta para nada, sin ninguna empatía, como una reliquia prehistórica a guisa de escultura hierática. Entonces la historia pierde todo su vigor, porque languidece por falta de espíritu, vida y pasión; si los historiadores no intentamos empatizar con el propio objeto de estudio, la historia palidece. El historiador no es un autista encerrado en sus investigaciones, un aséptico coleccionista ávido de excepcionalidades o peculiaridades, sino un ciudadano que pretende aportar su experiencia intelectual del pasado para una correcta solución de los problemas que se plantean en el presente. Por tanto, es también su responsabilidad estar bien informado de lo que sucede a su alrededor –entre otras cosas, porque el laboratorio del presente le puede dar también muchas luces para comprender el pasado, en un incesante proceso de ida y vuelta.

Por último, la tendencia presentista de los historiadores es la que dota de sentido y utilidad a la propia subdisciplina que conocemos como «historiografía». De hecho, buena parte de la interpretación de los textos históricos medievales de los últimos decenios (tal como he pretendido realizar en este libro) no hubiera sido posible sin la carga presentista de los textos históricos medievales analizados: ellos nos informan muchas veces más del presente desde el que están articulados, que del pasado que están narrando. En muchas ocasiones, en mis investigaciones sobre los textos históricos medievales, me han venido a la mente aquellas palabras de Northrop Frye, citadas oportunamente por Clifford Geetz en su autobiografía *After the Fact*: «el mito no describe lo que sucedió en el pasado, sino lo que sucede en el presente».

Un ejemplo muy característico de presentismo es la interpretación que se ha dado a la Guerra Civil española desde su finalización hace más de siete décadas. Las tres generaciones que se han sucedido la han interpretado de diverso modo, muy condicionadas por su presente: la triunfalista de la posguerra, la denunciativa de la Transición y la revisionista de la actualidad.

De modo que cuando alguien con un poco de visión aséptica compara esas tres visiones, le parece que esas obras, cuyos autores son muchas veces historiadores profesionales, no hacen referencia al mismo evento. Cada una de estas generaciones, la de la posguerra, la de la Transición y la reciente, está condicionada en su contexto por una serie de factores y valores de los que algunos historiadores se pueden desprender (y de hecho se desprenden), otros no se pueden desprender y otros de los que no se quieren desprender. Por tanto, antes de enjuiciar demasiado severamente la supuesta falta de objetividad de la historiografía medieval, y la de otras sociedades tradicionales, deberíamos realizar antes el productivo ejercicio de comparar determinadas interpretaciones polarizadas de la historiografía actual. En este sentido, me parece que el presentismo no debe considerarse un «problema» para la historia, para la disciplina histórica, sino simplemente una realidad que hay que tener presente en el ejercicio de la interpretación del pasado. La realidad del presentismo remite también al debate en torno a la «historia y memoria», que es otro de los más intensos en el panorama actual, por las connotaciones prácticas que tiene en todas las sociedades.

CONTINUIDADES Y DISCONTINUIDADES EN EL DISCURSO HISTÓRICO

Una de las consecuencias más directas que tiene el presentismo en la historiografía es que nos invita a pensar que nuestro modo de ver y hacer la historia, la historia que se practica en cada momento presente, es mejor que los anteriores. Esta distorsión está muy relacionada con una la visión retrospectiva del mundo occidental desde la Ilustración, que nos lleva a pensar que todas las cosas van a mejor, en un proceso evolutivo de progresión lineal y ascendente. Este «gran relato» es aplicable a todas las realidades históricas, especialmente aquellas que tienen una carga ideológica intrínseca: el proceso de secularización, el proceso de urbanización, el proceso de industrialización, el proceso de enriquecimiento, el proceso de conocimiento, el proceso de libertad y el proceso de igualdad. Esta tendencia a pensar que las cosas mejoran siempre con el tiempo, que identifica automáticamente «innovación» con «mejora», cuajó en el siglo XIX, en un momento en que la ciencia hizo unos avances ciertamente extraordinarios.

La llamada historiografía Whig profundizó en esta tendencia. El error es trasponer esa realidad a todo el conocimiento del hombre y de las ciencias humanas. Porque todas las civilizaciones tienen sus momentos álgidos, sus momentos bajos, como lo han analizado grandes filósofos de la historia

como Agustín de Hipona, Giambattista Vico, Benedetto Croce o Robin Collingwood. Hay evoluciones a corto plazo, a medio plazo y a largo plazo, según la terminología de Fernand Braudel, y cada una de ellas tiene sus ritmos. Por tanto, cualquier visión excesivamente lineal, simplista de la historia lleva a unas reducciones que no tienen ningún sentido.

Paradójicamente, uno de los colectivos que ha sufrido más esta distorsión somos los propios historiadores. Nos parece que nuestro modo de practicar la historia, hoy día, es el mejor, porque es el más científico, el más honesto, el más riguroso, el más objetivo. Desde luego, la historia ha dado muchos pasos en los últimos siglos, sobre todo en lo que hace referencia a su profesionalización, especialización y rigurosidad metodológica, y el legado de la revolución historicista ha dejado una impronta ya definitiva en la disciplina histórica, desde mi punto de vista. Pero no necesariamente tiene que ser «la mejor». Es muy útil, por ejemplo, retrotraerse al momento más álgido de la consideración de la historia como ciencia, durante los años cincuenta y sesenta del siglo pasado, con la implantación de los tres grandes paradigmas: marxistas, estructuralismo y cuantitativismo. Eran años de un gran optimismo epistemológico, que se vieron reflejados con la hegemonía de la historia entre las ciencias sociales. Pero precisamente en los años ochenta hubo una severa revisión de si esas metodologías se adecuaban al verdadero objeto y al objetivo de la historia: quizás en el camino se había perdido algo esencial, el estudio de las personas, ahogadas en las dominaciones de poder, los procesos sociales y las estructuras económicas. No quiero, con esto, desautorizar a esos grandes historiadores marxistas y de los Annales, como Marc Bloch, Fernand Braudel, Georges Duby, Edward Thompson y Eric Hobsbawm, entre otros, que son gigantes comparados con nosotros. Simplemente postulo que hay que contar con que cada época tiene un contexto determinado –con sus tendencias intelectuales, servidumbres ideológicas y equilibrios de poder– que influye notablemente en la historia, pero que no necesariamente tiene que ser «mejor» ni «peor», sino el intento más honesto de hacer la historia lo más referencial posible.

Por tanto, la historia que es en cada momento «actual» no tiene por qué ser la *mejor* historia. Esto tiene como consecuencia el respeto que debemos tener por todas las tendencias historiográficas que hoy conviven, así como todas las corrientes de las épocas anteriores. Me parece que lo esencial en la historiografía es el rigor por la referencialidad, la pasión por la buena escritura y el aprecio por el debate respetuoso, más que el considerarse «superior» a las tendencias anteriores o las actuales que no se comparten. Dentro de esas coordenadas, la historia se enriquece con el pluralismo metodológico y epistemológico. Esto implica que los historiadores deberían respetarse

unos a otros, más allá de los planteamientos teóricos y las aproximaciones metodológicas de cada uno. Lo único no respetable es la invención deliberada de datos o su manipulación. Siempre he pensado que lo «ficcional» en la historia no viene tanto determinado por su compromiso con la narración (el *modo* como se escribe la historia) como por la eventualidad de que algún historiador pueda inventar o forzar algún dato (el *contenido* de las historias): aunque sea solo uno entre un millón, si se trata de un movimiento deliberado y no un error por inadvertencia, desde mi punto de vista toda esa obra (y me atrevería a decir que toda la producción de ese autor) queda viciada como «historia», y debe ser traspasada a las estanterías de la «ficción». Pero quitando esto, creo que hay que tener un enorme respeto por el trabajo de nuestros colegas, lo cual es el mejor modo de aprender de ellos.

Ciertamente, en el panorama actual, dominado por una visión posmoderna, el énfasis en las discontinuidades y rupturas (y por tanto, en un escepticismo respecto a la idea de «progreso») ha dominado sobre las continuidades y el progreso. En este sentido, la historia genealógica sugerida por Michel Foucault se ha hecho hegemónica frente a la más lineal de los grandes paradigmas desarrollados tras la Segunda Guerra Mundial, como el marxismo, el estructuralismo y la cliometría. Lo que me parece esencial, en el panorama actual, es que la crítica a esos valores –que son en definitiva legado de la Ilustración– no haga deslizarse a la historia por la incierta pendiente del escepticismo y el relativismo.

EL HISTORIADOR COMO AUTOR

Siempre he pensado en la labor del historiador como un artista en su estudio más que un científico en un laboratorio. Esto me aleja de la consideración de la historia como ciencia. Por esto tampoco me satisface la expresión de la historia como «ciencia humana», a no ser que el concepto «ciencia» se asimile al de «conocimiento», algo que se refleja mejor en las lenguas inglesa y alemana que en las latinas. Los que postulan que la historia es una ciencia consideran implícitamente que el historiador no es más que un mero transmisor entre su objeto de estudio (el pasado) y su audiencia (sus receptores en el presente), entre el pasado y el presente. Sin embargo, el historiador no actúa como alguien que realiza un experimento, consciente de que si preserva una metodología, unos procesos, conseguirá un resultado determinado, pues es consciente de que en este proceso de conocimiento existe un factor, por lo menos, que no se puede prever ni sistematizar: la libertad humana.

El historiador no es, por tanto, un mero transmisor, es más bien un activo mediador, y muchas veces con una *agenda* determinada, más o menos ex-

plicitada o conscientemente reconocida. Es alguien que se entromete entre los eventos del pasado y la representación de esos eventos hecha desde el presente, que realiza sus elecciones en la temática, en la metodología, en la orientación epistemológica, en la adopción y el rechazo de determinados materiales, y en el desarrollo de un determinado estilo narrativo.

Ahora bien, considerar al historiador como un autor más que como un científico complica las cosas. Desde luego, el historiador debe partir de una sistemática recogida de la documentación y la aplicación rigurosa de una metodología. Queramos o no, todos manejamos metodologías. Los críticos literarios, que habitan igualmente en el reino de las humanidades, también seleccionan sus metodologías, y suelen liderar la vanguardia y la innovación teórica entre las otras disciplinas humanísticas, por la propia naturaleza de su objeto de estudio. La disciplina histórica ha importado, de hecho, muchas de sus metodologías de la crítica literaria, sobre todo desde los años setenta, a raíz de la publicación de la *Metahistoria* de Hayden White y lo que vino detrás de ella. Pero, además de ser sistemático en la recogida documental y riguroso en la aplicación de una metodología, el historiador debe ser cuidadoso en la presentación narrativa de todo ese material. Ahí sí que no podemos dudar de que haya una autoría, una implicación e *intención autorial*, algo que exponer con cautela, por todas las implicaciones estéticas, cognoscitivas y éticas que lleva consigo, pero que es una realidad.

En la cuestión de la autoría de los historiadores, me parece muy significativo el «giro ético» que ha dado el propio Hayden White en su proceso analítico de la obra histórica, que inició hace ahora unos cincuenta años. Primero, se planteó la cuestión estética que surgía del énfasis que puso en considerar que la obra histórica se podía equiparar a un artefacto literario, pues, conservando su contenido referencial, se identificaba con la literatura a través de la forma, pues ambas presentaban sus resultados en forma narrativa. Esta aseveración estética, formal, también tenía implicaciones cognoscitivas, epistemológicas, pues la obra histórica debía ser interpretada como una obra literaria, lo que conllevaba la asunción de determinadas teorías literarias (como la teoría de los tropos) que podían arrastrar a la historia al campo de la imaginación, y eventualmente arrojarla al ámbito ficcional. Y de ahí llegó el giro ético de White, pues en sus últimas publicaciones está enfatizando que es responsabilidad del historiador que ese deslizamiento literario no degenere en pura invención autorial. El intenso debate en torno a la historicidad y la representación del Holocausto ha tenido mucho que ver con este corrimiento ético de la obra no solo de White sino de otros muchos teóricos de la historia en la actualidad, como Gabrielle M. Spiegel, Dominick LaCapra y Frank Ankersmit.

LOS GÉNEROS HISTÓRICOS

La mayoría de nosotros hemos empezado practicando el género de la monografía histórica, sobre todo a través de la construcción de una tesis doctoral en la que hemos tenido que familiarizarnos con las prácticas que el aprendizaje de nuestra disciplina requiere. Nos han enseñado a hacernos las preguntas: ¿qué? (tema), ¿cuándo? (tiempo), ¿dónde? (espacio), ¿cómo? (desarrollo), localizar una documentación, tratarla sistemáticamente a través de la aplicación rigurosa de una metodología adecuada y presentar los resultados en forma narrativa. Probablemente, se trata del mejor modo de prepararse para el desarrollo futuro de la profesión histórica.

Ciertamente, la monografía es el género histórico que nos ayuda más a comprender nuestro propio trabajo. Ahora bien, después tenemos que saber respetar y si hace falta practicar otros géneros: la biografía, la historia narrativa, así como los más recientes: películas y documentales, novelas gráficas, juegos de ordenador, reproducciones teatrales o populares del pasado (*performances*), novelas históricas y diversas formas de narrativa en primera persona. Y, por supuesto, comprender que, así como en la historiografía contemporánea se han considerado como ortodoxos y convencionales únicamente los géneros monográfico y biográfico, en otras épocas hubo otros géneros históricos hegemónicos como los anales, las genealogías, las crónicas y las autobiografías, y no por ello fueron «peores». Simplemente, ellos respondían mejor a las necesidades de su época, y su particular forma de representar el pasado se avino mejor con las demandas de su audiencia –que siempre es la mejor garantía para que la historia no se aleje de su verdadero objetivo, al servicio de la sociedad, y no caiga en un lenguaje autosuficiente y autorreferencial–. Para mí, una de las manifestaciones más claras de que los historiadores han entendido este necesario respeto es la proliferación de la escritura de la autobiografía entre ellos. En esto, han seguido el consejo que lanzó en los años sesenta del siglo pasado el historiador británico A. J. P. Taylor: «todo historiador debería escribir una autobiografía». Más allá de la natural vanidad de los académicos en mostrar los frutos de toda una vida dedicada al estudio, la experiencia de narrar el propio pasado tiene para el historiador unas implicaciones, en la teoría y en la práctica, que no se deberían menospreciar.

Lo esencial, en este punto, es comprender que las diversas formas de escritura histórica, los géneros históricos, tienen un régimen de historicidad –es decir, han variado mucho a lo largo de los siglos– y, por tanto, es un hecho empíricamente demostrable que gozan de la flexibilidad necesaria para adaptarse a las condiciones de los diferentes contextos, y a las elecciones de los

propios autores, los historiadores. Esto nos lleva a la pregunta ¿por qué han sido tan negligidos los géneros históricos como fuentes de conocimiento histórico e historiográfico? En el fondo esta es la pregunta esencial que me hice desde el principio en mi acercamiento a la historiografía medieval. Yo siempre me pregunto, al leer un texto histórico de cualquier época: ¿este texto histórico que estoy leyendo, a qué género remite?, ¿qué relaciones hay entre el contenido que representa la obra histórica y el modo específico (la forma) de representarlo? O, eventualmente, ¿qué géneros combina? O, ¿qué géneros cohabitan en su seno? Porque incluso dentro de las biografías hay subgéneros. Así, busco también adjetivos a la biografía: ¿se trata de una biografía política, intelectual, una biografía que intenta hacerse con todo el personaje?

Aquí habría que detenerse un momento en el *paper*, ese género importado recientemente –por razones de productividad estrictamente profesional, de dependencias disciplinares y de tensiones de poder académico– de las ciencias experimentales. Desde mi punto de vista, el *paper* aplicado a las humanidades, y particularmente a la historia, es un género muy limitado. No niego que puede haber uno entre muchos que realmente aporte algo sustancial a nuestra disciplina –como el artículo que Lawrence Stone publicó en la revista *Past and Present* en 1979 sobre el surgimiento de la nueva narrativa, que tanta influencia ha tenido posteriormente–. Un *paper* puede presentar las conclusiones de una investigación, un ejercicio de síntesis más o menos relevante, un avance de esa investigación. Pero es muy difícil que en un breve ensayo científico, que además está aprisionado por unas rígidas reglas formales, se pueda presentar una investigación histórica de las que realmente hacen avanzar la profesión y el conocimiento histórico: la realidad histórica es demasiado compleja en sí misma como para quedar comprimida en las estrechas y arbitrarias convenciones de ese nuevo género.

La historia como narración

Además de la monografía y la biografía, otro de los géneros «tradicionales» de la historia es la historia narrativa, vieja y nueva, la anterior a la revolución historiográfica científica del siglo XIX y la posterior al estallido del posmodernismo. Hay historiadores capaces de crear estas historias narrativas que nos ayudan tanto a meternos en lo más humano de la historia. A mí siempre me vienen a la cabeza la historia de los campesinos Martin Guerre y su mujer Bertrande, de Natalie Z. Davis, la historia del molinero Menoccio, de Carlo Ginzburg, las historias de las peleas de animales de

Robert Darnton y Clifford Geertz, y la historia de «los ojos de Rembrandt», de Simon Schama, como modelos acabados de una acertada historia narrativa, poniendo en juego la imaginación propiamente histórica, sin perder un ápice de veracidad.

La narración es la forma más humana de acercarse a los eventos humanos, precisamente porque la propia vida se experimenta en forma de narración. Esto a mí siempre me ha ayudado mucho para comprender el desarrollo de mi propia escritura histórica, y para la comprensión de la de mis colegas historiadores. Un día, Alejandro Llano, un colega mío de la Universidad de Navarra, filósofo, me dejó una nota encima de mi mesa de trabajo con un apunte de E. H. Carr publicado en el *Literary Supplement Times*: «Gerald Brenan [el hispanista] me comentó una vez que había abandonado la esperanza de encontrar la "verdad" a través del método de los historiadores profesionales, y que esta solo podía ser captada a través de la desinhibida imaginación de las novelas». Al principio me pareció un apunte algo desagradable, hasta incluso una broma de mal gusto por parte de mi colega filósofo, pero después le he dado muchas vueltas, recordando también aquello de Aristóteles, de que el reino de la literatura es más grande porque trata de «lo posible», mientras que la historia solo trata de «lo real». La historia se hace más grande cuando, sin perder nada de su referencialidad, es más capaz de negociar con ese algo tan esencialmente humano que es la narración de las historias. Como ha sostenido Robert A. Rosenstone en su autobiografía, «finalmente, no son los hechos los que nos hacen como somos, sino las historias que nos han contado y las historias que hemos creído».

Hay pocas lecturas tan útiles para formarse un correcto juicio histórico como aquellas que reflexionan sobre la función de la narración en la recuperación y la representación del pasado, como *Tiempo y Narración* de Paul Ricoeur, *La escritura de la Historia* de Michel De Certeau, *Mimesis* de Erich Auberbach e *Imaginación dialógica* de Mikhail Bakhtin. Estas obras contribuyen a entender que difícilmente se puede recuperar el pasado si no es vía narración. A través del lenguaje cuantitativo captamos solo un aspecto muy concreto y sesgado del pasado, y muy limitado y encorsetado por las propias condiciones que nosotros mismos hemos previsto (cuando no «prejuiciado») para el análisis documental.

Entiendo que los historiadores nos debemos a la sociedad. Y por tanto nuestro lenguaje tiene que ser un lenguaje comprensible. No podemos escudarnos en un lenguaje «jergal», solo para iniciados, porque nuestra labor no es una labor autorreferencial. Nuestro objetivo es dar un producto a la sociedad que contribuya a que esa sociedad comprenda mejor su propio pasado, su propia identidad.

HISTORIA Y LITERATURA

Otro de los grandes debates que ha experimentado la historia, y hoy más que nunca, es la relación entre historia y literatura. En buena medida, mi acercamiento a la historiografía medieval está motivado también por mi interés en desentrañar las relaciones entre ambas. ¿En qué coincide la historia con la literatura? Historia y literatura se diferencian en el contenido (referencial la primera, imaginativo la segunda), pero coinciden en la forma, pues no hay otro modo de representar la realidad del pasado que de forma narrativa (aunque se utilice un lenguaje más o menos analítico-científico o muy diversos géneros). ¿Dónde está, pues, la diferencia? Esta es la pregunta que me sirve a mí para no caer en la pendiente del sinsentido del relativismo o el escepticismo. La diferencia está en que, en la historia, el contenido debe ser no solo verosímil, sino también referencial, verídico, real. Pero a mí como historiador no me cuesta nada aceptar que *formalmente* la obra histórica tiene el mismo aspecto que la literatura.

Pero, y ahí empieza la complejidad, es una evidencia que en la vida real nunca podemos separar del todo, asépticamente, el contenido de la forma. Esto nos conduce a la conveniencia de que el historiador se familiarice con las técnicas y las metodologías propias de la crítica literaria y lea «buena» literatura. Hay mucho de lo humano que solo puede ser captado por la literatura, tal como rezaba el consejo de Carr que acabo de citar. La célebre frase del *Principito* («lo esencial es invisible a los ojos») puede decir mucho más que cien tratados históricos llenos de erudición. Pero la historia contribuye a explicitar esas intuiciones de los poetas.

A veces he considerado la cuestión de las relaciones entre la historia y la literatura como una cuestión de equilibrios. Cuando los historiadores se focalizan demasiado en el contenido, se obsesionan con los aspectos metodológicos y se aproximan excesivamente a las ciencias sociales y experimentales, dejan de presentar a la sociedad productos verdaderamente comprensibles y se refugian en una escritura académico-jergal en la que ella misma se vuelve, paradójicamente, antirreferencial. Este es el debate interno que han mantenido los grandes historiadores del siglo XX, bien reflejado en la evolución de sus propios autores más representativos, tal como sugiere la enorme distancia metodológica que existe entre el *Maconnais* (1958) y *El domingo de Bouvines* (1973) de Georges Duby, en el «clásico» Edward Thompson ortodoxamente marxista o en la vía culturalista del último Thompson. O la evolución del Emmanuel Le Roy Ladurie, que había declarado que «el historiador será un programador o no será» y, pocos años después, consiguió con su narración de la vida cotidiana de un pueblecito

francés, perdido en los Pirineos, *Montaillou* (1975), un éxito completo de ventas y de crítica, un verdadero *best-seller*.

Desde una perspectiva teórica, es conocida la labor del mencionado historiador norteamericano Hayden White, quien a lo largo de toda su carrera ha intentado descifrar las complejas relaciones entre el contenido y la forma en las narraciones históricas. En este sentido, es bien significativo que uno de los títulos de sus colecciones de ensayos sea «El contenido de la forma». Se trata de una fórmula muy expresiva para significar que el contenido está en la forma, así como la forma está en el contenido: no hay nada de la forma de una obra histórica que no haga relación, de un modo u otro, al contenido. Y viceversa.

¿ES POSIBLE RECUPERAR EL PASADO?

Hoy día, muchas de las tendencias surgidas en la estela de la onda posmoderna niegan la validez de la historia como una posibilidad de recuperar el pasado. Sin embargo, me parece que hay aquí un equívoco que conviene desentrañar. Lo que no podemos recuperar, desde mi punto de vista, es el propio pasado. Esto me parece de sentido común. Pero, en cambio, los historiadores tenemos la responsabilidad de recuperar el pasado cognoscitivamente, de un modo más preciso posible, a través de su escritura, a través de su narración.

La *historia* no es propiamente el pasado, sino la forma que nosotros tenemos de recuperarlo. De hecho, la atracción de la sociedad por la historia viene determinada por un vehemente deseo de la recuperación del pasado, pero al mismo tiempo de la dolorosa conciencia de su irreparable pérdida. Por este motivo, nuestro anhelo por la historia tiene un componente elegíaco, el mismo que se experimenta por la muerte de algo querido que ya forma parte del pasado. Toda esta actitud se ha concretado en los últimos decenios en una tensión entre la conciencia de un pasado irrecuperable y la función de la historia como albergue nostálgico de su presencia. Esta presencia se reconoce simultáneamente como algo ausente y nostálgico, como un inalcanzable objeto del deseo. Gabrielle M. Spiegel resume en una incisiva frase lo que, desde mi punto de vista, es uno de los enunciados más lúcidos que se ha hecho del posmodernismo historiográfico: «el deseo de recuperar el pasado y el reconocimiento de la imposibilidad de hacerlo». Esta fórmula recoge como ninguna otra la misma contradicción en la que se halló el posmodernismo en sus primeros tiempos, en sus tiempos «clásicos» de los años setenta y ochenta del siglo pasado: por un lado, el doloroso deseo de

recuperar un pasado perdido, por otro, el angustioso reconocimiento de la imposibilidad de recuperarlo de hecho, lo que genera una frustración intelectual que se proyecta a su vez en las propias convicciones epistemológicas.

La escritura del pasado no es el pasado en sí, pero es la única manera que está a nuestra disposición para recuperarlo. Propongo que, por lo menos, ya que no podemos realizar una recuperación literal del pasado, intentemos su recuperación narrativa; si no creemos en eso, nuestro trabajo deja de tener sentido –o se limita a un sentido *retórico*–, y por tanto no de tipo específicamente histórico.

Y aquí llegamos a una de las cuestiones que todo historiador se ha planteado alguna vez en su afanoso trabajo por desentrañar el pasado: ¿qué es la verdad? La distinción entre real y ficcional, entre objetivo y subjetivo, la tenemos más clara –aunque algunos se empeñen en confundir dos categorías, que son diferentes, y confunden lo «subjetivo» con lo «ficcional» o reducen la «verdad» a lo «real»–. Pero la cuestión de la «verdad» es más compleja, quizás porque trasciende la realidad histórica y se introduce en la filosófica y teológica. La realidad *histórica* –lo experimentado por las personas de todos los tiempos– ya no es una cuestión tan ontológica como la verdad a nivel filosófico. Pero la verdad como tal la podemos vislumbrar tanto a través de narraciones históricas como de las imaginativo-ficcionales. Esto me parece relevante porque buena parte de la ficción, si tiene un contenido ético-moral mínimo, es verdad.

Y aquí, una vez más, lo estético (la percepción de la forma narrativa en la historia) nos lleva a lo cognoscitivo (el problema de la relación entre forma y contenido, entre ficción y realidad), y lo cognoscitivo a lo ético. Trasponiendo lo que he afirmado del deber moral del historiador con respecto de la sociedad, en la labor del historiador, además de la rigurosidad en los datos, el tratamiento sistemático, la preocupación por la audiencia, para mí es muy importante la honestidad como historiadores. Más allá de las complicaciones teóricas y epistemológicas de nuestra actividad (nivel cognoscitivo), y de la búsqueda de la belleza (nivel estético), lo que asegura la honestidad de nuestra disciplina es nuestro compromiso con la referencialidad (nivel ético) y, en última instancia, con la búsqueda de la verdad.

FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA

ABADAL, Ramon d' (1962): «La fundació del monestir de Ripoll», *Analecta Montserratensia*, IX, pp. 25-49.

— (1989): *Els temps i el regiment del comte Guifré el Pilós*, Sabadell, Ausa.

AGAMBEN, Giorgio (1998): *Homo Sacer. Sovereign Power and Bare Life*, Stanford, Stanford University Press.

AINSWORTH, Peter F. (1990): *Jean Froissart and the Fabric of History. Truth, Myth and Fiction in the Chronicles*, Oxford, Clarendon.

ÁLVAREZ JUNCO, José (2001): *Mater Dolorosa: la idea de España en el siglo XIX*, Madrid, Taurus.

AMELANG, James (1998): *The Flight of Icarus. Artisan Autobiography in Early Modern Europe*, Stanford, Stanford University Press.

ARIÈS, Philippe (1987): «La sensibilité au changement dans la problématique de l'historiographie contemporaine», en Gilbert Gadoffre (ed.), *Certitudes et incertitudes de l'histoire. Trois colloques sur l'histoire de l'Institut collégial européen*, París, Presses universitaires de France.

ASPERTI, Stefano (1982): «Indagini sul'*Llibre dels Feyts* di Jaume I: dell'original all'arquetipo», *Romanistisches Jahrbuch*, 33, pp. 269-282.

— (1984): «La tradizione manoscritta del *Llibre dels feyts*», *Romanica Vulgaria*, 7, pp. 107-167.

— (1984): «Il re e la storia: Proposte per una nova lettura del *Libre dels feyts* di Jaume I», *Romanistische Zeitschrift für Literaturgeschichte*, 3.

— (1993): «La qüestió de les prosificacions en les cròniques medievals catalanes», en *Actes del Novè Col·loqui Internacional de Llengua i Literatura Catalanes*, vol. 1, Barcelona, Abadia de Montserrat, pp. 85-137.

AUERBACH, Erich (1968): *Mimesis: The Representation of Reality in Western Literature*, Princeton, Princeton University Press.

AURELL, Jaume (2001): «La formación del imaginario histórico del nacionalismo catalán, de la Renaixença al Noucentisme (1830-1930)», *Historia Contemporánea*, 16, pp. 257-288.

AURELL, Jaume (2005): *La escritura de la memoria, de los positivismos a los postmodernismos*, Valencia, Universitat de València.

— (2005): «From Genealogies to Chronicles: The Power of the Form in Medieval Catalan Historiography», *Viator. Medieval and Renaissance Studies*, 36, pp. 235-264.

— (2006): «Autobiography as Unconventional History: Constructing the Author», *Rethinking History: Journal of Theory and Practice*, 10, pp. 433-449.

— (2008): «La Chronique de Jacques Ier, une fiction autobiographique. Auteur, auctorialité et auctorité au Moyen Âge», *Annales. Histoire, Sciencies Sociales*, 63, pp. 301-318.

— (2010): «Medieval Historiography and Mediation: Bernat Desclot's Representations of History», en Robert Maxwell (ed.), *Representing History, 1000-1300: Art, Music, History*, Princeton, Princeton University Press, pp. 91-108.

— (2012): *Authoring the Past. History, Autobiography, and Politics in Medieval Catalonia*, Chicago, The University of Chicago Press.

— (2016): *Theoretical Perspectives on Historians' Autobiographies*, Londres, Routledge.

AURELL, Jaume y Marta SERRANO-COLL (2014): «The Self-Coronation of Peter the Ceremonious (1336): Historical, Liturgical, and Iconographical Representations», *Speculum*, 89, pp. 66-95.

AURELL, Martin (1985): «La détérioration du statut de la femme aristocratique en Provence (Xe-XIIIe siècles)», *Le Moyen Age*, pp. 5-32.

— (1995): *Les noces du Comte. Mariage et pouvoir en Catalogne, 785-1213*, París, Editions La Sorbonne.

BAGULEY, David: «Genre and 'Genericity': Recent Advances in French Genre Theory», en Joe Andrew (ed.), *Poetics of the Text. Essays to celebrate Twenty Years of the Neo-Formalist Circle*, Amsterdam, Rodopi.

BAILYN, Bernard (1982): «The Challenge of Modern Historiography», *American Historical Review*, 87, pp. 1-24.

BAKHTIN, Mikhail M. (1981): *The Dialogic Imagination: Four Essays*, Austin, University of Texas Press.

BARBERO, Abilio y Marcelo VIGIL (1978): *La formación del feudalismo en la Península Ibérica*, Barcelona, Crítica.

BARNES, John A. (1967): «Genealogies», en Arnold L. Epstein (ed.), *The Craft of Social Anthropology*, Londres, Tavistock.

BARRAU-DIHIGO, Lucien y Josep MASSÓ TORRENTS (eds.) (1925): *Cròniques Catalanes. II. Gesta Comitum Barchinonensium*, Barcelona, Institut d'Estudis Catalans.

BARROS DIAS, Isabel de (2003): «Heróis fundadores portugueses em alguns textos da historiografia medieval ibérica», en Dietrich Briesemeister y Axel Schönberger (eds.), *Imperium Minervae: Studien zur Brasilianischen, Iberischen und Mosambikanischen Literatur*, Frankurt and Main, Domus Editorial, pp. 89-109.

BARRY, Peter (1995): *Beginning Theory. An Introduction to Literary and Cultural Theory*, Manchester, Manchester University Press.

BARTHES, Roland (1977): «Death of the Author», en Barthes: *Image-Music-Text*, Nueva York, Hill and Wang, pp. 142-148.

— (1982): *Empire of Signs*, Nueva York, Hill and Wang.

— (1984): «Le discours de l'histoire», en *Le bruissement de la langue*, París, Seuil, pp. 153-174.

BARZUN, Jacques *et al.* (eds.) (1943): *The Interpretation of History*, Princeton, Princeton University Press.

BÄUML, F. H. (1980): «Varieties and Consequences of Medieval Literacy and Illiteracy», *Speculum*, 55, pp. 237-265.

BEER, Jeanette M. (1981): *Narrative Conventions of Truth in the Middle Ages*, Ginebra, Librairie Droz.

BIDDICK, Kathleen (1998): *The Shock of Medievalism*, Durham, Duke University Press.

BISSON, Thomas N. (1984): «L'essor de la Catalogne: identité, pouvoir et idéologie dans une société du XII siècle», *Annales. Économies. Sociétés. Civilisations*, 39, pp. 454-479.

— (1989): *Medieval France and her Pyrinean Neighbours*, Londres, Hambledon Press.

— (1990): «Unheroed Pasts: History and Commemoration in south Frankland before the Albigensian Crusades», *Speculum*, 65, pp. 287-289.

BLOCH, March (1964): *Feudal Society*, Chicago, The University of Chicago Press.

BLOCH, R. Howard (1983): *Etymologies and Genealogies. A Literary Anthropology of the French Middle Ages*, Chicago, The University of Chicago Press.

— (1990): «New Philology and Old French», *Speculum*, 65, pp. 38-58.

BLOCH, R. Howard y Stephen G. NICHOLS (eds.) (1996): *Medievalism and the Modernist Temper*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.

BLU, Karen I. (2001): *The Lumbee Problem. The Making of an American Indian People*, Lincoln, University of Nebraska Press.

BLUMENFELD-KOSINSKI, Renate (1997): *Reading Myth. Classical Mythology and Its Interpretations in Medieval French Literature*, Stanford, Stanford University Press.

BOIA, Lucian (ed.) (1991): *Great Historians of the Modern Age*, Nueva York, Greenwood.

BONELL, Victoria E. y Lynn HUNT (eds.) (1999): *Beyond the Cultural Turn. New Directions in the Study of Society and Culture*, Berkeley, University of California Press.

BOURDIEU, Pierre (1979): *La Distinction. Critique sociale du jugement*, París, Minuit.

BOURNAZEL, Eric (1990): «Mémoire et parenté», en Robert Delort y Dominique Iogna-Prat (eds.), *La France de l'an mil*, París, Seuil, pp. 114-124.

BRANTLINGER, Patrick (2002): «A Response to Beyond the Cultural Turn», *American Historical Review*, 107, pp. 1508-1509.

BREISACH, Ernst (2003): *On the Future of History. The Postmodernist Challenge and its Aftermath*, Chicago, The University of Chicago Press.

BROWN, Elisabeth (1982): «La notion de la légitimité et la prophétie à la cour de Philippe-Auguste», en Robert-Henri Bautier (ed.), *La France de Philippe-Auguste: Le temps des mutations*, París, CNRS, pp. 77-110.

BROWNLEE, Marina S.; Kevin BROWNLEE y Stephen G. NICHOLS (eds.) (1991): *The New Medievalism*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.

BROWNLEE, Marina S. y Hans ULRICH GUMBRECHT (eds.) (1995): *Cultural Authority in Golden Age Spain*, Baltimre, The Johns Hopkins University Press.

BRUGUERA, Jordi (ed.) (1991): *Llibre dels Fets del Fei en Jaume*, 2 vols., Barcelona, Barcino.

— (1993): «La *Crònica* de Jaume I», *Arxiu de Textos Catalans Antics*, 12, pp. 409-418.

BUDA, Milada (1990): *Medieval History and Discourse: Toward a Topography of Textuality*, Nueva York, Peter Lang.

BÜHRER-THIERRY, Geneviève (1992): «La reine adultère», *Cahiers de Civilization Médiévale*, 35, pp. 299-312.

BURKE, Peter (1991): «Overture: the New History, its Past and its Future», en Burke (ed.), *New Perspectives on Historical Writing*, Cambridge, Cambdridge University Press, pp. 1-23.

BURNS, Robert I. (1976): «The Spiritual Life of James the Conqueror, King of Aragó-Catalonia, 1208-1276. Portrait and Self-Portrait», *The Catholic Historical Review*, 62, pp. 1-35.

— (1984): «The King's Autobiography: The Islamic Connection», *Muslims, Christians and Jews in the crusader kingdom of Valencia*, Cambridge, Cambridge University Press, Appendix 1.

BUSBY, Keith (ed.) (1993): *Towards a Synthesis? Essays on the New Philolog*, Amsterdam, Rodopi.

BUSBY, Keith (2002): *Codex and Context. Reading Old French Verse Narrative in Manuscript*, Amsterdam, Rodopi.

CANTOR, Norman F. (1991): *Inventing the Middle Ages. The Lives, Works, and Ideas of the Great Medievalists of the Twentieth Century*, Nueva York, Morrow.

CAMPBELL, Peter R. (1998): «The New History: the *Annales* School of History and Modern Historiography», en William Lamont (ed.), *Historical Controversies and Historians*, Londres, UCL Press, pp. 189-199.

CARRARD, Philippe (1992): *Poetics of the New History. French Historical Discourse form Braudel to Chartier*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.

CATALÁN, Diego (1963): «El taller historiográfico alfonsí: métodos y problemas en el trabajo compilatorio», *Rom*, 84, pp. 353-375.

CAUGHIE, John (ed.) (1981): *Theories of Autorship*, Londres, Routledge.

CHARTIER, Rogier (1989): «Le monde comme représentation», *Annales, Économies, Sociétés, Civilisations*, 44, pp. 1505-1520.

CINGOLANI, Stefano (1985): «Yo Ramon Muntaner. Consideracions sobre el paper de l'autobiografia en el historiadors en llengua vulgar», *Estudis de llengua i literatura catalana* XI, pp. 95-125.

— (1992-1993): «Modelli storici, tradizioni culturali e identità letteraria nella Catalogna medievale», *Lengua & Literatura*, 5, pp. 479-494.

— (2003-2004): «Historiografia catalana al temps de Pere II i Alfons II (1276-1291). Edició y estudio de textos inèdits: 1. Crònica del rei Pere», *Acta Medievalia*, 25.

— (2006): *Historiografia, propaganda i comunicació al segle XIII: Bernat Desclot i les dues redaccions de la seva crónica*, Barcelona, Institut d'Estudis Catalans.

— (ed.) (2006): *Bernat Metge, Lo somni*, Barcelona, Barcino.

— (2007): *La memòria dels reis*, Barcelona, Base.

CLANCHY, M. C. (1979): *From Memory to Written Record: Englang, 1066-1307*, Cambridge, Harvard University Press.

CLIFFORD, James y George E. MARCUS (eds.) (1986): *Writing Culture: The Poetics and Politics of Ethnography*, Berkeley, University of California Press.

COHEN, Ralf (1986): «History and Genre», *New Literary History*, 17, pp. 203-218.

COHEN, Sandy (1986): *Historical Culture. On the Recoding of an Academic Discipline*, Berkeley, University of California Press.

COLL I ALENTORN, Miquel (ed.) (1949-1951): *Bernat Desclot. Crònica*, 5 vols., Barcelona, Barcino.

COLL I ALENTORN, Miquel (1951-1952): «La historiografía de Catalunya en el període primitiu», *Estudis Romànics*, III, pp. 139-196.

— (1991): *Historiografía*, Barcelona, Curial.

— (1993): «Guifré el Pelós en la historiografia i la llegenda», *Llegendari*, Barcelona, Curial, pp. 51-135.

COUSER THOMAS, G. (1995): «Authorit», *a/b: Auto/biography Studies*, 10.1, pp. 34-49.

DACOSTA, Arsenio (1997): «¡Pelayo vive! Un arquetipo político en el horizonte ideológico del Reino Asturleonés», *Espacio, Tiempo y Forma, Serie III, Historia Medieval*, 10, pp. 89-135.

— (1999): «*E por otra manera dise la Historia*: relatos legendarios sobre los orígenes políticos de Asturias y Vizcaya en la Edad Media», *BiTARTE*, pp. 33-50.

— (2004): «Relato y discurso en los orígenes del reino asturleonés», *Studia Historica*, 2, pp. 153-168.

DAGENAIS, John (1994): *The Ethics of Reading in Manuscript Culture. Glossing the Libro de Buen Amor*, Princeton, Princeton University Press.

DAHOOD, Roger (ed.) (1998): *The Future of the Middle Ages and the Renaissance. Problems, Trends, and Opportunities for Research*, Turhnout, Brepols.

DALWIN, John W. (1986): *The Government of Philip Augustus: Foundations of French Royal Power in the Middle Ages*, Berkeley, University of California Press.

DAMIAN-GRINT, Peter (1999): *The New Historians of the Twelfth-Century Renaissance. Inventing Vernacular Authority*, Oxford, Woodbridge.

DAVIS, Natalie Z. (1982): *Le retour de Martin Guerre*, París, Laffont.

DELPECH, François (1993): *Histoire et Légende. Essai sur la genèse d'un thème épique aragonais*, París, Publications de la Sorbonne.

DERRIDA, Jacques (1967): *L'écriture et la différence*, París, Seuil.

— (1980): «The Law of Genre», *Critical Inquiry*, 7, pp. 55-82.

DONOVAN, Stephen; Danuta FJELLESTAD y Rolf LUNDÉN (eds.) (2008): *Authority Matters. Rethinking the Theory and Practice of Authorship*, Amsterdam, Rodopoi.

DOSSE, François (2001): *Història. Entre la ciència i el relat*, València, Universitat de València.

DUBROW, Heather (1982): *Genre*, Londres, Methuen.

DUBY, Georges (1973): «Remarques sur la littérature généalogique en France aux XIe et XIIe siècles», en *Hommes et structures du Moyen Age*, París, Mouton.

— (1973): *Le Dimanche de Bouvines, 27 juillet 1214*, París, Gallimard.
— (1978): *Medieval Marriage*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press.
DUBY, Georges y Jacques LE GOFF (eds.) (1977): *Famille et parenté dans l'Occident Médiéval*, Roma, École Française de Roma.
EAKIN, Paul J. (1991): «Introduction», en Eakin (ed.), *American Autobiography. Retrospect and Prospect*, Madison, University of Wisconsin Press.
— (1992): *Touching the World: Reference in Autobiography*, Princeton, Princeton University Press.
ELIADE, Mircea (1963): *The Myth of the Eternal Return: Myth and Reality*, Nueva York, Pantheon Books.
ENGEN, John Van (ed.) (1994): *The Past and the Future of Medieval Studies*, Notre Dame, Ind.
FERNÁNDEZ DE LARREA, Jon Andoni y José Ramón DÍAZ DE DURANA (eds.) (2010): *Memoria e historia. Utilización política en la Corona de Castilla al final de la Edad Media*, Madrid, Sílex.
FLEISCHMAN, Suzanne (1983): «On the Representations of History and Fiction in the Middle Ages», *History and Theory*, 22, pp. 278-310.
— (1990): «Philology, Linguistics, and the Discourse of the Medieval Text», *Speculum*, 65, pp. 19-37.
FLUVIÀ, Armand de (1989): «La qüestió de l'ascendència del comte Guifré I el Pelós», *Revista de Catalunya*, 28, pp. 83-87.
FOLGER, Robert (2003): *Generaciones y Semblanzas. Memory and Genealogy in Medieval Iberian Historiography*, Tübingen, Narr.
FOLZ, Robert (1950): *Le souvenir et la légende de Charlemagne dans l'Empire germanique médiéval*, París, Les Belles Lettres.
FOUCAULT, Michel (1984): «What is an Author», en P. Rabinow (ed.), *The Foucault Reader*, Nueva York, Pantheon Books, pp. 101-120.
FOWLER, Alistar (1982): *Kinds of Literature. An Introduction to the Theory of Genres and Modes*, Oxford, Oxford University Press.
FRANTZEN, Allen J. (1991): *Speaking two Languages. Traditional Disciplines and Contemporary Theory in Medieval Studies*, Albany, State University of New York Press.
FREEDMAN, Paul (1988): «Cowardice, Heroism, and the Legendary Origins of Catalonia», *Past and Present*, 121, pp. 3-28.
FREEDMAN, Paul y Gabrielle M. SPIEGEL (1998): «Medievalisms Old and New: The Rediscovery of Alterity in North American Medieval Studies», en *American Historical Review*, 103, pp. 677-704.
FRYE, Northrop (1956): *The Anatomy of Criticism*, Princeton, Princeton University Press.

GADDIS, John L. (2004): *The Landscape of History: how Historians Map the Past*, Oxford, Oxford University Press.

GALBRAITH, Vivian H. (1982): *Kings and Chroniclers. Essays in English Medieval History*, Londres, Hambledon.

GALLAGH, Catherine y Stephen GREENBLATT (2000): *Practicing New Historicism*, Chicago, University of Chicago Press.

GEERTZ, Clifford (1973): *The Interpretation of Cultures. Selected Essays*, Nueva York, Basic Books.

— (1995): *After the Fact. Two Countries, Four Decades, One Anthropologist*, Cambridge, Harvard University Press.

GENETTE, Gérard y Tzvetan TODOROZ (eds.) (1986): *Théorie des genres*, París, Seuil.

GENICOT, Leopold (1975): *Les Généalogies*, Turnhout, Brepols.

— (1975): «Princes territoriaux et sang carolingien. La *Genealogia comitum buloniensium*», en *Études sur les principautés lotharingiennes*, Louvain, Université de Luvain, pp. 217-306.

GERTH, Hans Heinrich y C. WRIGHT MILLS (eds.) (1958): *From Max Weber: Essays in Sociology*, Nueva York, Oxford University Press.

GHADESSY, Mohsen (ed.) (1999): *Text and Context in Functional Linguistics*, Amsterdam, Benjamins.

GINZBURG, Carlo (1976): *Il formaggio e i vermi. Il cosmo di un mugnaio del '500*, Turín, Einaudi.

— (1979): «Roots of a Scientific Paradigm», *Theory and Society*, 7.

GRANDSEN, Antonia (1974): *Historical Writing in England, c. 550-c. 1307*, Londres, Routledge.

GRANET, Marcel (1926): *Danses et légendes de la chine ancienne*, París, Alcan.

GREENBLATT, Stephen (1980): *Renaissance Self-Fashioning: From More to Shakespeare*, Chicago, University of Chicago Press (con un nuevo Prefacio en la edición de 2005).

— (2007): «Towards a Poetics of Culture», *Learning to Curse*, Nueva York, Routledge.

GREENBLATT, Stephen y Giles GUNN (eds.) (1992): *Redrawing the Boundaries. The Transformation of English and American Literary Studies*, Nueva York, The Modern Language Association of America.

GREETHAM, D. C. (1997): «The Resistance to Philology», en D. C. Greetham (ed.), *The Margins of the Text*, Ann Arbor, University of Michigan Press.

— (1998): «Romancing the Text, Medievalizing the Book», en Richard Utz y Tom Shippey (eds.), *Medievalism in the Modern World*, Turnhout, Brepols.

GUENÉE, Bernard (1973): «Histoires, annales, chroniques. Essai sur les genres historiques au moyen âge», *Annales. Économies, Sociétés, Civilisations*, 28, pp. 997-1016.

— (1978): «Les généalogies entre l'histoire et la politique: la fierté d'être Capétien en France au Moyen Âge», *Annales. Économies, Sociétés, Civilisations*, 33, pp. 450-477.

— (1980): *Histoire et culture historique dans l'Occident medieval*, París, Aubier.

GUIETTE, Robert (1963): «Chanson de geste, chronique et mise en prose», *Cahiers de Civilisation Médiévale*, 6, pp. 423-440.

GUMBRECHT, Hans Ulrich (2003): *The Powers of Philology. Dynamics of Textual Scholarship*, Urbana, IL, University of Illinois Press.

HAMILTON, Paul (1996): *Historicism*, Londres, Routledge.

HEDEMAN, Anne H. (1991): *The Royal Image. Illustrations of the Grandes Chroniques de France, 1274-1422*, Berkeley, University of California Press.

HENRETTA, James A. (1979): «Social History as Lived and Written», *American Historical Review*, 84, pp. 1293-1322.

HILLENBRAND, Eugen (ed.) (1979): *Vita Caroli Quarti. Die Atutobiographie Karls IV*, Stuttgart, Fleischhauer & Spohn Verlag.

HIREL, Sophie (2007): «Le roi, le moine et la cloche. Genèse d'un modèle et tentative de mythification du roi Ramire II d'Aragon (1135-1137)», en Jean-Christophe Cassard, Elisabeth Gaucher y Jean Kerhervé (eds.), *Verité poétique, vérité politique. Mythes, modèles et idéologies politiques au Moyen Âge*, Brest, Centre de recherche bretonne et celtique, pp. 241-260.

HOBSBAWM, Eric y Terence RANGER (eds.) (1983): *The Invention of Tradition*, Cambridge, Cambridge University Press.

HULT, David F. (1986): «The Medieval Author», en *Self-fulfilling Prophecies. Readership and Authority in the First Roman de la Rose*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 25-64.

HUNT, Lynn (ed.) (1989): *The New Cultural History*, Berkeley, University of California Press.

HUOT, Sylvia (1993): *The* Romance of the Rose *and its Medieval Readers: Interpretation, Reception, Manuscript Transmission*, Cambridge, Cambridge University Press.

IGGERS, George G. (2005): *Historiography in the Twentieth Century. From Scientific Objectivity to the Postmodern Challenge*, Middletown, CT, Wesleyan University Press.

JAMESON, Frederick (1981): *The Political Unconscious: Narrative as a Socially Symbolic Act*, Ithaca, Cornell University Press.

JAUSS, Hans-Robert (1970): «Littérature médiévale et théorie des genres», *Poetique*, 1, pp. 79-101.

JOYCE, Patrick (1998): «The Return of History: Postmodernism and the Politics of Academic History in Britain», *Past and Present*, 158, pp. 207-235.

KAMAKAU, Samuel M. (1961): *The Ruling Chiefs of Hawaii*, Honolulu, Kamehameha Schools Press.

KAMMEN, Michael (1984): «Extending the Reach of American Cultural History», *American Studies*, 29, pp. 19-42.

KIMMELMAN, Burt (1996): *The Poetics of Authorship in the Later Middle Ages. The Emergence of Modern Literary Persona*, Nueva York, P. Lang.

KLAPISCH-ZUBER, Christiane (1993): «La Genèse de l'arbre généalogique», en Michel Pastoreau (ed.): *L'Arbre : Histoire naturelle et symbolique de l'arbre, du bois et du fruit au Moyen Age*, París, Léopard d'or, pp. 41-81.

KRISTEVA, Julia (1980): «The Novel as Polylogue», en *Desire in Language: A Semiotic Approach to Literature and Art*, Nueva York, Columbia University Press.

LACAPRA, Dominick (1985): *History and Criticism*, Ithaca, Cornell University Press.

LACAPRA, Dominick y Steven L. KAPLAN (eds.) (1982): *Modern European Intellectual History: Reappraisals and New Perspectives*, Ithaca, Cornell University Press.

LE GOFF, Jacques (1963): «Le temps du travail dans la *crise* du XIVe siècle: du temps médiéval au temps moderne», *Le Moyen Age*, 69, pp. 597-613.

— (1977): «Au Moyen Âge: Temps de l'Église et temps du marchand», en *Pour un autre Moyen Âge. Temps, travail et culture en Occident*, París, Gallimard, pp. 46-65.

— (ed.) (1978): *La nouvelle histoire*, París, Retz.

LE ROY LADURIE, Emmanuel (1975): *Montaillou, Village occitan de 1294 à 1324*, París, Gallimard.

LEJEUNE, Philippe (1975): *Le pacte autobiographique*, París, Seuil.

LÉVY-BRUHL, Lucien (1910): *Les fonctions mentales dans les sociétés inférieures*, París, Alcan.

LEWIS, Andrew W. (1977): «Dynastic Structures and Capetian Throne Right: The Views of Giles of Paris», *Traditio*, 33, pp. 225-252.

LINEHAN, Peter (1993): *History and the Historians of Medieval Spain*, Oxford, Clarendon.

LOOZE, Laurence de (2006): *Manuscript Diversity, Meaning, and Variance in Juan Manuel's El Conde Lucanor*, Toronto, Carleton University.

LOWENTHAL, David (1985): *The Past is a Foreign Country*, Cambridge, Cambridge University Press.

LYOTARD, Jean-François (1984): *The Postmodern Condition: A Report on Knowledge*, Minneapolis, University of Minneapolis Press.

MALINOWSKI, Bronislaw (1954): *Magic, Science and Religion*, Nueva York, Doubleday.

MALO, Davida (1971): *Hawaiian Antiquities*, Honolulu, Bishop Museum Press.

MARCHELLO-NIZIA, Christine (1985): «De l'*Eneida* à l'*Eneas*: Les Attributs du fondateur», en *Lectures médiévales de Virgile. Actes du colloque organisé par l'École française de Rome (Rome, 25-28 octobre 1982)*, Roma, École française de Rome.

MARCUS, Laura (1994): *Auto/biographical Discourses. Theory. Criticism. Practice*, Manchester, Manchester University Press.

MARNETTE, Sophie (2006): «The Experiencing Self and the Narrating Self in Medieval French Chronicles», en Viginie Greene (ed.): *The Medieval Author in Medieval French Literature*, Nueva York, Palgrave Macmillan.

MARTIN, Georges (1992): *Les juges de Castille. Mentalités et discours historique dans l'Espagne médiévale*, París, Klincksieck.

— (1997): «Un récit: la chute du royaume wisigothique d'Espagne dans l'historiographie chrétienne des VIIIe et IXe siècles», *Histoires de l'Espagne médiévale. Historiographie, geste, romancero*, París, Klincksieck, pp. 11-42.

— (1997): «Le récit héroïque castillan (formes, enjeux sémantiques et fonctions socio-culturelles)», en *Histoires de l'Espagne médiévale. Historiographie, geste, romancero*, París, Klincksieck, pp. 139-152.

— (ed.) (2000): *La historia alfonsí. El modelo y sus destinos (siglos XIII-XV)*, Madrid, Casa de Velázquez.

MARTÍN-GAITE, Carmen (1989): *Lo raro es vivir*, Barcelona, Anagrama.

— (2002): *Cuadernos de todo*, Barcelona, Areté.

MCCROMICK, Michael (1975): *Les Annales du aut moyen âge*, Turnhout, Brepols.

MCDONALD, Terrence J. (ed.) (1996): *The Historic Turn in the Human Sciences*, Ann Arbor, Michigan University Press.

MCGANN, Jerome J. (1983): *A Critique of Modern Textual Criticism*, Chicago, The University of Chicago Press.

MCLUHAN, Marshall (1964): *Understanding Media*, Nueva York, McGraw-Hill.

MICHONNEAU, Stéphane (2002): *Barcelona: memòria i identitat: monuments, commemoracions i mites*, Vic, Eumo.

MIDDLETON, Anne (1992): «Medieval Studies», en Stephen Greenblatt y Giles Gunn (eds.): *Redrawing the Boundaries. The Transformation of English and American Literary Studies*, Nueva York, The Modern Language Association of America, pp. 12-40.

MILLER, Carolyn R. (1984): «Genre as Social Action», *Quarterly Journal of Speech*, 70, pp. 151-167.

MINNIS, A. J. (1988): *Medieval Theory of Authorship. Scholastic Literary Attitudes in the Later Middle Ages*, Londres, Scolar Press.

MISCH, Georg (1955-1967): *Geschichte der Autobiographie*, Frankfurt/Mainz, G. Schulte-Bulmke.

MOEGLIN, Jean-Marie (2005): «La mémoire d'un herós fondateur: Lidéric forestier et comte de Flandre», en Agostino Paravicini Bagliani (ed.): *La mémoire du temps au Moyen Age*, Florencia, Sismel, pp. 87-116.

MONTOLIU, Manuel de (1922): «La canço de gesta de Jaume I», *Butlletí Arqueològic Tarraconense*, Tarragona.

— (1959): *Les Quatre Grans Cròniques*, Barcelona, Alpha.

MORRIS, Collin (1972): *The Discovery of the Individual*, Toronto, Toronto University Press.

MUNSLOW, Alun (2000): *The Routledge Companion to Historical Studies*, Londres, Routledge.

NICHOLS, Stephen G. (1990): «Introduction: Philology in a Manuscript Culture», *Speculum*, 65, pp. 1-10.

— (2005): «Writing the New Middle Ages», en *PMLA*, 120.2, pp. 422-441.

NORA, Pierre (1989): «Between Memory and History: Les Lieux de Mémoire», *Representations*, 26.

NORRIS, Christopher (1985): «Philosophy as a Kind of Narrative: Rorty on Postmodern Liberal Culture», en *The Contest of Faculties: Philosophy and Theory after Deconstruction*, Nueva York, Methuen.

OLÁBARRI, Ignacio (1995): «New New History: A Longe Durée Structure», *History and Theory*, 34, pp. 1-29.

OLNEY, James (1980): «Autobiography and the Cultural Moment», en Olney (ed.), *Autobiography: Essays Theoretical and Critical*, Princeton, Princeton University Press.

OLSEN HANGOM, Stein (1973): «Authorial Intention», *British Journal of Aesthetics*, 13, pp. 219-231.

OLWER, Lluís Nicolau d' (1915-1920): «L'escola poètica de Ripoll en els segles X-XIII», *Anuari de l'Institut d'Estudis Catalans*, pp. 3-84.

ORR, Linda (1986): «The Revenge of Literature», *New Literary History*, 18, pp. 1-22.

PADEN, William D. (1994): «Scholars at a Perilous Ford», en W. D. Paden (ed.), *The Future of the Middle Ages: Medieval Literature in the 1990s*, Gainesville, University Press of Florida, pp. 3-31.

PARDO, Madeleine (2006): *L'historien et ses personnages. Études sur l'historiographie espagnole médiévale*, Lyon, ENS, pp. 61-115.

PARKER DALE, Robert (2008): *How to Interpret Literature: Theory for Literary and Cultural Studies*, Oxford, Oxford University Press.

PARTNER, Nancy F. (1977): *Serious Entertainments. The Writing of History in Twelfth-Century England*, Chicago, University of Chicago Press.

PATTERSON, Lee (1987): *Negotiating the Past. The Historical Understanding of Medieval Literature*, Madison, University of Wisconsin Press.

— (1990): «On the Margin: Postmodernism, Ironic History, and Medieval Studies», *Speculum*, 65, pp. 87-108.

— (1990): «Introduction: Critical Historicism and Medieval Studies», en Patterson (ed.), *Literary Practice and Social Change in Britain, 1380-1530*, Berkeley, University of California Press, pp. 1-14.

— (1994): «The Return of Philology», en John Van (ed.), *The Past and the Future of Medieval Studies*, Notre Dame, University of Notre Dame Press.

PATTISON, David G. (1983): *From Legend to Chronicle. The Treatment of Epic Material in Alphonsine Historiography*, Oxford, Society for the Study of Mediaeval Languages and Literature.

PELLISTRANDI, Benoit (2004): *Un discours national? La Real Academia de la Historia: entre science et politique (1847-1897)*, Madrid, Casa de Velázquez.

PHILLIPS, Mark Salber (2003): «Histories, Micro- and Literary: Problems of Genre and Distance», *New Literary History*, 34, pp. 211-229.

PIETERS, Jürgen (2001): *Moments of Negotiation. The New Historicism of Stephen Greenblatt*, Amsterdam, Amsterdam University Press.

POCOCK, J. G. A. (1989): *Politics, Language and Time: Essays on Political Thought and History*, Chicago, University of Chicago Press.

PONSICH, Paul (1954-1955): «Le rôle de Saint-Michel de Cuxa dans la formation de l'historiographie catalane et l'historicité de la légende de Wifred le Velu», *Etudes Roussillonnaises*, pp. 156-159.

PONSICH, Paul (1988): «El problema de l'ascendència de Guifré el Pelós», *Revista de Catalunya*, 23, pp. 35-44.

POPKIN, Jeremy D. (2005): *History, Historians & Autobiography*, Chicago, The Chicago of University Press.

PUJOL, Josep M. (1994): «Introducció», en *Jaume I. Llibre dels fets, versió a cura de Josep M. Pujol*, Barcelona, Teide.

RADULESCU, R. y E. D. KENNEDY (eds.) (2010): *Broken Lines. Genealogical Literature in Medieval Britain and France*, Turnhout, Brepols.

RANUM, Orest (1980): *Artisans of Glory. Writers and Historical Thought in Seventeenth Century France*, Chaper Hill, University of North Carolina Press.

REMENSYDER, Amy G. (1995): *Remembering Kings Past. Monastic Foundation Legends in Medieval Southern France*, Ithaca, Cornell University Press.

RICOEUR, Paul (1980): «Narrative Time», *Critical Inquiry*, 7.

— (1983-1985): *Temps et récit*, París, Seuil.

RIERA I SANS, Jaume (1982): «La personalitat eclesiàstica del redactor del *Llibre dels fets*», en *Jaime I y su época*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, III, pp. 575-589.

RIOS SALOMA, Martín F. (2011): *La Reconquista, una construcción historiográfica (siglos XVI-XIX)*, Madrid, Marcial Pons.

RIQUER, Martí de (1964): *Història de la literatura catalana*, Barcelona, Ariel.

RORTY, Richard (ed.) (1967): *The Linguistic Turn. Recent Essays in Philosophical Method*, Chicago, The University of Chicago Press.

ROSS, Dorothy (ed.) (1994): *Modernist Impulses in the Human Sciences, 1870-1930*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.

ROUSE, Richard H. y Mary A. ROUSE (2000): *Illiterati et uxorati. Manuscripts and their makers. Commercial Book Producers in Medieval Paris, 1200-1500*, Turnhout, H. Miller.

RUBIÉS, Joan-Pau y Josep Maria SALRACH (1985): «Entorn de la mentalitat i la ideologia del bloc de poder feudal a través de la historiografia medieval fins a les quatre gran cròniques», en Jaume Portella (ed.): *La formació i l'expansió del feudalisme català*, Girona, Ajuntament de Girona.

RUBIN, Miri (2002): «What is Cultural History Now?», en David Cannadine (ed.): *What is History Now?*, Hampshire, Palgrave.

RUBIÓ I BALAGUER, Jordi (1932): «Les versions catalanes de la llegenda del bon comte de Barcelona i l'emperadriu d'Alemanya», *Estudis Universitaris Catalans*, pp. 250-287.

RUBIÓ I BALAGUER, Jordi (1987): *Historia i Historiografia*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat.

RUIZ DOMÈNEC, José Enrique (1979): «Système de parenté et théorie de l'alliance dans la société catalane (env. 1000-env. 1240)», *Revue Historique*, pp. 305-326.

— (1984): *La memoria de los feudales*, Barcelona, Argot.

— (1997): «Iluminaciones sobre el pasado de Barcelona», en David Abulafia y Blanca Garí (eds.): *En las costas del Mediterráneo Occidental*, Barcelona, Omega, pp. 63-93.

RYAN, Kiernan (1996): *New Historicism and Cultural Materialism. A Reader*, Londres, Arnold.

RYDING, William W. (1971): *Structure in Medieval Narrative*, París, Mouton.

SALRACH, Josep Maria (1978): *El procés de formació nacional de Catalunya (segles VIII-IX)*, Barcelona, Edicions 62.

SAVILE, Anthony (1972): «The Place of Intention in the Concept of Art», en Harold Osborne (ed.): *Aesthetics*, Oxford, Oxford University Press, pp. 158-176.

SCANLON, Larry (1994): «Auctoritas and Potestas: a Model of Analysis for Medieval Culture», en *Narrative, Authority, and Power. The Medieval Exemplum and the Chaucerian Tradition*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 36-54.

SCHAEFFER, Jean-Marie (1983): «Du texte au genre. Notes sur la problématique générique», *Poetique*, 53, pp. 3-18.

SCHAMA, Simon (1999): *Rembrandt's Eyes*, Londres, Knopf.

SCHMITT, Carl (1984): *Dottrina della constituzione*, Milano, Giuffrè.

SCHMITT, Jean-Claude (2003): *La conversion d'Hermann le Juif. Autobiographie, histoire et fiction*, París, Seuil.

SCHNEIDMÜLLER, Bernd (2002): «Constructing the Past by Means of the Present. Historiographical Foundation of Medieval Institutions, Dynasties, Peoples, and Communities», en Gerd Althoff, Johannes Fried y Patrick J. Geary (eds.): *Medieval Concepts of the Past. Ritual, Memory, Historiography*, Cambridge, Cambridge University Press.

SEWELL JR., William H. (1980): *Work and Revolution in France: The Language of Labor from the Old Regime to 1848*, Cambridge, Cambridge University Press.

— (1999): «The Concept(s) of Culture», en Victoria E. Bonell y Lynn Hunt (eds.): *Beyond the Cultural Turn*, Berkeley, The University of Califonia Press.

SEWELL JR., William H. (2005): *Logics of Historiy. Social Theory and Social Transformation*, Chicago, The University of Chicago Press.

SHIDELER, John C. (1983): *A Medieval Catalan Noble Family: The Montcadas, 1000-1230*, Berkeley, University of California Press.

SKINNER, Quentin (1969): «Meaning and Understanding in the History of Ideas», *History and Theory*, 8, pp. 3-53.

— (1972): «Motives, Intentions, and the Interpretation of the Texts», *New Literary History*, 3, pp. 393-408.

SMITH-ROSENBERG, Carroll (1989): «The Body Politic», en Elizabeth Weed (ed.): *Coming to Terms: Feminism, Theory, Politics*, Nueva York, Routledge.

SOLDEVILA, Ferran (1958): «Les prosificacions en els primers capítols de la Crònica de Desclot», en *Discurso de recepción de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona*, Barcelona, Real Academica de Buenas Letras de Barcelona.

— (ed.) (1971): *Jaume I, Bernat Desclot, Ramon Muntaner, Pere III. Les Quatre Grans Cròniques*, Barcelona, Selecta.

SPIEGEL, Gabrielle M. (1971): «The Reditus Regni ad Stirpem Karoli Magni: A New Look», *French Historical Studies*, 7, pp. 145-174.

— (1975): «Genealogy: Form and Function in Medieval Historical Narrative», *History and Theory*, 22, pp. 314-325.

— (1978): *The Chronicle Tradition of Saint-Denis: A Survey*, Brookline, Classical Folia Editions.

— (1987): «Social Change and Literary Language: The Textualization of the Past in Thirteenth-Century French Historiography», en *Journal of Medieval and Renaissance Studies*, 17, pp. 129-148.

— (1990): «History, Historicism and the Social Logic of the Text in the Middle Ages», *Speculum*, 65, pp. 59-86.

— (1993): *Romancing the Past. The Rise of Vernacular Prose Historiography in Thirteenth-Century France*, Berkeley, University of California Press.

— (1997): *The Past as Text. The Theory and Practice of Medieval Historiography*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.

STAHULJAK, Zrinka (2005): *Bloodless Genealogies of the French Middle Ages. Translatio, Kinship, and Metaphor*, Gainesville, University Press of Florida.

STEINMETZ, George (ed.) (1999): *State/Culture: State - Formation after the Cultural Turn*, Ithaca, Cornell University Press.

STOCK, Brian (1983): *The Implications of Literacy. Written Language and Models of Interpretation in the Eleventh and Twelfth Century*, Princeton, Princeton University Press.

STOCK, Brian (1986): «History, Literature, and Medieval Textuality», en Kevin Brownlee y Stephen G. Nichols (eds.): *Images of Power. Medieval History / Discourse / Literature*, New Haven, Yale University Press, pp. 7-17.

STONE, Lawrence (1981): «The Revival of Narrative: Reflections on a New Old History», en *The Past and the Present*, Boston, Routledge, pp. 74-96.

— (1991): «History and post-modernism», *Past and Present*, p. 131.

STROHM, Paul (2000): *Theory and the Premodern Text*, Minneapolis, University of Minnesota Press.

SUNY, Ronald Grigor (2002): «Back and Beyond: Reversing the Cultural Turn?», *American Historical Review*, 107, pp. 1476-1482.

TAYLOR, Andrew (2002): *Textual Situations. Three Medieval Manuscripts and Their Readers*, Philadelphia, University of Pennsylvania Press.

THAPAR, Romila (1978): «Genealogy as a Source of Social History», en *Ancient Indian Social History. Some Interpretations*, Delhi, Orient Longman, pp. 326-360.

— (1992): «Society and Historical Consciousness. The *Itihasa*-purana, Tradition», en *Interpreting Early India*, Oxford, Oxford University Press, pp. 137-173.

— (2000): «Genealogical Patterns as Perceptions of the Past», *Cultural Pasts. Essais in Early Indian History*, Oxford, Oxford University Press, pp. 709-753.

THOMAS, Brook (1991): *The New Historicism and Other Old-Fashioned Topics*, Princeton, Princeton University Press.

UTZ, Richard y Tom SHIPPEY (eds.) (1998): *Medievalism in the Modern World*, Turnhout, Brepols.

VALERI, Valerio (1990): «Constitutive History: Genealogy and Narrative in the Legitimation of Hawaiian Kingship», en Emiko Ohnuki-Tierney (ed.): *Culture Through Time. Anthropological Approaches*, Stanford, Stanford University Press, pp. 154-192.

VALLS I TABERNER, Ferran (ed.) (1984): *Los Usatges de Barcelona. Estudios, comentarios y edición bilingüe del texto*, Barcelona, Promociones Publicaciones Universitarias.

VANCE, Eugène (1991): «Semiotics and Power: Relics, Icons and the *Voyage de Charlemagne à Jérusalem et à Constantinople*», en Marina S. Brownlee, Kevin Bownlee, Stephen G. Nichols (eds.): *The New Medievalism*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.

VEESER, H. Aram (ed.) (1994): *The New Historicism Reader*, Nueva York, Routledge.

VELAY-VALLANTIN, Catherine (1992): *L'histoire des contes*, París, Fayard.

VIARD, Jean (ed.) (1920-1953): *Les Grandes Chroniques de France*, 10 vols., París, Société de l'Histoire de France.

VILLACAÑAS, José Luis (2003): *Jaume I el Conquistador*, Madrid, Espasa Calpe.

WARD, Aengus (2011): *History and Chronicles in Late medieval Iberia: Representations of Wamba in Late Medieval Narrative Histories*, Leiden, Brill.

WELLEK, René (1967): «The Concept of Realism in Literary Scholarship», en *Concepts of Criticism*, New Haven, Yale University Press, pp. 222-255.

WENER, Karl F. (1979): *Structures politiques du monde franc (VIe-XIIe siècles). Études sur les origines de la France et de l'Allemagne*, Londres, Variorum.

WENZEL, Siegried (1990): «Reflections on (New) Philology», *Speculum*, 65, pp. 11-18.

WHITE, Hayden V. (1973): *Metahistory. The Historical Imagination in Nineteenth Century Europe*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.

— (1978): «The Historical Text as Literary Artifact», en *Tropics of discourse. Essays in Cultural Criticism*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.

— (1989): *The Content of the Form: Narrative Discourse and Historical Representation*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press.

— (1999): «Literary Theory and Historical Writing», en *Figural Realism. Studies in the Mimesis Effect*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.

WOOD, Gordon S. (2008): *The Purpose of the Past. Reflections on the Uses of History*, Nueva York, The Penguin Press.

WORKMAN, Leslie J. (ed.) (1992): *Medievalism in England*, Cambridge, Brewer.

— (ed.) (1994): *Medievalism in Europe*, Cambridge, Brewer.

ZIMMERMANN, Michel (1980): «La prise de Barcelona par al-Mansûr et la naissance de l'historiographie catalane», *Annales de Bretagne et des pays de l'Ouest*, pp. 191-218.

ZINK, Michel (1999): *The Invention of Literary Subjectivity*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press.

ZUMTHOR, Paul (1975): *Langue, texte, énigme*, París, Seuil.

— (1983): *Introduction à la poésie orale*, París, Seuil.

ÍNDICE ANALÍTICO

A

Abelardo, Pedro, 49, 51, 53
Historia Calamitatum, 49, 51
academicismo, 146, 153, 154
Achard, conde de Bar-sur-Aube, 34
Adamthwaite, Anthony, 9
África, 98
Agustín de Hipona, 49, 51, 53, 148
Confesiones, 49, 51
Ainsworth, Peter F., 132
Alemania, 26, 27, 94, 115, 134
Alfonso I el Casto de Aragón, 19, 39, 90
Alfonso III de Castilla, 46
Alfonso VI de Castilla, 68
Alfonso VIII de Castilla, 59
Alfonso X el Sabio de Castilla, 25, 61
Estoria de Espanna, 68
Täller alfonsí, 25, 46
Al-Mansûr, 40
almohades, 98
almogávares, 98
Althusser, Louis, 81
Amelang, James, 52, 54
American Historical Review, 109
anales, 10, 16, 17, 29, 49, 76, 122, 151
Anjou, condes de, 19, 34, 87
Ankersmit, Frank, 150
Annales, escuela historiográfica, 85, 86, 115, 125, 126, 148
Annales de Saint-Bertin, 41
anticuarianismo (ver preterismo), 11, 124, 144, 146
antropología, 10, 35-37, 89, 118, 119, 129-132
Aragón, 19, 29, 30, 34, 40, 73, 74, 86, 87, 89-92, 101, 102, 122
Archambaud, conde de Comborn, 34
Aristóteles, 153
Arnoldo el Grande, conde de Flandes, 19
Arnoldo el Joven, conde de Flandes, 19
artúrica, leyenda, 90, 91
Asperti, Stefano, 60, 71
Asturias, 34, 37, 46
audiencia, 65, 66, 129, 134, 135, 156
Auerbach, Erich, 84, 132, 153
Mimesis, 153
Aurell, Martin, 9, 92
autobiografía, género, 10, 31, 47-72, 122, 151
autoría, 55-69, 86, 103, 104, 134, 135, 149, 150
autoridad, 55-68, 135

B

Baena, Rosalía, 10
Bailyn, Bernard, 82
Bakhtin, Mikhail, 119, 132, 153
La imaginación dialógica, 153
Balduino I, brazo de hierro, conde de Flandes, 41
Balmaceda, Catalina, 10
Barcelona, ciudad, 40, 95
Barcelona, condado, 74
Barcelona, condes, 15-46, 86, 87, 89-97, 101, 122
Bar-sur-Aube, dinastía, 34
Barthes, Roland, 61, 80, 82, 86, 94
Beer, Jeanette M. A., 132
Bélgica, 115
Berga, 66
Bernardo de Septimania, 94, 96
Berr, Henri, 115
Berte aus grans piés, Adenes le Roi, 90
Béthune, anónimo de, 26
Chroniques des rois de France, 26

Betrando de Roquebrune, 95
Biblia, 18, 21, 65, 67
Biddick, Kathleen, 113, 124
biografía, género, 122, 151, 152
Bisson, Thomas N., 9
Bloch, Howard, 112, 132
Bloch, Marc, 109, 148
Blois, linaje, 34
Boulonge, condes de, 19
Bouvines, batalla de, 27
Brangiana, leyenda *Tristán e Isolda*, 90
Braudel, Fernand, 125, 148
Brenan, Gerald, 153
Bruguera, Jordi, 71
brujería, 114, 133
Burdeos, 98, 99, 102
Burke, Peter, 9
Burns, Robert I., 48, 57

C

calendarios, 18, 29, 122
Cambridge, 132
capeta, dinastía, 22, 25, 28, 30, 39, 40, 46, 87, 121
capital simbólico, 126
Cappenberg, abadía, 54
Carlomagno, 34, 41, 90
Carlos IV de Bohemia, 65
Carlos de Anjou, 97, 102
Carlos el Calvo, 39-42
Carolaldo, rey longobardo, 94
carolingia, dinastía, 20, 25, 34, 38, 41, 45, 46, 90, 96, 97, 121
Carr, E. H., 153, 154
Carrasco, Juan, 9
Castilla, 16, 20, 28, 29, 31, 34, 46, 58, 88, 108
Cataluña, 15-46, 58, 72, 74, 87, 89-97, 108
Centroeuropa, 134
Cerdanya, 39
Certeau, Michel, 101, 109, 153
La escritura de la historia, 153
Churchill, Winston, 53
ciencia política, 130
Cingolani, Stefano, 10, 60, 71, 75, 88
cliometría, 125, 149
codicografía, 110
Cohen, Sande, 81, 82
Coll i Alentorn, Miquel, 44, 60, 74, 75
Collingwood, Robin, 148
Colonia, 95
contextualización, 117-121, 132, 136, 138, 139
crítica literaria, 76-86, 110-121, 125, 129-141, 150
Croce, Benedetto, 148
Crónica latina de los reyes de Castilla, 88
cruzadas, narraciones testimoniales de, 20, 25, 26, 52, 68-72, 93
cuantitativismo, 85, 125, 126, 145, 148, 153

D

Dacosta, Arsenio, 10, 12
Damian-Grint, Peter, 67
Dante, 74
Divina Comedia, 74
Darnton, Robert, 153
Davis, Natalie Z., 10, 109, 146, 152
El retorno de Martin Guerre, 146
Davis, Rocío G., 10
deconstruccionismo, 78, 118, 130
Derrida, Jacques, 79, 81, 82, 118, 121, 123, 133
Desclot, Bernat, 10, 12, 70, 71, 73-104
Llibre del rei en Pere, 10, 73-104
Díaz de Durana, José Ramón, 12
Dinamarca, 41
diplomática, 110, 113
discurso, teorías del, 85, 130
Domínguez, Juan Pablo, 10
Duby, Georges, 109, 126, 146, 148, 154
El domingo de Bouvines, 154
La Europa de las catedrales, 146
Maconnâis, 154
Dulce, hija de Gispert de Provenza, 95

E

Eakin, Paul J., 54
Eliade, Mircea, 35, 36

empiricismo, 79, 111
epigrafía, 110
Esaú, 42
Escandinavia, 34, 134
escepticismo histórico, 149, 154
Escrivà, Bernat, 73
esencialismo histórico, 139
España, 12, 34
estadístico, lenguaje, 85
Estados Unidos, 115
estructuralismo, 78, 85, 86, 125, 145, 148, 149
ética del historiador, 103, 104, 150, 155, 156
etnografía, 138
Europa, 20, 72

F

Federico I Barbarroja, 97
Felipe Augusto, 24, 30, 121
Fernández de Córdova, Álvaro, 9
Fernando III de Castilla, 24
Ferrer, Vicent, 12
feudalismo, 36
ficción, 83, 102-104, 149, 150
Flandes, 16, 19, 28, 37-43, 70
Fleischman, Suzanne, 132
Fortuny Lopes de Sàdaba, 59
Foucault, Michel, 61, 109, 133, 149
franca, monarquía, 34, 38-41
Francia, 16, 22, 24, 28, 30, 39, 40, 46, 58, 72, 94, 95, 97, 98, 108, 115, 121, 134
Fransesc, 88
Llibre de les nobleses dels reis, 88
Freedman, Paul, 9, 109, 114
Froissart, Jean, 70
Fruin, Robert, 115
Frye, Northrop, 80, 93, 132, 146
fuentes históricas, 81, 82, 86-92, 103
Fugelso, Karl, 12
Fulk Nerra, conde de Anjou, 70
Furió, Antoni, 9

G

Gaddis, John, 144
Galbraith, Vivian, 89
Galileo, 103, 145
Geary, Patrick, 9
Geertz, Clifford, 80, 93, 131, 146, 153
After the Fact, 146
genealogías, 10, 12, 15-32, 34, 37-40, 49, 72, 76, 102, 108, 118, 121, 122, 132, 141, 143, 151
géneros históricos, 15-32, 47-72, 139, 151, 152
géneros literarios, 10, 15-32, 47-72, 135, 139
Genesis, 21
Geoffroy de Villehardouin, 69
Gesta Comitum Barchinonensium, 10, 15-46, 60, 67, 68, 70, 89, 93, 102, 121
Ginzburg, Carlo, 103, 109, 145, 152
El queso y los gusanos, 145
giro lingüístico, 79, 109, 117, 122, 125, 126, 129-132, 139
Girona, 98
Gispert de Provenza, 95
Gouffier, conde de Lastours, 34
gran relato, 147
Grandes Chroniques de France, 21, 22, 25, 26, 28-31, 46, 68
Greene, Virginie, 132
Gregorio X, papa, 58
Guerra Civil española, 146
Guibert de Nogent, 51
De Vita Sua, 51
Guifré el Pelós, conde de Barcelona, 26, 29, 33-46, 71, 89, 93
Guillem de Alcalà, 90
Guillem de Corcelles, 58
Guillem de Montpellier, 59
Guillem Ramon de Montcada, 74, 87, 89, 92, 95, 101
Guines, condado, 41
Gundeberga, mujer del rey longobardo Carolaldo, 94

H

hagiografía, género, 122
Hawai, 23
Henretta, James A., 82
Hermann el Judío, 51, 53, 54, 65

héroe fundador, 10, 18-23, 33-46, 89, 143
Herrero, Montserrat, 10
historia cultural, 116, 129-132, 145
historia económica, 126, 148
historia intelectual, 132
historia social, 116
historicismo, 11, 79, 80, 85, 103, 113, 124, 139, 143-145, 148
historiografía científica, 78, 84, 111, 139, 148, 149
historiografía clásica, 127
historiografía contemporánea, 9, 10, 107-156
historiografía ilustrada, 129
historiografía romántica, 15, 16, 113
historiografía victoriana, 113
Hobsbawm, Eric, 84, 148
Hohenstaufen, dinastía, 87
holocausto, 150
Huizinga, Johan, 109
Hungría, 58

I
ideología, 80
Iglesia, 40
ilustración, 80, 129, 147, 149
India, 23
industrialización, 147
Inés de Montpellier, 59
Inglaterra, 26, 27, 30, 69, 72, 134
invención de la tradición, 137
Isaac, 42
Islam, 29, 39-41, 86, 98
Isolda, 90
Italia, 134

J
Jacob, 42
Jaime I el Conquistador, 10, 12, 20, 24, 30, 31, 47, 72-74, 83, 87, 90-93, 99, 100, 122
Llibre dels fets, 10, 12, 20, 30, 31, 47-72, 90-92, 100, 122
Jameson, Fredric, 82
Jay, Martin, 10
Jesucristo, 18, 64, 66, 90
Joinville, Jean de, 63
Jorge, san, 64, 65
Judit, hija de Carlos el Calvo, 41
Judit, mujer de Luis el Bondadoso, 94, 96

K
Kammen, Michael, 116
Kosto, Adam J., 9
Kristeva, Julia, 81, 82

L
LaCapra, Dominick, 82, 84, 140, 150
Lamberto de Ardres, 19, 41
Histoire des comtes de Gines, 19
Lamprecht, Karl, 115
Lancelot, 91
Languedoc, 58, 91
Le Goff, Jacques, 30, 109, 115, 126
Le Roy Ladurie, Emmanuel, 145, 154, 155
Montaillou, 145, 155
Lejeune, Philippe, 49, 50, 52
León, 34, 37
Lévy-Bruhl, Lucien, 35
leyenda, 35-37, 45, 80, 83, 85, 94, 103, 120, 132
libertad, 149
Liçana (Valencia), 59
Liderico de Flandes, 37
lingüística, 118, 119, 125, 130
liturgia, 45
Llano, Alejandro, 153
locura, 133
logocentrismo, 121
Lowenthal, David, 144
Luis IX de Francia, 24
Luis el Bondadoso, 94, 96
Lyotard, Jean-François, 81, 82, 108
La condición postmoderna, 108

M
MacIntyre, Alasdair, 82
Mallol, Bernat, 88
Flos mundi, 88

Mallorca, 61, 63, 65, 74, 75
Marcus, Laura, 55
María, Virgen, 64, 92
María de Montpellier, 91, 92
Marnette, Sophia, 132
Martin, George, 132
Martín-Gaite, Carmen, 37
marxismo (materialismo histórico), 85, 113, 125, 145, 148, 149
Mateo, evangelista, 67
Maxwell, Robert, 12
Mediterráneo, 74, 87, 97
memoria colectiva, 36, 103, 137, 138, 147
mentalidades, historia de las, 126
Merlín, 91
merovingia, dinastía, 22, 46, 96
Metge, Bernat, 62, 63
Lo Somni, 62, 63
mimesis, 78, 132, 133, 143
minorías raciales y religiosas, 134
Miravals (Francia), 90
Misch, Georg, 50
mito, 35-37, 45, 80, 82, 83, 85, 119, 125, 146
modernismo, 84
Monnet, Pierre, 12
monografía, género histórico, 152
Montoliu, Manuel de, 60
Montoya, Alicia C., 12
Montpellier, 58, 59, 90-92
Monzón, 58
Moreno, Rodrigo, 10
Morris, Collin, 51, 52
Morvedre, 59
muerte, 114
Munslow, Alun, 10
Muntaner, Ramon, 62, 70, 71, 73, 87, 91-93, 100

N

Narbona, 38
narración histórica, narrativa, 73-104, 116, 126, 130, 145, 150-155
narrativas de los orígenes, 15, 33-46
Navarra, 58
Navas de Tolosa, batalla, 75
New History, 115-117, 125
Nichols, Stephen G., 110, 112, 113
Nisart, Pere, 65
Nora, Pierre, 44
Normandía, 26, 69, 72
Norteamérica, indígenas de, 23
nouvelle histoire, 115
novelas gráficas, 151
novelas históricas, 151
nueva filología, 11, 133-136
nuevas historias, 115-117
nuevo historicismo, 11, 133-136, 140
nuevo medievalismo, 11, 12, 108, 112, 114-117, 133-136

O

Olábarri, Ignacio, 10
Olmos, Vicent, 12
Olney, James, 53
ordalías, 96
Otger de Dinamarca, 41

P

Países Bajos, 16, 19
paleografía, 110, 113
paper, género histórico, 152
paradigmas historiográficos de posguerra, 125, 126, 148, 149
Partner, Nancy, 132, 138
pasado «práctico», 144
pasado remoto y reciente, 36, 37, 45, 46, 85, 119-121
Patterson, Lee, 77, 112, 132, 138
Pattison, David G., 132
Pedro II el Católico de Aragón, 90-92, 98, 101, 102
Pedro III el Grande de Aragón, 74, 83, 97, 98-102
Pedro IV el Ceremonioso de Aragón, 65, 66, 73, 87
Pedro Gomes, 59
Pelayo, 29, 34, 37, 46
Península Ibérica, 19, 28, 72, 87, 134
Petronela de Aragón, 87, 90, 95, 96

Philippe de Novara, 69
Pihlainen, Kalle, 10
Pirenne, Henri, 115
Plantagenet, dinastía, 27, 30, 87
pobreza, 114
Pocock, John G. A., 132
Popkin, Jeremy D., 55
Portopí (Mallorca), 70
positivismo, 16, 79, 80, 85, 111, 113, 119, 120, 124, 129, 139, 143, 145
posmodernismo, 11, 78, 107-128, 139, 145, 152, 155, 156
postestructuralismo, 78, 80, 109, 129
Prada (Conflent), 39
presentismo, 11, 77, 78, 80, 84, 94, 108, 113, 120, 124, 134, 137, 138, 143-147
preterismo (ver anticuarianismo), 11, 124, 144, 146
Prieto Lasa, José Ramón, 12
profesionalización de la historia, 148
prosificación, 27, 31, 57, 108, 141
Provenza, 40, 75, 91, 94-97, 101, 102
Proverbios, libro de los, 67
Puig (Valencia), 59
Puigarnau, Alfons, 9
Pujol, Josep M., 71

Q

Quatre Grans Cròniques de Cataluña, 31, 68

R

Ramiro I el Monje, rey de Aragón, 19, 43
Ramon Berenguer III, conde de Barcelona, 95-97
Ramon Berenguer IV, conde de Barcelona, 19, 43, 74, 87, 89-92, 95-97
Ranke, Leopold von, 115
Raúl Barbeta, conde de Roucy, 34
realismo, 84, 85
Rebeca, 42
reditus regni ad stirpem Karoli Magni, 24, 25, 30
referencialidad, 12, 79, 83, 143-156
regímenes de historicidad, 151
relativismo histórico, 149, 154
Renedo, Xavier, 10
Rethinking History, Journal, 10
Ricoeur, Paul, 82, 85, 101, 109, 153
Tiempo y narración, 153
Riera, Antoni, 9
Ríos, Miguel, 9
Ripoll, 38, 39, 40, 44, 89
Riquer, Martí de, 100
Robert de Clari, 69
Robinson, James H., 115
Rorty, Richard, 109
Rosellón, 40
Rosenstone, Robert A., 9, 153
Rubió i Balaguer, Jordi, 96
Ruiz, Teófilo F., 9
Ruiz-Domènec, José Enrique, 9

S

Sabaté, Flocel, 9
Saint-Aubin de Angers (Francia), abadía, 19
Saint-Bertin (Francia), abadía, 19
Saint-Denis (Francia), abadía, 46
Saint-Exupéry, Antoine de, 154
El principito, 154
Saint-Omer (Francia), castellanía, 41
Saint-Pierre-au-Mont-Blandin (Bélgica), abadía, 19
sajones, dinastía, 34
Salomón, conde de Urgell y Cerdanya, 38, 39
Salomón, rey de Israel, 67
Sánchez-Marcos, Fernando, 9
Santes Creus, monasterio, 88
Santiago, Apóstol, 67
Epístola, 67
Schama, Simon, 109, 146, 153
Los ojos de Rembrandt, 146, 153
Schmitt, Jean-Claude, 12, 51, 52, 65
secularización, 29, 30, 147
Serrano-Coll, Marta, 12
Sewell, William H., 60, 131
sexualidad, 133
Shakespeare, 74
Mucho ruido y pocas nueces, 74

Sicilia, 74, 97, 98
Sigfrido, conde de Guines, 41
Simón de Montfort, 58
Skinner, Quentin, 132
Smith-Rosenberg, Caroll, 122, 141
sociología, 118, 119, 130, 131
Soldevila, Ferran, 60, 88
Somers, Margaret R., 140
Soza, Felipe, 10
Spiegel, Gabrielle M., 9, 31, 55, 77, 84, 85, 109, 114, 119, 125, 131, 132, 138, 141, 150, 155
Romancing the Past, 9
The Past as Text, 9
Stahuljak, Zrinka, 132
Steinmetz, Georges, 139
Stone, Lawrence, 82, 84, 111, 152
Strayer, Joseph R., 127, 137
Strohm, Paul, 77
Sunifred I, 39
Suny, Ronald G., 130

T
Taylor, A. J. P., 151
Teresa de Jesús, 49, 51
textualidad, 86, 136
Thompson, Edward P., 148, 154
Tierra Santa, 69
Toledo, 46
Tolosa, 94
Toulouse, 39
tradicionalismo, 137, 138
trama histórica, 80, 81, 102
transición democrática española, 146, 147
translatio Imperii, doctrina del, 26
transmisión textual, 134
Tristán, 90
tropo histórico, 83, 150
troyana, dinastía, 22, 28
Turner, Frederick J., 115

U
Úbeda, batalla, 101
Universidad de Navarra, 9, 10
Universitat de València, 9
urbanización, 147
Urgell, 39
Usatges de Barcelona, 96
usos del pasado, 145

V
Valencia, 61
Valeri, Valerio, 138
Vázquez Gestal, Pablo, 9
verdad, 155, 156
vernacularización, 20, 25, 27, 31, 70, 108, 141
Vic, 39
Vico, Giambattista, 148
Villacañas, José Luis, 68
visigoda, monarquía, 28, 29, 46
vísperas sicilianas, 74
Vuitgerius, cronista, 19

W
Wamba, 46
Weber, Max, 137
Wellek, René, 84
Whig, historiografía, 79, 147
White, Hayden V., 77, 80, 82, 84, 86, 101, 102, 111, 120, 131, 138, 150, 155
The Content of the Form, 120
Metahistory, 150
Witikindo, jefe sajón, 34
Wood, Gordon S., 144, 145
Workman, Leslie, 113

Z
Zaragoza, 87
Zink, Michel, 50, 52, 54, 63, 69, 71, 72, 131
Zumthor, Paul, 49, 50, 52